



Sol Berlanga
*La vuelta
al mundo
de una
desquiciada*

ÍNDICE

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Capítulo 1. Una vida ¿perfecta?

Capítulo 2. Cuando las señales son más que evidentes y aun así te niegas a verlas

Capítulo 3. Sin vuelta atrás... o con toda la vuelta

Capítulo 4. ¡Atención, peligro, Elsa en un avión!

Capítulo 5. A lo loco en Brisbane

Capítulo 6. Mujer española acosa a hombre brasileño

Capítulo 7. ¿Por qué todo tiene que pasarme a mí?

Capítulo 8. De tsunami en tsunami

Capítulo 9. Piensa mal y acertarás... o no

Capítulo 10. A lo *Sexo en Nueva York*, pero... ¿con el sexo?

Capítulo 11. La guerra de mis padres con acento argentino

Capítulo 12. ¿Por qué lo llaman destino cuando quieren decir casualidad?

Capítulo 13. El único animal que tropieza «n» veces con la misma piedra

Epílogo. La última tentación antes de la catástrofe

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Como es marca de la casa en esta colección, se trata de una historia realista, en clave de humor, protagonizada por una mujer, en este caso, una empleada de banca a la que el karma le da un aviso indiscutible: el mismo día que su prometido le pone los cuernos, la echan del trabajo y esquivada por muy poco un accidente mortal.

Ante tal cúmulo de señales, no le queda otra que tomar una decisión radical: gasta sus ahorros en un billete de avión para dar la vuelta al mundo, con escalas en Australia, Tailandia y Brasil.

Lo malo de tanto trajín es que: a) por muchos kilómetros que se recorran, los problemas tienen la mala costumbre de no dar tregua; b) cuantas más vueltas se den, más probabilidades hay de que una se encuentre a sí misma; y c) es una verdad universalmente reconocida que el amor tiene la mala costumbre de aparecer cuando menos preparada está una para recibirlo.

*A las dos personas más importantes de mi
vida.
Ellas saben quiénes son.
Y a mis padres.*

CAPÍTULO 1

UNA VIDA ¿PERFECTA?

Me quedaban cuatro meses para cumplir treinta años y, si lo pensaba detenidamente, tenía todo lo que alguien pudiera desear. Podría decirse que disfrutaba de una vida perfecta porque... ¿con qué soñaban las mujeres de mi edad para ser felices?

¿Con un novio...? ¿Con un marido...?

Me iba a casar a finales de año con mi chico de toda la vida, Eric. Guapo, simpático, buena persona, o eso pensaba yo. Eric era relativamente hábil en la cama, apenas discutíamos, nos llevábamos bien, sin sobresaltos. Además, nuestras familias, algo bastante infrecuente en estos casos, se adoraban la una a la otra. Y un fin de semana sí y otro también, nos juntábamos todos en el chalé serrano de mis suegros para engrasarnos con una succulenta barbacoa, si hacía buen tiempo, claro.

¿Qué más necesitaba...? ¿Un trabajo...?

Desde hacía cinco años trabajaba con contrato fijo en un banco de renombre internacional, en una sucursal del madrileño barrio del Pilar. Había estudiado ADE en una universidad privada costeada por mi abuela, un encanto de mujer, y luego un MBA que me pagué yo con el dinero ganado trabajando los veranos durante la carrera. No sé si lo hice porque era lo que me gustaba o porque era lo que a mis padres les parecía lo mejor. Y, bueno, no es que fuera directiva de una multinacional, pero con los tiempos que corrían, en plena crisis económica, como se solía decir, tener trabajo fijo en un banco era un auténtico chollo. En concreto, mi labor consistía en vender productos financieros con tentadoras rentabilidades a gente adinerada y también a españolitos de a pie con escasos ahorrillos que confiaban ciegamente en el banco y, sobre todo, en mí, la señorita Elsa.

Así que yo estaba encantada, era feliz, muy feliz. ¿Qué más le podía pedir a la vida? ¿Un piso...?

Pues poseía uno en propiedad en el centro de Madrid. Mi abuela, mi

queridísima abuela, al morir, dos años antes, me había dejado en herencia su ático en Chamberí, amplio, tres dormitorios, gran salón, cocina recién reformada y dos baños. Techos altos y unas vistas espectaculares de los tejados de la villa y corte.

No necesitaba nada más para poder decir que mi vida era perfecta. Novio, casi marido, trabajo para toda la vida y un pisazo para disfrutar a tope nuestra historia de amor. ¿O sí necesitaba algo más?

¿Un bodorrio? ¡Para nada! Pero mi madre se había empeñado en que sí lo necesitaba. Cómo no, tenía que ser una boda a la altura de mi estatus social, de la categoría de la familia Agustín Navas y Pilar Martos. Un bodorrio por todo lo alto en Linares, el pueblo de mis abuelos. Una ceremonia que dejara boquiabiertos a los centenares de invitados. Ante tal acontecimiento, sufrí una especie de ataque de responsabilidad, de hacerlo todo perfectamente.

El tiempo se echaba encima y sentía que no estaba preparando el enlace matrimonial como era debido. ¿Sería capaz de controlarlo todo? En especial, porque eran días de intenso trabajo en el banco y mi presencia en él era ineludible. Mi madre se había ofrecido para ser mi *wedding planner* y se estaba encargando de gestionar las invitaciones que, por cierto, un detallito de originalidad, iban a ser comestibles con sabor a gominolas.

Tenía que ser la boda perfecta para la pareja perfecta. ¿Pero... éramos una pareja perfecta...?

Es verdad que nos llevábamos bien, que no discutíamos nunca, pero es que ese era el problema... ¡¡No discutíamos nunca!! En consecuencia, nunca había reconciliaciones. Y, lo que es peor, nunca había enfervorizados *tequieros*, porque ya se daban por sobrentendidos. Por mucho que se sobrentienda, a veces una necesita que se lo digan, pero, claro, no iba a ser yo la primera que diera el paso. Deja de pensar tonterías, me decía. Es tu novio de toda la vida, las chicas se peleaban por él en la universidad y te lo llevaste tú.

Aceptó vivir conmigo en casa de mi abuela, yo no le pedía nada a cambio, y pagábamos los gastos y la comunidad a medias. No había problemas de ningún tipo. Vale que tampoco nos acostábamos tan a menudo como al principio, pero es que, claro, la rutina hace que te apetezca menos, que disfrutes más de ver la tele juntos, una buena película, una serie de esas a las que te enganchas y te generan mono por verlas. Y cuando teníamos sexo, se nos daba bien, muy bien, aunque a veces teníamos que esforzarnos,

programándolo en una especie de *planning* semanal.

Eric, diseñador gráfico *freelance*, trabajaba en casa. Le iba bastante bien y era muy reconocido profesionalmente ya que había ganado algunos premios con sus carteles de películas. Yo estaba todo el día en el curro y, cuando volvía, lo único que deseaba era estar en el sofá abrazada a mi chico y, si se terciaba, irnos a la cama a hacer el amor. O en el mismo sofá, que también ocurría muchas veces. Esto hacía olvidarme de todos los problemas del trabajo y de la preparación de la boda, con la que parecía, a veces, que mi madre estaba más ilusionada que yo.

Esto fue así al principio de nuestra convivencia. Con el tiempo, Eric se pasaba el día en su estudio y, por la tarde o ya de noche, lo único que quería era salir a tomar una copa en alguno de los muchos bares de la calle Ponzano, ir a jugar al fútbol en el polideportivo del Barrio del Pilar o a correr en las pistas del Canal de Isabel II. Obviamente, poco a poco fuimos perdiendo la sincronización afectiva del principio. Entre otras razones, porque yo, casi siempre, prefería quedarme en casa. No me importaba. Así podía ver programas de decoración en la tele mientras navegaba con el iPad por las redes sociales.

Un día de finales de agosto, a las siete de la mañana, mientras me duchaba, sonó el móvil. Eric dormía, se había quedado trabajando hasta tarde la noche anterior, y me precipité sobre el *smartphone* para que no le despertara. Era, no podía ser otra, mi madre.

—¡Mamá, se puede saber qué haces llamando a estas horas! ¡Que vas a despertar a Eric! —le recriminé.

—Pensar en tu boda, hija, pensar en tu boda. Que es precisamente lo que deberías estar haciendo tú. —Me seguía hablando como si fuera una niña de cinco años—. La semana que viene te tienes que coger tres o cuatro días libres para ver vestidos, buscar los zapatos y para ir un día a Linares a probar el menú. Y avísale lo del viaje a tu novio, aunque como trabaja de autónomo, no tiene ningún problema.

—Mamá, ya me pedí dos días la semana pasada para acompañarte a por tu vestido para la boda. Que tiene narices que tú te lo hayas comprado antes que yo. Tengo contrato indefinido, pero en el banco no son gilipollas.

—Niña, estás en tu derecho. Te vas a casar. Tu jefe lo entenderá.

—Estamos haciendo el lanzamiento de una serie de productos nuevos, mamá. Debería esperar un par de semanas para pedirme esos días.

—¡De eso nada! Ya he quedado con Mauri, el diseñador, que es amigo mío, en que iríamos la semana que viene y tiene lista de espera de cuatro meses. Vamos, que me está haciendo un favor. Así que tú verás.

—¡Joder, mamá! —Transición—. Bueno, veré lo que puedo hacer.

Jamás me imaginé que organizar una boda generara tantas complicaciones. De hecho, creo que no las tiene, lo que pasa es que la sociedad de consumo nos lía para que lo embrollemos todo.

Me vestí a toda velocidad porque la llamada de mi madre me había hecho perder el tiempo que tenía perfectamente planificado para arreglarme. Me puse un vestido moderno, pero clásico. Me explico. Trabajaba en un banco. Por tanto, no podía ir hecha una *hippy*, pero yo siempre buscaba un toque juvenil dentro del clasicismo sin perder, eso sí, la elegancia. Yo me entiendo. De esta manera me demostraba a mí misma que todavía tenía veintitantos.

El vestido elegido me lo había comprado en una pequeña tienda de una calle paralela a la mía, donde la propia diseñadora atendía al público. Toda una exquisitez. Me miré al espejo y me dije: «Hoy puede ser un gran día».

Tras maquillarme, salí del baño. Eric dormía espantado, ocupando toda la cama. Roncaba ligeramente y, entre las sábanas, asomaba parte de su barriga. Me encantan las barriguitas masculinas, siempre que no sea algo descomunal, claro. Solía apoyarme a veces en la suya mientras veíamos alguna serie en el sofá. Le di un beso y él balbuceó algo ininteligible.

Por fin, salí de casa. Después de todo, claro que sí, tenía una vida guay.

Mi horario de entrada en la sucursal eran las ocho y media de la mañana. Quince minutos antes ya había llegado a la cafetería de enfrente, donde solía tomarme un café con leche y una tostada integral impregnada de aceite de oliva, tomate triturado y una pizca de sal. Desayunar fuera de casa cada mañana y tranquila era el único vicio que tenía. Bueno, lo de «único» es un decir.

Mientras disfrutaba de mi «momento desayuno», entró en la tienda una gitana treintañera de pechos amelonados, redonda como un tonel, portando varias ramitas de romero en la mano. Me vio al final de la barra y, sin dudar, se dirigió hacia mí.

—Niña, ¿quieres tener un día maravilloso...? ¡Cómprame una ramita del romero de la *güena* suerte! ¡Anda, cómpramela, preciosidad, que vas a tener en tu *vía to* lo que deseas! —me pronosticó, acercando el romero a mi nariz.

—Lo siento. No tengo suelto —me disculpé al tiempo que me apresuraba

en apurar la taza.

—Venga, *resalá* —insistió—. Seguro que hay algo por ahí. Anda, mira en el bolso, que tengo tres chiquillos muertos de hambre.

Nunca me ha gustado ser una pardilla, pero al final me dio pena rechazar a aquella pobre mujer, así que le hice caso y rebusqué en el bolso. La mentirijilla de que no tenía suelto resultó ser verdad. Miré en mi monedero y sólo poseía dos euros cincuenta, lo justo para pagar el desayuno.

La miré directamente a los ojos.

—De verdad, no tengo nada. Sólo para pagar el café. Te lo prometo.

Me dedicó una mirada encendida de ira, concentrando en ella toda la mala uva que fue capaz de reunir.

—¡Mala sangre tienes, *malnacía*! —Entrecerró los ojos—. ¡Ojalá tengas el peor día de tu *vía*!

Y con las mismas, se dio la vuelta y se largó de la cafetería.

Un momento... Rápidamente, rebobiné la escena anterior. ¿Me habría echado mal de ojo...? Había visto algo parecido en un *docu-reality* de esos de la Cuatro. Así era como se hacía. ¡Madre mía! Yo no creía en estas cosas, pero, como nunca me había pasado, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Miré la hora, eran las ocho y media pasadas. Terminé el desayuno en un santiamén y con una sensación extraña, más que desagradable, me dirigí al banco.

Comenté lo ocurrido con Sandra, una de las cajeras, mientras Paco, el director de la oficina, colgaba el abrigo en la percha con expresión sombría. Sandra me tranquilizó aseverando que no pasaba nada, que lo del mal de ojo era una estupidez, que de un millón de malaventuras que echaban las gitanas acertaban una.

De un millón..., una.

Esa una fui yo.

Cuando llegó por fin Alfredo, el asesor en fondos de inversión, Paco nos dijo que antes de abrir al público tenía que hablar con nosotros. Una vez todos en la sala de reuniones, cerró la puerta. Nada bueno presagiaban su tenso semblante y su mirada a la deriva.

—¿Qué pasa, Paco? —le pregunté, intentando controlar mi ansiedad.

—Me temo que no tengo buenas noticias. —Su tono de voz era tan mustio como su geografía facial.

—¿Un ERE? —Sandra siempre quería adelantarse, como si estuviera en un

concurso de televisión apretando el pulsador.

—No exactamente. —Paco se preparó para el fatídico discurso. Carraspeó para aclararse la voz y continuó su exposición—: Como sabéis, el banco está apostando por el desarrollo digital y pretende que los clientes realicen el mayor número de operaciones a través de internet. Es decir, pretende reducir el número de oficinas para ahorrar costes.

—Y nos ha tocado. —Otra vez Sandra adelantándose a los acontecimientos.

—Pues, por desgracia, sí.

—¿Y qué pasa con los trabajadores? ¿Nos reubican? —planteó de nuevo la cajera.

—Me temo que no. Eso sí, os van a dar la indemnización máxima.

Estoy despedida, acepté irremediablemente. Me quedo sin trabajo. La gitana de los ramitos de romero había logrado su propósito. No era mi trabajo soñado, pero, joder, era un trabajo y, tal como estaba el patio con la crisis, lo iba a tener complicado para encontrar otro. Conocía a un montón de amigos parados de larga duración porque no había nada de nada. Ay, Dios mío, y ahora, ¿cómo se lo iba a contar a mi madre?

Y, para más inri, tenía una boda que organizar, que con todo lo que estaba intentando meter mi madre en ella me iba a costar un riñón. Bueno, a mí y a Eric que, como era *freelance*, tampoco tenía una gran estabilidad económica.

Me entró tal angustia que me dieron unas ganas de vomitar increíbles. Fui directamente al baño y empecé a arrojar todo el desayuno.

—¿Te encuentras bien? —Alfredo, que siempre había intentado ligar conmigo, se preocupaba por mí desde fuera del baño.

—Sí, ya estoy mejor. Gracias, Alfredo.

—Dice Paco que, si queremos, le entreguemos los temas pendientes y nos marchemos.

—Me alegro —le espeté, notándome el agrio sabor del vómito todavía en mi boca—. No pienso pasar un minuto más aquí.

Saqué del bolso mi cepillo y mi pasta de dientes y empecé a lavármelos. Alfredo, desde fuera, me seguía hablando.

—Había pensado que podíamos ir a dar una vuelta y charlar un poco. Si te digo la verdad, yo ya estaba hasta los huevos de este trabajo. Tengo ideas, ¿sabes? Muy buenas ideas. Igual podíamos montar algo juntos...

La sola propuesta de Alfredo me hizo regurgitar de nuevo. Si me fuera a

trabajar con él, me estaría tirando la caña todo el rato y lo último que haría sería ponerle los cuernos a Eric con aquel *pijales*. Me fui directamente a meter la cabeza de nuevo en el WC.

—¿No estarás embarazada?

La pregunta me hizo sentir una punzada en la sien que, décimas de segundo después, se trasladó a mi estómago. ¿Embarazada...? No, no podía ser, no me podían pasar dos contratiempos tan importantes en el mismo día. ¡No, por Dios, no! ¡En estos momentos, no! ¡Que me había quedado sin trabajo!

Me recompuse, me volví a lavar los dientes, me arreglé como pude el pelo, me pinté de nuevo el ojo. Y salí del baño.

—¿Vamos a tomar un café, entonces, y hablamos de posibles negocios? — me planteó Alfredo, el tío más pesado del mundo.

—Mejor, no. De negocios en común, nada. Tú ibas a estar todo el tiempo queriendo acostarte conmigo y yo siempre te estaría diciendo que no. Sería un monotema y, como comprenderás, así no puede funcionar bien un negocio.

Alfredo se quedó con la boca abierta, sin saber qué contestar.

No solía ser tan directa, pero el hecho de encontrarme en una situación límite, recién despedida, y con la duda de si estaba o no embarazada, me había dejado sin filtros sociales.

Dios mío. ¿Y si estaba embarazada de verdad? Eric y yo habíamos hablado de tener hijos, sí, pero más adelante. Desde luego, cuando ya nos hubiéramos casado. Y siempre teniendo en cuenta la estabilidad laboral para poder darles una vida acomodada. Pero, en estas circunstancias, por mucha indemnización que me dieran, no me llegaría para los cinco años, por lo menos, que tardaría en encontrar un trabajo, tal y como estaba la situación laboral en España.

Al salir de la oficina, me puse a caminar sin rumbo fijo. Casi inconscientemente o, quizá, más consciente de lo que yo pensaba, mis pasos se dirigieron al otro lado de la calle a través de un paso de cebra. Justo hacia una puerta de cristal con un llamativo luminoso de color verde en forma de cruz.

Entré y me dirigí al mostrador.

—¿Me da un predictor, por favor?

CAPÍTULO 2

CUANDO LAS SEÑALES SON MÁS QUE EVIDENTES Y AUN ASÍ TE NIEGAS A VERLAS

Nunca jamás en mi vida había comprado un predictor. ¿Cómo se utilizaba? ¿Daba igual la hora del día? ¿Qué grado de fiabilidad tenía? Demasiadas preguntas, pero me dio vergüenza pedir información en la farmacia. Me sonaba algo de que la prueba había que hacerla por la mañana, así que mejor no volver a pensar en ella hasta el día siguiente. Además, para eso estaba el prospecto, ¿no? Con tantos nervios no había caído en la cuenta.

En aquellas circunstancias lo importante era lo del despido. ¿A qué me iba a dedicar a partir de entonces...? Por Dios, Elsa, si siempre te estabas quejando de que no tenías tiempo para nada. Era justo el momento de llevar a cabo todas esas cosas que deseas hacer cuando estás trabajando. Ya, pero necesitaba una rutina, un plan diario, un objetivo.

Lo único que me apetecía en aquel momento era ir a casa para contárselo a Eric, así que me metí en el metro de Antonio Machado, el más cercano a la oficina del banco donde había trabajado durante los últimos cinco años.

Esperando en el andén, trataba de no pensar mucho, tanto en el despido como en la imprevista hipótesis de un embarazo. Saqué el móvil para leer las noticias del día, pero, debido a mi caos mental, no recordé que en la línea 7 no había cobertura.

Intentaba no pensar, pero fue inútil. Imposible sustraerme a la situación anímica que me atormentaba.

Llegó el convoy y me subí a él.

Quizá fuera el momento de dar un giro a mi vida profesional y tratar de dedicarme a lo que realmente me gustaba. Pero...

¿Qué era lo que realmente me gustaba?

Me hacía mucha ilusión pasar más tiempo con Eric, pero, claro, eso no generaba ningún tipo de ingresos. También me gustaba la compañía de mi

familia, de mis amigos, pero claro, nadie me iba a pagar por dicha compañía. Y sin ingresos no se puede vivir.

«Próxima estación, Valdezarza».

El tren entró en el andén mientras continuaba el carrusel mental de mis motivaciones. Como no llegaba a ninguna conclusión, decidí enfocarlo al revés.

¿Qué no me gustaba?

Odiaba los bancos. Más allá de aceptar que poseían una evidente utilidad, y después de conocer uno por dentro hasta el último rincón, tenía las pruebas de lo que todo el mundo sospechaba, que la banca siempre gana. Y que su único objetivo es ganar cada vez más y más dinero. Y a ello respondía su decisión de reducir oficinas y de potenciar las operaciones *online*.

«Próxima estación, Francos Rodríguez».

Jamás me prepararía unas oposiciones. Más allá del esfuerzo del estudio que me supusiera, lo que venía después, el cheque en blanco para una vida, sí, estable, pero aburrida, soporífera, totalmente ausente de motivación. Por tanto, contraria por completo a la existencia que yo siempre había soñado.

«Próxima estación, Guzmán el Bueno, correspondencia con línea 6».

No me gustan los números, ni nada relacionado con lo que sugieren los términos «administrativo», «oficinesco» «burócrata» y similares. A mí lo que me gustaba era la diversidad, lo diferente, lo imprevisible, lo creativo...

¡Bingo, la creatividad!

Al fin había encontrado el faro que buscaba en la oscuridad de mi existencia, algo que implicara eso, la creatividad. Es cierto que yo nunca me había dedicado a trabajos de corte imaginativo. Me gustaba leer y mucho, pero jamás me había dado por escribir ni un microrrelato. Ni siquiera de adolescente había escrito el típico y tópico diario.

«Próxima estación, Islas Filipinas».

Siempre que pasaba por Islas Filipinas me acordaba de cuando iba a la Escuela Oficial de Idiomas. Allí conocí a la que era mi mejor amiga, Mar. Por cierto, sería un buen momento para retomar el inglés. Hoy en día, sin inglés no vas a ningún sitio y yo, con la rutina bancaria, lo tenía lleno de telarañas.

«Próxima estación, Canal. Correspondencia con línea 2».

Mar se apuntó a un curso de fotografía. Se compró una cámara Réflex de esas enormes y estaba todo el día dándole al clic. Se la llevaba a todos sitios.

Al Retiro para inmortalizar a los que practicaban *capoeira*. A Madrid Río para capturar instantáneas de las aves que deambulaban por allí. La verdad es que aprendí de fotografía bastante yendo con ella.

«Próxima estación, Alonso Cano».

Era mi parada y llegué al barrio con un principio de decisión: perfeccionar mi pericia fotográfica apuntándome a un curso, o con la ayuda de Mar, y mejorar mi inglés. Quizá, con el tiempo, pudiese exponer en una galería o trabajar para un periódico o una revista como *freelance*.

Me había empezado a ilusionar con la idea mientras caminaba por la calle Ponzano hacia Bretón de los Herreros, que era la mía. Pero, de repente, tomé conciencia de nuevo de mi delicada situación: me había quedado en el paro, así, de sopetón. Esta fatal realidad me hizo bajar de nuevo a las catacumbas de la problemática actualidad. Y por mucho que me gustara subir fotos a Instagram y les pusiera filtros, eso que está ahora tan de moda, no significaba que me pudiera convertir en una fotógrafa profesional.

Me vine abajo, literalmente.

Cuando estaba llegando al portal, me detuve en seco. ¿Cómo se lo iba a contar a Eric? Estaba segura de que me iba a decir que no pasaba nada, que podía tomarme un tiempo sabático para encontrarle un buen rumbo a mi vida, para saber qué quería realmente, que no tendríamos problemas económicos porque con la indemnización, el paro y su sueldo estábamos cubiertos, que así tendría más tiempo para organizar la boda.

Pero... ¿Y si no...? Tenía que pensarlo bien.

Me di la vuelta y regresé a la calle Ponzano, que tan de moda está por todos sus barecillos y tascas donde tomar cañas, vinos y tapas. Elegí uno de ellos y pedí un martini rojo. Era algo que había deseado hacer siempre, poder degustar un vermú a media mañana cuando todo el mundo estaba trabajando. Me supo a gloria, y me puse a pensar seriamente en mi futuro. Pero sólo hasta que levanté la cabeza y vi a Lourdes, la portera de mi edificio, la borracha de la portera. Peinaba unos sesenta años y era famosa en el barrio por estar siempre ebria entrando a críos de veinte. De hecho, cuando necesitabas algo de ella y no la encontrabas en la portería, lo único que hacía falta era darse una vuelta por los bares del barrio para hallarla hablando con lengua estropajosa con cualquier camarero. Dios mío, ¡voy a terminar como ella si no encuentro pronto un trabajo!, me dije. Así que dejé el vermú a la mitad, cogí el bolso y me fui a mi casa.

«Cariño, tengo dos noticias, una buena y una mala, ¿cuál quieres primero?». ¿Era esa una buena manera de decírselo? «¿Primero la buena? Pues que te quiero mucho, pero a partir de ahora te voy a querer mucho más». Menuda noticia, era una obviedad. «Vale, ahora la mala, que me han despedido, que soy una desgraciada, que estoy en la puta calle, que no sé qué va a ser de mí». Mmmm, creo que me he pasado, exceso de dramatismo.

El ascensor llegó al sexto piso y salí de él con la llave de la puerta ya en la mano. Antes de introducirla en la cerradura, no sé por qué, pensé estúpidamente en volver al bar para acabarme el vermú. Entré en casa y me dirigí al salón.

—¿Eric? ¿Eric...?

No estaba allí, aunque sí tenía la tele encendida en un canal tdt que emitía una comedia norteamericana clásica. Siempre me decía que tenía mucho trabajo, que no llegaba a todo. Entonces pensé: ¿cómo va a llegar a nada si se pasa las mañanas viendo películas? Y, encima, me decía que yo debía mejorar mi cultura cinematográfica. Claro, él estaba culturizándose cinematográficamente todo el día. Como tenía más tiempo que yo...

Entré en la cocina y tampoco se encontraba allí. Eso sí, me topé con un botellín de cerveza a medio beber. ¡Qué desastre ha sido siempre, lo deja todo por medio! La palpé, todavía estaba fría. Y pensé: ¿no será tan cabrón de haberse acostado? ¡Pues se iba a tener que despertar! Salí por el pasillo hacia la habitación.

—¡Eric! —grité con todas mis fuerzas—. ¿Estás en casa? ¡Tengo dos noticias, una buena y una mala! ¿Cuál quieres primero?

Llegué a la puerta de la habitación, que estaba cerrada, giré el picaporte, la abrí de golpe y...

—¡La buena es que te quiero muchísimo...!

Y me quedé muda. Fría como un cadáver. Momificada por el desconcierto más absoluto.

Allí, delante de mí, estaba Eric con el semblante desencajado, desnudo y tapándose apresuradamente el bajo vientre con la sábana. Pero no estaba solo. A su lado se encontraba, también desnuda y con los ojos desorbitados, mi amiga Mar...

¡Mi mejor amiga!

Ni siquiera intentaron justificarse. No se les ocurrió el tópico de «esto no es lo que parece». Era algo que a mí y a Eric siempre nos había parecido

patético cuando lo veíamos en las películas.

Eric se llevó las manos a la cabeza. Seguramente estaba pensando: «Cómo la he cagado». Mar se limitó a mirarme con ojos vidriosos y tartamudeó:

—Lo siento..., Elsa. Me siento... Soy... Soy la peor persona del mundo.

En ese momento, por supuesto, pensaba que lo era. O, al menos, la segunda peor, después de Eric, mi novio, mi prometido, el que se iba a casar conmigo supuestamente para toda la vida.

No le contesté. ¿Para qué?

Eso sí, cogí con toda mi furia el portátil de Eric que estaba sobre una cómoda, al lado de la puerta, en el que sonaba una canción de Lori Meyers y se lo arrojé a los dos. Lamentablemente, la puntería nunca ha sido lo mío y el ordenador fue a parar a mi mesita de noche, de diseño japonés, que me había costado un riñón en un anticuario del Rastro. El ordenador impactó con tal fuerza sobre ella que hizo añicos el cristal que la cubría y partió el tablero.

¡Joder, joder, joder!

¿Por qué aquel día todo me salía mal, incluido el intento de asesinato de los dos hijos de la gran puta que tenía delante?

Sentí tal rabia por mi fallo y por la humillación de la que había sido objeto que agarré mi bolso y me largué de allí sin dirección alguna. Me puse a caminar sin brújula por las calles de Chamberí, como una zombi. Es probable que tuviera la mirada ida como si acabara de salir de un psiquiátrico en el que me hubieran dado una superdosis de psicofármacos. Notaba que los viandantes me miraban de forma compasiva. Mi mente estaba en otro sitio, en la lacerante imagen de Eric y Mar desnudos sobre la cama. Pero mi imaginación agigantaba con creces dicha visión. Los veía con total clarividencia haciendo desenfrenadamente el amor. Eric zambulléndose bajo las sábanas para devorarle el sexo a Mar, o a esta realizándole una frenética felación a mi novio.

Las imágenes que se agolpaban en mi cerebro pronto me generaron un espantoso dolor de cabeza.

Jamás hubiera pensado que Eric me pudiera ser infiel. ¡Nunca! Ni tampoco que mi mejor amiga me fuera a traicionar de esa manera. Eran las dos personas en las que más confiaba del mundo. Ella, unos meses antes, me había ayudado a superar una pequeña crisis que tuve con Eric. ¿Por qué me habían hecho esto? ¡Y en plenos preparativos de boda! ¡De locos, de locos!

Después de caminar durante un tiempo indeterminado por las calles del

barrio, flagelándome con toda clase de imágenes de sexo entre ambos, mis pasos se encaminaron de nuevo al bar en el que había pedido el vermú antes de subir a mi casa. Y, sorpresa, allí estaba el vaso colocado en el mismo lugar de la barra y con la bebida a medias. Lo recuperé y me lo bebí, ansiosa, de un sorbo. Me resultó reconfortante. Y quise más.

—¿Me pone otro martini, por favor?

El camarero satisfizo mi petición y le di un buen sorbo tras comerme la aceituna.

—¿Le ocurre algo...? —me preguntó el empleado con amabilidad.

Entonces lo miré y reparé en él. Tenía veintipocos años, el pelo con tupé hacia arriba, un pendiente en la oreja y una cara de simpático de campeonato. Hasta podríamos decir que era un guaperas. Y le sonreí.

—Un mal día. Mejor no te lo cuento.

—¿Por qué no? Para eso estamos los camareros.

—Lo de contarles tus penas a los camareros sólo pasa en las películas.

—Eso mismo pensaba yo, pero desde que curro en esto me cuentan cada cosa que ni te imaginas.

—¿En serio?

El simpático camarero levantó la vista y me orientó hacia la portera de mi edificio, que seguía bebiendo copas de vino en el mismo rincón en el que la había visto antes.

—¿Ves a esa mujer? —Asentí sin querer revelar que la conocía perfectamente—. Es la portera de un edificio de aquí cerca. Y, según ella, todos los vecinos están conspirando para matarla. Dice que ya ha sufrido tres intentos de asesinato y dos de violación.

Aunque malditas las ganas que tenía de reír en aquel momento, casi suelto una carcajada. Qué incongruente es a veces nuestro cerebro, que altera el orden lógico de nuestros sentimientos y reacciones.

—¿De qué te ríes? ¿La conoces?

—Claro, es la portera de mi edificio. Yo debo de ser una de las asesinas. Pero como tú ya debes saber es una pobre alcohólica que pierde la cabeza en cuanto huele el vino.

—Para nada —ironizó—. Yo la veo la mar de cuerda.

—Dime la verdad. —Me puse seria—. ¿Cuántas veces te ha invitado a su casa? Corre el rumor de que trata de ligar con todos los jóvenes del barrio, especialmente si son camareros.

—Déjame que piense. —Sonrió—. Como unas doscientas...

—¿Y alguna vez lo ha conseguido?

—¿Me ves cara de degenerado sexual?

—Los que no tienen cara de degenerados son los peores. —Sonreí levemente.

Por un instante salí de mi combustionada mente y me vi bebiendo vermús en aquel bar, borracha perdida y entrando a veinteañeros. Observé a Lourdes, la portera, ensimismada con su vino al final de la barra. Levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. ¡Dios mío, me iba a convertir en aquella piltrafa!

—Bueno, ¿y cuál es tu historia? ¿Por qué tienes un día malo?

—¿Sabes qué? —Lo miré fijamente—. Si me pones el tercer y último martini, te lo cuento.

—¡Lo del martini está hecho!

El camarero me sirvió el vermú y con la imprudencia e impudicia de contarle mi vida a un desconocido, comencé mi relato.

—Esta mañana me he levantado como un día más, pero cuando he llegado al trabajo, en un banco, me han comunicado que cerraban la oficina y nos despedían a todos. Luego, he vuelto a casa para contárselo a mi novio, con el que tenía planeado casarme dentro de unos meses, y me lo he encontrado en la cama con mi mejor amiga.

—¡Hostias! ¡Menudo día! ¡Parece que te hubiera mirado un tuerto! —exclamó mi interlocutor al otro lado de la barra.

Y entonces me acordé de la gitana que me había tratado de vender una ramita de romero y me había echado mal de ojo. ¡Qué hija de puta! Todo había sido culpa de ella. Me había deseado que tuviera el peor día de mi vida y sin duda alguna lo había conseguido.

—Pues no hay dos sin tres —añadió mi inesperado confidente.

No fastidies. ¿Qué más podía pasarme? Y me acordé del predictor que llevaba dentro del bolso. No, por favor, no puede ser. ¡Lo que me faltaba era estar embarazada del cabronazo que me había puesto los cuernos, no sé cuántas veces, con mi mejor amiga!

—No me digas eso, por favor... ¿Cómo te llamas? Si le cuento mis desgracias a alguien, al menos debo saber su nombre.

—Aitor.

—Anda, qué bonito nombre. ¿Eres vasco?

—No, soy del barrio del Pilar.

—Yo, Elsa. De Chamberí de toda la vida, pero mis padres son de Linares.

—Encantado, Elsa. ¿Tú le quieres? —me planteó así, a bocajarro, sin tapujos.

Me quedé un poco impactada, pero terminé contestándole:

—Es posible que sí...

—Pues si estás segura de que le quieres, y él te quiere a ti, si esto sólo ha sido un desliz, ¿crees que serías capaz de perdonarlo? Quizá merezca la pena. Te lo digo por experiencia.

En ese momento, sonó mi móvil. Era Eric. ¿Para qué me llamaba? ¿Quería darme explicaciones? ¿Decir que aquello no era lo que parecía? ¿Que Mar había intentado violarlo? ¿Qué hacía? ¿Debía contestar? No descolgué. Miré a Aitor y le pedí un vermú más.

—Quizá tengas razón y deba perdonarlo. Quizá sea de cobardes no afrontar la situación. Llevamos mucho tiempo juntos como para tirarlo todo por la borda por un desliz de nada. —Miré a Aitor atrapada por la inseguridad—. ¿No...?

—Tú misma —sentenció.

—Gracias.

Y, tras beberme el nuevo vermú y pensar un poco, con los labios y el ceño fruncidos, salí del bar decidida a recuperar a Eric, a perdonarlo si era capaz de darme una explicación mínimamente convincente, si me aseguraba que me quería y que lo de Mar había sido sólo una aventura, un polvo o unos cuantos polvos porque le aterraba lo de la boda y se había sentido un tanto confuso. Rumiaba todo esto mientras me dirigía, como una autómatas, hacia mi portal.

¿Qué iba a hacer ahora sin él y sin trabajo si no le daba otra oportunidad? ¿Morirme de pena? ¿Aguantar la mirada de condescendencia de toda la gente que nos conocía como pareja? No, no podía ser. Había que reconducir la situación por raíles sensatos y prácticos.

Estaba a punto de abrir el portal con mi llave cuando alguien tocó mi espalda. Me giré. Era Lourdes, la portera. Me miró con los ojos desvariados por el alcohol y me habló con un lenguaje apenas inteligible, aunque fui capaz de descifrar lo que quería decirme. Algo así como:

—Te voy a decir una cosa que seguro que no sabes. Yo he follado, y mucho, con tu novio.

—¿¡Quééé...!?

Pensé que lo decía porque estaba borracha y la confesión era fruto de un delirio alcohólico, o bien, de su deseo de fornicar con cualquier hombre menor que ella. ¡No, Eric no podía haber caído tan bajo!

¿Y si era verdad que Eric también era un degenerado? Porque, ¡hay que tener ganas de acostarse con esta pobre mujer! ¡No podía ser verdad! Cierto o no, aquella confidencia me impidió terminar de abrir la puerta del portal y comencé a moverme agitadamente por la acera calle arriba, calle abajo.

—¿Y qué hago ahora? ¡Desde luego no voy a volver con este degenerado! ¿Qué coño debo hacer con mi vida?

Hablaba sola en voz alta, como una tonta. Lo suelo hacer todavía cuando me encuentro muy nerviosa. Mantener diálogos conmigo misma en voz alta me relaja y, a veces, me hace llegar a buenas conclusiones.

Seguía dándole vueltas a la cabeza cuando ocurrió algo que cambiaría el resto de mi vida. De repente, la cornisa del portal número 27 de la calle Bretón de los Herreros se desprendió y cayó a menos de diez centímetros de mí. El perro de la portera, que estaba olisqueándome el bolso en busca de comida, quedó sepultado por completo y yo... Yo permanecí unos segundos absolutamente petrificada.

Durante esos segundos recuerdo haber visto pasar toda mi vida por delante de mis ojos, desde mi nacimiento hasta el momento en que había pillado a Eric follando con Mar. Todo. A mi alrededor se empezó a aglutinar gente y Lourdes gritaba desconsolada tratando de encontrar a Michel, su pastor alemán.

Había estado a punto de morir. Me había salvado por centímetros, quizá milímetros. Una señora me preguntó si me encontraba bien y me llevó a unos chinos cercanos, donde poco después me atendió una ambulancia del Samur por si acaso, pero no tenía ni un rasguño. Ni siquiera una piedrecita me había rebotado.

Estaba sorprendentemente viva. Vivita y coleando. Y, aunque cuando vi a Eric con Mar había deseado estar muerta, era mentira. Yo quería vivir, necesitaba vivir, no quería morirme. Y, por supuesto, no quería estar muerta en vida.

Demasiadas señales, totalmente evidentes, para no hacerles caso.

Primero, la gitana que me echó mal de ojo.

Luego, el despido de mi trabajo.

Después, la infidelidad de Eric y de mi mejor amiga.

Y para rematar..., re-matar... Mejor no utilizar este verbitio... La cornisa.

Definitivamente, si no le daba un giro de setecientos veinte grados a mi vida, es que era una gilipollas integral.

Y podía ser una cornuda, una excelente cornuda, incluso. Pero no una gilipollas. Y menos, integral. Así que decidí darle ese giro total a mi existencia.

CAPÍTULO 3

SIN VUELTA ATRÁS... O CON TODA LA VUELTA

Me picaban los ojos, los tenía cerrados, así que estiré el brazo derecho y me los froté con los dedos. Entonces me di cuenta de que me estaba despertando y de que me dolía la cabeza. ¡Menuda resaca! ¿Qué había hecho la noche anterior? No lo recordaba, pero, cuando por fin las fuerzas me permitieron levantar los párpados, me di cuenta de todo. Miré a mi izquierda y allí estaba él roncando, en pelotas.

Alfredo.

Y entonces lo recordé todo.

Después de tomarme más vermús charlando con el camarero para olvidar lo sucedido con Eric, movida por el despecho, decidí llamar a Alfredo para ver si seguía en pie su propuesta. En ese momento pensé que quizá emprender algún negocio con él era lo que necesitaba, aun desconociendo qué idea tenía. Así que quedamos para cenar. Un vino, un chupito de orujo, un *gin-tonic*. Y acabé en su casa. En su cama.

Fue un verdadero desastre. Se corrió demasiado rápido y yo fui incapaz de llegar al orgasmo. Horrible. Y no sé por qué me sentía culpable si mi prometido se había tirado a Mar. En definitiva, realmente no había merecido la pena. Llevaba diez años sin acostarme con nadie más que con Eric y me di cuenta de lo mal que estaba el mundo fuera.

Si me había acostado con Alfredo, por mucho que fuera por despecho, significaba que ya lo mío con Eric era insalvable. No me quedaba alguna duda, así que había llegado la hora de recuperar mi casa.

Me levanté con sigilo. No quería despedirme de Alfredo, lo mejor era una retirada, aunque fuera ya totalmente a destiempo. Pensaba ir a hacer pis y, después, largarme, pero me acordé del predictor. Y otra vez se me vino el mundo encima. ¿Habría sido capaz de acostarme con otro estando embarazada de Eric?

Rápidamente leí las instrucciones y utilicé mi primer pis para efectuar la prueba de embarazo. Los segundos de espera se me hicieron tan eternos como una película de cine ucraniano. Al fin, apareció el resultado: una carita triste.

¡Uf... Uuff... Uuufff!

No estaba embarazada.

Los vómitos del día anterior, probablemente, habían sido fruto del estrés.

Una sensación de alivio me recorrió todo el cuerpo. Me senté un momentito sobre la taza del váter. Me relajé. Cerré los ojos y respiré profundamente. ¡Dios, qué mal olía aquel inodoro! ¡Cómo podía ser tan cerdo Alfredo! Miré a mi alrededor y me di cuenta de que el lavabo estaba lleno de pelos de afeitarse. ¿Cuánto hacía que no lo limpiaba? ¿Tres meses?

Tenía que largarme de allí cuanto antes y sin hacer ruido.

Primero arrojé la prueba de embarazo a una papelera que había en el baño. Luego, cogí la ropa de la habitación y me fui al salón para vestirme. La estancia estaba presidida por un póster enmarcado de cuando el Madrid ganó la décima. Lo supe porque lo ponía en letras bien grandes en la imagen. ¿Cómo era posible que Alfredo fuera un tipo tan reconocido en el banco y tan vulgar en su vida cotidiana?

Cuando me dirigía a abrir la puerta para salir al rellano...

—Elsa... —Alfredo había aparecido a mi espalda. Me mostró en su mano el predictor—. ¿Qué es esto?

—Ni idea. —Nunca supe mentir.

—¿No estarás embarazada de mí?

¡Este tío es gilipollas! No tenía ni puñetera idea de embarazos. Lo pensé como si yo fuera una experta. Como si una criatura cuajara en cuestión de horas.

—¿Tú eres tonto? Me he hecho la prueba para ver si estaba embarazada de Eric.

—¿Y lo estás?

Definitivamente, era idiota.

—¿Es que no has visto la carita triste? No lo estoy, por suerte.

—Perdona que no tenga ningún máster en test de embarazos.

La verdad es que estaba siendo bastante áspera con él. Todo lo que me había pasado no era culpa suya, ni siquiera el desastre sexual de la noche anterior del que, sin duda, tuve más responsabilidad yo.

—Lo siento. Estoy muy nerviosa. Tengo que ir a dejar a Eric.

—¿Eso significa que te vas a dar una oportunidad conmigo?

¿Cómo...? Me pareció que Alfredo estaba confundiendo la situación. Él carecía totalmente de importancia alguna en mis decisiones.

—No, Alfredo. No es el momento. Créeme, ahora no soy la persona más indicada con la que iniciar una relación.

—¿Y lo de la *start-up* que te conté? ¿Qué te pareció la idea?

—¿Lo de la web de experiencias para madridistas dispersos por el mundo...? ¡No lo veo! Lo siento, Alfredo. Me tengo que ir.

Y, por fin, me fui.

Miré el móvil por primera vez desde que me había despertado. Siete llamadas perdidas de Eric y tres de Mar. Además, tenía numerosos WhatsApps de los dos.

ERIC: He sido un gilipollas.

ERIC: No sé qué se me pasó por la cabeza. La he cagado de verdad.

ERIC: Te juro que ha sido sólo una vez. Me sentí atraído por ella. No sé, hacía tanto que no estaba con otra mujer que perdí la cabeza. Pero fue ella la que me buscó.

ERIC: Por favor, chiqui, dame otra oportunidad.

ERIC: Te quiero a ti. No a ella. Te lo juro.

ERIC: Te suplico que no me dejes.

* * *

MAR: Amiga, perdóname. Lo siento, te he fallado. No sé qué me pasó. Eric tonteaba mucho conmigo y empezamos a quedar a tus espaldas. Me sentí fatal, pero, a la vez, me pillé mucho por él. Me decía que no estaba bien contigo y que no estaba seguro de la boda. Ahora quiere estar contigo y yo estoy hecha polvo. Me siento fatal por partida doble. Entiendo si no quieres volver a saber nada más de mí. Yo haría lo mismo.

Leí esos mensajes y, cosa extraña, los encontré totalmente ajenos a mí, como si yo estuviera en otra fase de mi existencia.

Cuando llegué a casa, Eric estaba abstraído frente al ordenador. Me miró.

—Chiqui, lo siento. Soy un hijoputa, lo sé. ¿Te importa si hablamos...? — me propuso con cara de cordero degollado.

—No hay nada que hablar. ¡Coge tus cosas y vete!

—Elsa, por favor, escúchame...

Lo miré con expresión glacial mientras se incorporaba dubitativo y le espeté a bocajarro:

—Eric, ayer me acosté con Alfredo, mi compañero del banco. Creo sinceramente que lo nuestro ya no tiene arreglo. Por favor, si no te importa, esta es mi casa. Así que recoge tus cosas y márchate. Para siempre. —Se quedó mudo. No esperaba que hubiera sido capaz de acostarme con otro. Ni yo misma lo esperaba—. Voy a desayunar al bar de al lado. Tienes treinta minutos para recogerlo todo. Cuando vuelva, espero no verte aquí.

Bajé a la calle. Cuando salí del portal, me topé con Lourdes, la portera. Ya iba bien colocada a las diez de la mañana. Me crucé con ella sin saludarla, pero luego me lo pensé mejor, me giré y le solté:

—Ya te lo puedes follar si quieres.

—¿A quién? —Me creo que no supiera de quién hablaba.

—Al cabrón de mi novio. Le he dejado.

—¿En serio?

—Sí, pero no creo que sea tu tipo. No eres rubia ni eres amiga mía. Y, además, eres una vieja borracha.

Sin esperar contestación, me encaminé al bar de Aitor. La indignación parecía haberseme metabolizado en hambre, ya que sentía unas imperiosas ganas de una gran tostada con aceite de oliva, tomate y sal, aparte de un sabroso café. Y, sobre todo, necesitaba planificar mi nueva vida.

Entré y me dirigí a la barra.

—Hombre, tú por aquí. Digo... Mujer, tú por aquí.

Reí abiertamente como válvula de escape a mi combustionada situación anímica.

—Sí, por ahora soy mujer. Aunque, tal como van las cosas, voy a contemplar seriamente cambiarme de sexo.

—¿Has tomado una decisión?

—Sí.

En ese momento se nos acercó un señor de unos sesenta años y sombrero que había estado desayunando en la mesa del fondo.

—Aitor, hijo, ¿cuándo te vas?

—Dentro de quince o veinte días —le contestó el camarero.

—¿Tienes ya decidida la ruta? —se interesó el hombre.

—Sí, lo tengo todo programado. Empiezo por Estados Unidos. Luego bajo toda Latinoamérica. Me cruzo de nuevo el charco hasta África y, después, Asia, para terminar en Nueva Zelanda, que es mi sueño.

—Qué envidia me das, chaval. Si yo tuviera tu edad, a mí no me paraba

nadie. Pero entonces eran otros tiempos.

—No se preocupe, don Luis, que a la vuelta se lo cuento yo todo.

El hombre se despidió y se marchó. Yo miré a Aitor.

—Menudo pedazo de viaje, ¿no?

—Sí, la vuelta al mundo. —Esbozó una amplia sonrisa—. Me he comprado un *Round the World Ticket*.

—¿Qué es eso? —comencé a interesarme.

—Una especie de bono de viaje. Tienes derecho a cinco vuelos transoceánicos en un año y vale relativamente barato para lo que es en realidad.

Mi cabeza comenzó a bullir a toda velocidad, como si la información de Aitor le hubiera activado el turbo. Yo sólo había estado en París y en Londres, ya que Eric no era muy de viajar porque decía que en vacaciones quería descansar, así que prefería tirarse en la playa más cercana a Madrid antes que traspasar la frontera. Quizá esta fuera mi oportunidad de conocer mundo, de sentirme viva, de encontrarme a mí misma.

¡Un año sabático!

¡Un año para mí sola!

Iba a tener un buen dinero gracias a la indemnización y podía alquilar mi casa. Sólo con la mensualidad de esta me daría para viajar. Y, no sé, por el camino, podría hacer fotos. ¡Eso es! Quizá me podría convertir en fotógrafa de viajes y trabajar para alguna revista, para alguna web. Las perspectivas comenzaban a afluir caudalosamente a mi mente. Parecía que encontraba el camino. Claro que, no me quería engañar, una de las razones de haber viajado tan poco en mis casi treinta años de vida era mi pánico incontrolable a los aviones. Pero hasta me veía con fuerzas de superarlo. ¿Y mis padres? ¿Un año entero sin ver a mis padres y a mi hermano? No sé cómo lo iban a llevar ellos ni cómo lo iba a llevar yo...

—¡Despierta! —Aitor me dio un susto de muerte. Casi me da un infarto y me quedo sin viaje—. ¿No te animas a dar la vuelta al mundo conmigo, ahora que tienes tiempo? —me sugirió el camarero, medio en broma, medio en serio, aunque, eso sí, sin quitarme los ojos de los pechos.

—A los dos días estarías hasta los huevos de mí —le contesté también medio en broma, medio en serio.

Aitor soltó una sonora carcajada, mientras me aseguraba que eso no sucedería nunca.

Continué el desayuno a la vez que, con mi excitada imaginación, visitaba lugares de ensueño, culturas lejanas y conocía a multitud de personas interesantes que me encontraba por el camino.

Al acabar y, tras despedirme de Aitor, me dirigí a una tienda de fotografía y vídeo situada a dos manzanas. Me rondaba en la cabeza una espectacular cámara que exhibía en su escaparate. Muchas veces, desde que comencé a aficionarme a la fotografía, había pasado por allí dudando si comprármela o no. Si me fuera a dar la vuelta al mundo, aquella cámara debía ser mi verdadera compañera de viaje. Así dejaría constancia de los lugares visitados con la mejor calidad posible.

Si me decidía a dar la vuelta al mundo, jamás me iría con Aitor. Por varios motivos: en primer lugar, porque le conocía desde hacía sólo un día. Por otra parte, quería demostrarme a mí misma que podía hacerlo sola, pese a mi miedo cervical a la soledad. No tenía que someterme a la ruta que él había elegido y así poder diseñar yo la mía propia. Y, por último, no me apetecía en absoluto encamarme con él, tal como el camarero, sin duda alguna, estaría pensando. Para nada.

La cámara, una Canon, a pesar de la rebajita que conseguí con mis regateos, un diez por ciento sobre el precio etiquetado, me costó un dineral. Y encima, al llegar a casa, me entraron las dudas sobre la compra. ¿Realmente le iba a dar un buen uso? ¿De verdad iba a ir a dar la vuelta al mundo? ¿Iba a ser capaz de tal hazaña cuando hasta hace poco me daba miedo ir sola al centro de Madrid por si me pasaba algo?

Claro que sí. Yo tenía que ser una mujer del siglo XXI. Independiente y decidida.

De forma inconsciente recorrí el piso buscando a Eric. Esperaba encontrarlo allí para consultarle mi decisión. ¿Era gilipollas o qué? Me había acostumbrado a consultarlo todo con él y parecía que no supiera yo tomar mis propias decisiones. Eric se había llevado todas sus cosas y, de repente, el piso se me hacía enorme. Sentía un vacío gigantesco, como cuando llevas ocho horas sin comer y te parece que tienes un agujero en el estómago.

Abrí mi portátil y busqué en Google «*Round The World Ticket*». Descubrí que había una página llamada así y que tú podías diseñar la ruta que querías hacer y te daba el precio. ¿Qué ruta podía hacer? Quería ir a Nueva York, eso lo tenía claro. Y a Tailandia, todo el mundo hablaba maravillas de sus playas. Y a Brasil, a bailar samba. ¡Cuántas dudas! Debía pensarlo bien, pero cada

vez estaba más decidida a hacer ese fantástico viaje. Ojito, Brasil era un país inseguro. ¿Y si me atracaban? Peor aún, ¿y si me violaban? Pero, qué narices, ¿por qué me tenía que pasar a mí?

Eché mis cuentas y, la verdad, el precio no subía demasiado.

Quizá me iría mejor viajando acompañada. Podría aceptar la oferta de Aitor. Pero no, tenía que demostrarme a mí misma que era una mujer independiente. Quizá podría convencer a alguna de mis amigas para que fuera conmigo. Y pensé en Mar. ¿Mar...? ¡Imposible, nunca le perdonaría su traición! Y el resto de mis compis más cercanas poseían un trabajo fijo o un novio estable del que no querrían prescindir durante un año. Y encima, casi ninguna tenía un euro.

De repente, cayó sobre mi ánimo una plaga de dudas. Así que decidí echarlo a suertes. Que decidiera la divina providencia. Saqué un euro del monedero, que tenía en el bolso. Lo iba a lanzar. Si salía cara, me iba a dar la vuelta al mundo. Si salía cruz, trataba de reconducir mi vida en España. Tiré la moneda hacia arriba. La seguí con la mirada en unos segundos que me parecieron eternos y...

¡Vaya mierda de moneda! Cayó en el sofá y rodó por él hasta quedar de canto entre los dos cojines.

¡Pero qué coño! ¡Si yo quiero hacer el viaje, por qué hago la gilipollez de echarlo a suertes! ¿Cuándo iba a tener una oportunidad así?

Tenía que hablar con mis padres y con mi hermano.

Llamé a mi madre...

—Hola, hija —me contestó acelerada, como siempre—. Que estoy pensando que por qué no regalamos aceite del tío Pedro en la boda. En botellitas pequeñas, por supuesto, tampoco hay que pasarse. ¿Y tú qué haces? ¿Qué tal el trabajo?

—Pues mira, que hoy he salido antes a tomar un café con mi amiga Sandra. ¿Sabes que ha decidido irse un año a dar la vuelta al mundo?

—¿En serio? ¡Eso me gustaría a mí! Ay, si tuviera veinte años. Hay tantas cosas que haría si volviera atrás.

—¿En serio lo harías?

—Completamente en serio. Yo es que conocí muy joven a tu padre, ¿sabes? Y como a él le da miedo volar... Bueno, y a mí.

—Quizá yo todavía esté a tiempo.

—No, hija, ya es tarde para ti. Tienes una boda en marcha y un trabajo fijo

y tal como están las cosas, ni lo uno ni lo otro es fácil.

—Tienes razón, mamá. Te dejo, que me reclama Sandra para contármelo todo, ¿vale?

Cuando colgué ya había tomado la decisión.

Me iba.

Así que al fin de semana siguiente me fui a Linares, donde mis padres se habían establecido cuando se prejubilieron, a los sesenta años. Los dos habían sido profesores y habían cumplido treinta años de servicio al Estado.

¡Uff, demasiadas noticias negativas que darles! Que me había quedado sin trabajo, que lo había dejado con Eric y ya no me casaba, y que me iba a dar la vuelta al mundo. Nada más y nada menos.

Mi madre me recibió muy contenta de que fuera para allá, porque así iba a tener tiempo para probarme el vestido de su amigo Mauri.

—¡Prepárate, Elsitita, que nos vamos!

—¿Que nos vamos adónde?

—¡Que Mauri nos ha hecho un hueco!

Y no tuve los ovarios de decirle nada. Así que nos fuimos al estudio de Mauri y me probé hasta cuatro vestidos. Mi madre lloraba cada vez que me veía con uno puesto. Por supuesto, fue ella quien decidió el que me quedaba mejor, a pesar de que no era el que a mí más me gustaba. Estaba tan ilusionada con la boda. ¿Cómo le iba a decir que no? Por un momento, me dieron ganas de llamar a Eric y de arreglarlo todo. Pero que no, que yo no me iba a casar, que se había terminado todo. Pero mi progenitora estaba emocionadísima.

Yo no hacía nada más que probarme vestidos sin fijarme realmente en cómo eran o en si me quedaban bien.

—Este te queda fenomenal —comentó Mauri—. Aunque yo no lo recuerdo, apostarí a que estaba pensando en ti cuando lo concebí.

—¡No, no me gusta! Lo veo demasiado tapado. ¡Mauri, sácame otro donde haya más alegría! —ordenó la señora Martos.

El diseñador hizo una mueca por el agravio, pero sacó otra de sus obras, que yo me puse mecánicamente, como ausente.

—Hija, ¿qué te pasa? —Mi madre me acarició la mejilla—. Parece que estuvieras probándote ropa para un entierro.

El amigo de mi madre, viendo peligrar su venta, quiso que continuara el desfile.

—¡Este sí que es alegre! ¡Mira cómo se le ve el canalillo! —Se emocionó el diseñador.

—Por eso mismo, Mauri. ¡Te has pasado! ¡Que no es la boda de Ana Obregón! Ni tanto ni tan calvo.

Dicen que a la tercera va la vencida y Mauri me sacó un nuevo ejemplar, con el que rápidamente vestí mi cuerpo forzando una sonrisa.

—¡Este sí que es! —exclamó el amigo de mi madre—. ¡Ni yo lo hubiera hecho mejor! ¡Ah, si lo he diseñado yo, qué tonto!

Miré a mi madre y unos lagrimones caían por su rostro. Estaba visiblemente emocionada. Comprendí que habíamos dado con el vestido ideal.

Me miré al espejo y, aunque esté mal decirlo, estaba preciosa.

Y, de repente, se me escapó el misil que llevaba en la recámara.

—¡Mamá...! ¡Eric me ha puesto los cuernos y ya no me voy a casar!

El diseñador y mi madre me miraron estupefactos. El primero al borde de un estallido cardíaco y la autora de mis días coqueteando con un ictus fulminante, a juzgar por el desvarío de su mirada.

Ya en casa y recuperada mamá a duras penas del ataque de ansiedad a base de orfidales, y con la presencia de papá y de mi hermano, les conté del tirón lo del curro, lo de los cuernos de Eric con mi mejor amiga y nuestra ruptura.

—No te agobies, hija, por lo del trabajo. Tienes buen currículum y seguro que encuentras algo pronto. —Mi padre estaba muy orgulloso de su primogénita y pensaba que todas las empresas se iban a pelear por mí.

—Y lo de Eric, hija, seguro que ha sido un desliz y podrás perdonarlo. Yo, una vez, perdoné a tu padre, ¿verdad, Alfredo? —soltó así, de sopetón, y el aludido, es decir, papá, tuvo el clásico ataque de tos para ganar tiempo y poder organizar la defensa frente a tamaña acusación.

¿Cómo? ¿Qué había dicho mi madre, que mi padre le había puesto los cuernos? Nunca lo hubiéramos sospechado mi hermano Fran y yo. ¿Y por qué mamá lo decía ahora así, a lo bruto? Para mí podría suponer un *shock*. Y no te digo nada para Fran, que tenía a mi padre en un pedestal.

—¿Se puede saber cuándo te he puesto yo los cuernos, Pilar?

—No me digas que no te acuerdas... —le recriminó la interpelada.

—Pues se me debe de haber adelantado el Alzheimer, porque ha desaparecido de mi memoria.

Fran y yo los mirábamos anonadados, no sin cierto morbo, como cuando

veíamos un programa del corazón en la tele y deseábamos saber más sobre el pasado de los personajes.

—¡No me puedo creer que no te acuerdes! —se enervó mi madre—. Llevábamos dos meses saliendo y un día fuimos a bailar a la discoteca del pueblo, y la Puri, la hija del farmacéutico, que como era rica se creía que podía hacer cualquier cosa, te sacó al baile y te dio un pico.

—¿Mujer, pero todavía sigues con eso? Te he dicho mil veces que no me dio ningún beso, que yo me aparté. Vamos, que le hice, como dicen ahora, la cobra.

—Sí, Alfredo, pero no del todo. No te besó en los labios, pero sí en la mejilla. ¡Anda que no me quitó a mí noches de sueño aquello!

—Pero es que es una tontería y sucedió hace más de treinta años.

—Sí, treinta años, pero todavía no me has pedido perdón.

—Pilar, por Dios...

—¿Cómo que por Dios? Si no hubiera estado yo en el baile, seguro que te la llevas a la cama.

Mi hermano y yo nos miramos con la sonrisa en la cara, aliviados por el alcance de los «cuernos paternos». Mi madre podría servir perfectamente para ser actriz de un melodrama.

—¡Bueno, ya está bien! —tuve que poner orden—. Lo de papá no tiene nada que ver con lo que me ha hecho Eric. Pero no os preocupéis, que yo estoy bien. Me he dado cuenta de que hace tiempo que estaba con él por inercia e, inconscientemente, tenía muchas dudas sobre la boda... Y bueno, hay algo más que os quiero contar.

—¿Más? —Mi madre miró a mi padre—. ¿Pero es que hay más? Hija, vas a darnos más noticias que el *Sálvame* ese.

—Sí, hasta ahora os he contado lo malo, ahora viene lo bueno.

—¡Menos mal! —exclamó aliviada la autora de mis días.

—¡Me voy a dar la vuelta al mundo durante un año...! —solté de un tirón.

El remate de mi «telediario», nunca mejor dicho, remató a mis padres, no así a mi hermano Fran, que se enardecía con una pregunta cargada de entusiasmo.

—¿¡De verdad, tía!?

Papá fue el primero en reaccionar desde su acendrada educación en la cultura del trabajo.

—¿Y vas a estar un año sin trabajar?

Mamá, por fin, logró cerrar la boca y activar, a duras penas, su mecanismo de fonación.

—¿Te vas a ir con tu amiga Sandra? Ah, ya lo veo, lo de Sandra era mentira, sólo me estabas tanteando, ¿no? ¿No te habrás enrollado con un perroflauta de esos...? ¿No serás tú quien le ha puesto los cuernos a Eric?

—No, mamá. Me voy sola.

—¡¡¿Soooola...?! ¿Túúú, un viaje por el mundo solaaa cuando antes de acostarte todavía miras debajo de la cama a ver si hay alguien?

—Mola, tía, ¿me puedo ir contigo? —se autoinvitó mi hermano.

Tenía que dar respuestas a todo, y rápidas, porque ya era un milagro que mamá todavía continuara viva en este mundo...

—A ver, por partes. Sí, voy a estar un año sin trabajar. No podré cobrar el paro al estar fuera de España. Pero no pasa nada, me han dado una buena indemnización y tengo algo de dinero ahorrado. También voy a alquilar el piso de la abuela como apartamento turístico. —Mis palabras parecieron tranquilizar a mi padre—. Por otra parte, me he comprado una cámara buenísima y voy a intentar vender las fotos que vaya haciendo a lo largo del viaje. Así que, papá, tranquilo. El tema económico está resuelto. —Luego, giré la cabeza hacia mi madre, cuya mirada descarriada parecía una boya marítima sin amarra—. No me voy con nadie, mamá. Me voy sola. Tengo casi treinta años y quiero demostrarme a mí misma que soy una mujer independiente. Las cosas no son ya como en tus tiempos. Y sí, miro muchas noches debajo de la cama. Y precisamente para quitarme ese miedo necesito este viaje.

—Pero... ¿y si te atracan? ¿Y si te violan? ¿Y qué va a pensar la gente al ver a una chica tan mona como tú por ahí sola?

—No van a pensar nada. Y no te preocupes por nada, mamá, yo ya soy mayorcita y sé cuidar de mí misma.

—Pero si tienes pánico a volar y te atracas antes de lexatines y orfidales — insistió mi madre.

—Eso es verdad. —El cuerpo se me estremeció—. Razón de más para sobreponerme. Ya es hora de dejar de tener ese miedo tonto. —Y, por último, me tocó responder a mi hermano—: Y, Fran, lo siento mucho, pero no te puedes venir conmigo. Quiero ir sola. Lo tengo archidecidido. Además, si tú me acompañaras, estaríamos peleándonos todo el viaje. Y yo quiero seguir siendo tu hermana. ¿Entendido...?

—Okay, tía. Si te parece bien, te creo una web para que vayas subiendo las fotos.

—Gracias, hermanito, eres un sol.

Fran, desarrollador y diseñador de páginas webs, trabajaba para una empresa de Jaén. Y, la verdad, tenía mucho criterio, era un auténtico cerebritito. Yo no había pensado en la web y la consideré una idea estupenda.

—¿Y tienes pensada la ruta? —Mi padre parecía comenzar a aceptar, como irremediable, mi decisión viajera.

—Sólo tengo claro que quiero ir a Tailandia, a Estados Unidos y a Brasil.

—¡No, a Brasil no, que allí hay muchos violadores! ¡Y en Tailandia, muchos atracadores! —soltó atropellada mi madre.

Mamá, erre que erre. Incansable como un *runner*. Pertinaz como la sequía almeriense. Hasta que papá lanzó uno de sus inconscientes zascas, casi siempre con daños colaterales.

—¿Sabes, hija? A mí me habría encantado hacer lo que tú vas a hacer, pero conocí a tu madre y para ella, ya sabes, viajar por el mundo es ir en autobús a Benidorm.

—Dijo el que está viendo fútbol todo el día y no se levanta del sofá ni para hacer pis —contraatacó mi progenitora.

—Pero eso es ahora, mamá —terció mi hermano.

—Ahora y siempre —pontificó mi madre y, luchadora como una samurái, volvió a la carga conmigo—: ¿Y, Elsita, cómo te vas a desenvolver? Porque tú de inglés, hija mía, andas un poco justita.

Pasé por alto lo de «Elsita» por aquello de que el matricidio no es una de las bellas artes. Tenía que resistir el ataque de mi madre, que comenzaba a sacar artillería pesada para chantajearme.

—Pues tienes razón, igual debería comenzar el viaje en un país angloparlante y hacer un curso intensivo que me sirva para el resto del viaje.

—Pues la primera escala en Nueva York —sugirió el coautor de mis días.

—En Nueva York puedes sobrevivir sin saber decir «Hello» —intervino mi hermano—. Porque está lleno de latinos y españoles, y aprenderías muy poco inglés.

—También puedes empezar por Australia. Siempre quise ir a Australia —apuntó de nuevo mi padre.

—Ya, a saltar con los canguros —ironizó mi madre y luego sacó de nuevo su Kalashnikov emocional—: ¿Sabrás, hija, que, si te vas, estaremos

trescientos sesenta y cinco días pensando que te pueda pasar algo?

—No os preocupéis, haremos videoconferencias por Skype. Os iré informando con frecuencia del viaje. Con internet, las distancias no existen.

—Ya sabes que si le pasa algo a tu padre, no llegar al entierro, que no está ya para muchos aleluyas —arreó—. Le puede dar un infarto en cualquier momento. Tiene el colesterol por la estratosfera.

—¡Joder, Pilar! —protestó él, y con razón.

Mi padre se había levantado a por la tableta y estaba mirando en los mapas las principales ciudades de Australia. Era un loco de la geografía. Se conocía prácticamente todos los pueblos de España por su nombre y numerosas poblaciones del extranjero. Cuando de pequeños estábamos viendo una película americana y hablaban, por ejemplo, de una ciudad de Wisconsin, cogía un viejo atlas y la localizaba enseguida. Se sabía también, de memoria, todos los estados norteamericanos y su ubicación en el mapa de Estados Unidos sin haber saltado nunca el charco.

—¿Por qué me va a dar el infarto a mí, no te jode? A lo mejor te da a ti un soponcio, con las dichas dietas que empiezas todos los lunes.

—Y menos que voy a comer con la niña por ahí —continuó mi madre con su metralla.

—Mamá, papá y tú, Fran, estáis todos estupendos. No os va a pasar nada. Debéis entender que necesito hacer esto. Que ahora tengo la oportunidad de largarme por el mundo, y si no lo hago, me arrepentiré toda mi vida.

—Di que sí, hija. Hazlo. Yo te apoyo, y a lo mejor te podemos acompañar nosotros en alguna parte del viaje. Por ejemplo, en Argentina. —Miró a mi madre—. ¿No, Pilar?

—No, Agustín, no.

Mamá, vencida, se levantó y, llorando si tenía que llorar, fue a encerrarse en su habitación. Papá sentenció que se le pasaría pronto y los tres comenzamos a buscar en los mapas qué lugares podría visitar.

El resto del fin de semana mi madre apenas despegó los labios, algo insólito, mientras nosotros seguíamos trazando mi ruta. El billete era bastante flexible en cuanto a las fechas, pero sí debía tener previstos los cinco vuelos de antemano.

De regreso a Madrid, repasé a fondo la ruta elegida sin olvidar un minuto que mi madre me había negado la palabra. Con su chantaje emocional me estaba haciendo dudar de si realmente estaba siendo una mala hija o no.

Más o menos, este sería el periplo de mi siguiente año: primero volaría a Australia, allí seguro que no habría latinos ni españoles por lo lejos que estaba. Esto me permitiría estudiar un curso de inglés de tres meses en Shafston College, un centro que había encontrado por internet. Luego pasaría al sudeste asiático, para visitar países como Tailandia o Vietnam. El tercer vuelo sería de allí a Estados Unidos, a la Costa Este. Siempre quise visitar Nueva York. Por las películas. De allí volaría a América del Sur, Brasil y Argentina, donde, a lo mejor, me encontraría con mi familia, si mamá se había olvidado para entonces del disgusto. Y, finalmente, el quinto vuelo sería de vuelta a España, dentro de un año.

Trazado el viaje, sólo me quedaba hacer clic para comprar. Pero no dejaba de pensar en mi madre. La conocía, sabía que estaría un tiempo sin hablarme y luego se le pasaría. Había sido así toda la vida cuando se enfurruñaba por algo con su marido o con sus hijos.

Sólo tenía que darle al clic para comprar...

De repente, comenzó a sonar mi teléfono. Era Alfredo. ¿Para qué me quería el plasta? Pasé de contestar.

Sólo tenía que darle al clic para comprar.

Volvió a sonar el teléfono. Qué pesado, Alfredo. Miré la pantalla. No era Alfredo, era Eric. No me había vuelto a llamar desde que se fue de mi casa. Nuevas dudas. ¿Contestaba? Miré a la pantalla del ordenador.

Sólo tenía que hacer clic en el botón de comprar.

Decidí no aceptar la llamada e iba a hacer clic por fin cuando sonó el pitido de WhatsApp. Caí en la tentación de curiosear el mensaje.

ERIC: No me importa que te acostaras con el pringado ese. Yo quiero volver contigo. Desde que me fui de casa no duermo y sólo pienso en lo gilipollas que he sido. Por favor, dame otra oportunidad. Sólo una más. Por favor. No volveré a fallarte, te lo prometo.

Joder, qué momento para recibir el mensaje. ¿Y si le daba otra oportunidad? ¿Tantos años juntos? ¿Y si le pedía a Eric que se viniera conmigo al viaje?

Miré la pantalla del ordenador.

Sólo tenía que hacer clic en el botón de comprar.

Le di la vuelta al móvil, poniendo la pantalla boca abajo sobre la mesa.

Hice clic sobre el botón de comprar.

Y el billete no admitía anulación, salvo que pagara bastante más.

No había vuelta atrás.

«*Alea iacta est!*», dijo alguien famoso hace mucho tiempo.

¡¡Clic!!!

CAPÍTULO 4

¡ATENCIÓN, PELIGRO, ELSA EN UN AVIÓN!

Estuve un mes preparándome para la partida. Un mes en el que mi madre disminuyó un noventa por ciento el número de llamadas a mi móvil. Y eso era lo que más me taladraba la cabeza. Pero la decisión estaba tomada y había pagado el billete. Otra cosa no, pero agarrada era yo un rato. Mi padre me había enseñado a serlo, porque a él le había costado mucho trabajo y esfuerzo ganarse el pan, y me había educado en el estricto cálculo de las cuentas para encontrar siempre la mejor solución en la relación calidad-precio. Así que ya había pagado y me iba a ir.

Durante el último mes perfilé la ruta inicial. Pasaría tres meses en Australia, en Brisbane, estudiando inglés en el Shafston College. Después, un mes más viajando por el país. Más tarde, volaría al sudeste asiático donde me comían las ganas de visitar Tailandia, Laos, Vietnam y Camboya. Desde allí, tomaría un avión, ay, qué miedo, a Nueva York para establecerme unos cuarenta días en la Gran Manzana. Posteriormente, volaría a Sudamérica, para centrarme en países como Brasil o Argentina. No sonaba mal, ¿verdad?

Realicé todo el papeleo de mi finiquito con el banco y el dinero llegó pronto a mi cuenta. Y di de alta mi piso en varias plataformas de alquiler de apartamentos turísticos. La ubicación era perfecta y esperaba que no me faltaran clientes. Podía gestionarlo todo a través de internet y acordé con mi vecina Julieta, la del cuarto, que estaba en el paro, que ella recibiría a los viajeros y se encargaría de la limpieza. Otra gestión terminada.

Por otro lado, para no cargar con mucho peso, decidí ir comprándome las guías de cada país según fuera llegando a él. Así que, de momento, sólo adquirí la de Australia. En principio, en español. Mientras, buceé todo lo que pude en internet, encontrando varios blogs de viajeros muy interesantes. Descubrí que había gente que viajaba continuamente gracias a que

encontraban fuentes de ingresos que yo desconocía. Se hacían llamar nómadas digitales. Si le cogía el gustillo este año, a lo mejor me podía plantear repetir la aventura en el futuro.

En el ajetreado último mes, también tuve que tramitar el visado para Australia, un país muy estricto con la inmigración. Como poseía la matrícula del curso de inglés, entraría como estudiante y con derecho a trabajar a tiempo parcial.

Y ya me quedaba lo último, prepararme mentalmente para lo que más temía, el viaje en avión. Sí, ya había montado dos veces antes, pero fueron experiencias horribles, a pesar de que Eric viajaba a mi lado. Tenía pánico a que el enorme pajarraco metálico se estrellase en las montañas y agarraba tan fuerte la mano de mi novio que, al llegar al destino, el pobre tenía el brazo lleno de marcas provocadas por mis uñas.

Pero... ¿a quién le iba a clavar las uñas ahora? ¿A un desconocido? ¡Pobre del que o de la que se sentara a mi lado!

Para colmo, dos días antes del vuelo me topé con un vídeo yihadista en un periódico digital, afirmando que se habían hecho con un arsenal del ejército sirio y amenazaban con derribar cualquier avión que sobrevolase el país.

Rápidamente, busqué en internet el trayecto de mi vuelo a Australia y me pareció observar que para ir de Madrid a Brisbane había que sobrevolar Siria. No, Elsa, no. ¿Cómo iba una compañía aérea a sobrevolar ese país en guerra, dominado en buena parte por los radicales islámicos? ¡No, no, imposible!

No me convencí a mí misma y me puse tan nerviosa que comencé a caminar de un lado a otro de mi salón. ¡Ay, Dios mío, y si derribaban el Airbus en el que viajaría por encima de ese país! Porque a los terroristas, estaba claro, les molaba el tema de los aviones, no había más que recordar el 11-S y las Torres Gemelas. Fui a la cocina y me preparé una tila. Estaba claro que estaba sacando las cosas de quicio.

Justo estaba metiendo la bolsita de la infusión en una taza con agua caliente, cuando sonó el timbre del piso. ¿Quién sería? Quizá fuera Julieta, para aclarar algún punto referente al alquiler turístico. Observé por la mirilla y, joder, vi a Eric. ¡Puf! No estaba preparada para verle, y menos cuando temía morir en un atentado terrorista.

—Elsa —medio gritó—. Sé que estás ahí. Sólo he venido a recoger algunas cosas que me dejé olvidadas. ¡Abre, por favor!

Era verdad que no se lo había llevado todo. El día que se fue no pudo

cargar con la totalidad de sus discos, libros y películas. Así que, con muchas dudas, terminé abriendo la puerta.

—Gracias. Me han dejado un coche y podré llevármelo todo.

Estaba mucho más delgado, aunque había pasado un mes nada más. Seguro que estaba comiendo sólo regular. Cocinaba bien cuando lo hacía para los dos, pero si, por lo que fuese, debía preparar comida para él únicamente, le daba pereza. Estaba segura de que nunca cenaba. Aunque, tenía que reconocerlo, lo veía más guapo porque durante nuestros últimos meses juntos, quizá fruto de la relajación, había cogido unos kilillos. Lo invité a pasar.

Al entrar, vio mi mochila casi preparada para mi viaje.

—¿Te vas a algún sitio?

—Un año fuera de España.

—¿Adónde?

—A muchos sitios, una vuelta al mundo. —No sé por qué se lo contaba, no tenía por qué.

Al oír esto, me miró con los ojos desencajados. Como si, de repente, se le hubiera desmontado el guion que tenía previsto. Estaba segura de que Eric había preparado minuciosamente un discurso. Lo conocía de sobra.

—Pero si te da pánico volar. ¿A quién le vas a clavar las uñas si no estoy yo a tu lado? —En ese momento, volví a pensar en Siria y en el ISIS. Debí poner cara de pánico porque me planteó—: ¿Y... si me voy contigo...? —La propuesta me cogió desprevenida—. Te he echado de menos, de verdad. No puedo vivir sin ti. El viaje podría ser una excelente terapia para los dos.

Lo cierto es que yo seguía sintiendo un gran vacío en mi vida y en mi cama. Y muchas veces desde la ruptura había deseado que Eric estuviera a mi lado para apoyarme en él, tanto física como anímicamente.

—Yo también te he echado de menos, Eric. Pero lo nuestro no tiene solución.

—¡Joder, fui un gilipollas! ¿Cómo pude ser tan idiota?

—Ya no es por lo de Mar. Eso fue sólo la consecuencia. No estábamos bien. Ni tú ni yo. Si no, eso no habría pasado.

—Déjame ir contigo, por favor. Volveremos a estar ilusionados a tope. Te lo prometo.

La tentación era grande. Así tendría a alguien a quien clavarle las uñas durante los vuelos. Pero no, aparte de un poco agarrada, también era

cabezota. Me costaba decidirme, pero cuando, por fin, tomaba una determinación, ya no había vuelta atrás.

—No puedo, Eric, está decidido. Lo tuyo y lo mío se acabó definitivamente. Y el viaje lo debo hacer sola. Tengo que encontrarme a mí misma y retomar las riendas de mi vida. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. Bueno, supongo que no me queda más remedio.

Eric recogió sus pertenencias en silencio. Realizó un par de viajes al coche, que milagrosamente había conseguido aparcar en un barrio tan congestionado como el mío, y llegó la hora de la despedida. Nos miramos por unos segundos, sin saber cómo reaccionar. Finalmente, nos dimos un abrazo, un largo abrazo.

—Espero que, cuando vuelva, podamos ser amigos.

—Por supuesto, Elsa... Buen viaje.

Y se marchó.

Me alegré de haber visto a Eric antes de marcharme. De alguna forma, sentía que, a pesar de todo, no debíamos convertirnos en enemigos. Haber podido mantener una pequeña conversación civilizada con él antes de partir me había sentado bien. Había cerrado una puerta y me tocaba abrir otra, la de la Elsa viajera.

Dos días después, mis padres me acompañaron al aeropuerto. Mi vuelo partía de la T4 hacia Londres. En la capital inglesa haría escala para tomar otro avión hacia Kuala Lumpur. Segundo transbordo. Y desde allí, por fin, llegaría hasta Brisbane. Entre vuelos y escalas serían un total de treinta y seis horas. No quería ni pensarlo porque si no, me daría un yuyu.

Y llegó la despedida.

Mi hermano me dio un beso y un gran abrazo.

—Te odio. Me das una envidia que te cagas —me susurró al oído.

—Créeme. Me odiarías más si te vinieras conmigo.

Finalmente, me entregó un papel doblado con varias anotaciones.

—Son las claves de la web y del gestor de contenidos. Lo acabé anoche a las tres de la madrugada. Espero que te guste, pero podemos hacer cualquier cambio. Me lo dices por WhatsApp.

—Gracias, hermanito. Eres el mejor del mundo.

Mi padre me dio un abrazo.

—Hija, a mí también me das envidia. Mándame ubicación de cada pueblo o ciudad que visites, ¿vale? Quiero seguir tu ruta y voy a hacerte un mapa

para cuando vuelvas con todos los sitios donde hayas estado, ¿vale?

Don Agustín Navas y su obsesión por la geografía. Lo curioso es que fue profesor de matemáticas, nada que ver con ciudades, países o carreteras.

—Lo haré, papá. No te preocupes.

—Y nos vemos en Argentina —me comentó bajito para que mi madre no le oyera—. No te preocupes, ya convenceré a quien tú sabes.

Y llegó el turno de mamá.

—Siento lo enfadada que he sido, hija. —Insólito, mi madre pidiendo perdón—. Ya eres mayorcita y tienes que tomar tus propias decisiones, pero entiende que voy a sufrir un calvario y te voy a echar mucho de menos.

—Claro, mamá. Y yo a ti. A todos vosotros. Pero, créeme, necesito hacer este viaje.

La mujer que me trajo al mundo me dio su particular beso metralleta y su abrazo duró más de un minuto.

—Y no te fíes de nadie. Que los extranjeros son todos muy raros. Cualquiera cosa que te pase, me llamas y vamos a buscarte.

—Mamá, pero si temes al avión mucho más que yo.

—Me da igual. Y cuidado con que te metan droga en la maleta cuando vayas a pasar el control de equipajes en los aeropuertos. Que lo he visto en un programa de la Cuatro. Y recuerda que las cárceles de Tailandia son horribles. —Me tendió una bolsa—. Toma, un poquito de jamón envasado al vacío, por si tienes hambre en el vuelo.

—Gracias, mamá. Eres un sol, pero no creo que me entre nada en el estómago con el yuyu que me da el avión.

Guardé la bolsa con el jamón en la mochila grande. Comenzaba en ese momento mi particular vía crucis. Tanto es así que me puse nerviosa al pasar el control de equipajes, casi como si llevara cocaína en la mochila, pero, afortunadamente, no me cachearon.

Subí al avión que me llevaría a Londres en una compañía *low-cost*, una de esas en las que, según había leído más de una vez, la tripulación estaba toda en prácticas. Y, claro, eso me daba que pensar. ¿Quién me aseguraba a mí que el piloto no apretaba el botón equivocado y caíamos al Canal de la Mancha? O peor, lo mismo me tocaba un loco, un desquiciado de esos que tomaban pastillas y ese día se le había olvidado la medicación. Ya estaba empezando a darle vueltas a la cabeza, seguramente la que necesitaba las pastillas era yo. Y Eric no estaba a mi lado para agarrar su brazo. El asiento

contiguo estaba vacío, hasta que llegó un chico de unos cuarenta años que pesaba, por lo menos, ciento treinta kilos. Me tuve que encoger para que pudiera pasar. Pobre, yo no tenía nada contra los gordos y gigantes, pero es que, con sus piernas, invadía mi espacio. Me miró y me sonrió. Menudo viaje te espera, pensé. Por él y por mí.

Cerré los ojos mientras el avión aceleraba para despegar y, cuando por fin lo hizo, no pude evitarlo y agarré el brazo del gordo, bueno, del obeso, para que no se moleste. Mientras ascendíamos al cielo, comencé a clavarle mis afiladas uñas. Él soltó un grito tarzanero en clave aguda, tan alto que captamos de inmediato la atención de los pasajeros cercanos. Pero a mí me dio igual. Seguí clavándole las uñas como una posesa y él siguió chillando. De inmediato, se acercó un apuesto azafato en manga corta y me agarró la muñeca para separar mis diez puñalitos del antebrazo del obeso. Entonces, por instinto de supervivencia, se las clavé a él.

Madre mía, qué vergüenza. Finalmente me tranquilicé, pero el gordo, perdón, el obeso, me estaba acribillando con ojos asesinos.

—Lo siento, lo siento muchísimo. Es que tengo un pánico invencible a volar, ¿sabes? Siempre le clavaba las uñas a mi novio y él se aguantaba. Pero ya no estamos juntos, así que... te ha tocado a ti.

Al decirle que habíamos roto, su mirada se metamorfoseó de asesina a lasciva.

—No te preocupes... Por cierto, me llamo Edu y vivo solo en Londres. Si quieres, te puedes quedar en mi casa unos días hasta que encuentres algo.

Obviamente, era gordo, pero de tímido no tenía un pelo.

—No me quedo en Londres, sólo hago escala. Me voy a Australia.

—Ah, pensé que te ibas a buscar la vida a Londres, como tantos españoles.

—En realidad, voy a buscarme a mí misma dando la vuelta al mundo.

Detecté que alucinaba con mi frasecita y no volvimos a hablar.

Tras una escala de cuatro horas en el aeropuerto de Heathrow, eterna, en la que me sentí como Tom Hanks en *La terminal*, puse rumbo a Kuala Lumpur. Me esperaban por delante doce horas en el aire. Se trataba del vuelo que yo tenía señalado en mi mente como peligroso porque podía sobrevolar Siria. Mis miedos se acrecentaron cuando, a mi lado, se sentó un señor con pinta de árabe y una frondosa y poco cuidada barba negra. Reconozco que no poseía ninguna razón para identificarle como un terrorista y que, por supuesto, aunque no sabía a ciencia cierta si era musulmán, tampoco por serlo tenía que

ser yihadista. Me odiaba a mí misma solo porque se me venía esta idea tan xenófoba a la cabeza, pero no podía evitarlo.

Ya, ya... Pero ¿y si a este señor le daba por secuestrar el avión? Recordé que estábamos en alerta cinco en Europa y tanto miedo le tuve que ni siquiera le clavé las uñas al despegar.

Como sagazmente habréis detectado ya, a ocho mil pies de altura mis neuronas campaban a sus anchas por las oquedades de mi cerebro en ignición. En consecuencia, mi grado de paranoia se disparaba en proporción geométrica.

A los pocos minutos de estabilizarnos en el aire, llamé a una hermosa azafata malaya. Por cierto, no sé por qué se dice lo de «callo malayo» cuando se quiere decir que alguien es muy feo, porque aquella chica era monísima.

—Perdone, ¿vamos a pasar por encima de Siria?

—*English?* —Lógicamente, no me entendió.

—*Do we fly on Siria?* —Me costó mucho juntar las palabras y sabía que lo había pronunciado mal.

Pero, sin embargo, me comprendió.

—*Oh, no! Don't worry!*

Y yo la entendí a ella. Que no, que no me preocupara. Menos mal que conocía la canción *Don't worry, be happy*. Pero ¿sería verdad? ¿O me lo había dicho porque estaba obligada a hacerlo? Empecé a ponerme nerviosa porque no sabía si la chica me había mentido para tranquilizarme, o porque temía que mi compañero de asiento en cualquier momento sacase una pistola y secuestrase el avión. Aunque llevaba ansiolíticos en el bolso, pensé que era pronto para acudir a la artillería pesada y decidí pedir una tila. Pero ¿cómo se decía tila en inglés? Me tiré a la piscina.

—*Ex-cuse-me. Ti-la, ple-ase.*

No sé por qué se me ocurrió que, diciéndolo despacio y en mi inglés macarrónico, me iban a entender.

—*Excuse me?*

—*Like tea, but for relax.* —Lo estaba arreglando.

—*Oh, tea? Ok.*

—¡No, espere!

Pero ya era tarde y la azafata me iba a traer un té, que, con su teína, me iba a poner más nerviosa aún, lo cual aumentaría mi pánico a morir por un atentado terrorista. Sólo por no efectuar una nueva exhibición de mi inglés

carpetovetónico, decidí dejarlo estar.

Poco después la azafata me dejaba la taza con el agua humeante y la bolsita. Nunca me gustó la bebida de marras, pero me la metí para el cuerpo de un trago cuando se hubo enfriado un poco. Y, de manera inevitable, cuando llegó la noche y, supuestamente, la hora de dormir, mi mente era una explosión de lucidez. Sin embargo, no todo iba a ser negativo. El hipotético terrorista islámico roncaba a mi lado como un bendito. Esto me tranquilizó un poco porque... ¿qué persona en su sano juicio se iba a dormir cuando estaba a punto de secuestrar un avión a punta de pistola y obligar al piloto a estrellarlo contra la primera torre que se le pusiera por delante?

El caso es que todo el avión dormía y yo, como no podía hacerlo, seguía dándole vueltas a la cabeza. ¿Estaríamos ya sobrevolando Siria? Porque no estaba muy convencida de que la azafata hubiera dicho la verdad. Seguro que me lo había negado para que me tranquilizase. Y quien pilotaba el avión no estaba en prácticas y, por eso, le permitían cruzar Siria, para que la aerolínea cumpliera su horario. Me dio por levantar la persianita de la ventana y entonces lo vi. Una luz vivísima a lo lejos que, poco a poco, se iba acercando al avión.

¡Dios mío, no había duda, un misil!

¡Íbamos a morir todos y nadie se percataba de ello porque todos estaban durmiendo tan tranquilos! Inconscientes como bebés en brazos de sus mamás. Algunos, incluso, con una sonrisa gilipollesca en los labios. Debía hacer algo y pulsé el botón de emergencia que había en mi asiento. Enseguida llegó la azafata malaya.

—*Are you ok?*

—*A misil is coming* —le solté sin ninguna introducción previa, no había tiempo.

—*What?*

Levanté la persianita de la ventana y le señalé la luz, que cada vez estaba más cerca.

—*A misil is coming* —insistí.

Pensé que, al decirle aquello, la azafata me tranquilizaría y me diría que aquello era una tontería y que me echara a dormir. Pero, para mi asombro, la chica corrió para llamar a su superior, el sobrecargo.

¡Dios mío, yo era la única pasajera que se daba cuenta de que aquello era el fin! Los demás iban a morir dormidos plácidamente, como niños.

Llegó el sobrecargo y se asomó. El misil, la luz, cada vez estaba más cerca. Íbamos a morir. Aquel hombre empezó a gritar desaforado. Tanto que el presunto terrorista que estaba a mi lado se despertó y también miró por la ventana.

Pero no era un misil.

Era otro avión que se cruzó con el nuestro.

La reacción del sobrecargo y la azafata probaba que yo no era la única paranoica, ¿ok...? Yo estoy desquiciada, sí, pero como dice la sabiduría popular andaluza, «habemos muchos».

El terrorista se durmió de nuevo. El sobrecargo y la azafata respiraron tranquilos y yo, que ya estaba escribiendo un mensaje para mis padres y mi hermano en el móvil, por si luego lo encontraban entre los restos del avión al lado de las cajas color butano, ¡mira que llamar negro a lo que mismamente se ve que es un amarillo chillón!, de los nervios empecé a vomitar encima del musulmán que, como era lógico, me dijo de todo. Pero como me lo soltó en árabe, pues no me sentí ofendida.

El resto del vuelo lo pasé aguantándome la respiración para no oler los restos de mi propio vómito, pese a la voluntad que pusieron tres azafatas para limpiarlo todo.

Mi vecino, el hipotético terrorista, me dijo que no pasaba nada, que lo entendía, que a él también le había ocurrido alguna vez. Al menos, eso quise entender en su idioma ininteligible.

Y llegamos a Kuala Lumpur. Había cogido tal confianza con mi árabe que, al final, sí que le clavé las uñas en el descenso. El pobre hombre se levantó a toda pastilla en cuanto los altavoces nos permitieron librarnos del cinturón. Lo entendía, su viaje conmigo al lado había sido demoledor.

Me duché en uno de los baños del aeropuerto de la capital de Malasia, un edificio ultramoderno que parecía salido de una película futurista, ya que necesitaba quitarme el infecto olor a mis fluidos gástricos.

Pasé otras cuatro horas en la escala hasta que salió mi definitivo vuelo hacia Brisbane, Australia. En esta ocasión, agotada por completo, antes de despegar ya me había quedado dormida.

Cuando desperté, con la boca pastosa, noté un zumbido en los oídos. Madre mía, qué molesto, y no se me quitaba por mucho que abriera y cerrara la boca. Probablemente se debiera a que el avión había perdido cierta altura. El sobrecargo habló por la megafonía y, entre mi bajo nivel de inglés y que

apenas oía bien, no me enteré de nada. Ay, Dios, ¿y si me había quedado sorda para siempre? ¿Y si no volvía a tener una audición normal? ¿Cómo me iba a entender con la gente en inglés si no escuchaba bien? ¡Otra vez mis neurras girando a toda pastilla como un puré en la *thermomix*!

¿¡Quién me había mandado a mí salir de mi casa con lo bien que estaba en Madrid!?

Llevaba demasiado tiempo metida en aviones, todo un logro para alguien que tenía pánico a volar. Las últimas horas, hasta llegar a Brisbane, me sentía drogada a causa de mi sordera y pasé más tiempo con los ojos cerrados que abiertos.

En el momento de aterrizar, el damnificado fue un chico australiano. Cuando le clavé las uñas no gritó, me dio un codazo de narices que impactó en mi hombro. Me comentó algo en inglés que no entendí, básicamente porque no le oí, pero, al mirarle a la cara, me di cuenta de que era guapísimo. Unos treinta años, ojos claros, pinta de surfero. Pero, en cuanto pudo, cogió una ola y salió del avión.

¡Uf, por fin habíamos aterrizado!

Era como un sueño. Cuando bajé de la aeronave, besé la tierra, como hacía Juan Pablo II cada vez que llegaba a un país. Ahora que caigo, seguro que el papa besaba la tierra porque también tenía miedo a los aviones. Australia no era mi casa, pero, en aquel instante, era lo más cercano al paraíso. Había sobrevivido a un casi misil, a un casi secuestro y una casi muerte por vómitos. Lo de la sordera no lo había superado todavía, pero todo se andaría.

Cuando iba a pasar la aduana, un perro policía empezó a olisquearme la mochila.

—¡Quita, chucho! —le grité, pero como el perro era australiano, no me entendió.

Comenzó a ladrarme y, de inmediato, llegaron dos policías fortachones y me llevaron a un cuarto que, afortunadamente, no estaba oscuro. Comenzaron a hablarme en un inglés rarísimo. No vocalizaban y yo, con cara de póker, debido no sólo a mi deficiente inglés, sino también a que todavía seguía sorda. Me hicieron abrir la mochila y me registraron todo, hasta, pásmate, las cerdas de los cepillos de dientes. Lo cual prueba lo que constaté antes, paranoicos *habemos* muchos. Descubrieron que llevaba un arsenal de ansiolíticos y me lo quisieron requisar.

—*No, I need them, please!* —protesté.

¿Cómo iba a sobrevivir en Australia sin ellos?

—*Do you have prescription?*

Que si tenía receta. Les dije como pude que no, que no me la había traído, pero que a veces sufría episodios de ansiedad y los necesitaba imperiosamente.

Y entonces encontraron la bolsa del jamón.

—*Do you know you can't enter with this in Australia?*

¿Y por qué no iba a poder entrar con jamón en Australia? Era del bueno, de pata negra, y no podía hacer daño a nadie. Qué listos, seguro que querían quedárselo al saber que yo era española. Que todo el que viene a España se enamora del jamón. Y justo eso hicieron, lo requisaron pese a mis protestas en español para evitar que me lo quitaran. Hasta les dije que cuando mi madre se enterara de que me habían quitado el jamón se iba a poner hecha una fiera.

—*How long are you going to stay in Australia?*

Y a él qué le importaba cuánto tiempo iba a estar en Australia. Le expliqué como pude que venía a un curso de inglés y que me iba a quedar tres meses. Le mostré toda la documentación del curso.

—*Do you have a boyfriend?*

¿Me preguntaban si tenía novio? ¿Y por qué coño, con perdón, necesitaban saber si tenía novio? ¿No querrían ligar conmigo? Era lo último que me podía pasar porque, por definirlo de manera suave, todos los polis poseían el aspecto de unos *hooligans* ingleses, pero con la cara del muñeco diabólico. Y encima, uno de ellos, me manoseó bien manoseada con el clásico truco del registro corporal.

Después de mil preguntas estúpidas más, por fin me dejaron marchar. Eso sí, la ropa de mi maleta estaba hecha un revoltijo y el jamón había desaparecido. Parecían tontos, pero estaba claro que sabían reconocer un buen ibérico.

Cuando salí del cuarto de los horrores, y después de buscar durante bastantes minutos, por fin encontré a una oronda señora que portaba un cartelito con mi nombre: «Elsa Navas». De inmediato, salimos al aire libre en busca del coche.

—¡Un momento! *A moment, please!*

Y, ante la mirada atónita de la mujer que había ido a recogerme para llevarme a la residencia reservada para una semana, incliné beatamente mis

rodillas y besé de nuevo el suelo. No soy muy religiosa, pero exclamé:

—¡Sigo viva! ¡Gracias, Dios mío!

Aquel acto juampablano era el comienzo de mi gran aventura a la que había decidido titular, más o menos, como *Veinte mil leguas del viaje de una majareta*.

Majareta yo, sí. Pero no sólo yo, ¿eh? ¡Porque me iba a encontrar por el mundo con cada uno y cada una...!

CAPÍTULO 5

A LO LOCO EN BRISBANE

La gruesa señora australiana me llevó hasta la residencia, en realidad una desvencijada casa de madera con varias habitaciones situada en un barrio residencial de viviendas del mismo tipo, con una altura máxima de dos pisos. Por el jardín y dentro de la casa deambulaban con total impunidad una serie de maléficos gatitos que a la mujer le parecían encantadores. Con lo que no contaba ella era con mi miedo irracional a todo tipo de animalitos, especialmente a los felinos, que, entre otras cosas, me provocaban de manera inminente estornudos, congestión nasal y picor de ojos. Una alergia descomunal. Menos mal que en mi arsenal de medicamentos contaba con varios tipos de antihistamínicos.

La señora me enseñó mi cuarto, que olía a gato por doquier, y se despidió de manera ininteligible. A mí sólo me preocupaban los pelos de los felinos y el sueño que me invadía. Ya podía estar el mundo a punto de descacharrarse que yo lo que quería era acostarme. Eran las siete de la tarde, hora australiana.

Antes de tenderme en la cama me acerqué a la cocina para tomar un vaso de agua. Para llegar a ella, tuve que pasar por el salón donde había cuatro o cinco estudiantes, cuyas edades rondaban los veinte años. Entusiasmados, veían en la tele *The Big Bang Theory*. Me picó la curiosidad y me quedé un ratito mirando la *sit-com*. Enseguida me di cuenta de mi bajísimo nivel de inglés. No entendía nada de nada. Iba a tener que trabajar duro, muy duro, para mejorarlo. Volví a mi cuarto y, antes de meterme en la cama para descansar un rato, me conecté al *wifi* de la casa y le envié un WhatsApp a mi madre.

ELSA: Hola, mamá. Ya estoy en la residencia. El viaje largo, pero bien. Voy a dormir un poco, que mañana tengo la primera clase de inglés. Un beso enorme para los dos.

Cerré los ojos y me dormí.

No los volví a abrir hasta el día siguiente, martes, a las cinco y media de la mañana, cuando me despertó un fuerte estornudo mío. ¡Puñeteros gatos! Además, pese a la hora que era, la luz del sol inundaba toda la habitación. Me levanté a bajar las persianas para poder seguir durmiendo, me encontraba fatal, pero ¡horror!, no las encontré por ningún sitio. No había persianas y, encima, las cortinas eran de tela transparente, por lo que el sol entraba en la habitación como Pedro por su casa. Intenté cerrar los ojos durante dos horas más, pero me fue imposible. Estaba claro que tenía que cambiar de residencia, pese a que había pagado una semana y bastante cara. Debía encontrar un sitio sin pelos de gato y con persianas.

Pronto me di cuenta de que, a pesar de que Australia es un país soleado en grado sumo, en especial Brisbane, en la zona norte, los australianos no habían conocido todavía el invento de las persianas. Cuando posteriormente viajé por otros países, constaté que la ausencia de persianas no era sólo una costumbre australiana.

En ese momento, me llegó un WhatsApp de mi madre.

MAMÁ: Ay, hija, menos mal, había soñado que unos yihadistas secuestraban tu avión. Gracias a Dios, estás bien. Ya te echamos de menos. ¿Elsita, sabes ya el día que vuelves a España?

Lo de «Elsita»..., mejor no lo comento... Y lo de qué día volvía a España..., tampoco... Menos mal que «madre no hay más que una»...

Si ella supiera que había estado «a punto de morir» por culpa de un misil del Estado Islámico... Por supuesto, nunca le contaré la anécdota porque el películón mental que se montaría sería de órdago a la grande.

Me metí en la ducha pensando en tener al menos unos minutos de relax. Craso error porque el agua apenas salía tibia y a mí me gusta que casi me quemee la piel. Aquello cada vez me recordaba más a *Esta casa es una ruina*. Como tenía tiempo, decidí salir a correr por los alrededores y así fijar ya donde se encontraba Shafston College: en el barrio de Kangaroo Point, según mi móvil, a diez minutos de la que era mi residencia. Pero, claro, una vez fuera de ella, no tenía *wifi* y, por culpa de mi nula orientación espacial, me perdí. No encontré el colegio y por poco no encuentro el camino de vuelta. Lo conseguí, dos horas después, agotada de caminar, gracias a un gato negro

de ojos verdes que recordé haberlo visto en la casa. Lo seguí y, felizmente, el felino me llevó a la residencia. Por una vez, bendije una y mil veces a los gatos.

Me duché de nuevo con el agua tibia y, cuando entré en el comedor, una chica se encontraba desayunando.

—*Where are you from?*

—Brasil —me contestó con un cantarín acento brasileiro.

Bajita y rellenita, aunque guapa. Sobre todo por sus ojos verdes, similares, diría yo, a los del gato negro que había sido mi GPS salvador.

—¿Entiendes español? —Mal, Elsa, muy mal. Debías intentar hablar inglés todo el tiempo, incluso con los que no eran australianos. De acuerdo, sí, pero no cuando se trataba de algo de gran importancia, como era encontrar la escuela donde debía estar en menos de quince minutos—. ¿Shafston College? ¿Sabes dónde es?

Me miró y sonrió.

—Claro. *Eu vou para lá. Você vai comigo.*

Creí entenderle que ella también era alumna y que iríamos juntas. Y así fue. Se llamaba Marcela y había llegado a la casa diez días antes que yo. Me comentó que, junto con dos chicas colombianas, andaba buscando un piso para alquilar durante tres meses. Exactamente el mismo tiempo que yo pensaba permanecer en Brisbane.

Caminábamos por aquel barrio residencial de la tercera ciudad australiana más importante y con más habitantes, tras Sídney y Melbourne. En aquella urbe vivían algo más de un millón y medio de ciudadanos, muchos de ellos inmigrantes de países relativamente cercanos, como Japón y Corea del Sur, pero también, como en todo el país, había bastantes personas procedentes de Latinoamérica, en especial de Brasil y Colombia.

Llegamos a Shafston College, un edificio cuyo estilo arquitectónico me recordaba a Inglaterra. Ubicado cerca del río Brisbane, desde su frondoso jardín se podía ver el centro de la ciudad, al que llamaban Downtown, lleno de rascacielos.

Fui a la recepción y allí me encontré con la señora que me había recogido en el aeropuerto. Me presentó al director del colegio y, tras enseñarme las instalaciones, me efectuaron una prueba para ver qué clase me asignaban. Mi nivel era Intermediate 1, bastante lamentable para todo el dinero que mis padres habían gastado en clases de inglés para mí en España. Pero al fin

estaba en un país angloparlante y aquello iba a cambiar porque me iba a relacionar sólo con personas que hablaban en inglés.

Mi elucubración se volatizó cuando llegué a mi clase. En ella había cinco colombianos, cuatro brasileños, dos coreanas, una japonesa, dos italianas y un francés. Y todos hablaban parecido o peor inglés que yo. El profesor, eso sí, era americano, de Nueva Jersey, y se llamaba Jonathan. Tenía unos treinta y tres y era bastante atractivo. Además, quizá porque era buen profesor, no me pareció muy complicado entenderle cuando daba la clase. Comentó que era guitarrista en un grupo de rock en Nueva Jersey y se había dado un descanso de dos años porque quería viajar por el mundo. ¿Y cuál era la mejor profesión para viajar por el mundo y ganarse la vida? Sin duda alguna, ser profesor de inglés. Iba a encontrar trabajo en cualquier parte del planeta.

Durante la primera clase bromeó sobre mi presencia y mi procedencia. Que si en España todo el mundo dormía la siesta, que si éramos unos asesinos por las corridas de toros y que si todos los españoles eran unos ases bailando flamenco. Yo ni dormía la siesta ni me gustaban los toros ni jamás había bailado una sevillana, mucho menos flamenco, pese a que mis padres eran andaluces.

Pero eso es lo que tenemos que aguantar los españoles cuando viajamos fuera. Me indigné, me indigné muchísimo. No pude controlarlo.

Al terminar la clase, Jonathan se acercó y me pidió disculpas.

—*It was just a joke!*

Sí, sólo estaba bromeando, pero bien que se rio de mí toda la clase. Dios mío, estaba por momentos regresando a mis tiempos del instituto, en los que el más mínimo vacile de los chicos me obligaba a esconderme y convertirme en bicho bola.

Al salir del aula, Marcela me vino a buscar y fuimos a comer algo a la cafetería. Allí me presentó a Catalina y Norma, sus dos amigas colombianas. Todas eran más jóvenes que yo, entre veinticuatro y veintiséis años. De hecho, me sentía como una de las más mayores del *college*. Me comentaron lo que ya sabía, que les hacía falta alguien para irse a compartir piso. Habían encontrado uno en un edificio que tenía piscina, algo muy valorado en Brisbane debido a su clima suave. Además, se acercaba el verano australiano. La vivienda en cuestión tenía cuatro habitaciones, pero necesitábamos una quinta o un quinto inquilino porque las colombianas querían compartir habitación para pagar menos.

Justo en ese instante, un japonés pasó a nuestro lado.

—*Sorry*. —Se abalanzó Catalina sobre él—. *You are the one looking for accomodation?*

El japonés, que presentaba una pinta de despistado increíble, no entendía nada.

—Que si estás buscando piso —prosiguió en español—. *A flat!*

—*Oh, a flat, yes!*

—*Do you want to live with the four of us?* —Catalina nos señaló.

Que si quería vivir con cuatro chicas de tres países diferentes. Eso se lo decías a un español y podían pasar dos cosas: que se le hicieran los ojos chiribitas o que saliera huyendo despavorido.

El japonés que, por lo visto, tenía cuarenta años, aunque parecía un veinteañero, nos miró y, tras pensárselo unos segundos, aceptó. No sabía dónde se metía.

Después de unos días allí, descubrí, ya que en España no conocía a muchos, que la mayoría de los orientales aparentaban menos edad de la real. Casi todos disfrutaban de rasgos infantiles, pese a superar los treinta o los cuarenta.

Tres días después de llegar al paraíso de los canguros, ya estaba viviendo en un piso con dos colombianas, una brasileña y un japonés que hablaba menos inglés que Mariano Rajoy y, peor aún, nada de español. ¡Menuda cagada! Justo había decidido irme a Australia porque en Londres o Nueva York había demasiado latino como para perfeccionar el idioma local.

Ya intuí entonces que inglés iba a aprender más bien poco, pero estaba segura de que me lo iba a pasar pipa.

Obviamente, decidimos empezar por amueblar el piso ya que, listas de nosotras, habíamos alquilado un apartamento vacío y no poseíamos dinero para los muebles. En primer lugar, compramos unos colchones de segunda mano para poder dormir, pero hasta ahí llegaba nuestro presupuesto. Al menos yo, en mi cálculo de gastos de todo el año, no había presupuestado muebles, y el piso no era caro, pero tampoco barato. Y no sé por qué extraño acuerdo del que no sabía nada, yo pagaba más que el resto. Parece ser que porque mi habitación supuestamente tenía mejores vistas. Esta era la primera de las muchas jugarretas que me iban a gastar mis nuevas compañeras de piso. Bueno, no, el peor parado fue el japonés, que pagaba más que yo.

Se me ocurrió que igual podíamos coger prestado un sofá, una mesa y unas

sillas de jardín que había visto abandonadas en la residencia. Tomar prestado era un eufemismo del verbo robar, pero era de la península ibérica y qué español no hacía uso de su picaresca cuando vivía en un país ajeno. Al menos, yo tenía muchos amigos que presumían de cómo robaban en los supermercados de Irlanda e Inglaterra. Qué le íbamos a hacer, habíamos nacido así. Luego me arrepentí, pero en aquel momento me pareció la mejor idea.

Así que, con nocturnidad y alevosía, los cinco trazamos un plan para tomar prestados los muebles. Decidimos acudir a la casa-residencia pasada la medianoche, cuando todos los estudiantes de Shafston estuvieran durmiendo. No disponía de verja, por lo que nos fue fácil acceder al jardín. Entre el japonés y yo cargamos el sofá, las colombianas se hicieron cargo de la mesa y Marcela se ocupó de llevar las cuatro sillas apiladas.

Nuestro piso estaba a unos diez minutos caminando cuesta arriba de la residencia por lo que, debido a la pesada carga, tuvimos que efectuar varios descansos. Siempre teniendo miedo de que alguien nos viera.

—Si alguien nos pregunta, decimos que estamos haciendo una mudanza y ya está —les advertí a mis compinches.

—Madre mía —comentó Catalina—, la otra española nos metió en el mundo de las orgías y ahora, con la nueva, nos hemos convertido en delincuentes. ¡Qué país, España!

—¿Qué otra española?

—Una que estuvo antes que tú —contestó Norma—. Era medio vagabunda y una noche, pues pasó lo que pasó. Pero lo que ocurre en Australia, se queda en Australia.

No quise preguntar más. Me autoconvencí de que lo de robar los muebles era una chiquillada. Al fin al cabo, en la residencia estaban abandonados. Nadie los iba a echar de menos. Por otro lado, era una especie de economía colaborativa y, de alguna manera, le estábamos dando una segunda vida a aquellos enseres.

Todo transcurría con normalidad hasta que, al girar una esquina, de repente, nos topamos con un coche de la policía que, al vernos cargadas con tantos muebles, se detuvo. Sentía que el alma se me salía por la boca. Nos habían pillado. ¿Y qué iba a hacer ahora si me detenían en Australia? Un agente, bastante guapo por cierto, se dirigió a mí:

—*Where are you going?* —preguntó.

Yo me quedé blanca. Entre que no le entendí muy bien y que no sabía cómo contestar en inglés, sólo emití sonidos ininteligibles.

—Eh... Pues... *Well...*

—*We are moving to a new apartment* —me salvó Norma—. *And we are taking our furniture from de old one.*

Qué lista, la colombiana. Sólo teníamos que aparentar naturalidad y explicar que nos estábamos mudando a un sitio nuevo con los muebles del viejo. Norma se defendía mucho mejor que yo con el inglés.

—*Ok. Do you need help?* —se ofreció el agente.

Que si necesitábamos ayuda. Pues nos venía que ni pintado, así que, con toda la cara del mundo latino, les contestamos que estupendo y así fue como dos policías, guapos, esbeltos y fuertes, nos ayudaron a llevar los muebles robados al apartamento que habíamos alquilado en Kangaroo Point, justo al lado del puente de Brisbane. No contentas con eso, Norma los invitó a la fiesta de inauguración que pensábamos dar y a la que mis nuevas amigas y compañeras de piso pensaban traer a gran parte del colegio. Aluciné en blanco y negro. ¿Pero cómo se les ocurría invitar a los policías? Estábamos tentando demasiado a la suerte.

La primera semana después de mudarnos y de haber *amueblado* la vivienda, me centré intensamente en el inglés y dejé abandonado mi proyecto fotográfico, así como el curso que había estado estudiando *online*. Todo a su tiempo. Hacía todos los deberes de clase, me compré un ejemplar en versión original de *50 sombras de Grey* y trataba de concentrarme todo lo posible al visionar las películas. Llamaba a mis padres por Skype cada dos días con el *wifi* del colegio y un par de veces, tonta de mí, estuve tentada de llamar a Eric, pero me contuve. Tengo que confesar que, con tanto ajeteo, hasta entonces no me había vuelto a acordar de él.

La convivencia con las chicas no era del todo fácil. No respetaban mis pertenencias y tomaban *prestado*, sin consultarme, mi gel, mi champú, mis cremas hidratantes y mis yogures con muesli. Consideraban que todo pertenecía a todas. Pero casi la única que aportaba suministros a la comunidad era una pardilla europea. Por no hablar del japonés, que se gastaba menos que Tarzán en *walkie-talkie*.

Llegó el día de la inauguración del nuevo piso y las colombianas y la brasileña pusieron carteles por todo el colegio. No sabíamos ni cuántos ni quiénes acudirían a nuestra llamada. Si de aquella juerga no nos echaban los

vecinos, no lo harían nunca.

Llegada la hora, nuestro gozo en un pozo porque no había aparecido ni un alma. Concluimos que la convocatoria había sido un desastre, así que Norma, para asegurarse de que no nos quedábamos sin fiesta, lo publicó en un grupo de Facebook sobre eventos en Brisbane. ¿Qué ocurrió? Que no sólo vinieron los de Shafston College, sino también todos los que lo vieron en las redes sociales, porque el evento se compartió como la pólvora también en Twitter o Instagram.

En ese instante me di cuenta de que estaba viviendo mi particular Erasmus casi a los treinta.

El timbre de la puerta no paraba de sonar y llegó un momento en que hubo que poner el cartel de aforo completo. Para entonces habían llegado, entre otros, Jonathan, mi profesor, y los dos agentes de policía, ahora vestidos de paisano. Como no quería meter la pata, decidí no hablar mucho con los guardias y acercarme a Jonathan. Era la mejor manera de practicar inglés con alguien que lo hablaba a la perfección y, por último, pero no menos importante, me resultaba tremendamente atractivo.

—*Do you like the party?* —me sorprendí a mí misma lanzándome a hablar en inglés.

Desde luego, preguntarle si le estaba gustando la fiesta no era lo más original. Pero no pretenderíais que hablara en otro idioma y encima fuese ingeniosa. Descubrí entonces que cuando has tomado unos vinos, como era mi caso, las palabras en inglés te salen solas y sientes como si estuvieras hablando como el mismísimo Barack Obama dando un discurso. Pero me temo que me pasó como el anuncio del borracho que aparcaba en un *parking* y se creía que lo había hecho perfecto y, visto desde fuera, en realidad había abollado los coches de delante y detrás. Yo debí machacar tanto mi inglés que Jonathan decidió practicar su español.

—Con tanta gente, vais a tener que limpiar mucho mañana —se expresó en mi idioma con un marcado acento americano.

Al oírle, me sorprendí mucho.

—No sabía que hablaras tan bien el español.

Cuando me iba a contestar, alguien llamó a la puerta. Efectué una panorámica visual por el salón y no encontré a ninguna de mis compañeras de piso. A quien sí vi fue al japonés, semiinconsciente, en el suelo. Dos horas antes nos había dicho que bebía sólo Coca-Cola porque era alérgico al

alcohol. Se ve que había confundido una botella de White Label con una lata de Zero. Así que me lamenté por ser yo otra vez la que tuviera que ir a abrir la puerta.

Mi rostro se tensó súbitamente cuando vi a los vecinos de abajo. Una pareja de treintañeros bastante majos a quien conocía de coincidir en el ascensor. Por fin lo habíamos conseguido. Seguro que me advertirían de que o se acababa la fiesta o llamarían a la policía. Pues no.

—*Can we come in?* —sugirió él.

—*Of course.*

Por supuesto que los iba a dejar entrar. Se ve que tenían dos opciones: o llamar a la policía o unirse a la fiesta. Y optaron por lo segundo. Les informé de que podían beber lo que quisieran y regresé con mi profesor de inglés.

—Estuve un año viviendo en Talavera de la Reina —contestó a mi pregunta anterior a la llegada de los vecinos.

—¡Anda! Como Gwyneth Paltrow.

—¿Por qué todos los españoles dicen lo mismo?

—Porque somos idiotas.

—De eso nada, a mí España me encanta. Y las españolas me parecen muy guapas y *sexys*.

Aquel cumplido genérico me hizo pensar que a lo mejor tenía oportunidades con Jonathan. Y yo que había pensado que me consideraba una imbécil por el numerito que monté en su clase.

—¿Yo también te parezco *sexy*? —Me empecé a poner tan seductora que me daba vergüenza de mí misma.

—Claro que sí. Mucho.

Jonathan me cogió de la cintura y acercó mi cuerpo hacia el suyo. Sentí ganas de besarle. Dios mío, estaba yendo demasiado rápido. Yo no era así. No solía enrollarme con un tío tan fácilmente. Al menos, en la época anterior a mi noviazgo con Eric. Siempre había sido una tía difícil, no me iba con cualquiera. A Eric le costó quedar cuatro o cinco veces conmigo hasta que nos dimos el primer beso. Y no porque no lo intentara, sino porque le hice un par de cobras. No me fiaba de los tíos.

Pero en Australia era diferente. Estaba a diecisiete mil kilómetros de casa. Nadie me conocía y yo tenía diez años más. ¿Quién se iba a enterar? Y, por otra parte, ¿qué más me daba? No, no me iba a convertir en una vagabunda, como decían las colombianas, pero, joder, me apetecía besarle. Y no me tenía

por qué privar de nada, ya que no había nadie en mi vida a quien rendir cuentas. Ni siquiera a mí misma. Y si quería perfeccionar mi inglés, sin duda, la mejor opción que podía escoger era enrollarme con mi profesor de inglés, así me corregiría todos mis errores de gramática y de pronunciación. Siempre y cuando no hablara con él en español, claro.

Así que me lancé y le besé.

Me dijo algo con voz sugerente en inglés. No entendí nada a pesar del alcohol que se dirigía hacia mi hígado, eso sí, me resultó tremendamente sensual.

—Mi *bedroom* —le sugerí yo.

Y sin esperar a que contestase, agarré su mano y lo llevé hasta mi cuarto. Abrí la puerta y, sin encender la luz, entramos y continuamos besándonos. Él comenzó a meter su mano por debajo de mi camiseta hasta que desabrochó mi sujetador y aferró mis pechos como un poseso. De inmediato, le empujé hasta la cama y, ciegos los dos por la excitación, nos dejamos caer sobre el colchón, teniendo que incorporarnos de inmediato como un resorte al sentir bajo nosotros cuerpos humanos.

—¡Aaaaaah! —Un grito a dúo masculino-femenino.

—¡Joder, quiénes sois!

—Norma y... y un amigo...

La colombiana y uno de los policías australianos estaban dándose el lote debajo de la colcha.

—¿Pero qué coño haces en mi habitación? —me enfadé mucho.

—Pues ya ves, hablando un poco.

—¿Y por qué no habláis en tu cuarto?

—Porque está ocupado por no sé quién... Esto es un desmadre de fiesta, españolita. ¿No decís allá que «aquí te pillo, aquí te mato»...?

Los expulsé del cuarto y enseguida me olvidé del incidente y seguí con Jonathan en el punto en el que lo habíamos dejado. Todo seguía estando oscuro. Le desabroché el pantalón y, frenética, comencé a masajear su enhiesto miembro viril. Deseaba tanto hacer el amor con Jonathan que destruí cualquier barrera moral y psicológica. Y, además, iba a ser mi primera vez con un chico extranjero y encima en inglés. ¿Cabía mayor excitación...?

Pero cuando él me estaba quitando las bragas... Lo de quitar las bragas es un decir... Cuando me estaba desgarrando las bragas a bocados, odié haberme mudado a un piso donde las habitaciones no tenían pestillo. Alguien

abrió la puerta.

—*Who is?* —grité en mi inglés macarrónico.

No podía ser que me estuvieran cortando el rollo de esa manera. No se veía nada.

—Soy Catalina. Eres la española, ¿no? ¿Estás con Jonathan?

—¡Sí, lárgate!

—¿Puedo unirme a vosotros?

¿Cómo? ¿Pero qué estaba diciendo esta degenerada? ¿Quería que hiciésemos un trío? ¿Un *ménage à trois*? ¿Pero de qué iba? Yo me había ligado al profesor, ¿es que tampoco iban a respetar eso? ¿Es que acaso pertenecía a todas las alumnas? Por supuesto, la iba a mandar a la mierda, pero Jonathan se me adelantó.

—*Come in.* —¿¡Cómo!?! Esto no podía estar pasándome. El profesorcito de inglés quería con las dos. ¿Pero qué país era aquel? ¿Australia o Sodoma y Gomorra?—. *It will be fun* —trató de convencerme.

Sería divertido para él, pero o Catalina o yo, una de las dos, nos quedaríamos desatendidas. Y yo no pensaba echar polvos por turnos. Así que me levanté y me largué.

—Ahí os quedáis. Por favor, no me manchéis el colchón.

Estaba muy enfadada. Quería irme a Madrid. A mi casa. O, mejor dicho, a Linares, para que mi madre me abrazara. ¿Pero, Elsa, dónde te habías metido? ¿Quién me mandaba ser tan lanzada? ¿Por qué me había ido tan lejos de las personas que quería? Incluía en ese momento a Eric, pasando por alto la guarrada que él me había hecho a mí. Fui directa a la nevera y me bebí una cerveza de un trago. Después, me senté en el sofá.

—*This is Shafston House sofa.*

Saltaron todas mis alarmas. ¿Quién había dicho eso? Miré a mi derecha y vi a una coreana, que asistía a mi clase. Era pequeña, callada y sonriente. Se había dado cuenta de que nuestro sofá era el de la residencia de Shafston.

—*What?*

—*I stay at the house. They are looking for it. They called the police.*

Ay, Dios mío, que la directiva del colegio estaba buscando a quien había robado el sofá y los otros muebles. Y nosotras habíamos invitado a todo el colegio a nuestra casa. ¿Pero de quién había sido la idea de invitar a todos? ¿Y a quién se le había ocurrido robar los muebles? A mí. ¡Pero qué estúpida había sido! Si yo jamás en mi vida había mangado nada. Ni siquiera un

chicle. Si no sabía hacerlo. Nos iban a detener y me iban a deportar. ¡Menudo disgusto para mamá y papá! Me iba a convertir en la vergüenza de la familia. Y, lo peor de todo, mi actitud iba a demostrarle a mi madre que tenía razón, que no era capaz de desenvolverme sola en el extranjero.

No podía permitirlo. Tenía que hacer algo. Y tuve una idea.

Entré en todas las habitaciones a buscar a mis compañeras de piso. El japonés seguía inconsciente. Catalina se lo estaba montando con mi profesor favorito. Norma, con el poli. Marcela, la brasileña, vomitaba en el baño tras una alta ingesta de vino, cerveza y *bourbon*. Las reuní en la cocina.

—Tenemos que acabar con la fiesta. ¡La policía está buscando a los que robaron los muebles!

—Deje de joder, española. —Catalina había pensado que quería impedir sus escarceos con Jonathan.

Pero a mí sólo me importaban mi libertad y mi honorable nombre.

—Van a deportarnos si no logramos evitar que nos pillen. Y, por cierto, me han dicho que las cárceles en Australia son muy chungas.

—Usted no ha estado en Colombia —apuntó Norma.

Tenía razón, mi exageración para conseguir que entraran en razón se me había ido de las manos. Había visto en un programa de televisión cómo eran las prisiones en Brasil y Colombia y contra aquello no podía competir.

—Pero yo no quiero que me deporten. —Casi les supliqué.

—*Você tem um plano?* —se apresuró a preguntar Marcela.

—Lo tengo.

—¿Cuál?

Las miré muy seria y traté de remarcar mis palabras con un tono de voz intenso:

—Hay que devolver ahora mismo los muebles al lugar de donde los cogimos.

Después de echar de casa a los que quedaban en la fiesta, incluidos Jonathan y los policías, nos pusimos manos a la obra. Eran las tres de la mañana. El alcohol corría por nuestras venas, nublabá nuestra mente, atenazaba nuestra lengua y desequilibraba nuestra estabilidad física, pero todas pusimos la cabeza bajo el agua fría para despejarnos. Cargamos la mesa, las sillas y el sofá y nos encaminamos al lugar del crimen. Tuvimos que parar veintisiete veces, pero, al final, lo conseguimos. En la residencia todos dormían y, procurando hacer el menor ruido posible, depositamos los

enferos en el lugar exacto del que los habíamos tomado prestados.

Nunca mejor dicho, me quitó un gran peso de encima.

En ese momento, se encendió la luz de una de las habitaciones de la casa. Ya pensamos que nos habían cazado. Que el esfuerzo había resultado en balde. Se asomó la coreana que, al verme, me guiñó un ojo.

Sabía que no diría nada.

Mi primer desmadre en la tierra de los canguros estuvo a punto de acabar en una cárcel australiana o bien regresando a casa deportada. Gracias a Dios, me había salvado por los pelos. ¿Pero quién me mandaba meterme en semejante lío a mis casi treinta años? Desde luego, estaba sufriendo una regresión a la adolescencia. Estaba claro que tenía que pensar mucho mejor las cosas antes de hacerlas. Eso que los mayores llaman madurez.

El problema, el gran problema, el insoluble problema es que yo no sabía cómo se maduraba.

Y lo peor, en mi fuero interno no tenía ningunas ganas de madurar.

Y así me fue...

CAPÍTULO 6

MUJER ESPAÑOLA ACOSA A HOMBRE BRASILEÑO

No nos quedó más remedio que contratar a una empresa para limpiar la moqueta del piso. Había quedado hecha un asquito después de aquel fiestón, que sería el primero de otros muchos. Aunque la peor parte se la llevó Takashi, el japonés. Se tiró tres días en la UVI y estuvo a punto de morir fruto de una intoxicación etílica. No regresó a vivir con nosotras. En cuanto se recuperó, volvió a su país.

Las siguientes semanas transcurrieron sin sobresaltos. Sí, hubo alguna que otra fiesta más, pero ninguna tan salvaje como la primera. Mi relación con mis compañeras de piso, aunque problemática porque se tomaban demasiadas confianzas, fue cordial, pero decidí marcar algunas distancias. Iba a las clases de inglés por las mañanas y, por las tardes, o bien repasaba lo que había practicado en el aula, o bien me afanaba en mejorar mi técnica fotográfica gracias al curso *online* que me había comprado en España. Eso sí, en español.

Las vivencias que estaba experimentando en aquel viaje eran maravillosas... Bueno, debo ser cautelosa, dejémoslas en extraordinarias... Conocer a gente de todo el mundo, cada uno hijo/a de una cultura y una mentalidad diferentes, aprender expresiones en diversos idiomas, escuchar historias personales y leyendas urbanas y rurales de latitudes tan lejanas entre sí... Sí, vuelvo a mi primer calificativo: todo era maravilloso.

Sin embargo, también había noches que, cuando aterrizaba en la cama, me preguntaba por qué se me había ocurrido venir casi a las antípodas y entonces me ponía melancólica. Sí, melancólica, ya que echaba mucho de menos a mi familia. Experimentaba la necesidad imperiosa de los cariñitos de mi madre, como cuando me quedaba en casa alguna noche y, mientras veíamos la televisión, me acariciaba el pelo. Sí, lo reconozco, en el fondo, y pese a nuestras grandes diferencias, estaba muy enmadrada.

Teníamos nuestras videoconferencias por Skype y, gracias a ellas, las

distancias eran más cortas. No parecía que estuviésemos a diecisiete mil kilómetros, sino sólo a cien metros. Un día, mi hermanito del alma me contó que había conocido a una chica y estaban comenzando algo bonito. Joder, cómo me hubiera gustado tenerlo cerca y darle un abrazote. Sentí no poder estar junto a Fran para conocer a su chica y darle mi aprobación. Siempre tuve complejo de ser la hermana mayor, ya que experimentaba la enorme necesidad de controlar en todo momento sus movimientos.

Mi padre no dejaba de pedirme que le mandara la ubicación. Se la envié varias veces, pero él se decepcionó porque, claro, yo estaba siempre en la misma ciudad. Nunca se terminó de enterar de que los primeros tres meses consistían en hacer un curso de inglés en el mismo sitio para poder desenvolverme luego en este idioma por los distintos lugares y países.

Con el fin de que supieran más de mí, me sintieran más cerca de ellos y participaran de mis hermosas vivencias, decidí aprovechar mis avances fotográficos para mostrarles todo lo nuevo que estaba descubriendo. Así que me recorrí Brisbane para sacar instantáneas de lo impactante que fue para mí la ciudad, con sus rascacielos del Downtown, con sus puentes y su río, también del Shafston College, cuyo edificio tenía un estilo arquitectónico muy particular.

Retoqué las fotos que más me gustaron con Photoshop, mostrando mis avances técnicos en el campo de la edición, y las imprimí para enviárselas a los míos. La única oficina de correos que conocía en Brisbane se hallaba en el centro, así que me encaminé hacia ella una mañana que me levanté muy temprano. A la vuelta, después de un recorrido de más de hora y media, me encontraba muy cansada y decidí ir a Shafston en autobús, aunque no estaba segura de la línea que me llevaría a Kangaroo Point.

Localicé una parada y, de repente, ocurrió algo...

¡Allí estaba él!

Un chico moreno con barba de una semana. No era muy alto, quizá no llegaba a medir uno ochenta. Apoyado sobre la marquesina de la parada, escuchaba música a través de unos auriculares conectados a su móvil. Totalmente enfrascado en su concierto particular, se mostraba indiferente a cuanto ocurría a su alrededor. En consecuencia, no descubrió mis miradas, que cada vez eran más insistentes y descaradas.

Solos en la parada. A medida que pasaba el tiempo, sentía una poderosa atracción hacia él. Desde lo que sucedió con Jonathan, mi profesor, en la

primera fiesta, no me había enrollado con nadie, y no por falta de oportunidades, ya que en Shafston todos los tíos iban a cuchillo. Pero no quería meter la pata, como con el *teacher*, que me había salido rana. Pero es que el chico de la parada era tan... espectacular, parecía tan distinto, destilaba morbo por todos sus poros.

Para entendernos, una atracción fatal a lo bestia. Bueno, más que fatal, una atracción total.

Decidí aprovechar el tiempo que quedaba hasta la llegada del autobús, que todavía no estaba segura de que fuera el más idóneo para regresar al colegio. Bueno, sí que lo estaba porque lo acababa de leer en el itinerario colgado en la parada, pero era la excusa perfecta para iniciar una conversación con la aparición casi sobrenatural que tenía a un metro de mi cuerpo. Así que, armándome de valor, me acerqué a él y, con dedos temblorosos, le toqué el hombro.

El morenazo se quitó un auricular de la oreja y me sonrió con un brillo maravilloso en sus magnéticos ojos. ¡Madre mía, qué sonrisa! No sólo iluminaba su rostro, sino la plaza entera donde se encontraba la marquesina del bus. Quizá por ello se me cruzaron las ideas y dije lo que dije.

—*Squeeze me!* —Cuando en realidad quería haber dicho «*excuse me*».

Me miró muy sorprendido con expresión benevolentemente estupefacta.

—*What?*

—*Squeeze me!* —insistí sin darme cuenta.

Y de la sonrisa pasó a la risa.

—*Do you want me to squeeze you?*

Entonces comprendí mi error y quise desaparecer de allí por teletransportación sideral. En vez de decirle «disculpa», le había pedido que me estrujara. Sin duda, el subconsciente me había traicionado. Sentí por dentro, tanto como por fuera, que estaba enrojeciendo hasta tal punto que podía explotar.

—*Don't worry!* —comentó, poniéndome el brazo en el hombro al ver lo ruborizada que estaba—. *I understand the mistake.*

Que sí, que entendía que había sido un error, pero el virulento sonrojo no me lo quitaba nadie. Y más cuando me tocó y comenzaron a temblarme las piernas. ¡Sería idiota, pero qué me estaba pasando con aquel tipo! Tenía casi treinta primaveras y parecía una adolescente de colegio de monjas. Cuando me recompuse, malamente por cierto, le pregunté lo que realmente quería

para romper el hielo.

—*Do you know if this bus goes to Kangaroo Point?*

De inmediato me di cuenta de que había vuelto a cagarla. Preguntarle si aquel autobús iba a Kangaroo Point era absurdo, porque el itinerario de la línea se encontraba justo a unos centímetros de mis ojos.

Me estaba cubriendo de gloria. Había quedado como una gilipollas integral por partida doble. El ridículo era de tales proporciones que, seguro, volvería a ponerse el auricular en la oreja e ignorarme para siempre. Pero...

—¿Quieres que hablemos en español?

Me quedé impactada. ¿De dónde era? ¿Colombiano? ¿Uruguayo?

—Brasileño, pero viví tres años en Buenos Aires.

Entonces, me di cuenta de que su español tenía un ligero toque argentino, eso sí, con innegable acento brasileño. ¿Se podía ser más sexy?

—¿Qué vas a hacer en Kangaroo Point? —Lo había conseguido, había iniciado una conversación con él, pese al mal comienzo. O, quizá, precisamente por el mal inicio.

—Estoy estudiando un curso de inglés en Shafston College.

—¡No jodás! —se expresó más argentino que nunca—. ¡Yo también! Bueno, para ser exactos, empiezo hoy.

¿Qué? ¿Aquella aparición celestial iba a estar en Shafston College? O sea que, con toda seguridad, iba a verlo muchos días. Aquello constituía una extraordinaria noticia. Pero, ojo, tendría que pelearme con las lobas de mis compañeras de piso. Las colombianas, Catalina y Norma, tenían más peligro que Bertín Osborne como entrenador de un equipo de voleibol femenino. De Marcela me fiaba algo más, pero, dado su conocimiento del mercado masculino brasileño, si se le antojaba aquel chico, yo lo tendría muy complicado.

De repente, tuve miedo de perder a alguien a quien acababa de conocer.

—Qué bueno conocerte. A lo mejor nos toca en la misma clase.

¿Sería verdad? En el fondo, lo estaba deseando, pero, por otro lado, como he dicho, la sensación de miedo a perderlo, como si alguna vez lo hubiera tenido, se apoderaba de mi mente de manera inexorable. Y su nivel de inglés era mucho mejor que el mío y, seguro, recalaría en otra clase. O sea, Elsa, que estabas suspirando por un imposible.

Llegó el autobús y ambos subimos. El recorrido hasta la parada situada al lado de Shafston era de unos quince minutos. Tiempo suficiente para decidir

que, definitivamente, estaba ante el hombre de mi vida. No lo decía yo, lo aseguraban las coincidencias.

Se llamaba Hugo y había nacido el mismo día que yo, el 24 de diciembre, aunque cuatro años antes, en São Paulo. Además, yo había estudiado en el colegio madrileño de San Pablo, que fue prácticamente donde me crie. Le gustaba el fútbol, era aficionado a un club brasileño, no recuerdo el nombre, pero también le gustaba el Real Madrid. Yo odiaba el fútbol, pero como mi padre me lo había hecho decir desde pequeña, también era del Real Madrid. Ya van tres similitudes. Y una más: había estudiado hostelería en una prestigiosa escuela en Río de Janeiro para convertirse en chef y a mí me encantaba comer. ¿Era o no era el hombre de mi vida...?

Llegamos al colegio y me dirigí a mi aula, donde estaba a punto de comenzar la clase. Y Hugo, al que puse el alias de «el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra», se encaminó hacia recepción para preguntar cuál era su clase.

Mis condiscípulos mantenían un agitado debate en varios idiomas, entre los que se incluían sucedáneos del inglés. Por el contrario, yo permanecía en silencio concentrada en una sola idea: «Por favor, que aparezca por esa puerta». Pero quien entró fue Jonathan, mi profesor y primer ligue en Australia, ahora novio, o lo que fuera, de Catalina. Lo cual, en Sodoma y Gomorra, no significaba nada desde el punto de vista de la fidelidad.

Fui a poner el móvil en modo silencio, pero me di cuenta de que, desde que me había levantado, no había mirado mi correo electrónico. Así que lo revisé y descubrí un email de Eric cuyo asunto era «Te echo de menos». ¡Mierda! Observé la hora a la que lo había recibido y, calculando la diferencia horaria, deduje que había sido a las tres de la mañana del día anterior, jueves. Viernes en el caso de Eric. Había bebido, seguro. Decidí leerlo más tarde, pero ya me hizo comerme el coco. Aunque fueron sólo unos segundos, justo hasta que, sí, Hugo entró por la puerta.

¡No podía ser, pero lo era! ¡Allí estaba él, en mi clase! No pude evitar apretar mi puño, levantarlo ligeramente y venirme arriba mascullando: «¡Toma!».

Hugo se mostró muy simpático en clase. Cuando se presentó a todo el mundo, apuntó que su sueño era tener un restaurante propio, crear su propia marca y conseguir una estrella Michelin. Confesó que le gustaría comer alguna vez en el Celler de Can Roca. Yo, como buena y hospitalaria

española, me ofrecí a llevarle, siempre y cuando me invitara, claro. Cualquiera se gasta la pasta que cuesta allí el menú. Todos rieron. Hugo también. Sentía que estaba empezando a ganármelo.

Cuando llegué a casa aquella noche me acordé del email de Eric. Había llegado el momento de leerlo.

Remitente: ericgarcia@gmail.com

Destinatario: elsanavas@gmail.com

Hola, ¿cómo estás? Imagino que pasándolo en grande y conociendo mucha gente. Yo, aquí, echándote mucho de menos. Hoy he salido a tomar unas copas con Alex y sí, estoy un poco borrachín. Por eso pienso que a lo mejor podría ir yo también a Australia. Porque todavía estás en Australia, ¿verdad? Y hacemos el viaje juntos. Seguro que tú también me echas de menos. Si me lo pides, si lo deseas, en dos días estoy allí. Todo puede volver a ser como antes.

Yo estaba en pleno subidón con Hugo y Eric me resultaba ya tan de mi pasado que la sola idea de que de repente apareciera en Australia me resultaba totalmente antinatural. Comencé a teclear mi respuesta: «Ni se te ocurra». Pero de inmediato la borré. Probablemente había escrito ese email en circunstancias étlicas y por la mañana se habría arrepentido. Decidí ignorarlo y no responder.

Hugo era muy divertido en clase contando anécdotas personales, como aquella en la clase que versaba sobre el cine de Hollywood.

—*I used to be a bartender in Sao Paulo and one day, Ryan Gosling asked me for a beer* —comentó Hugo.

¿En serio? ¿Hugo había trabajado de camarero y una vez Ryan Gosling, el mismísimo Ryan, mi amor platónico, mi actor fetiche, le había pedido una cerveza? Si tuviera que elegir, no sabría con cuál de los dos quedarme, si con Ryan, el guapísimo de *La La Land*, o con Hugo, allí presente.

—*Did you ask him for his phone number? Could you give it to me?*

Todos rieron en la clase cuando le pedí a Hugo que me diera el teléfono de Ryan. Pero me dijo que no lo tenía, así que seguramente se lo había inventado.

—*I only asked for female numbers* —bromeó Hugo—: Scarlett Johansson, Megan Fox, Emma Watson, Penélope Cruz, que es española, *like you*.

—Pues ten cuidado —le contesté en español, ya delante de todos—, que

las españolas somos muy celosas. No nos gusta que nuestros hombres tengan el número de todo Hollywood.

Los demás asistían a nuestra conversación como si estuvieran viendo una película. Creo que percibían, igual que yo, una tensión sexual. ¿O eran imaginaciones mías?

Una semana después de conocernos me armé de valor y decidí invitarlo a salir. Pero... ¿cómo? ¿Así, directamente? Tenía que inventarme algo original, ser creativa, una historia. Era el momento de pensar. Pronto encontré la solución. Aprovechando mis avances con la fotografía y el Photoshop, diseñé un folleto en el que me ofrecía a mí misma para pasar una tarde por Fortitude Valley o, mejor dicho, The Valley, como todo el mundo en Brisbane conoce al barrio más alternativo y cultural de la ciudad. Una zona muy ambientada donde, en una misma tarde-noche, puedes asistir a un concierto de música independiente, visitar una galería de arte, cenar en un restaurante *gourmet* y tomar unas copas en una *disco-fashion*.

Me hice varias fotos poniendo caras divertidas en las que prometía besos, sonrisas y achuchones mil. Y elegí un texto, que escribí en inglés, espero que sin faltas de ortografía ni grandes errores, pero que venía a decir lo siguiente:

ELSA: ¡Enhorabuena! ¡Le ha tocado un premio! ¡Pasar una tarde con la chica española más divertida de Australia! Incluye risas, confidencias, cervezas, cena y... Para canjear este cupón sólo tiene que enviar un WhatsApp o un SMS al número...

Y puse el número de móvil australiano que había adquirido.

En el aula, aprovechando un instante en que Hugo se levantó al baño, dejé dentro de su cuaderno el folleto que había mandado imprimir el día anterior y que me había costado el vacile del señor de la imprenta. Volví a mi sitio y esperé. Cuando Hugo regresó de satisfacer sus necesidades fisiológicas, abrió el cuaderno y se topó con el folleto. El corazón me latía a toda velocidad por ver cómo iba a reaccionar. Sonrió y me buscó con la mirada. Luego, levantó el pulgar en señal de aprobación. Me puse más nerviosa todavía.

«¿Y ahora qué?», pensé. Necesitaba que Hugo me confirmara la cita por escrito, algo que tardó más de la cuenta. Tres días con sus tardes y sus noches. Su WhatsApp me llegó justo una tarde que estaba yo maldiciendo a mis compañeras de piso porque me habían vuelto a gastar el champú.

HUGO: Hola, española. Quería canjear el premio que me ha tocado. ¿Podría ser este viernes?

Claro que podía ser el viernes. O en ese mismo instante, si me lo hubiera propuesto.

ELSA: ¿Qué tal en Nomnom, es un coreano, a las 20.00?

HUGO: Ok.

Pensé que Nomnom Korean Eatery, un restaurante coreano de moda en aquella época, sería un lugar apropiado para un futuro chef como Hugo. Era un lugar muy exótico y seguro que le sorprendería. Además, poseía una gran terraza con música en vivo donde tomar después un cóctel.

Conté las horas hasta que llegó el viernes. Decidí ponerme para la ocasión lo que allí llamaban un *Little Black Dress*. Un coqueto vestido negro que sirve para quedar bien en cualquier fiesta o cena. No era cuestión de arriesgar en nuestra primera cita.

Aunque quizá lo arriesgado fue elegir un restaurante coreano. No tanto por la calidad de la comida, que para Hugo resultó excelente, sino por unas ciertas picantes circunstancias. Y no, no me refiero a que la cita tomara tintes sexuales, que desde el principio era mi intención, sino que yo tenía alergia a la comida picante y, dado que era la primera vez que iba a un coreano, no sabía de lo que eran capaces. Ríete tú de la comida mexicana.

Pedimos patatas fritas *kimchi*, bollitos coreanos, *ramen*, *okonomiyaki* y *sashimi* de salmón.

No, no sabía lo que era el *kimchi* y no se me iba a olvidar nunca.

Hablamos del itinerario que tenía pensado, de que quería reinventarme en fotógrafa de viajes, de los muchos pájaros que revoloteaban por mi cabeza...

—Me parece apasionante el viaje que vas a hacer, ojalá tuviera yo el tiempo o la plata para hacerlo.

—Bueno, yo la plata la saco de que alquilo mi piso como apartamento turístico y me va bastante bien.

—¿Quién te lo gestiona?

—Una vecina. Oye, ¿entonces no piensas viajar a ningún sitio antes de volver a tu país?

—No sé si voy a volver a Brasil.

—Ah, pensé que estabas en Australia temporalmente.

—No lo tengo nada claro.

—El primer sitio al que iré después de Australia será el sudeste asiático. Si no tienes nada claro..., ¿por qué no te vienes conmigo?

Hugo me miró y se rio.

—¿Tú crees que sería una buena idea?

—Buenísima... Probaríamos nuevos sabores... —insinué sin disimulo.

Y entonces probé el *kimchi*. Me empezó a arder la boca como si fuera a echar fuego en plan faquir. Me entró una tos nerviosa que no se detenía por mucha agua que bebiera. Comencé a ponerme roja como un tomate o, mejor dicho, como una guindilla. Sentía como si fuera a estallar, como si un reguero de pólvora encendida recorriera mis venas camino de la explosión final. Todo el restaurante se quedó mirando. Hugo, al darse cuenta del mal momento que estaba sufriendo, se levantó de la mesa y comenzó a darme palmadas en la espalda, como si aquella fuera la solución.

—¡Pica, pica! —acerté a decirle.

—Claro, es comida coreana. Acabas de comer *kimchi*, ¿qué esperabas? —me reprochó con un apunte de sonrisa.

—*Are you ok?* —se interesó el camarero por mi estado—. *Do you want me to call an ambulance?*

Una ambulancia, no. Lo que necesitaba era una medicina mexicana. Cada vez que me encontraba en una tesitura como aquella, lo único que lograba apagar los ardores *dragonianos* de mi esófago era tomar un chupito de tequila.

—Tequila, *please, one shot* —le espeté al camarero.

—*Of course.*

Hugo continuaba desconcertado y en los dos minutos que tardó en llegar el chupito a mis labios, el picor no sólo no se redujo, sino que creció exponencialmente. Me tomé el tequila de un trago, sin sal ni limón. A palo seco.

Instantes después comenzó el alivio. Poco a poco recuperé la compostura y me volví a sentar a la mesa. Mi acompañante aún continuaba con expresión de pánico. Seguro que había llegado a pensar que me podía morir.

—Ya está... Ya estoy mejor. ¡Qué mal rato, pero no es el primero! Tengo alergia a todo tipo de picante. Lo siento... —Puse carita de cordero degollado.

—¿En serio? ¿Y cómo se te ocurre quedar en un coreano?

—Si te digo la verdad, yo no tenía ni idea de cómo era la comida coreana. Leí en una revista de gastronomía que este sitio estaba de moda y...

—Pues ya has aprendido una cosa nueva hoy.

—Tengo que aprender mucho sobre comida asiática... Necesito que alguien me guíe...

Ya era la segunda vez que le proponía, directa o indirectamente, que se viniera a viajar conmigo y él evitaba la respuesta. A lo mejor estaba siendo demasiado lanzada. O descarada. Es verdad que acabábamos de conocernos, que no nos habíamos enrollado. Pero cuando se trataba de un tío que me gustaba, si la atracción era potente como me pasaba con Hugo, todos mis frenos desaparecían.

Tras la cena, pasamos a tomar una copa en la terraza. Y ya que había empezado con tequila, decidí seguir con él. Y de paso invité a mi compañero a la misma bebida para ver si así se soltaba un poco porque, la verdad, estaba más que durito.

—¡Espera, espera, tenemos que mirarnos a los ojos mientras brindamos! —le interrumpí cuando estaba a punto de tomarse el chupito, sin ni siquiera haber pensado en el brindis.

—Ah, vale, ¿por qué? —preguntó, preso de un evidente desconcierto.

—En España decimos que si no miras directamente a los ojos de tu pareja cuando brindas, una maldición de diez años sin sexo caerá sobre ti.

—¿De verdad? —Soltó una carcajada—. Entonces tenemos que hacerlo sí o sí. Yo no podría aguantar diez años sin sexo, ni diez meses, ni siquiera diez días.

Y llegó la hora del brindis.

—*Cheers!* —exclamamos al unísono, clavando nuestras miradas el uno en el otro.

Y bebimos. De un trago. Otra vez sin limón ni sal que, al parecer, no se estilaba mucho por Brisbane.

Aquel segundo chupito me provocó un subidón de golpe, seguido de una leve sensación de mareo.

—Bueno, pues conjurado el peligro, podemos tener sexo en cualquier momento.

¿Había dicho yo eso...? ¡Qué horror! El tequila me la estaba jugando y bien. Menos mal que Hugo no se enteró porque andaba chateando con

alguien por WhatsApp. ¿Quién sería? Seguro que alguna desaprensiva sexual.
—*Let's go dancing.* —Le cogí de la mano.

Cuando estaba algo contentilla me daba por hablar en inglés. Sentía como un exceso de confianza que quizá no se viera reflejado en la realidad con una buena pronunciación y un acertado vocabulario. Hugo cerró el móvil y lo llevé a la zona que, presuntamente, podía parecer una pista de baile. Más que nada porque había tres o cuatro barrigudos australianos dando botes.

Dada la pasividad de mi pareja, decidí pedirle al DJ una canción lenta. Así tendría la excusa perfecta para bailar pegados. Un tema romántico, sensual, que por narices terminaría en un largo beso de tornillo. ¿Qué podía fallar? Estaba claro, o yo pensaba que estaba claro, que él también deseaba besarme. Aunque siendo brasileño, su calma sexual me tenía desconcertada... Bastante más que desconcertada.

Y así lo hice. Me fui a los clásicos y le pedí al *pincha* que pusiera *Your song*, de Elton John, una de las canciones favoritas de la princesa Diana, según había leído. Esa era de pegarse, pegarse de verdad. No, no podía fallar.

Comenzó la canción y me colgué de su cuello con mi cuerpo pegado al suyo, aunque sin presionar demasiado. No hablábamos, sólo nos mirábamos. Yo debía de estar diciéndole todo con la mirada, un lenguaje universal que no entiende de inglés, español o portugués. Le telegrafiaba «bésame», pero él no se inmutaba un átomo. ¿Qué ocurría...? ¿Por qué no me succionaba la lengua y me mordía el cuello como Drácula...? ¿Cuál era el problema...? Al borde de cinco ataques de nervios, decidí pasar yo al abordaje. Le cogí del mentón y, cuando iba a unir mis labios con los suyos, se apartó con la mirada desviada hacia un determinado lugar. No llegó a ser una cobra en toda regla porque yo todavía no me había lanzado sobre él. ¿Qué había pasado...?

—¡Louise! —gritó de repente, mirando en dirección a la entrada a la terraza.

Al principio pensé que había llamado a un Luis. Y se me pasó por la cabeza que hubiera llegado su novio, un Luis español o latinoamericano. Pero no era Luis, sino Louise. Y no era su novio. Algo peor... Peor para mí. Se trataba de una rubia guapísima con un cuerpo espectacular y unas esbeltas tetas. Desde luego, no parecía brasileña. Aposté porque era autóctona y no me equivoqué.

—*Let me introduce my girlfriend to you* —me espetó con todo el descaro del mundo.

¡Tierra, trágame! ¿Me presentaba a su novia cuando habíamos estado a punto de besarnos hacía un minuto? Bueno, quizá ese «a punto de besarnos» era sólo fruto de mi combustionada imaginación porque, la verdad, él no había dicho nada ni mostrado ningún interés para hacerme pensar algo así. Me sentí la mujer más gilipollas del universo universal. ¿Cómo podía haber hecho el ridículo de aquella manera? ¿Y él... por qué no fue sincero conmigo desde el minuto uno? Debió de verme tan lanzada que intentó evitar que me llevara un chasco. ¡Qué digo, chasco! ¡Aquello fue una hostia descomunal!

Fue aún peor...

Lo normal, lo más razonable es que yo me hubiera largado a mi casa poniendo pies en polvorosa. Pues no. Como una gilipollas integral, me quedé con ellos toda la noche. Louise, nativa de Brisbane, trabajaba en un bar de copas de Fortitude Valley mientras terminaba un máster en relaciones internacionales. Era más joven que yo porque estaba claro que los treinta todavía le quedaban lejos. Y para colmo, además de guapa, era muy simpática. Y seguro que funcionaba en la cama de puta madre. Vamos, que lo tenía todo para fascinar al hombre que se le pusiera por delante. Estaba claro que yo no tenía nada que hacer con ella. Había perdido.

Dada la incómoda situación, tuve que hacer de tripas corazón e intentar hacerme la simpática, aparentando con una estúpida sonrisa en los labios que lo entendía todo cuando hablaban en inglés entre ellos. ¿Cómo podía ser que Hugo tuviera el mismo nivel de idioma que yo? Estaba claro que los profesores de Shafston habían cometido un error con él. Y, por razones obvias, me di a la bebida. Al tequila, mejor dicho.

Aprovechando que Louise fue al baño, Hugo se sinceró conmigo.

—Perdona, debía haberte dicho antes que tenía novia. Pero, la verdad, no encontré la ocasión. De veras que lo siento.

—¿Pero tú te habías citado aquí con ella?

—Me chateó preguntándome dónde estaba, le dije que con una amiga del *college* y se empeñó en venir.

Normal, pensé. Tenía que proteger su territorio. Fui idiota, ya que ni siquiera le recriminé a Hugo la situación en la que me había colocado. Yo, en algún momento de la noche, me había sentido deseada por él, pero, repito, seguramente eran imaginaciones mías. No pasaba nada porque un chico quedara con una chica. No necesariamente significaba que tuvieran que querer lío el uno con el otro. Pensar lo contrario sería situarme en una

posición machista.

—¿Cuánto tiempo lleváis? —comencé mi interrogatorio.

—Seis meses.

—¿Y vivís juntos?

—Desde hace tres.

—¿Y la quieres?

Pero, antes de contestar, apareció Louise. Y, entonces, fue Hugo el que se excusó para ir al cuarto de baño. Durante un minuto interminable, entre las dos no intercambiamos ni una sola palabra. Su hostilidad hacia mí era evidente. Finalmente, decidí romper el hielo comentándole la enorme suerte que tenía con Hugo. ¡Encima, Elsa, la alababas!

—*You are lucky. Hugo is great.*

Ella me miró fijamente.

—*If you try anything with him, I'll kill you.*

¡Hostias! La entendí a la perfección. ¡Jo... der, cómo se las gastaba la niñita! Me estaba amenazando de muerte, nada más y nada menos, si intentaba algo con su novio. ¿Pero qué clase de loca era la tipa aquella? Quedaba claro que me veía como una seria amenaza, en caso contrario no se explicaba su insólito comportamiento. Quizá Hugo le había hablado de mí... Por un momento me acojoné. Me hallaba en un país extranjero y no sabía cómo me debía tomar exactamente sus inequívocas palabras. Ni le contesté, optando por pedir otro chupito de tequila.

Al regresar Hugo, Louise, hipócritamente, recuperó su actitud agradable y simpática. Y yo comencé a sentirme mareada de verdad, tanto que me desplomé de la silla al suelo. No sabía si vomitaría o no, ya que todo me daba vueltas como si me hallara en un tiovivo. O, más bien, en una montaña rusa. Una montaña rusa de sentimientos.

Hugo y Louise decidieron que en aquellas condiciones no podía regresar a casa y me llevaron a la suya. En el torbellino de mi delirio, me surgió la sospecha de que a lo mejor querían hacer un trío conmigo. Y, contrariamente a lo que opiné cuando me lo propusieron Jonathan y Catalina, no me pareció una mala idea. Claro que yo no andaba en las mejores condiciones físico-psíquico-sexuales. Pero aquella sospecha no dejó de ser una paranoia de las mías. Uno más.

Vivían en un pequeño dúplex en el Valley. Era un *loft* con una gran habitación y un amplio cuarto de baño arriba, y el salón-comedor-cocina

abajo más un pequeño baño. Yo me tendí en el sofá y ellos se fueron a su cama. Unos quince minutos después, comencé a escuchar jadeos y gemidos de Hugo y Louise haciendo el amor. Se me llevaban los diablos porque estaba segura de que había sido idea de ella. Me quería dejar clarito quién era quién con Hugo. Aunque, pensándolo bien, probablemente creyeron que, con la cogorza que llevaba, no me iba a enterar de nada. Sobre las cuatro y media de la mañana, me levanté al baño. Después de orinar, cogí el móvil e hice lo que nunca se debe hacer a esas horas y, encima, borracha. Grabarte un vídeo para enviárselo a tu ex.

—Eric. Yo también te echo de menos. No encuentro a nadie como tú. Quizá tengas razón y podamos volver a intentarlo.

En el mismo momento de enviarlo, me arrepentí. Estaba claro que había sido una debilidad tras mi fracaso con Hugo. Era demasiado tarde para recuperarlo y, además, me vencía el sueño. Regresé al sofá y cerré los ojos hasta el día siguiente.

Cuando los abrí, eran las doce del mediodía. Hugo y Louise, con el semblante muy serio, tenían clavados los ojos en el televisor. El Estado Islámico había vuelto a atentar en Francia. Unos cuantos pistoleros habían tiroteado en París a numerosos ciudadanos en diversas calles de la ciudad. De momento, treinta y tres muertos y más de ochenta heridos.

Mis problemas éticos y mis migrañas se convertían en minucias cuando sucedía algo así a tu alrededor. ¿Estaría segura en Australia? En este país también había habido atentados de corte yihadista. Por unos instantes temí que el dolor de cabeza y la resaca me hicieran delirar y elucubrar demasiado sobre el atentado. Me conocía y era capaz de imaginarme que me iban a secuestrar y me iban a llevar a Siria. Curiosamente, aquellas dramáticas y sangrientas imágenes redujeron en mi ánimo la importancia de que Hugo tuviera novia o no me hubiera hecho caso. Había otras cosas mucho más importantes en la existencia humana que un rollo más o un rollo menos.

En cualquier momento, un yihadista enloquecido, un atropello fortuito o una enfermedad traicionera se te cruzan por delante, así que hay que aprovechar la vida al máximo. El pasado no importaba. Por tanto, Eric, a pesar del vídeo que le había enviado la noche anterior, era un tiempo totalmente pretérito. Que Hugo tenía novia y no quería nada conmigo, a otra cosa, mariposa. Nada de obsesionarme con encontrar pareja. Y mucho menos con el viaje que tenía por delante. Lo significativo era vivir al máximo cada

momento, cada detalle, cada experiencia...

Tras desayunar con mis anfitriones, me despedí de ellos no sin antes agradecerles su hospitalidad y atención, y regresé a casa para disfrutar de lo que quedaba de fin de semana. Yo no sabía que tardaría mucho tiempo en cruzar una palabra con Hugo en el *college*. Louise se lo prohibió nada más abandonar yo su *loft*, según me confesó aquella misma tarde a través de un WhatsApp.

Al principio me dolió, pero luego, en parte, lo entendí. ¿Habría hecho yo lo mismo si me hubiera encontrado en una situación idéntica a la de Louise? Tenía clarísimo que ella mataría por Hugo, y este verbo no era una mera licencia metafórica. ¿Había descubierto que yo, en cierto modo, le hacía tilín a su novio...? Quién sabe.

A Eric le expliqué en una llamada de WhatsApp que el vídeo que le envié fue fruto de un instante de debilidad. Pero no era lo que pensaba ni sentía. Lamentaba haberle dado falsas esperanzas. No volvería a suceder.

Yo seguí con mi vida, con mis fiestas con las sudamericanas, con un pequeño desliz con Jonathan sin que se enterara Catalina, desliz al que puse freno antes de que fuera demasiado tarde. Mi inglés fue mejorando paulatinamente, aunque a velocidad más lenta de la que hubiera deseado. Y estaba claro que dicha lentitud tenía que ver con el entorno hispano-portugués en el que me movía. Aunque, eso sí, nos propusimos entre todas hablar en inglés. Algo que cumplimos sólo en un setenta por ciento.

Un día, vi un cartel en Shafston para hacer un curso de danza del vientre. Llamé y me apunté. Me servía como relajación, después de estar todo el tiempo sobrestimulando la mente para hablar en inglés. La profesora se llamaba Jasmine, acababa de abrir la escuela y, al principio, yo era su única alumna. Así que nos hicimos amigas.

—*Do you think with this dance I can seduce a brazilian guy?*

Así fue como le hablé de Hugo. ¿Por qué? Verlo cada día no me dejaba pensar en ningún otro. Jasmine no opinaba, sólo me escuchaba, y eso era justo lo que yo necesitaba, porque sentía que allí, en Australia, nadie me atendía y todo el mundo iba a su rollo. Jasmine era de esas personas que destilaban paz a su alrededor.

Yo, tonta de mí, pensaba que el baile del vientre se iba a convertir en el método infalible para conquistarlo. Aunque, poco después, me iba a dar de bruces con la realidad.

Yo siempre llegaba a Shafston con la hora pegada, como buena española. Pero un día ocurrió todo lo contrario porque me había desvelado. Desperté muy pronto y, como no podía dormir, decidí desayunar tranquilamente en la cafetería del colegio antes de empezar las clases. No lo hacía nunca, pero ese día lo hice. Y allí, tomando un café, estaba Hugo. No había nadie más. O sea, no tuvo más remedio que hablar conmigo.

—Hola, ¿cómo estás? —me saludó con una sonrisa que no me pareció forzada.

—Bien. Aquí, a por un café. ¿Qué tal Louise?

—Bastante bien. Bueno, ha dejado el trabajo.

—¿Y eso por qué?

—Ha terminado el máster y se va a Nueva York, a hacer las prácticas en la ONU, dentro de dos meses y medio.

—Ah, muy bien. Os marcharéis los dos, supongo.

—Sí. Es un buen lugar para montar un restaurante. Quería despedirme de ti porque antes nos vamos un mes a Tailandia. Ella dice que me encantará. He venido a cancelar el mes de Shafston que me quedaba.

—¿Cómo? ¡O sea que te vas ya!

El corazón me dio un vuelco. Es verdad que desde aquella fatídica noche no habíamos intercambiado palabra alguna, pero, al menos, lo veía todos los días. La noticia de que desaparecería de mi existencia para siempre me produjo un amago de tristeza. Como si todavía albergara alguna recóndita esperanza con él. Qué tonta. Mejor dicho, qué gilipollas. Al final, Louise se había salido con la suya. ¡Putá australiana!

—Pues sí. Ya...

—O sea, que no nos volveremos a ver.

—Lo más probable. Aunque ahora, con las redes sociales, nadie está lejos de nadie.

De improviso, me lancé y le di un abrazo, al que él correspondió sin ningún freno mental. Fue un momento mágico que, de alguna manera, redimía los sinsabores del pasado.

—Me alegro de haberte conocido —me susurró al oído.

¿Qué significaba aquello...? Mejor no elucubrar porque me montaba cada historia...

—Yo a ti también.

Tras un largo minuto, nos separamos.

—Bueno, Elsa. Adiós...

—Adiós, Hugo... Si me das tu email, puedo enviarte las fotos que vaya haciendo durante el viaje.

Acentuó su sincera sonrisa y extrajo de su carpeta un papelito, donde anotó su dirección de correo electrónico y algunas palabras más. Me entregó la nota y le vi marcharse a través de los cristales de la puerta de la cafetería.

Leí el papel.

Me hubiera gustado darte un beso. Pero mejor no, ¿verdad...? Disfruta por mí de ese magnífico viaje. hugo.norton@gmail.com.

Dos lágrimas nada furtivas, en realidad unos lagrimones de caballo, se descolgaron por mis mejillas. Justo en aquel momento me vino a la cabeza un pensamiento, creo que del Dalai Lama, en el que, más o menos, venía a decir que sólo hay dos días en nuestra vida en los que no podemos hacer nada. Uno es el ayer porque ya pasó y otro, el mañana, porque aún no ha llegado. Por tanto, aprovechemos el hoy para vivirlo a tope.

Tanto Eric como Hugo ya eran pasado en mi vida, así que nada de mirar atrás.

Pagué el café y me fui a clase.

CAPÍTULO 7

¿POR QUÉ TODO TIENE QUE PASARME A MÍ?

Terminé mis tres meses del curso de inglés con la sensación de que podía haber aprendido mucho más. Todavía no me sentía nada segura a la hora de mantener una conversación con un angloparlante. No obstante, tanto mi profesor, Jonathan, como mis amigos de otros países afirmaban que había mejorado mucho.

Había llegado la hora de dar el siguiente paso, de comenzar propiamente mi periplo alrededor del mundo. La filosofía iba a ser la misma: aprovechar al máximo cada vivencia de ese peregrinaje, sentirme viva en todo momento. Decidí quedarme una semana más para despedirme de todos los amigos que había hecho en Brisbane. Para ello, los convoqué en el piso a una fiesta para un adiós que, lo más seguro, sería para siempre. Mi *farewell party*. Por otro lado, había decidido visitar tres lugares de los que me habían hablado como fascinantes: Gold Coast, Nimbin y Byron Bay. Después, me iría a Sídney, donde mi prima Angie y su novio, Lyndon, se habían trasladado a vivir durante unos meses antes de proseguir, también ellos, la vuelta al mundo.

¡Copiotas!

En los últimos días le había dado caña a la web creada por mi hermano. Subí bastantes fotos y, además, me di de alta en varias plataformas. A lo mejor alguien se interesaba por mi trabajo y me compraba alguna imagen. Resultaba difícil, pero era la manera de testar si realmente me podía dedicar a algo así, si podría vivir de ello en un futuro...

Transcurrida una semana, ¿qué había pasado con mis fotos? Ilusa de mí, pensaba que sería un éxito y nadie, absolutamente nadie, se había interesado por ninguna de mis imágenes. Menos mal que el alquiler del piso iba viento en popa y sufragaba más que de sobra mis gastos a diecisiete mil kilómetros de distancia.

Y llegó la fiesta de despedida... ¡Qué nervios! ¿Cuánta gente iba a venir? ¿Realmente yo era popular como para lograr una gran convocatoria? Las compis hablaban de cincuenta personas o más... Para populares, Marcela, Norma y Catalina. Creo que entre las tres se habían cepillado, con perdón, al sesenta por ciento de los chicos de Shafston. Yo, en los tres meses, aparte de mis escauceos con Jonathan, en los que se entrometió Catalina, me había centrado demasiado en Hugo. Pero aquello era pasado y el presente era la fiesta.

Tres horas después de mis apesadumbradas elucubraciones sobre mi grado de popularidad, el piso estaba atestado de gente, tanto como el día de la inauguración. Y fue fantástico. Muchos me trajeron regalos para que les recordara siempre.

No sólo se presentaron colombianos y brasileños. Nunca me olvidaré de Junko y Tomomi, dos japonesas muy graciosas que siempre sonreían y, al más mínimo chupito, perdían la cabeza por completo. O de Andreas, un alemán de casi cuarenta años, empresario, que tras divorciarse decidió vender todos sus negocios y dedicar la fortuna que había amasado a conocer mundo. No era mal plan, desde luego. También recordaré siempre a tres franceses que, con el pretexto de aprender inglés ante sus padres, lo que habían venido era a aprender a surfear. Y a Graciela, una mexicana que había viajado a Brisbane para entrenarse en la disciplina del triatlón con el objetivo de acudir a los siguientes Juegos Olímpicos. ¿Lo conseguiría? Desde luego, si seguía frecuentando aquel tipo de fiestas, sería un tanto complicado porque bebía como una cosaca. También estaba Emil, un polaco recto y disciplinado que planificaba los gastos centavo a centavo. Dejémoslo en que era ahorrativo. El tipo perdía la cabeza por el vodka y, como anécdota, se quedó dormido mientras defecaba, propiciando un considerable atasco de gente que necesitaba utilizar el baño.

Y, por supuesto, estaban los dos clanes más importantes: el colombiano y el brasileño, que tanto me habían sacado de quicio con sus impuntualidades, sus indisciplinas y la nula fiabilidad que caracterizaba a sus palabras. ¡Y mira que los españoles somos poco de fiar! No hay más que ver a nuestros políticos.

El *shock* cultural que me supuso al principio aquel nuevo mundo hispano se transformó en una cierta admiración después. Sobre todo al entender su cultura vitalista, al descubrir por qué son tan apasionados, cuánto les gusta la

rumba, como ellos llaman a la juerga.

Me hice fotos con todos y cada uno de los asistentes. Y aquella noche, la de mi despedida, no pensé para nada en Eric. Mis esfuerzos por considerarlo tiempo pretérito habían dado sus frutos. No me había acostado con nadie en aquellos tres meses. En el fondo, me había portado mejor de lo que esperaba cuando, presa del despecho por su traición, había decidido dar la vuelta al mundo en busca, entre otras vivencias, de apasionadas y salvajes aventuras amorosas.

Sin embargo, mi abstinencia sexual cambió aquella noche de mi despedida cuando Jonathan me cogió de la mano y me llevó a mi habitación, confesándome que ya no estaba con Catalina. Se había cansado de su actitud posesiva y, no sólo de eso, también de los continuos *affaires* que ella tenía con todas las nacionalidades de la ONU.

—*What do you want?* —Aunque sabía de sobra lo que quería.

—*It's your last night here. We have something pending!*

Era verdad, mi última noche allí y sí, teníamos algo pendiente desde la primera fiesta de inauguración. Algo que la irrupción de Catalina primero y la de Hugo después habían retrasado. Pensé que por qué no. Jonathan no representaba, seguro, al hombre de mi vida, pero era muy atractivo. A pesar de que en aquella primera noche, en el fragor sexual, quiso que lo compartiera con Catalina porque quizá estaba acostumbrado al sexo no convencional, la verdad es que se había portado muy bien conmigo. Durante las clases habíamos seguido manteniendo un pique sano, envuelto casi siempre en el inteligente papel de celofán de la ironía.

Le comenté que, si no se hubiera decantado por Catalina, lo habríamos pasado muy bien. Y, sin duda, mi nivel de inglés habría sido mucho mejor.

—*Your English is still very good. You improved a lot!*

Sí, claro. No le creía. Seguro que decía que mi inglés era excelente sólo porque quería acostarse conmigo.

—Tú lo que quieres es llevarme al huerto —le contesté en español castizo.

—*What?*

—El huerto es la cama —expliqué, otra vez en idioma cervantino.

Y me lancé a sus brazos para apretar mis labios contra los suyos y aprisionar su lengua con la mía. Frenéticamente, saltando algún botón, nos desnudamos el uno al otro. La verdad es que andaba bastante bien armado y se manejaba con mucha experiencia. Sus susurros, aunque fueran en inglés,

eran muy sensuales. Nos acariciamos todo lo que pudimos antes de llegar a un ruidoso orgasmo. Y justo cuando estábamos en pleno clímax, entraron en la habitación el clan colombiano, el brasileño, los franceses y todas las demás nacionalidades al ritmo de *Sex Bomb*, de Tom Jones. A la velocidad que íbamos el profe y yo, era imposible parar aquello sin provocar un peligroso descarrilamiento.

Al terminar, todos empezaron a aplaudir con más entusiasmo y durante más tiempo que al final de un concierto de año nuevo de Viena. Yo, lógicamente, me morí de vergüenza. Y cuando me obligaron a saludar semienvuelta en una sábana con un pecho al aire, un soponcio descomunal estuvo a punto de desestructurar toda mi psique. Lo del sexo compartido, pues no, no era lo mío...

Hablando de compartir. ¡No habría grabado algún cabrón o cabrona la escenita de marras...!

¡Huy, huuyy, huuuyyy...!

En la era de los móviles inteligentes conectados constantemente a internet, aquel polvo, hablando con propiedad, aquel polvazo, era una tentación difícil de resistir. Ya no me importaba tanto que cuantos se encontraban allí me hubieran visto en pelotas. Mi pánico radicaba en que alguien pudiera subir aquel vídeo a las redes sociales porque, en cuestión de segundos, podía llegar a ojos de mis padres, de mi hermano y de Eric. Bueno, Eric ya me daba igual, pero no era plan de que me viera echando un polvo.

Ayudada por Jonathan, no permití que nadie se marchara de la fiesta sin inspeccionar antes todos los móviles. Fui comprobando una por una las fotos y los vídeos. Y no sólo esto, también verifiqué que nadie lo había compartido ya en Facebook, Twitter o WhatsApp. Afortunadamente, mi rápida inspección impidió que aquellas eróticas imágenes mías navegaran por las autopistas de internet.

Por supuesto, encontré vídeos y fotos del show sexual que borré de inmediato y, de paso, examiné algunas otras imágenes de la fiesta para ver si yo salía bien, eliminando aquellas en las que aparecía con los ojos cerrados o con pupilas draculinas. Sí, ya lo sé, una censora en toda regla. Pero bastante me habían tocado los ovarios con la irrupción en la habitación.

Pronto me enteré de que Catalina había sido la instigadora, siempre Catalina, pero luego me pidió perdón. Estaba celosa de que yo me hubiera encamado con Jonathan. Y todos los demás también se disculparon.

—Sólo pensamos que podía ser divertido, española. ¡No se apure!

Ya bien entrada la madrugada, di por concluida la fiesta. El resto de la noche la pasé con Jonathan. Volvimos a hacer el amor. Era una relación con fecha de caducidad, pero no dejaba por eso de ser bonita. Aparte del placer sexual en sí, la actividad amatoria resultó clave para que mi nivel de inglés mejorara a la categoría de aceptable. El profesor me corregía cada vez que empleaba mal una expresión o cometía un error gramatical o de pronunciación. ¡Lo que hubiera aprendido acostándome los tres meses con Jonathan!

Al día siguiente me despedí de mis compañeras. Catalina me volvió a pedir disculpas y me confesó que quien realmente le gustó a Jonathan desde el principio fui yo. Y eso le fastidiaba. ¡A buenas horas!

Cogí mi mochila y Jonathan me llevó en su coche a la estación de tren. Había sido una noche preciosa. La verdad, no se le daba nada mal la cama al americano y excité su ego.

—*It was a very beautiful night and you are very well lover!*

—*Very good lover!* —me corrigió.

—*Ah. Ok. Two days more with you and I become Shakespeare.*

Y era verdad. Si me quedara más tiempo con él, aprendería mucho más inglés, muchísimo más. Pero había llegado el momento de partir. Nos despedimos con un largo beso.

El tren me llevó directamente a Gold Coast en un viaje de algo más de una hora, tiempo en el que ya no volví a pensar en Jonathan. Pero sí, y mucho, en otro hombre...

¿En qué parte de Tailandia estaría Hugo?

Gold Coast es una ciudad muy extendida sobre una franja de tierra paralela al mar, situada a unos ochenta kilómetros al sur de Brisbane, también en el estado australiano de Queensland. El centro neurálgico de la localidad era Surfers Paradise, la viva reencarnación de Benidorm en el otro lado del planeta. Rascacielos horteras, ambiente playero y mucho surfero suelto. En Gold Coast pasé tres días visitando a Jasmine, mi profesora de danza del vientre, a la que no le había ido bien en Brisbane y había decidido probar suerte en la costa. Ella vivía en una casita de una urbanización en un barrio apartado, Sailfish Cove. Lo pasamos de maravilla en plan vida sana. Dimos largos paseos en bicicleta, nos tostamos tumbadas relajadamente en la playa y unos musculosos australianos nos dieron un par de masajes que nos

transportaron al mismo cielo. También nos bañamos en su piscina y, durante nuestras largas conversaciones, le seguí relatando mis aventuras con Jonathan y Hugo.

—*I think Hugo is your boy!* —¿Por qué pensaba que Hugo era el tío a seguir si no lo iba a volver a ver?—. *Trust me!*

No, si yo confiaba en ella, pero no tenía fe ciega en el destino como Jasmine. Ella consideraba que si estaba escrito que dos personas iban a terminar juntas, esto sucedería superando cualquier tipo de obstáculo, se llamara Louise, distancia oceánica o choque cultural. Pero yo discrepaba. Hugo era pasado y ya está.

Aquellos días oficiaron como desintoxicante de mi fiesta de despedida. Sobre todo, una excursión con el fin de pasar un fin de semana en Nimbin y Byron Bay. Para llegar al primero, la capital *hippy* de Australia, había que desviarse de la autopista por una carretera secundaria. En 1973, se había celebrado en Nimbin un festival multicultural y musical en favor del pensamiento alternativo y la vida autosostenible. Tras él, muchos de los asistentes decidieron instalarse allí adquiriendo sus fértiles tierras en régimen de multipropiedad. Y aquella esencia fundacional se mantiene hoy día en una población perteneciente al mismo municipio en el que nació Julian Assange, el fundador de Wikileaks.

Mereció la pena caminar por sus calles con Jasmine, entrar en las tiendas alternativas y *grow shops*, admirar los vivos multicolores de todas las fachadas, de los autobuses públicos e incluso de algunos automóviles particulares. Y lo más llamativo, sin lugar a dudas, era la permisividad de las autoridades policiales con el consumo de marihuana, pese a que había una comisaría de policía y hasta cámaras de vigilancia en el mismo cogollo de los fumetas.

No había sido gran consumidora de porros, pero como se dice que «allá donde fueres, haz lo que vieres», si ibas a Nimbin, tenías que fumar marihuana. Lo mismo que si vas a París, es obligatorio visitar la Torre Eiffel. Así que mi amiga y yo nos echamos unos porros, y unas buenas risas, con dos perroflautas que deambulaban por allí. Se llamaban Bryant y Jim y debían de estar fumando hierba desde 1973.

—*Look at the stars* —sugerí a todos—. *In my city, Madrid, you can't see them. But here, I think they are my friends.*

Me quedé flipada con las estrellas, las veía cerquísima y eso que se supone

que la marihuana no es alucinógena.

—*Look* —proseguí—. *That one is Ryan Gosling, my love. But he doesn't know it yet.*

Yo y mi obsesión por Ryan Gosling. Pero es que es tan mono...

—*And that one is Chris Hemsworth* —añadió Jasmine—. *My man.*

—*And here we are Ryan and Chris* —bromeó Jim.

Y todos reímos. Querían ligar con nosotras, pero no estábamos por la labor. Pese a todo, pasamos un buen rato con aquellos dos tipos. Terminaron interesándose por el viaje que yo tenía por delante.

—*Where are you going next?*

—*I'm going to Sydney.*

—*I know a Spanish guy in Sydney who owns a club. You can call him if you are looking for a job!*

¿De verdad conocían a un tipo español que regentaba una discoteca en Sídney? Quizá sí me interesara trabajar un par de meses, ya que coincidiría en la capital australiana con mi prima Angie y su novio. Y ahorraría algo de dinero para el resto del viaje. Me apunté el teléfono.

Pasamos una noche en Nimbin y, al día siguiente, viajamos hasta Byron Bay, el territorio más oriental de la Australia continental. Un lugar plagado de jóvenes melenudos con sus tablas de surf bajo el brazo a todas horas. Allí fue donde, convencida por mi amiga Jasmine, tuve mi primer y único contacto con el surf. Nunca gocé de demasiada paciencia, mucho menos para tirarme media hora esperando la ola perfecta y poder levantarme sobre la tabla para permanecer erguida sólo unas décimas de segundo. Aquello no era para mí. Acabé agotada.

Después, nos hicimos las típicas fotos en el faro y en las playas paradisíacas que han hecho célebre en todo el mundo a este rincón australiano. Cada vez me sentía más contenta con el manejo de mi Canon. Notaba que iba evolucionando a mejor, tanto en técnica como en contenido. Pero, sin embargo, no había conseguido vender ninguna foto por internet, aunque, eso sí, las visitas a mi web aumentaban lenta pero incesantemente.

Tal como le había prometido a mi padre al inicio del viaje y había cumplido en los distintos lugares donde había estado, le envié la ubicación de Nimbin y Byron Bay. Se puso muy contento. Me informó de que iba realizando capturas de pantalla cada vez que le mandaba un lugar para luego confeccionar un *collage* con todos los sitios visitados. De regreso a casa,

dicho *collage* me recordaría cuál había sido mi ruta completa. Molaba la idea de mi padre.

Llegó el momento de despedirme de Jasmine y poner rumbo a Sídney. Para no gastar vuelos del *Round the World Ticket*, recorrí los ochocientos kilómetros que separaban Byron Bay de la capital en tren. Mi prima y Lyndon irían a buscarme a la estación.

Durante el largo trayecto aproveché para escribir en mi portátil sobre las experiencias vividas, tanto en el curso de inglés como en las ciudades recientemente visitadas. Y también para ordenar, retocar o eliminar los centenares de fotografías almacenadas en el disco duro. Me resultaba increíble todo lo que estaba viviendo. Me sentía una persona muy diferente a la que salió de Madrid, nunca volvería a ser la Elsa que era antes. Por tanto, la idea que se me había pasado por la cabeza en alguna ocasión de darle esa segunda oportunidad a Eric al regresar la descartaba ya por completo.

Me dio mucha alegría encontrarme con mi prima Angie, que desde hacía cinco años vivía en Londres, donde había conocido a Lyndon, un simpático galés aficionado a la cerveza y al gimnasio. Ambos habían encontrado trabajo de camareros en un bistró francés en Coogee Beach, barrio en el que se habían alquilado un apartamento y en el que me acogieron con todo el cariño del mundo.

Ojalá pudiera trabajar un par de meses antes de poner rumbo a Tailandia. Lo consiguiese o no, pretendía pasar la Navidad en la ciudad que fue sede de los Juegos Olímpicos en el año 2000, en compañía de Angie y Lyndon. Mi cumpleaños, el día de Nochebuena, lo celebraríamos en su apartamento y la Nochevieja la pasaríamos en los alrededores de la Ópera de Sídney, disfrutando de unos espectaculares fuegos artificiales, famosos ya en todo el mundo por ser uno de los primeros lugares del planeta en saludar al nuevo año.

Los primeros días decidí conocer la ciudad. La Ópera, el Harbour, el Jardín Botánico, tomar el *brunch* en The Rocks. Dar largos paseos de Bondi Beach a Bronte Beach y, después, de esta a Coogee Beach. Todo este periplo turístico lo realicé en poco más de tres días y, entonces, decidí telefonar a Julio, el dueño de la discoteca del que me habían hablado los dos fumetas que había conocido en Nimbin. Después de cinco llamadas, por fin respondió.

—*Julio speaking* —comenzó hablando en inglés.

—Hola, Julio. Soy Elsa, una viajera española.

—¡Hombre, una española por aquí! Qué bueno escucharte. —Se alegró en mi idioma, aunque con un acento extraño, sin duda debido al tiempo que llevaba residiendo en Australia.

—Verás, conocí en Nimbin a Bryant, no sé si sabes quién es.

—¿Bryant? ¿En Nimbin? Ni idea. —Empezábamos bien.

—Os debéis de haber conocido en algún momento porque me dio tu móvil. Y me dijo que tenías una discoteca y que andabas buscando una camarera.

—Ya la encontré, pero estoy pensando en ampliar el negocio. Así que, si quieres, nos podemos ver... ¿esta tarde?

—¿Esta...? Vale. ¿A qué hora...?

Quedamos en encontrarnos en una cafetería de Kings Cross, conocido como el barrio rojo de Sídney.

En España yo tenía fama de impuntual porque solía llegar a las citas unos quince minutos tarde, el tiempo de rigor que todo encuentro, a mi entender, debe retrasarse. Ya viviendo con las colombianas y la brasileña me sacaba de mis casillas su concepto del «ahora» y la excesiva relajación a ceñirse a la hora acordada. Si yo me solía retrasar un cuarto de hora, para ellas llegar puntuales significaba una hora después. A mí me llevaban todos los demonios, me hervía la sangre como en un cueceleches. Bien, pues todo esto era exquisita puntualidad británica, medida con un reloj suizo, comparándolo con el tiempo que me hizo esperar el tal Julio: dos horas y cuarenta y tres minutos. Y cada vez que lo llamaba al móvil me informaba por el «manos libres», mientras conducía, que en cinco minutos llegaba. Estuve a punto de levantarme y largarme varias veces y, a día de hoy, no sé todavía por qué no lo hice.

Desesperada por la tardanza y enfurecida porque me estaba tomando el pelo, me disponía a marcharme tras dos cafés y tres Coca-Colas cuando apareció por la puerta. Rebasaba bastante los cuarenta años, rostro cetrino con ojos penetrantes, más bien achaparrado, barriga incipiente y gorra de jugador de béisbol. Cuando me miró por primera vez, percibí inequívocamente una masa crítica de lascivia en sus ojos.

—Disculpa. Aunque esto no es Madrid, el tráfico de esta ciudad también es horrible —intentó justificar lo injustificable.

—Pues ya me iba. —No pude evitar que se me notara el enfado.

—Venga, te invito a otro café y hablamos.

No sé por qué accedí, ya que me generó de inmediato un enorme rechazo,

casi visceral. Sin embargo, era un magnífico conversador. Hasta el punto de que, durante más de media hora, hablamos animadamente de mi viaje, de cuál iba a ser el itinerario, de algunas de las pequeñas aventuras que había vivido y de incidentes más personales, como la guarrada que Eric me hizo cuando nos íbamos a casar...

¡Elsa...! ¡Para! A ver... Un tío te cae fatal tras un plantón de casi tres horas y hete aquí que, por tu incontrolable diarrea dialéctica, le cuentas media vida de un tirón. Estaba totalmente en sus manos. ¡Así no iba a ninguna parte!

De Julio, en aquel primer contacto, supe muy poco. Sólo que se había trasladado con su familia a Australia cuando tenía diez años, pero que se seguía sintiendo muy español y que le gustaría volver algún día a su Valencia natal.

—Aquí se vive bien, pero el dinero no lo es todo. Los australianos son tan fríos como los ingleses, no lo pueden evitar. Nosotros, los latinos, somos más cariñosos, más pasionales. ¿No crees?

¿Qué quería decirme con la última frase? No sé por qué, seguramente por su lúbrica mirada, me parecía todo el rato ver segundas intenciones en sus palabras. Como que la idea de una españolita sola por el mundo le ponía.

—Supongo que depende de las personas. Hay de todo.

—Bueno, sí, hay de todo. Pero apuesto a que tú y yo somos más pasionales que estos.

De nuevo quise largarme de allí, pero no me atreví. Lo único que me interesaba era saber si aquel tipo me iba a dar trabajo y en qué condiciones.

—Entonces, ¿tienes algún puesto libre en tu discoteca? No sé, camarera o algo así. Sería por poco tiempo, un mes más o menos. Ya te digo que quiero seguir viajando.

—Las camareras van y vienen. Siempre hay algún hueco.

Quería ir al grano. Bastante tiempo de mi estancia en Sídney había perdido ya aquella tarde.

—¿Sueldo...?

—No corras tanto. ¿Ves como eres pasional? ¿Cuántos años tienes?

—Cumplo treinta el día 24. ¿La edad es algún problema?

—Si trabajas bien, no es ningún problema. ¿Posees alguna experiencia en un negocio así?

—Hace años estuve tres meses en un bar de copas.

—Bien, eso es un punto a tu favor. Sería sólo para un mes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Te podrías ganar, entre sueldo y propinas, unos siete mil dólares australianos.

¿Cuánto era en euros? Efectué un cálculo mental, no lo suficientemente veloz como para haber trabajado tanto tiempo en un banco. Se trataba de unos cinco mil euros. Una pasta. Y en sólo un mes. Sí que estaba bien pagada la hostelería en Sídney. No me extraña que tuvieran tantos filtros en inmigración. Con sueldos así, todo el mundo querría establecerse en Australia. Me vendrían fenómenos para el viaje.

—Me interesa.

—Te advierto que es un trabajo duro. Y, además, antes tendrías que hacer una prueba.

Aquello empezó a no olerme bien.

—¿Una prueba...? ¿Qué clase de prueba?

—Vamos y conoces la discoteca. Te lo contaré allí.

Cegada por los cinco mil euros que iba a ganar en un mes, accedí a acompañarle. Al subir a su coche, un semideportivo rojo, descubrí que Julio tenía hijos pequeños ya que, en el asiento de atrás del vehículo, llevaba dos sillas infantiles para diferentes edades.

—Tienes hijos, por lo que veo.

—Sí, dos. Ahora están con su madre. Estamos divorciados. Nunca te fíes de una mujer australiana.

Me pareció un comentario abiertamente machista, pero decidí obviarlo. Conducía a bastante velocidad por las calles de Kings Cross, al tiempo que hablaba por el manos libres en un ininteligible inglés australiano. ¿Dónde me estaba metiendo? ¿Por qué era tan inconsciente? ¿Y si el tipo era un farsante y me quería violar? ¿Por qué no hacía más caso a mi madre y desconfiaba de los desconocidos por mucho que dijeran que eran españoles?

En los apenas diez minutos que duró el trayecto, me planteé todas estas preguntas y muchas más. Llegué a temer por mi vida más que cuando pensé que un misil iba a impactar contra el avión sobrevolando Siria. Y estuve a punto de vomitar dos veces por el mareo que me provocaron los acelerones, los frenazos y los giros en la conducción de Julio.

Por fin llegamos a un garaje. Nos bajamos del coche y, por un ascensor, subimos hasta la discoteca... La discoteca... Todo mi cuerpo experimentó un

súbito escalofrío, generado a partes iguales por el miedo y la indignación.

Aquello era un local de alterne.

Las camareras atendían a los clientes en toples y había una gran barra americana donde tres chicas se desnudaban por completo al tiempo que se contorsionaban hasta límites increíbles.

Ahora lo comprendía todo. Por eso se ganaba tanto dinero en un mes. Porque tenía que convertirme en una prostituta.

Me quedé paralizada y mis piernas se negaban a dar un paso más. No supe cómo reaccionar. ¿Cómo no lo había sospechado antes? ¡Estaba clarísimo! ¿Cómo había sido tan ingenua? Al descubrir el tipo que no continuaba con él hacia la barra, se dio la vuelta para ver qué me ocurría.

—¿Qué? Te has quedado alucinada con el local, ¿verdad? A todas les pasa la primera vez que entran.

¿Alucinada? ¡Este tío era la pera! Claro, como si el sueño de mi vida hubiese sido desde siempre trabajar en el Paraíso del Amor, como se llamaba el sitio. ¡Menudo eufemismo! ¡Qué lugar más degradante!

—¿En qué consiste la prueba que quieres hacerme? —No quise irme sin comprobar lo que realmente me imaginaba.

—Me gusta testar a todas las chicas. Conocer el producto que vendo. Te propongo que nos tomemos una copa antes de ir a una de las habitaciones.

¡Me lo estaba imaginando! ¡Quería montárselo conmigo! Y encima, gratis. ¡Menudo caradura! Tenía que salir de allí cuanto antes. ¿Cómo me había metido en semejante situación yo solita? Mi cerebro, a veces, funciona a cámara lenta. Yo y mi tendencia innata a pensar que todas las personas tienen buenas intenciones. Soy una buenista en estado primigenio. Demasiado bien me había ido hasta el momento en mi aventura de ultramar.

—Claro, pero antes necesito ir al baño. ¿Dónde está?

—Detrás de aquella cortina roja. La que tiene un neón azul arriba.

Tuve miedo. Estaba demasiado acojonada como para elaborar un plan de fuga exitoso. A lo mejor, si fallaba, se enfadaría y me secuestraría. O, peor aún, me violaría. Mi objetivo consistía en dirigirme a la calle cuanto antes, pero ¿dónde estaba la salida? Habíamos llegado en ascensor y no sabía en qué parte se encontraba la puerta de acceso desde el exterior, si es que había entrada directa al local. Efectué una panorámica con la mirada mientras me dirigía al baño. Quizá la salida se hallase en un largo pasillo que partía desde la zona derecha del local, pero yo me dirigía a la parte izquierda, donde se

encontraban los baños.

Entré casi corriendo y me encaminé directamente al lavabo. Mi corazón latía con un ritmo frenético debido a mi nerviosismo. Sometida por completo a una situación límite, era incapaz de discurrir sobre cómo escapar. Me lavé la cara con agua fría. ¿Qué pensaría mi madre de mí si me viera en un lugar así? Busqué en mi bolso algún ansiolítico, pero los había quitado de allí aquella misma mañana al cambiarlo. Al fin, el cielo me iluminó y recordé los ejercicios de respiración que me había enseñado un profesor de yoga que tuve. Poco a poco, el ritmo de mi corazón se ralentizó y pude discurrir mentalmente con una cierta garantía. Decidí inspeccionar los inodoros y, en uno de ellos, descubrí un ventanuco que parecía dar a la calle. Era bastante angosto, pero, aunque había puesto algún kilo de más en Australia, conseguí escabullirme por aquel pequeño hueco que daba a un callejón trasero.

Una vez fuera, respiré profundamente y salí corriendo.

Calculo que estuve seis o siete minutos andando de prisa y galopando a partes iguales, sin mirar atrás por miedo a que me estuvieran persiguiendo. Hasta que no pude más y me detuve jadeando como un náufrago. Casi se me salían las tripas por la boca. Comencé a toser y a expulsar escupitajos. Parecía que estaba a salvo, aunque observaba a todo el mundo a mi alrededor con resquemor y desconfianza. Como si cualquiera de aquellos australianos desconocidos fuesen sicarios del tal Julio.

¿Demasiado paranoica? No. Demasiado inconsciente por haberme metido yo solita, con mis treinta añazos, en la boca del lobo. Aquel tipo era un empresario del sexo y había querido que yo me convirtiera en una puta, empezando por ser él el primero en catarme. Mi gilipollez me habría podido conducir al precipicio de una situación demencial.

Tomé un taxi conducido por un señor de ascendencia aborígen.

—*I would like to go to Coogee Beach, please.*

Me entendió a la primera. Parecía que iba mejorando la pronunciación. Cuando conseguí recuperar una respiración normal, comencé a pensar, una vez más, en quién me mandaba a mí meterme en estos berenjenales y tan lejos de casa.

Saqué el móvil y llamé a mi madre.

—Mamá, te quiero —le solté nada más respondió.

—Yo también, hija, pero ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

Me conocía como nadie y, a miles de kilómetros de distancia, sabía

identificar mi estado de ánimo sólo por una frase.

—Claro que sí, mamá. Es que se acerca mi cumpleaños y la Navidad y os echo mucho de menos.

—¿Seguro que es sólo eso, hija? Mira que nos plantamos allí en un santiamén.

—Que no, mamá. Que estoy bien. De verdad...

—Hija, no tienes por qué seguir por ahí. Ya le has demostrado al mundo lo valiente que eres. Puedes volver a casa si quieres.

¿Realmente era tan valiente? Yo lo dudaba. Quizá lo más lógico habría sido decirle a Julio que todo había sido un malentendido, que yo no estaba interesada en un trabajo así y que me indicara por dónde se salía del local. Sin embargo, me había escapado por un ventanuco del cuarto de baño. Y estaba realmente asustada. De valiente, nada.

—¿Con quién vas a pasar la Nochebuena? —La autora de mis días me despertó de mis pensamientos.

—Con Angie y su novio, el pelirrojo.

—Ay, qué bien, cuánto me alegro de que no estés sola.

—¿Está por ahí papá? —Necesitaba también oír su voz.

—No. Se ha ido a dar un paseo. Ahora le ha dado por andar.

Hace bien, pensé. Así reduce su sedentarismo innato.

—Bueno, mamá, voy a colgar. Que la llamada me va a costar un dineral. Que te quiero, ¿vale?

Y colgué.

De regreso al apartamento de mis primos, me dio vergüenza hablarles del episodio de la supuesta discoteca. Les conté que el sueldo de camarera era muy bajo y eran muchas horas de pie sirviendo copas.

Llegó el día de mi cumpleaños. El primero que pasaba tan lejos de mi familia. De mi tierra. Amaneció nublado, como si el cielo acompañara mi melancolía, la que me producía llegar a mis treinta y sentirme un poco sola, a mucha distancia de las personas que más quería. Nublado sí, pero con mucho calor, porque, en Sídney, la Navidad tiene lugar al inicio del verano. Se me hacía muy extraño ver a la gente por las calles en bermudas y chanclas, cuando lo habitual, cada vez que yo celebraba mis aniversarios, era que todos lleváramos bufandas y gorros para combatir el frío del pleno invierno.

Recibí innumerables felicitaciones a través de múltiples canales: WhatsApp, emails y Facebook. Respondí a los que pude, aunque era

literalmente imposible contestar a todos. Llevé a cabo una videoconferencia con mis padres y mi hermano en la que me mostré lo más entera que pude, pese a lo duro que se me hacía estar tan lejos de ellos en un día tan señalado: Nochebuena y mi cumpleaños.

Fran estaba controlando el tráfico de mi web y me informó de que, en la última semana, había experimentado un gran incremento. Probablemente, algún *youtuber* importante me había mencionado. Lo curioso es que la mayoría de las visitas procedía de Australia. Elucubré que tenía que ver con mi llegada a Sídney ya que, dos días antes, había subido numerosas fotos de las que estaba muy orgullosa.

Mis padres se emocionaron al verme en el móvil y, cuando detecté que no podían controlar las lágrimas, sobre todo mi padre, decidí dar por concluida la videoconferencia. Si continuaba, la que iba a llorar como una Magdalena era yo y aquello les iba a entristecer aún más.

Lyndon y Angie me regalaron un precioso vestido estampado, muy veraniego, como correspondía al hemisferio en el que nos encontrábamos, y un colgante con un ópalo, una piedra preciosa que proviene del interior de Australia a la que los indígenas llaman «el fuego del desierto».

—Te protegeré durante el resto del viaje —me aseguró mi prima.

Ojalá la hubiera tenido unos días antes, durante mi visita al siniestro antro del perturbado español que regía el Paraíso del Amor.

Les di un fuerte abrazo a los dos. Eran toda mi familia en aquellas antípodas. Angie, aunque se había criado en Sevilla, era mi prima favorita. Siempre habíamos tenido una conexión especial, pero casi habíamos perdido el contacto cuando se fue a vivir a Londres. Lo de coincidir en Australia fue pura casualidad.

La Nochebuena no era una noche muy celebrada en Australia. Las hamburgueserías, las pizzerías y los pubs estaban llenos a las nueve, más que nada porque al día siguiente era sábado. En España, en Nochebuena, a aquella hora, todo el mundo está en casa de algún familiar dispuesto a cantar un villancico. Costumbres distintas en países muy diferentes.

Preparamos una cena muy española: tortilla de patata, paella y gazpacho, ya que en Sídney estábamos a treinta grados. No cenamos los tres solos. Angie había invitado a tres colegas: un chico y una chica franceses, que eran pareja, y el gerente australiano del restaurante donde trabajaban todos.

Este último se pasó toda la noche intentando ligar conmigo, o eso

interpreté yo, pero tenía demasiado reciente mi *shock* con Julio como para enrollarme a bote pronto con ningún hombre.

Me fui a dormir temprano, ni siquiera me apunté a las «pintas» que después disfrutaron en un pub cercano. Al día siguiente iríamos a pasar el día a la playa de un barrio de Sídney, Bondi, palabra aborigen que significa «sonido del agua rompiendo en las rocas». Una insólita experiencia celebrar el día de Navidad en bikini, saltando olas y saboreando una barbacoa en los alrededores del citado barrio. Una tradición navideña más que alucinante en mi imaginario, pero totalmente normal para los autóctonos.

Los días postnavideños transcurrieron para mí pateándome la ciudad y empapándome de una cultura muy diferente a la española.

Pero todo cambió el día de Nochevieja.

El 31 de diciembre íbamos a recibir el nuevo año antes que casi todos los demás habitantes del planeta. Había que celebrarlo por todo lo alto, por lo que decidimos empezar a beber a las diez de la mañana. En Australia no esperaban a las doce de la noche para tomar copas porque a esa hora toda la ciudad estaba pendiente de los famosos fuegos artificiales sobre el puerto y la Ópera de Sídney. Eso sí, no queríamos olvidar que éramos españoles y, por ese motivo, habíamos comprado unas uvas y una botella de champán ya que no encontramos cava por ningún sitio.

Las calles de los alrededores del puerto se encontraban abarrotadas de gente desde primera hora de la mañana. Menos mal que llegamos con tiempo para hacernos con un buen sitio desde el que poder contemplar bien todo el espectáculo. Era una explanada desde la que no íbamos a perder detalle y, como «allá donde fueres, haz lo que vieres», plantamos la tienda de campaña de Lyndon. No éramos los únicos, había muchas más con los colores más variopintos.

Yo tenía, y tengo, cierto pánico a las multitudes. A medida que la explanada se iba llenando de más y más gente, mi personita comenzaba a sentir amagos de ataques de ansiedad que, afortunadamente, pude contener gracias a mis mágicos ejercicios de respiración. Algunos australianos se quedaban mirándome, como picados de curiosidad por adivinar qué me ocurría.

Pero no había sólo australianos, allí se congregaban multitud de extranjeros de numerosas nacionalidades que no querían perderse uno de los espectáculos de luz y color más famosos del mundo.

Quedaba un minuto para las doce. Angie, Lyndon y yo seguíamos la hora a través de nuestros teléfonos móviles porque allí no había ninguna torre con reloj de la que estar pendientes, ni mucho menos íbamos a escuchar las campanadas para tomarnos las uvas correctamente.

—¡Las doce! —nos alertó Angie, justo en el momento en que surcó el aire el primer cohete para dar comienzo al espectáculo.

Nos comimos las uvas a toda velocidad. Yo, por supuesto, me atraganté porque no les había quitado las pepitas y terminé expulsando de mi boca la bola de uvas que se había formado en el interior.

No era supersticiosa. No se me pasó por la imaginación que aquel pequeño incidente me fuera a traer mala suerte para el año nuevo. Aunque, pensándolo bien, doce meses antes tampoco me las había comido bien y mira lo que me pasó con Eric y con el banco.

La gente nos miraba calibrando seguramente qué clase de frikis éramos comiéndonos uvas durante los fuegos artificiales. Por cierto, los mejores que había visto nunca, y eso que conocía los de Valencia durante las fallas. Formaban increíbles figuras geométricas de todos los colores, sobre todo las palmeras doradas, las explosiones de racimo y las esferas colgantes. Una maravilla sobre la bahía de Sídney que, como las fallas, toda persona debería ver alguna vez en la vida.

Pensé que tenía que pedir un deseo para aquel año que empezaba, tan especial en mi vida. Pero ¿cuál...?

Inmediatamente me acordé de Hugo. Pero claro, él recibiría el año nuevo con su novia, con Louise, y era probable que nunca más se hubiera vuelto a acordar de mí. Mi deseo, pues, no debía estar relacionado con Hugo. Finalmente, decidí que al nuevo año le tenía que pedir un viaje feliz, con el menor número posible de incidencias negativas.

Justo en el momento que hube resuelto lo que quería, oí la primera explosión. El nuevo año me acababa de conceder el deseo, pero el muy cabrón lo había entendido al revés.

No, aquel estruendo no formaba parte del espectáculo pirotécnico. Sonó mucho más fuerte y extremadamente cercano. ¿Qué estaba pasando? De pronto, se escucharon los primeros gritos y la multitud comenzó a correr. Nosotros no tuvimos más remedio que hacer lo mismo porque, de lo contrario, la avalancha humana en alas del pánico podía aplastarnos. Algunos, de hecho, los que se encontraban más cerca del mar, cayeron al

agua por los empujones de la estampida. A los dos o tres minutos, escuchamos otra tremebunda explosión que provenía justo de la zona a la que nos estábamos acercando. Así que la marabunta cambió de dirección.

Yo lo tuve pronto claro: aquellas explosiones no podían ser otra cosa que un atentado yihadista.

Un codazo de alguien me hizo caer bruscamente al suelo. Perdí la referencia de mis primos, a los que el tsunami de gente enloquecida se llevó en otra dirección. Oí más explosiones. Varias personas me pisotearon. ¡Tenía que levantarme para evitar morir aplastada! De inmediato, mis padres y mi hermano se me vinieron a la cabeza. No me volverían a ver y esto sumiría sus vidas en un mar de tristeza. No sé cómo lo conseguí, pero, al final, logré incorporarme y, muy dolorida por el porrazo y los pisotones, sangrando por la nariz, me refugié en una hamburguesería junto a otras muchas personas atenazadas por el miedo.

¡Todo el mundo andaba histérico! Yo había oído hasta cinco detonaciones, lo cual presagiaba una masacre de proporciones dantescas. Conseguí tranquilizarme usando, una vez más, el control de mi respiración. Saqué el móvil e intenté en vano llamar a mi prima. La línea estaba saturada. Por tanto, tampoco iba a poder telefonar a mi madre para informarle de que estaba bien. En cuanto viera las noticias por televisión, pensaría que me había podido pasar algo malo puesto que sabía dónde iba a recibir el nuevo año.

Pasé cerca de tres horas recluida en aquella hamburguesería, conteniendo a duras penas mi angustioso pánico a las multitudes y a los lugares cerrados. Hasta que, por fin, pudimos salir protegidos por policías. Y aún tuve que esperar a que hubiera línea para telefonar a Angie.

—¡Prima! ¿Estáis bien? —me apresuré nada más oí que descolgaba.

—¡Sí, hemos llegado a casa hace media hora! —me comentó con tono todavía agitado—. ¡Ha sido horrible! ¿Tú estás bien?

—¡Sí, llevo varias horas escondida en un *burger*! ¡Joder, qué ha pasado! ¿Han sido ellos, verdad? Los del ISIS.

—En la tele están diciendo que ha habido unos cuarenta y cinco muertos. ¡Madre mía, qué hijos de puta!

—¡Voy para allá! ¡Tengo muchas ganas de abrazarte, de abrazaros!

No funcionaba el transporte público, así que tuve que regresar a pie, constatando la inenarrable histeria colectiva que se había apoderado de toda la ciudad. Rechacé el morbo de acercarme a los lugares de las explosiones.

Lo que deseaba era alejarme cuanto antes de la sangre y de los cadáveres. Cuando dejé atrás el caos y me aproximé a Coogee Beach, nuestro barrio, volví a tener línea y llamé a mi madre de la que tenía varias llamadas. Seguramente estaba desquiciada. ¡Y con toda la razón!

—¡Hija! ¡Hija mía! ¿Cómo estás? —preguntó con rapidez al descolgar.

—Tranquila, mamá, estoy bien. ¡Pero ha sido horrible!

—Pero estabas ahí, ¿verdad?, en los fuegos artificiales.

—Sí, mamá. He oído las explosiones y he empezado a correr. ¡Pero estoy bien y Angie también!

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias, Señor!

Mamá no era muy religiosa, pero resultaba normal acordarse de Dios en una situación tan dramática.

Cuando llegué a casa de mis primos, nos abrazamos los tres, llorando históricamente como niños pequeños. Es inimaginable lo que se siente y lo que se piensa cuando vives de cerca una experiencia tan traumatizante. No se puede describir con palabras el pánico que te invade. La sensación de impotencia. El dolor, el sentimiento de culpabilidad por no haberte muerto tú en lugar de los otros.

Pasamos varias horas viendo los especiales informativos en la tele. Me sorprendí a mí misma siendo capaz de comprender a la perfección el contenido esencial de las informaciones. Mi inglés, ya lo podía decir a ciencia cierta, había mejorado considerablemente. Hablaban ya de sesenta y tres fallecidos y más de doscientos heridos.

Nos fuimos a la cama, pero yo era incapaz de dormir pensando en todo lo sucedido. Una idea me rondaba insistentemente la cabeza: tenía que tranquilizar a toda mi familia, a todos mis amigos en España y a los que había hecho en Australia. Me decidí y me levanté. Según correspondiera, en español y en inglés, les mandé un email. En él explicaba que estaba bien y cómo había vivido el atentado. Los quería a todos y, gracias a Dios, la vida me había dado otra oportunidad para volver a verlos. No incluí a Eric en el correo electrónico.

Por un instante, mi cabecita supersticiosa, mi incontrolable pesimismo, me sugirió que lo sucedido podía haber sido culpa mía por no haber tomado correctamente las uvas...

En fin, yo en estado puro.

Sentí una imperiosa necesidad de volver a mi casa, a Madrid. Pero me

sobrepuse. Aquellos desalmados sólo querían aterrorizarnos, que viviéramos con miedo, y yo no les iba a conceder esa victoria. Debía continuar mi viaje tal y como había planeado.

Por fin, el sueño me venció.

CAPÍTULO 8

DE TSUNAMI EN TSUNAMI

Después del espantoso atentado de la Nochevieja australiana, intentaba pensar en él lo menos posible. No lo conseguía porque la experiencia vivida conllevaba un traumatismo psicológico imposible de soslayar. A pesar de todo, centré por completo mi atención en proseguir el viaje, pese a la insistencia en lo contrario de mi madre, a la que, en alguna ocasión, apoyó mi padre para que regresara a España.

El siguiente objetivo de mi ruta era Bangkok.

Mi email masivo recibió numerosas respuestas de apoyo y de celebración porque me encontrara bien. Pero hubo una que me sobresaltó por encima de todas. La de Hugo Norton, mi brasileño, mi amor inalcanzable.

Remitente: hugo.norton@gmail.com

Destinatario: elsanavas@gmail.com

Asunto: RE: *I survive the terrorist attack in Sydney*

¡Qué alegría, Elsa! Cuando vi lo del atentado, tuve mucho miedo. Inmediatamente pensé en ti. Menos mal que estás bien. Ha tenido que ser horrible. A pesar del peligro, me hubiera gustado poder estar a tu lado. De hecho, últimamente he pensado mucho en ti. Ya no estoy con Louise. Iniciamos nuestro viaje a Tailandia, pero pronto me di cuenta de que ya no quería estar con ella, algo que comencé a intuir desde que te conocí. ¿Sigues pensando en ir a Bangkok? Es justo donde estoy ahora mismo. He conseguido unas prácticas en un buen restaurante de cocina japonesa y tailandesa. ¿Vas a venir? ¿Quieres que nos veamos?

Según iba leyendo el correo de Hugo, las piernas comenzaron a temblarme a la vez que un extraño hormigueo centrifugaba todo mi estómago. Sí, lo que se conoce como «hormigas en la barriga».

¿Me estaba diciendo que yo le gustaba desde el principio de conocerme, que nuestra atracción física y mental era mutua? ¿Me pedía claramente que quería verme en Bangkok? ¡Joder, joder, joder! ¡No podía creérmelo! ¿De

verdad yo le atraía? ¿Su separación de la puta australiana y su presencia en la capital de Tailandia sugerían una compensación divina a mi sufrimiento en el atentado? ¿Sería aquello el reinicio de lo que pudo empezar al ritmo de Elton John en aquel jodido y picante restaurante coreano...?

No quería entusiasmarme con un futuro incierto. Lo sucedido en Sídney me aconsejaba que había que vivir al máximo porque, en cualquier momento, ¡Booouuummmng!

El 9 de enero aterricé en la capital de Tailandia, tras haberme despedido entre lágrimas de mi prima y de Lyndon. Era muy fuerte lo que habíamos vivido juntos y aquello, si cabía, nos había unido mucho más. El vuelo transcurrió sin incidentes, aunque, por supuesto, al despegar me agarré al antebrazo de la señora que se sentaba en el asiento contiguo al mío. La pobre, qué impresión se llevó. Lo supo sobrellevar. En cualquier caso, nada que ver con mi accidentado viaje a Australia de casi cuatro meses atrás.

Habíamos quedado en que Hugo vendría a buscarme. Yo estaba muy nerviosa, un manojo de nervios, no, un jardín entero. No sabía qué sentiría cuando volviera a verlo. Menos mal que en la aduana no detectaron mi nerviosismo. Habrían pensado que en mi equipaje portaba un kilo de cocaína pura al cien por cien. ¡Y menudas son las cárceles tailandesas! Pasé la aduana sin problemas, recogí mis mochilas y, al salir al *hall* principal, me topé con él en primera fila. Parecía mucho más moreno, si aquello era posible tratándose de un brasileño acostumbrado a tostarse continuamente al sol. Había adelgazado un poco, por lo que sus facciones eran más estilizadas. ¡Qué guapo y qué tipazo! ¿Sería verdad que sentía lo mismo que yo por él? ¿O, al menos, algo parecido?

Pero ¿y si la noche anterior había conocido a una tailandesa de esas que parecen modositas, pero que son una hoguera de placer en la cama...? ¡Ay, que ya empezaba! Debía tranquilizarme y no emocionarme demasiado, que luego pasaba lo que pasaba.

Al encontrarnos, nos dimos un abrazo que duró bastante más de lo normal en un saludo de cortesía. Y después, dos besos con amago de tornillería. Pensé que tenía que hacerme la fuerte. No me iba a tirar a sus brazos como una desesperada a las primeras de cambio. No iba a permitir que pasara algo entre nosotros el primer día. Ni el segundo. Ni el tercero. Debía ponérselo difícil para que, si algún día se torcía la relación, se lo pensara por todo lo que le había costado conseguirme... No sé si me explico, pero yo me

entiendo.

Ni que decir tiene que la estrategia me iba a costar mucho, ya que yo deseaba besarle ardientemente. Nunca mejor empleado el adverbio. Sí, deseaba besarle y encamarme con él lo antes posible.

—Estás... ¿Cómo se dice...? —Me sonrió y me derretí—. Preciosa. Eso es... Preciosa.

Sólo por decirme eso, mi numantina estrategia comenzó a desmoronarse. Experimenté unas ganas enormes de comerle los morros, pero me contuve en el último momento.

—Tú también estás muy bien. Más delgado, incluso. —Y más buenorro, pensé.

Nos dirigimos en taxi hacia la calle Khao San. Era mediodía y la zona se encontraba atestada de mochileros, esa fauna que, como una especie de holandés errante, deambula por todo el planeta, condenada a no enraizarse en ningún sitio. La primera impresión de Bangkok no me enamoró precisamente. Los hostales baratos, los centros de masajes, las tiendas de souvenirs y los guiris borrachos hartos de *buckets*, unos cubos llenos de alcohol, te invitaban a largarte. ¡Qué horror!

Allí había más ruido del que podían soportar mis tímpanos y la tarea de dormir me la imaginaba imposible. A lo mejor este era el plan de Hugo. Como no podríamos dormir, nos entrarían ganas de hacer otras cosas. ¡Qué listo el brasileño!

Hace treinta años, Khao San Road era una calle en la que se comerciaba con arroz. Khao significa arroz en tailandés. Alguien abrió un hostel en el que se ofrecía alojamiento barato y ahí empezó su legendaria historia. Hoy en día es, probablemente, el gueto de mochileros más grande del mundo. Pero a mí no me apetecía nada permanecer allí mucho tiempo, así que le pedí a Hugo que buscara otro alojamiento. Le miré, con expresión suplicante.

—No me irás a meter en uno de estos hostales —le advertí—. Mira que vas a perder puntos... Muchos puntos.

—No te preocupes. Si no te gusta este ambiente, busco un alojamiento más cómodo y tranquilo.

Otro de los grandes impactos iniciales de la capital de Tailandia fue su calor sofocante. Una humedad casi viscosa que empapaba toda tu ropa de un sudor que era imposible evitar. Sólo quería beber agua, pero... ¿el agua del grifo era potable? Apostaba a que no, así que lo primero que hice fue entrar

en una tienda y comprar agua embotellada. Allí me di cuenta de lo barato que era aquel país, viniendo de España y Australia. Una botella de medio litro me costó alrededor de quince céntimos de euro.

A media tarde, Hugo encontró un hotel bastante más acogedor a unas cuatro calles de Khao San y respiré aliviada. No encerraba ningún lujo asiático, pero se podía calificar de «decente». Se llamaba Chillax Resort y, lo más llamativo, tenía una piscina en la azotea. La habitación respiraba limpieza y, aparte de la cama de matrimonio, disponía de un sofá bastante amplio. Ahí voy a dormir yo, pensé, porque tenía claro que la primera noche no iba a compartir sábanas con el brasileño. Me había trazado un plan para que todo saliera perfecto y él nunca se olvidara de mí, y el éxito del mismo pasaba por cumplirlo a rajatabla.

Decidimos probar comida callejera para cenar, aunque yo era bastante reacia a ella. Tenía miedo de que me dieran perro por ternera o gato por pollo. Todos los manjares que veía me daban asco porque dudaba de que hubieran sido cocinados en condiciones higiénicas y sanitarias adecuadas. Aun así, me atreví con un *pad-thai*, unos tallarines, el plato más típico de Tailandia y, la verdad, me resultaron exquisitos. Era increíble lo barato que resultaba comer en la calle. Aquel *pad-thai*, suficiente para llenar el buche, costó poco más de un euro, incluido el acompañamiento de un zumo de mango natural.

Durante la velada gastronómica —sic—, comencé a contarle a Hugo mi peripecia en el atentado. Pero, llegado a un determinado punto, interrumpí la narración porque tomé conciencia de que me dolía hablar más del tema. Además, tenía curiosidad por conocer qué había ocurrido con Louise y cómo se lo había tomado. Hugo me confesó que no había iniciado el viaje a Tailandia seguro de sus sentimientos y ese fue el error. Debió haber cortado con ella en Brisbane. Louise se enfadó mucho por no habérselo dicho antes y decidió regresar a su país, antes de irse a Estados Unidos.

—Pensaba mucho en ti, pero di por hecho que nunca más nos volveríamos a ver. Hasta que recibí tu email.

—No creas que porque estoy aquí es que quiero algo contigo —le avisé—. No me fío de los hombres después de lo tuyo y de otra mala experiencia que tuve en Sídney.

Tendría que currárselo, desde luego. Aunque se veía claro que él sabía de sobra cuáles eran sus posibilidades.

Cuando regresamos al hotel, me puse cabezota con que yo dormiría en el sofá.

—Podemos dormir los dos en la cama. Es lo suficientemente grande. Y no pienso tocarte, te lo prometo —trató de convencerme.

Al final, accedí a dormir en la cama, pero sólo si él se acostaba en el sofá. Y así fue como durante nuestra primera noche en Bangkok apenas pegué ojo por el intenso calor cargado de humedad y, sobre todo, debo reconocerlo, porque no deseaba otra cosa que juntar mi cuerpo desnudo con el de Hugo. Pero no iba a romper mi plan a la primera tentación y me aguanté.

Al día siguiente, nos lanzamos a conocer la ciudad. Hugo, como ya había visitado algunos lugares, ejerció de cicerone.

Bangkok es una capital de contrastes, de los brillantes y modernos rascacielos a la zona más religiosa y tradicional representada por los templos, los *wats*. Todo teñido por un matiz caótico, propio de una gran urbe del sudeste asiático. De las raíces más conservadoras del budismo a un incontrolable universo de diversión y excesos de todo tipo. Su población cosmopolita vive intensamente la moda, la música y las nuevas tecnologías. Me pareció apasionante su simbiosis entre tradición y modernidad porque, a pesar de su vanguardismo en el apartado tendencias, era una ciudad creyente. Incluso los megacentros comerciales más modernos incluían santuarios que recibían ofrendas a diario dedicadas a los espíritus.

Visitamos numerosos templos, nos dimos masajes muy baratos y totalmente reparadores después de largas caminatas, nos montamos en diversos *tuk-tuks* para movernos de un lado a otro de la ciudad, paseamos alucinados por Chinatown, donde el caos circulatorio se hacía mucho más palpable, y hasta navegamos por el río Chao Phraya. Por supuesto, tomé centenares de fotos. Mi maravillosa Canon estaba fascinada por las impresionantes instantáneas que le mandé hacer.

Cada minuto que pasaba con Hugo, mi locura por él crecía exponencialmente. Era un hombre muy divertido, pero no se pasaba en sus bromas. Se preocupaba todo el tiempo de que yo me encontrara a gusto. Por vez primera en mi vida me sentí «como una reina». Si me notaba acalorada, inmediatamente me compraba una botella de agua. Si me quejaba de cansancio, proponía de inmediato que paráramos para que alguien me masajeara los pies, o bien lo hacía él mismo. Si me acordaba del atentado en Sídney, me contaba alguna historia divertida de Brasil con la que me

arrancaba una carcajada. Como la de una amiga suya que le regaló a su marido un tratamiento de alargamiento de pene y, al término del mismo, el citado órgano se había reducido en dos centímetros.

Y para colmo, Hugo estaba bueno de cagarse. ¡Buenísimo! Cómo no iba a querer lanzarme a sus brazos. No sentía un deseo tan vivo y apremiante desde que empecé a salir con Eric. Es más, dadas las circunstancias, en un país exótico y en un viaje maravilloso, la atracción sexual hacia Hugo era mucho más intensa que la que tuve con Eric en nuestros mejores momentos.

Después de cuatro días recorriendo la ciudad, agotados por completo, decidimos tomarnos un día de relax en el hotel. ¿Para qué, si no, nos alojábamos en un lugar con piscina? Efectivamente, nos dimos muchos chapuzones. Yo aproveché para leer la guía de Tailandia y empaparme de lo que ya había visto y de lo que me esperaba. Mientras lo hacía, un joven de unos treinta y cinco años, moreno, con aspecto de camionero, se acercó a mí.

—Hola, soy Lucas. ¿Habéis estado en Pai y en Chiang Mai? —me interrogó en un perfecto español con acento de Carabanchel.

—¿Eres español? —Obviamente, era una pregunta retórica.

—Afirmativo. De Madrid. Tú también, ¿no? Te he oído hablar antes con tu novio portugués.

—No es mi novio y no es portugués. Brasileño. Yo, de Chamberí. Me llamo Elsa.

—Una niña bien, ¿no? —Sonrió como si fuera gracioso.

—¿Llevas mucho por aquí? —me interesé, ignorando su estúpida pregunta. Mi interrogación no era el colmo de la originalidad, pero es lo que se pregunta cuando viajas, y más por el extranjero.

—Viajo mucho por el sudeste asiático, pero por trabajo. Soy cámara de Al Jazeera y tengo que cubrir toda esta zona del mundo.

—¡Qué interesante! Pues hoy no se te ve muy estresado.

—A veces tengo días libres... y hoy es uno de ellos. Tenéis que visitar Chiang Mai, es un sitio espectacular para excursiones de naturaleza, caminatas por la selva y eso.

—Lo comentaré con mi amigo Hugo. Gracias.

Me sonrió y se iba a dar la vuelta para seguir nadando, cuando me propuso:

—Esta noche he quedado a cenar con un colega. Es español, el corresponsal de *El País* en Asia. Vive aquí y se lo conoce todo. A lo mejor os apetece venir.

Y ahí fue cuando se encendió una lucecita en mi mente. El corresponsal de *El País* en Asia quizá podría abrirme una puerta en el diario para vender mis fotografías de viajes. Por Asia o por cualquier otro lugar.

—¿Qué te parece ir a cenar con este amigo español que acabo de conocer? Se llama Lucas —planteé a Hugo, que salía de la piscina tras varios largos.

—Hola, Lucas... Bien. ¿Por qué no una buena cena?

En Bangkok es muy típico, entre los turistas de un cierto nivel adquisitivo, cenar o tomar una copa en establecimientos hosteleros situados en la azotea de un rascacielos. Daniel, el corresponsal de *El País*, eligió el lugar: el Sirocco Bar. Al entrar, el lugar me resultó vagamente familiar. Luego, Daniel me explicó que había aparecido en la película *Resacón en Las Vegas: ahora en Tailandia*, una escena donde detenían a uno de los protagonistas en la terraza de un hotel. Había visto la peli en compañía de Eric. Era una de sus favoritas, aunque a mí me horrorizaba.

El Sirocco Bar está situado en el techo del Lebua at State Tower Hotel, edificio fácilmente visible desde muchos puntos de Bangkok gracias a la enorme cúpula dorada que lo corona. Es un lugar auténticamente espectacular y las vistas de toda la ciudad, en especial del parque Lumpini, son apabullantes en cuanto a su belleza. Eso sí, nada más ver el aspecto del restaurante, pensé en mi cartera. ¡La cenita nos iba a costar un diner! Quién me mandó aceptar la propuesta de Lucas, el cámara de Al Jazeera. Mi innato carácter ahorrador me jugaba una mala pasada, en vez de pensar en disfrutar de una gran experiencia gastronómica. Lucas, Hugo y yo llegamos juntos a la mesa en la que ya nos esperaba Daniel. Un tipo guapo, elegante, quizá demasiado perfecto, pero no me llamó la atención desde el punto de vista sexual. En ese sentido, aunque yo me resistía, Hugo ya me tenía ganada.

—¡Ojo, Daniel, no son pareja! —Lucas avisó al periodista después de presentarnos.

—Veo que ya has hecho tus indagaciones —comentó Daniel con la mejor de sus sonrisas, sin inmutarse, dando a entender que el más interesado en la información era el propio Lucas.

—¡Por ahora! —apostillé yo con una sonrisa ruborosa, dejando claras mis intenciones.

Hugo tomaba nota, pero no hacía ningún comentario. ¿Y si se estaba empezando a cansar de las largas que le estaba dando? Quizá mi actitud en este sentido era demasiado adolescente, no la de una mujer hecha y derecha

de treinta años. Pero lo sentía así. Quería pisar sobre seguro y que el primer polvo que echara conmigo le resultara tan inolvidable que no deseara apartarse nunca más de mi lado. O, al menos, tardara mucho tiempo en hacerlo. Conocía perfectamente la merecida fama de mujeriegos de los brasileños. El país donde más y mejor se hace el amor, según repetía una y otra vez la brasileña Marcela. Aunque a aquello yo no lo hubiera llamado amor, sino sexo desenfrenado.

Daniel me contó que el chef del restaurante era español, Gonzalo Ruiz y, claro, a tantos kilómetros de distancia de tu casa y después de tanto tiempo ausente, el patriotismo se dispara. Por este motivo, un ramalazo de orgullo hispano me erizó el vello. Un español era el jefe de todo aquel derroche de lujo que nos rodeaba. Como era normal, pedimos el menú degustación del chef que incluía, entre otros platos, un *carpaccio* de gambas rojas y un rodaballo salvaje del Atlántico. Decidí no pensar en el precio hasta que pidiéramos la cuenta. Si no, me amargaría una de las mejores cenas de mi vida.

—Me ha dicho Lucas que sobreviviste al atentado de año nuevo en Sídney.

—Sí, pero no me gusta hablar mucho de ello. Esta noche, si no te importa, preferiría disfrutar de este extraordinario lugar. Por cierto, ¿sabes que Hugo también es chef? Está haciendo prácticas en un restaurante muy bueno de Bangkok, aunque ahora se ha tomado un par de semanas libres para viajar conmigo.

—¿En serio? Eso es fantástico, ¿te gustaría abrir tu propio restaurante? —se interesó Daniel.

—En Brasil, pero dentro de un tiempo —apuntó Hugo—. Viajar por el mundo me abre la mente para conocer nuevos sabores y combinaciones. Quiero practicar la fusión.

—¡Genial! Cuando lo abras, me avisas por si algún día me manda para allá mi periódico. Volviendo a lo de Sídney... —se dirigió a mí—, entiendo que no quieras tocar el tema. Ha tenido que ser muy duro. Hoy no, pero... ¿me concederías mañana un rato? Me gustaría entrevistarte para *El País*.

—Es verdad, que Lucas me ha dicho que eras corresponsal de *El País*. Me parece un trabajo apasionante. La cantidad de cosas que habrás vivido aquí.

—Y yo soy corresponsal de Al Jazeera, más o menos —interrumpió Lucas, algo celosillo.

Todos lo ignoramos. Un incómodo silencio que rompió Daniel

respondiendo a mi comentario.

—La verdad es que sí. Me conozco muy bien Tailandia y los países de alrededor. No me aburro, aquí hay un golpe de estado cada dos por tres. Y me gusta más vivir aquí que en China o Japón.

Entonces vi mi oportunidad.

—¿Pues sabes qué? Yo siempre he currado en un banco hasta que me despidieron y apenas había salido de España. Por eso ahora estoy viajando y haciendo fotos profesionales, o al menos lo intento, por todo el mundo. Las tengo chulísimas. ¿Crees que a *El País* le podría interesar alguna?

Daniel se quedó sorprendido por mi inesperada proposición.

—Pues... Puedo ponerte en contacto con la sección de viajes del periódico y hablarles de ti. Si las fotos van acompañadas de un buen texto, es posible que te acepten como colaboradora.

Durante la comida, Lucas y Daniel nos contaron sus aventuras por Asia, muchas de las cuales las habían vivido juntos. Sus viajes a Afganistán para arañar historias de los talibanes. El tsunami de Japón que afectó a la central de Fukushima. Los golpes de estado en la propia Tailandia. Después, según iban llegando los platos, Hugo nos deleitó con sus conocimientos gastronómicos, elucubrando sobre el proceso de elaboración de cada uno de los manjares que nos servían unos camareros eternamente sonrientes.

¡Los tres tenían profesiones tan interesantes! ¿Qué había hecho yo en mi vida, aparte de engañar a numerosas personas para invertir en productos financieros poco recomendables? Por mucho que molara viajar, debía hacer algo de provecho para la sociedad. Bueno, si funcionaba lo de las fotos en *El País*, daría a conocer muchos lugares del mundo.

—¿No habéis estado todavía en un Lady Boys? —preguntó Lucas, devolviéndome a la realidad.

—¿Un Lady Boys? ¿Qué es eso? —se interesó Hugo.

—Es una especie de barra americana con chicas. Chicas que en realidad no son chicas...

—No entiendo... —comenté bastante desconcertada.

Y me lo explicaron. Ya me parecía a mí que había visto muchas mujeres con rasgos masculinos en Tailandia. Numerosos transexuales de Europa acuden para hacerse la operación de cambio de sexo. Los tailandeses han desarrollado las técnicas más avanzadas para este tipo de cirugía. Y, socialmente, el cambio de sexo está mucho más aceptado que, por ejemplo,

en España. De hecho, los transexuales están muy valorados para según qué trabajos. Pero esto era una cosa y otra muy distinta, a la que se referían Lucas y Daniel, tomar una copa en una barra americana de Lady Boys. De la barra americana a la prostitución hay un paso más bien cortito, y aquello, aparte de denigrante, me recordaba a mi otra mala experiencia en Sídney. De ningún modo iba a ir a un sitio así.

Se acercaba el momento de pedir la cuenta y empecé a maquinarme maneras de escaquearme, porque el precio de la cena suponía un misil a mi economía. Y a la de Hugo, que tampoco andaba muy boyante. Quizá una buena manera de eludir el problema radicaba en desaparecer con la excusa de un retoque de maquillaje cuando alguien pidiera la factura. No contaba con que Lucas, cuando se levantó al baño, le había pedido la nota al camarero. Por tanto, no pude poner mi plan en práctica puesto que trajeron el papelito sin previo aviso. El infarto era más o menos cien euros por barba, un dineral tratándose de Tailandia. Me disponía a sacar mi tarjeta de crédito cuando...

—No os preocupéis. Aquí me invitan a mí y a mis acompañantes — interrumpió Daniel, al tiempo que extraía de su cartera una tarjeta dorada con el logotipo del Sirocco Bar—. Les he hecho muchos favores.

¡Uff, qué alivio, menos mal! Pasé del pesimismo más oscuro al optimismo más radiante. La alegría se me nubló cuando media hora después entrábamos en un Lady Boys. ¿Cómo nos habíamos dejado liar? Aunque tengo que reconocer que tanto Hugo como yo sentíamos una evidente curiosidad. Nada más acceder al establecimiento, nos quedamos flipados al ver, en un antro de aquellas características, un santuario en el que los clientes y las señoritas bailarinas depositaban ofrendas a los espíritus. Una simbiosis entre religión y libertinaje difícil de entender y, más aún encontrar, en España.

El local semejaba una especie de teatro con amplias gradas en semicírculo llenas de mesas y sillas. En estas se sentaban los clientes para contemplar el baile que las chicas, en toples, desarrollaban en el escenario, donde se erguían tres relucientes barras americanas. Al entrar, varias chicas, intentando ser simpáticas con estridentes risas, manosearon a mis tres acompañantes que, obviamente, ninguno intentó eludir, incluido Hugo. Y una de ellas, un travesti, se acercó a mí y me apretó un pecho. No entendía nada. ¡Un hombre en proceso de convertirse en mujer estaba dispuesto a tener sexo a cambio de dinero con otra mujer! Pero, oye, cualquier tipo de relación es respetable mientras no haga daño a nadie.

Ya sentados en una de las mesas, y mientras nos servían una bebida alcohólica cuya entidad no recuerdo, una de las chicas, tras su exhibición en la barra, se dirigió hacia nuestro estrado con un bamboleo de senos perfectamente provocado. Tomó asiento sobre las piernas de Lucas y le dio un beso en la boca. El cámara le correspondió de inmediato, al tiempo que le introducía un billete en el interior del exiguo bikini, justo en el pubis, acción que le permitió manosearle ambos pechos.

—¡Estoy a punto de cruzar la línea roja! —nos avisó Lucas, guiñándonos un ojo.

De a punto nada. Ya la había cruzado. Aquello era demasiado para mí. Llamadme puritana si queréis. Nada más marcharse la chica, agarré a Hugo de la mano e hice ademán de levantarme.

—¡Nos vamos! —le planteé en tono imperativo.

Hugo asintió, pero cuando ya nos marchábamos, el cámara me sujetó del brazo sin disimulo y, con mirada tórrida, me confesó a bocajarro:

—¡A mí quien me gustas eres tú!

Logré zafarme de su mano con un giro brusco del brazo.

—Lo siento. Yo estoy fuera de tu línea. ¡Nos vamos!

Daniel intentó que continuáramos la velada, pero me excusé aduciendo que no me encontraba bien. Me entregó su tarjeta y quedé en llamarle al día siguiente para la entrevista sobre el atentado de Sídney.

Durante el viaje en taxi al hotel, no dejé de despotricar contra los dos periodistas. Quizá el hecho de vivir tan lejos de España les hacía sentirse impunes para acudir a locales tan cutres como el Lady Boys. Hugo opinaba que sólo eran sitios exótico-turísticos y que Lucas no se había pasado de la raya. Aquella noche me sentía tan mal que le pedí que durmiera conmigo, pero sin hacer nada. Sólo quería sentirlo cerca. Bueno, era un paso.

La verdad, visto ahora, mi comportamiento con Hugo no era el de una mujer normal. En aquellos días, mi desquiciamiento no era de entidad psicológica, sino mental. Que, por cierto, es mucho peor. Si un día andas trastornada, sueltas tres gritos histéricos y se te reordenan los nervios. Por el contrario, si estás desquiciada mentalmente, puedes hacer gilipolleces catedralicias sin calibrar la estulticia de las mismas.

¡Porque hay que ser más que gilipollas para acostarte con un brasileño de infarto y pedirle que no te toque ni la mano! Debió de alucinar muchas veces en colores conmigo.

¡¡¡Joder, Elsa, joder!!!

Al día siguiente quedé con Daniel y, antes de hablar del atentado de Sídney, me pidió disculpas en nombre de su amigo. Había tomado alguna copa, algunas copas, de más. Le conté con pelos y señales mi experiencia antes y durante el ataque terrorista. Fue duro, porque la conversación me retrotraía continuamente a momentos que quería olvidar. Creía que el hecho de estar viajando y conociendo lugares y personas nuevas me haría no recordarlos. Pero no, los malos recuerdos permanecían intactos y, perdón por el humor negro, bombardeando mi cabecita.

Hugo y yo partimos hacia Chiang Mai, ciudad situada al norte de Tailandia, en un largo viaje de autobús. Si podía evitar lo de montar en avión, lo prefería. Así tendría tiempo para hablar con Hugo y conocerlo a fondo.

Me encantaba su sentido del humor. Era muy irónico e ingenioso, e intentaba sacarle punta dialéctica a cualquier cosa. La verdad es que, junto a él, los recuerdos de Sídney no afloraban por ningún lado. Por supuesto, nos dio tiempo a hablar de sus exnovias. Había tenido varias, cuatro o cinco, pero según él no había sido un picaflor de estar cada noche con una mujer, fama a la que responden bastantes brasileños. Se llevaba razonablemente bien con casi todas ellas, sobre todo con una, Mariana, con la que había conseguido mantener una gran amistad.

Yo, por mi parte, le conté que había estado a punto de casarme y que mi viaje por el mundo se debía, en gran parte, a una ruptura sentimental por culpa de los cuernos de mi pareja. Y de aquí mi pavor a sufrir una nueva decepción sentimental, miedo que explicaba mi comportamiento con él.

—No te preocupes, Elsa. Te entiendo... Ya se te pasará.

Chiang Mai es la segunda ciudad más grande de Tailandia después de Bangkok. Monumental como es difícil imaginar, se encuentra plagada de templos deslumbrantes, cercada por murallas y fosos con frontispicios legendarios y rodeada de montañas cargadas de misteriosas leyendas. La comida es deliciosa y los alrededores están llenos de tesoros naturales para efectuar excursiones y practicar deportes de aventura. Lo que más nos marcó de ella fue un intercambio de ideas y pareceres con unos monjes budistas, un insólito masaje que nos dieron en una cárcel de mujeres y también la increíble excursión que efectuamos por la selva.

Balneario y prisión son dos palabras que no acostumbran a ir juntas, salvo que vayas a la cárcel de mujeres de Chiang Mai. Allí, las presas realizan el

tradicional masaje tailandés y los beneficios son para ellas, pero cuando salgan en libertad. En teoría no había por qué preocuparse de si la masajista era una psicópata asesina, porque sólo accedían a este trabajo las condenadas a seis meses como máximo, pero aquella información a mí no me tranquilizó demasiado. Ya sabéis, mi cabecita entra en ebullición con cualquier estímulo que huelga a negatividad.

Llegamos allí en un día lluvioso y lo de esperar que escampara con un buen masaje tailandés nos pareció buena idea. Lo de que fueran presas, a Hugo le daba un subidón de morbo. Nos explicaron en recepción que sólo quedaba una masajista libre para una hora, que si no nos importaba compartirla. Media hora para cada uno nos pareció bien.

Y entonces me dio por pensar. ¿Cómo sería la masajista? ¿Qué habría hecho para estar en la cárcel? El masaje en cuestión empezó a no parecerme una buena idea, sobre todo cuando vimos llegar a la presa. No era muy alta, como todas las tailandesas, pero poseía unas espaldas muy anchas, como de judoca o de nadadora de élite. Las manos no eran pequeñas y los brazos, musculados y aparentemente duros. Tenía pinta de haberse pasado horas y horas en el gimnasio de la prisión. Observé a Hugo, pero él parecía entusiasmado. Desde luego, no temía por su vida.

Me estremecí cuando vi la tunda que le propinaba a mi amigo. No, no se trataba de un masaje relajante, como algunos que nos habíamos dado en Bangkok, sino una paliza con todas las de la ley. Le retorció la espalda y le daba tantos golpes, casi como si se tratara de un combate de *muay thai*, el arte marcial más famoso de Tailandia.

Al término de la media hora...

—¿Qué tal? —le pregunté, suponiendo que su respuesta sería «fatal».

—¡Genial! —respondió, dejándome boquiabierta—. Me he quedado fenomenal.

Era mi turno y sentía como si me llevaran al matadero. Me temblaban las piernas. Aquella mujer era una bestia con tetas. Me tumbé boca abajo en la colchoneta y ella se encaramó encima de mí, y comenzó el apaleamiento. Cada vez que machacaba mi espalda, yo me retorcí de dolor. ¡Aquella mujer estaba loca, pero loca de atar! ¡Vamos, una torturadora en toda regla! Llegué a imaginar que la capo aquella se encontraba en la cárcel por trabajar para unos mafiosos practicando las sevicias más refinadas para sacar información a los enemigos de estos. Yo, lo juro, estaba dispuesta a contarle todo, si es

que quería saber algo de mí. Estuve a punto de gritarle: «¡Lo confieso, soy culpable!».

Pero, Elsa... ¿Culpable de qué? ¡Ay, Dios, cómo me dolía todo mi cuerpo! —¡Relax! —me gritaba la reclusa una y otra vez, muy enfadada.

¿Pero cómo me iba a relajar? ¿Y por qué se enfadaba conmigo la capulla aquella? Estaba segura de que la tunda que me estaba dando era denunciabile. ¿Pero de qué serviría meterle un puro a la tipa si ya estaba en la cárcel?

—¡Relax! —insistía la cachas gritando cada vez más alto.

¿Relax...? ¡La madre que la parió! Quizá esa fuera la única palabra que la masajista supiera decir en inglés. Y para más inri, Hugo no paraba de reírse y de hacerme fotos con el móvil. Sería cabrón, con el mal rato que estaba pasando.

Contaba uno a uno los segundos, deseando que se consumiera la media hora cuanto antes. No paraba de gritar cada vez que mi verduga, sí, mi verduga, en femenino, hacía una de las suyas. Cuando acabó aquel infierno, mi amigo seguía tronchándose de risa. La masajista no me dedicó ni una mísera sonrisa, parecía una oficial de la Gestapo tailandesa. Y encima tuve que pagar por aquel suplicio. Menos mal que fue muy económico. En Tailandia, casi todo era barato, muy barato.

Sin duda, disfruté mucho más con la visita al Wat Suan Dok, un templo budista donde los monjes poseen una sala reservada para conversar en inglés. Para los residentes, resultaba una oportunidad para practicar el idioma de Shakespeare, mientras que para los extranjeros, era una estupenda ocasión de conocer de cerca el budismo y la espiritualidad tailandesa. Las conversaciones eran individuales. El monje que me asignaron no era tailandés, sino camboyano. Se llamaba Munny, que en su idioma quiere decir «listo» y, la verdad, me lo pareció bastante.

A pesar de vivir encerrado en el templo, sin apenas contacto con el exterior y sólo dos horas permitidas de internet al día, atesoraba una gran cultura en todos los sentidos.

—*Do you like football?* —me preguntó el monje.

No me lo podía creer, un monje camboyano enclaustrado en un templo budista del norte de Tailandia me hablaba de fútbol a las primeras de cambio. Definitivamente, aunque yo no lo entienda, este deporte debe albergar unos genes muy potentes para que tantos hombres, y ya muchas mujeres, lo vivan tan apasionadamente. Pues no, no me gustaba el fútbol ni casi ningún

deporte, pero no era plan de ponerme borde, y menos con un monje con la cabeza rapada.

—*Not really. Do you? Which team do you like?*

Era lo típico, ¿no?, preguntarle de qué equipo era.

—Real Madrid. —¡Vaya por Dios! ¡Otro más!—. *I like very much Cristiano Ronaldo* —se explicó. No me lo podía creer. Cristiano Ronaldo representa lo contrario a la humildad y la austeridad de un monje budista—. *He gives a lot of money to poor people* —argumentó al percibir mi expresión de alucine.

Eso había oído. Aunque no lo parezca, Cristiano es una persona muy solidaria. Aunque, que se lo pregunten a los de Hacienda.

Ante la provocación que suponía aquel tema de conversación en un lugar sagrado, mi imaginación, cual *thermomix* turbolanzada, imaginó por un momento a todos los monjes del templo con sus túnicas naranjas, unos con bufandas de Real Madrid y otros del Barça, viendo un clásico por un canal de cable. ¿Se pelearían? ¿Se lanzarían improperios? ¿Insultarían al árbitro?

Decidí cortar con el fútbol porque empezaba a sumergirme en el surrealismo más absoluto. Así que cambié de tema.

—*And do you like cinema?* —quise llevármelo a mi terreno.

Imaginé que si le entusiasmaba el fútbol, ¿por qué no le iba a gustar el cine?

—*Yes, very much.*

—*Do you like any actor or actress in particular?*

Sentía curiosidad por saber cuál era su actor o actriz favorita, teniendo en cuenta que su jugador predilecto era Cristiano Ronaldo.

—Angelina Jolie.

¡Guau! No tenía mal gusto el monje. Me preguntaba por qué.

—*Why?*

—*Because she has done a lot for Cambodian people.*

Cierto. Angelina atesora una importante parte solidaria y una relación muy especial con Camboya. De hecho, adoptó en dicho país a su hijo mayor, Maddox, y dirigió una película, *First they killed my father*, dedicada tanto a los que fueron masacrados durante el régimen de los jemeres rojos como a los que sobrevivieron. La historia se centra en la lucha de una familia camboyana por mantenerse unida durante el sangriento régimen de Pol Pot, engrandeciendo la belleza, el espíritu y la resiliencia de Camboya y su

cultura.

—*Did you know that last time she came, she also adopted a whole Cambodian family?*

No, no lo sabía. Pero luego lo leí en internet. Angelina estaba rodando la película y unos niños camboyanos fueron a pedirle algunos dólares. Se conmovió tanto que decidió sufragar los gastos de la familia y pagar los estudios a los niños en uno de los mejores colegios de la zona. No me extrañaba que fuera la actriz favorita del monje.

—*And she is very pretty* —añadió Munny.

Estaba claro que era monje, pero no tenía un pelo de tonto. Bueno, ni de tonto ni de listo porque su cabeza la tenía rasurada por completo. También se fijaba en la belleza y quién sabe si la famosa estrella no le atraía sexualmente.

—*It was a pity when Angelina and Brad broke up.*

Y así fue como, en un templo budista tailandés, me puse a hablar con un monje camboyano sobre la separación de Angelina Jolie y Brad Pitt, constatando que existen otros temas de conversación universales aparte del fútbol.

—*Yes, I was very sad. Everyone here was.*

Entonces, inevitablemente, imaginé a todos los monjes del templo llorando y rezando durante días por la ruptura de *Brangelina*.

Pero no hablé con Munny sólo de fútbol y de la Jolie, también me explicó cómo era su día a día: prácticamente se lo pasaban rezando y meditando. Una conversación muy enriquecedora en la que sus visiones de la vida me impactaron. Siempre pensando en los demás y no en uno mismo. Cuánto tenemos que aprender nosotros, los occidentales con complejo de superioridad, de aquellas personas enclenques, bajitas y calvas vestidas de color naranja, que se habían olvidado de lo material y practicaban un auténtico minimalismo vital.

Y una de las experiencias de las que más me enorgullecí radicaba en haber mantenido la conversación en inglés durante una hora. Entendí a Munny perfectamente. Claro que siempre es más fácil conversar con un extranjero en inglés que con un nativo.

Después de las entrevistas, Hugo y yo compartimos las experiencias que habíamos tenido cada uno con su monje. También para él había sido muy gratificante. Yo sentí que debía plantearme muy seriamente qué hacer con mi vida cuando volviera a España. Tenía que dedicar un tiempo a una labor

solidaria.

Pero... ¿qué? ¿Un voluntariado? ¿Una ONG?

La siguiente actividad de nuestro programa era una excursión de dos días por la selva, que incluía una jornada de senderismo y otra de *rafting*.

La caminata duró cerca de siete horas y a mí se me hizo interminable. Nos acompañaba un guía que se hacía llamar Tiger, exactamente el nombre de una crema para las picaduras de mosquitos muy famosa que vendían en Tailandia, y que deseé haberme llevado a aquella excursión. Yo era una chica de ciudad y muy de vez en cuando iba de picnic con amigos a un merendero en la sierra de Madrid. Pero todo muy urbanita, nada de aventuras campestres. ¿Quién me mandaba meterme en la frondosa selva de Tailandia? Nadie. Había sido mi propia decisión al leer que lo recomendaba la guía turística.

Hugo y yo nos habíamos equipado con pantalones y botas de senderismo comprados en Chiang Mai, que nos vinieron genial para la caminata. Sin embargo, Tiger, nuestro guía, un señor enjuto y bajito que apenas chapurreaba inglés, sólo llevaba un bañador, una camisa y unos zapatos de vestir sin calcetines. Y con aquel atuendo y una especie de sable, con el que iba cortando todas las ramas que nos encontrábamos en el camino, puesto que íbamos campo a través, realizó todo el recorrido. No se quejó ni una vez de dolor en los pies, dolor que a mí me estaba matando. Y tampoco del calor infernal que nos tostó durante el recorrido sin fin.

A mitad de camino, en uno de los muchos descansos que efectuamos, miré a Hugo. Apenas sudaba.

—¿A ti no te pican los mosquitos?

—¡Claro! Me han picado dos o tres... y han caído fulminados.

Me hizo sonreír a pesar de mi lamentable estado físico.

—Pues mírame a mí. ¡Parece que tengo la viruela! —Le mostré mis brazos.

—*Tiger* —me dijo Tiger—. *Use Tiger*.

Sí, pero la crema se me había olvidado y yo sólo tenía ganas de llegar. Y de darme una ducha para quitarme toda la mierda y el sudor acumulados en mi piel. Pensaba, tonta de mí, que con el agua me desaparecerían los picores.

—*Is there a shower in the house we are going to sleep today?* —le pregunté a Tiger.

Ansiaba una ducha como un naufrago una tabla, y quería que Tiger me

confirmara que iba a poder satisfacer mis deseos en la casa en la que íbamos a dormir aquella noche.

—*Of course.* —Sonrió.

Además, yo quería estar limpiita por algún motivo más. Pensaba que una caseta en medio de la selva podía ser el lugar perfecto para que Hugo y yo tuviéramos nuestra primera noche de sexo. Porque, como siguiera dándole largas, el brasileño terminaría desapareciendo de mi vida. Y, voy a ser honesta, yo lo estaba deseando.

En las últimas dos horas de caminata por la selva nos topamos con todo tipo de arañas y bichos. ¡Qué espanto, por Dios! ¡Maldito el día que compré la guía turística! Si yo ya lo sabía, que era más urbanita que la Gran Vía madrileña. La biodiversidad de la jungla es un concepto que suena muy bien leído en un marco ecológico, pero cuando la biodiversidad te chupa la sangre... ¿Y si nos encontrábamos con algún animal peligroso o con una serpiente venenosa?

Por fin arribamos a la casa y yo estuve a punto de besar fervientemente el suelo como cuando llegué a Australia. Había que cruzar una especie de puente colgante sobre un riachuelo, pero me dio igual porque lo atravesé casi corriendo. Al lado de la casa había una familia tailandesa lavando la ropa en las aguas del río.

—*Is the shower there?* —le pregunté a Tiger, señalando la casa.

—*No, it's there* —me contestó señalando al río.

¿Cómo? ¡No me lo podía creer! ¿Que no había ducha? ¿Que me tenía que lavar con el agua del río? ¿Pero cómo podía haberme engañado de esa manera? ¿Me podía pasar algo más?

—¿Pero, Elsa, cómo pensabas que podía haber una ducha aquí? —Y el puñetero de Hugo metiendo el dedo en la llaga—. Españolita, te recuerdo que estamos en medio de la selva. Y que vamos a dormir en aquellas casetas.

Miré hacia donde me señalaba. Se trataba de unos chamizos compartidos, al aire libre, donde había varias colchonetas sucias y viejas en el suelo. Cada una de ellas protegida, supuestamente, por una mosquitera rota.

—¿Vamos a dormir... ahí? —No podía creérmelo.

—¿Pensabas que nos íbamos a alojar en un hotel de cinco estrellas?

—No, pero me imaginaba algo así como unas cabañas rurales, un poquito más monas y más protegidas. ¡Aquí puede entrar cualquier serpiente venenosa!

—Tranquila, yo estaré alerta.

Pensé que no íbamos a poder practicar los particulares juegos sexuales que había imaginado. Nos hallábamos sucios y sudados los dos, aparte de cansadísimos. Además, no podíamos desnudarnos porque, ¿y si nos picaba un mosquito tigre en nuestras partes íntimas? Nada, no iba a poder ser. Y eso que yo estaba más caliente que la plaza de España de Sevilla en agosto.

—Tiger me ha comentado que viene más gente para mañana hacer el *rafting*. Vamos a dormir todos juntos.

Si ya había escasas posibilidades, adiós definitivo. Me bañé como pude en el río, pero no logré sentirme limpia. A lo largo de la tarde aparecieron unos suecos, varios israelíes y dos taiwanesas. Tiger y el guía llegado con estos prepararon, debo reconocerlo entre tantos inconvenientes, una riquísima comida tailandesa: arroz y pollo con especias variadas. Nos supo a gloria. Como estábamos exhaustos, en cuanto anocheció decidimos irnos a dormir a la caseta.

¡Imposible conciliar el sueño!

Por un lado, no podía dejar de pensar en meterle mano a Hugo. ¿Qué le vamos a hacer? Será que a mí las sesiones de senderismo extremo me excitan. No lo sé. Pero claro, no era plan delante de todo el mundo y tan asquerosos como estábamos. Por otro, me aterraba que, si nos dormíamos, llegara cualquier bicho de la selva y nos mordiera o picara. Por eso me acurruqué al lado de Hugo, que ya estaba dormido. Y, por último, volví a acordarme de Sídney. El trauma era evidente y temía que me aquejara mucho tiempo. Allí había estado mucho más cerca de la muerte de lo que podía encontrarme en medio de la jungla del norte de Tailandia. Pensé en las víctimas y en sus familias. Y en lo afortunada que había sido yo de haber sobrevivido. Finalmente, el sueño logró apoderarse de mi cerebro y me quedé frita.

Al día siguiente tocaba *rafting*, actividad que no había practicado en mi vida, pese a que Eric había insistido muchas veces para que lo hiciéramos en la sierra de Gredos. Me di cuenta de cómo me estaba cambiando el viaje en muchos aspectos. Había ido unos pasos más allá. Yo ya no era yo, perdón por la elucubración filosófica. Era otra persona absolutamente distinta. Pero eso no quiere decir que no estuviera acojonada. Acojonada exactamente, no. ¡Cagada por completo!

Comenzamos el descenso a toda pastilla y sin problemas. Bueno, eso de

sin problemas es un decir, porque encontramos numerosos torbellinos de aguas bravas, castillos de espuma por doquier, remolinos mareantes, vaivenes continuos. En resumen, adrenalina y diversión. ¿Divertirme yo con todos estos percances? Lo dicho, yo había empezado a cambiar y aquello, quién lo iba a decir, me molaba. Hasta que, en un brusco vaivén de la barca, impacté sobre Hugo, su cuerpo se desplazó un poco hacia fuera y la colisión con una rama lo lanzó fuera de la zodiac, cayendo al agua en medio de una peligrosa zona de rápidos.

—¡Tiger! ¡Tiger! —empecé a gritar al guía—. ¡Hugo! *In the water!*

¡Ay, Dios mío, que me lo había cargado! Durante unos segundos, el pánico se apoderó de mí. ¡Que iba a chocar con unas piedras y se iba a desnucar! ¡Y todo por mi culpa! ¡Por no haberme sujetado a la barca como nos indicó Tiger! ¿Pero por qué soy una máquina de crear problemas a mi alrededor? ¡Ay, que me iba a quedar viuda antes de catarlo!

—¡Hugo! ¡Hugo! —gritaba y gritaba angustiada—. ¡Agárrate a la barca! ¡Ay, Hugo, lo siento mucho! ¡Perdóname!

Si le pasaba algo, prometía llevarle flores a la tumba... ¡Pero cómo podía pensar algo así en aquellos momentos! ¡Cómo es posible que mi cabecita desvariara como la de una descerebrada en cuanto ocurría algo anormal!

Menos mal que Tiger, sin dudarle un instante, se arrojó al agua y empujó a Hugo hasta agarrarse a la barca, ayudándole a subir a ella cuando llegamos a una zona de aguas más tranquilas. No pude reprimirme y besé en la mejilla a Tiger para darle las gracias. El guía se quedó estupefacto. Y luego le di un beso en la boca con lengua a Hugo. ¿Qué? Sí, delante de todos los excursionistas. Todos aplaudieron. Aquel fue nuestro primer beso apasionado. No había tenido lugar tal como lo tenía planeado, pero ¿cuántos planes salen exactamente como se preparan?

Terminamos el descenso sin más complicaciones y, la verdad, a pesar del incidente anterior, disfruté con el *rafting*. Algún día repetiría la experiencia. Esa misma noche teníamos reservado un vuelo para ir a Pukhet, al sur del país.

La citada ciudad era famosa por su desenfreno en el ocio nocturno, parecía el Magaluf de Tailandia. Sólo pasamos una noche. Desde allí nos trasladamos al día siguiente en ferri a la isla de Koh Phi Phi. Necesitábamos unos días de relajación en un lugar paradisíaco. Justo en el desembarcadero en el que nos dejaba el ferri había una serie de barcas típicas tailandesas, las *long tail*, que

trasladaban a los viajeros a sus hoteles. Nosotros no habíamos hecho ninguna reserva, así éramos de libres. O mejor dicho, así éramos de improvisadores, de inconscientes. Los barqueros iban gritando nombres. Y, de pronto...

—¡Adrián Esparza! —gritó uno de ellos con un inconfundible acento asiático.

¡Un nombre español! Como un resorte, agarré el brazo de Hugo y lo levanté. Él me miró sorprendido.

—¿Qué haces? —me preguntó en clave de susurro.

—¡Tú calla y sígueme!

Y así, haciéndonos pasar por otras personas, es decir, convirtiéndonos en impostores, subimos a la barca *long tail* que nos llevó hasta un *resort* denominado Phi Phi Relax. Por el camino, alucinamos con el intenso color turquesa de las aguas y la lujuriosa vegetación de la isla que veíamos desde nuestra embarcación. Cuando llegamos al *resort*, formado por cabañas de madera cobijadas bajo un frondoso palmeral contiguo junto a una pequeña playa de arena blanca, tomamos conciencia de que aquel era el lugar perfecto para unos días de descanso total. La gerente del lugar nos recibió.

—*Are you Adrián Esparza?* —se dirigió a Hugo.

Este me miró y, como le veía indeciso, me adelanté.

—*No, we saw a sign that says Phi Phi Relax and we got in...*

Le expliqué que queríamos venir a aquel hotel y, al ver el cartel, nos habíamos subido a la barca. La señora comprendió nuestra jugada y, probablemente, empezó a maldecirnos en tailandés. Pero nos salió bien porque, por fortuna, había una cabaña libre.

Y era perfecta. De madera, con una cama protegida por dosel y una pequeña terracita para disfrutar del amanecer tomando una infusión o leyendo un libro. Ubicada cerca de la playa, pero lo suficientemente alejada de las cabañas de alrededor como para que no nos escucharan si gritábamos haciendo el amor. No podía dejar de pensar que aquella noche tenía que ser nuestra primera gran noche. Me tumbé unos minutos en el colchón para descansar, mientras Hugo iba a contratar unos masajes.

—He contratado los masajes a las seis de la tarde y, para después de cenar, he pillado un tour nocturno en barco para disfrutar de la luna llena. ¿Qué te parece?

—Pues... Estará guay —admití, aunque me fastidiaba un poco mis planes.

Yo me había hecho a la idea de que íbamos a volver a la cabaña a estrenar

la espectacular cama con dosel. Aunque, pensándolo bien, quizá el momento barco, luna llena y en medio del mar no era mal plan.

Tras el relax de los masajes, cenamos en el restaurante del *resort*, donde el chef, un francés afincado en Koh Phi Phi, había creado una carta de platos de cocina fusión entre la francesa y la tailandesa. Maravillosa. Comenzamos con una extraordinaria Tom Yam, la sopa nacional tailandesa, picante, sólo un poco, sabrosa y cítrica. Continuamos con un potente curry con buey, acompañado de arroz jazmín y verduras salteadas. De tercero, ancas de rana al estilo francés. Para terminar, una sensacional *panacotta* de maracuyá. Tal vez demasiada comida. Pero todo excelente.

Y nos fuimos junto con un guía, los dos solos, en un pequeño barco, a navegar a la plateada luz de una espléndida luna. Una bahía maravillosa, bañada por aguas tranquilas y muy limpias. La temperatura era perfecta. Pensé en cuánto les gustaría aquel lugar a mis padres y en que no había podido enviarle la ubicación a mi progenitor. Hasta el momento, no habíamos encontrado cobertura y no existía *wifi* en el hotel.

En un punto determinado, el patrón detuvo la embarcación y nos informó:

—*This is the perfect place to swim.*

¿El lugar perfecto para bañarse? Cogí de la mano a Hugo y le reté:

—¿Nos bañamos desnudos? Es de noche y nadie nos va a ver.

—¡Estupendo!

Casi acababa de decírselo, cuando Hugo ya se había quitado el bañador y se había arrojado de cabeza al mar. Yo hice lo mismo. El agua estaba tibia, mansa, plateada, espectacular. La sensación de libertad, maravillosa. Era feliz, plenamente feliz. Nadé hasta donde se encontraba Hugo. Me detuve, pero fue él quien se acercó a mí y me agarró de la cintura. Aproximó mis labios a los suyos y comenzó a darme dulces besos, cada vez más apasionados. Noté cómo comenzó a endurecerse su pene, que percutía una y otra vez contra mi vientre. Hugo empezó a masajearme las tetas y yo a masturbarlo.

Pero, de repente, oímos la voz del patrón gritando.

—*¡Swim! ¡Quickly! ¡Swim!*

¿Pero qué ocurría? Le miramos pidiéndole explicaciones.

—*A shark. There is a shark. Come here, please.*

«Shark» significaba tiburón, ¿no? ¡Dios mío! ¡Un tiburón! ¡Mierda! ¡Que nos iba a comer! Comenzamos a nadar tan rápido como pudimos. Por

supuesto, Hugo era más veloz que yo, pero es que ya os había dicho que yo no era muy de deportes, sino que me tiraba más bien la tumbona. Pese a todo, creo que si un juez me hubiera cronometrado en aquellos cincuenta metros que nadé, habría podido batir el récord de España.

El patrón ayudó a subir a Hugo, totalmente en pelotas. Y este me tendió la mano para llevarme hasta arriba, también como Dios me trajo al mundo. Vamos, que el barquero se puso las botas. No sé cuál de los dos le gustaría más. Después, nos señaló una sombra. Efectivamente, parecía una aleta de tiburón. Uno pequeño, pero que durante un tiempo merodeó alrededor de nuestra embarcación. Ay, madre, cuando estábamos en un instante de frenesí, cuando ya parecía inexorable que Hugo iba a acabar dentro de mí. Podía haber sido el momento sexual más anticlimático. Menos mal que nos había avisado el hombre, porque el tiburón podría haber arrancado el miembro a Hugo de un mordisco, para después haberse decantado por mis pechos. No lo quiero ni pensar. Menudo festín se habría pegado. Por favor, peligros, venid a Elsa, parecía decir mi cara.

Escualos aparte, fue una maravillosa noche en barco y un grandioso y cálido baño en el mar de Andamán. Cuando llegamos a la cabaña y cerramos la puerta, le pedí a Hugo que nos ducháramos juntos. Teníamos que quitarnos la sal marina de la piel. Y fue allí, bajo los exiguos chorritos de la alcachofa, donde por fin hicimos el amor. Nos besamos, nos sobamos, nos chupamos y me penetró encaramándose sobre su espectacular pene. Fue maravilloso y será un momento que no olvidaré, ni siquiera en la otra vida, si es que la hay.

En la cama, ya secos, repetimos el orgasmo, ahora con más sosiego, con más ternura. Y, después, nos pasamos conversando hasta que la noche comenzó a fundir en madrugada, con ribetes cárdenos en unas escuálidas nubes.

—Este sitio debe ser lo más próximo al cielo, ¿verdad? ¿No te gustaría montar tu restaurante en un lugar como este?

—¿Tan lejos de casa?

—Ya, pero es que en España no hay ningún sitio como este. ¿Y en Brasil?

—En Brasil, sí, pero la sociedad es mucho más insegura.

—¿Sí hay sitios como este...? Pues ya me dirás dónde, porque pienso ir a Brasil en este viaje.

Sentía imperiosas ganas de decirle que lo quería y que, una vez acabada la vuelta al mundo, se viniera a España. Porque, claro, yo deseaba vivir en mi

país. Aunque me reprimí para no adelantar acontecimientos ni ilusionarme demasiado. Y, también, para no agobiarle. Apenas nos conocíamos y sólo nos habíamos acostado una noche. Pero es que empezaba a soñar. Mi cabecita loca había entrado en ebullición y todo lo que se me ocurría me parecía espectacular.

Al día siguiente recorrimos la isla. Deslumbrante es una palabra que se queda pequeña para describir lo que vimos. Había sido uno de los lugares más afectados por el tsunami de diciembre de 2004. Observamos fotos del antes y el después. Recorrimos sus múltiples playas y nos bañamos en sus espectaculares aguas con todas las gamas del color turquesa. Llegamos, incluso, a otra isla, Koh Phi Phi Leh, en la que se rodó la película *La playa*, protagonizada por Leonardo di Caprio, concretamente en una zona denominada Maya Bay. Paradisiaca, sí, y rodeada de montañas de vértigo exuberantes de verdor, pero con una saturación total de turistas, sobre todo chinos, debido a sus reducidas dimensiones.

Y, por la noche, ya de vuelta en el *resort*, nos encontramos con una pequeña fiesta. En la playa de nuestro hotel, justo enfrente de nuestra cabaña, se estaba celebrando una boda. Una pareja de ingleses, acompañados por ocho amigos, habían decidido casarse en Koh Phi Phi. Qué bonita idea, aunque había pocos invitados, algo muy normal a tanta distancia de su país. ¿Cómo desplazar a todos sus familiares y amigos desde Reino Unido hasta Tailandia?

Cenamos en el restaurante franco-tailandés y, después, decidimos acercarnos a la fiesta nupcial que se estaba desarrollando en una especie de chiringuito en la playa. Los ingleses nos invitaban a tomar cóctel tras cóctel en medio de música disco pasada de decibelios. ¡Qué buen rollo! No éramos los únicos acoplados. También andaba por allí, meneando el esqueleto, un matrimonio con una inequívoca pinta de latinoamericanos. Me acerqué a la mujer.

—Hola. ¿Habéis venido a la boda? —Pregunta absurda, pero era una manera de conectar con ellos.

—Qué va, somos de México. Estamos en gira por Asia.

—Ah, qué bien, nosotros también estamos viajando por Asia... Qué lugar más bonito para casarse, ¿verdad?

—Si me volviera a casar, a lo mejor me lo pensaba. —Rio ella—. Pero como vivimos en Canadá, si le hubiera dicho a mi madre que no me casaba

en México, me habría matado. Estoy segura de que a Adrián le hubiera gustado.

¿Adrián? ¿De qué me sonaba ese nombre?

—¿Adrián? —me dirigí a su marido—. ¿Te llamas Adrián? ¿Adrián Esparza?

El mexicano asintió con la cabeza, ligeramente desconcertado.

Hugo y yo nos miramos y soltamos una carcajada.

—¿De qué os reís? —preguntó el interpelado.

La risa no nos dejaba hablar.

—Mi chico se hizo pasar por ti en el embarcadero para poder llegar hasta aquí.

Adrián no pudo evitar sonreír.

—Ahora lo entiendo. Por eso no encontrábamos nuestra barca. ¡Pinches españoles!

—Yo soy brasileño. —Hugo sentía mucho orgullo siempre por su país—. Fue culpa de ella, que me obligó.

Así comenzó una conversación que nos llevó a pasar toda la noche con los mexicanos, Adrián y Mafe, de María Fernanda. Tenían pensado efectuar una ruta similar a la mía. Pasarían por Laos, Vietnam y Camboya. Incluso pensamos que sería una buena idea hacer la ruta juntos, pero sería necesario que Hugo renunciara a sus prácticas en el restaurante de Bangkok.

Le veía feliz, muy feliz. Por eso, el golpe fue mucho más duro...

Estábamos brindando con unos chupitos de tequila por el comienzo de una bonita amistad y sonó el teléfono de Hugo. Él sí tenía cobertura, ya que su *roaming* era mucho mejor que el mío. Contestó y, con expresión sombría, se alejó de nosotros unos metros. Su preocupación iba en aumento. Yo no le quitaba el ojo de encima porque un mal presentimiento comenzaba a proliferar por mis cañerías anímicas. No atendía a la conversación con Mafe, que me contaba algo sobre los niños a los que daba clase de natación en Vancouver.

Por fin, Hugo colgó y regresó.

—A mi padre le ha dado un infarto. Está en coma. Tengo que volver a Brasil.

Me dio un vuelco el corazón. Pobre hombre. Pobre Hugo. Pero no sólo lo sentía por ellos.

¡Una adversidad más en mi vida!

Justo cuando había recuperado la ilusión por el amor, este se me volvía a escapar de las manos. Comprendía perfectamente que Hugo tuviera que regresar a Brasil para estar a la cabecera de su padre. ¿Querría que fuera con él...? No, no debía forzar el curso de sus sentimientos. Tampoco nos conocíamos tanto. Pero el mayor mazazo lo recibí después, en la cabaña, cuando hablábamos de qué iba a ser de nosotros a partir de entonces.

—Elsa, debes hacer tu vida —me dijo—. Sigue con el viaje que has soñado. Lo nuestro... Lo nuestro es muy complicado. Vivimos en continentes distintos y nos conocemos muy poco.

Ya, pero ¿quién dijo que la vida era fácil? Tenía claro que aquel brasileño que se encontraba enfrente de mí era el hombre de mi vida. ¿Por qué pretendía que continuara mi vida sin él? Comenzaba a tener claro que él quería seguir con la suya por otro lado distinto al mío.

—Como sabes, tengo programado ir a Brasil —le recordé—. Nos podemos encontrar allí de nuevo...

—Claro que sí. Pero hasta entonces, no te puedo prometer nada ni quiero que tú me prometas nada a mí. Ahora, sólo debo pensar en mi padre.

No entendía nada. ¿Es que dos personas de continentes distintos no se podían enamorar y ser felices para siempre?

Obviamente, la separación de Hugo fue una muesca más en mi desquiciado espíritu.

CAPÍTULO 9

PIENSA MAL Y ACERTARÁS... O NO

Al día siguiente, Hugo tomó un vuelo que le llevó a Bangkok y, de aquí, con escala en París, directo a Brasil.

Nuestra despedida pareció eso, una despedida definitiva y no un hasta luego. Desde que recibió la noticia de la grave enfermedad de su padre lo encontré frío, distante, como si hubiera desaparecido por completo toda la magia que había nacido entre nosotros. Era normal, pensé. Estaba muy preocupado. Nos dimos un corto beso y un largo abrazo. Traté de no perderme un momento de su marcha, por si era la última vez que lo veía. Quién sabía si cuando llegara yo a Brasil, él iba a querer verme. O yo a él...

Porque me lo había dejado claro. Tenía que hacer mi vida.

Permanecí tres días más en Phi Phi Relax junto a Adrián y Mafe. La cabaña, para mí sola, se me hacía un mundo. Aproveché para revisar las fotos que había hecho. Borré las que no me convencían, edité algunas, las retoqué y, finalmente, guardé todas las seleccionadas, tanto en el portátil como en un disco externo de seguridad que llevaba en el equipaje. Algunas, por su originalidad, por su simpatía, por su belleza, podían ser vendibles. En cuanto llegara a un lugar con *wifi*, contactaría con Daniel, el corresponsal de *El País* en Asia, para ver si podía colocar algunas en su periódico.

Un lunes volamos los tres hacia Laos, un país que, probablemente, posee los paisajes naturales más bellos de todo el sudeste asiático. Y, además, doy fe personal de ello, su población es la más relajada sobre la faz de la tierra.

Lo primero que percibí al llegar a Luang Prabang, una ciudad histórica plagada de arquitectura religiosa milenaria, fue el color. Árboles salpicados de flores escarlata, cientos de monjes y sus novicios con túnicas azafrán paseando por las calles y, sobre todo, los *wats*, templos budistas en color dorado y granate, con escuelas y residencia para los alumnos. Destino perfecto para disfrutar de la paz que necesitaba. No me pedía el cuerpo salir de marcha. Y encima estaba decretado un toque de queda en la ciudad, por lo

que a las once y media todos los bares y restaurantes cerraban.

Nos alojamos en un sencillo hotelito que, eso sí, disponía de *wifi*. Aproveché para llamar a mis padres por Skype, que andaban preocupados porque no habían sabido de mí durante los días en los que había permanecido en Koh Phi Phi. Mi padre, cada uno es cada uno, se mosqueó porque no le había mandado la ubicación desde Phi Phi.

—¡Pero, papá, que no tenía *wifi*!

—¡Y eso qué tendrá que ver! —me respondió malhumorado—. ¿Y ahora cómo lo meto yo en el *collage*?

—No te preocupes, papá. Te mando ahora la dirección de donde estuve y tú, que eres muy listo, sabrás colocarlo en tu *collage*.

—Hija, ¿cómo estás? Nosotros muy preocupados. —Como siempre, mi madre, toda enternecida.

—Pero, mamá, ¿todavía no te has hecho a la idea de que me encuentro muy feliz? Si supieras el apasionante viaje que estoy haciendo, te alegrarías un montón. Y, claro, también os echo mucho de menos. A los tres. Fran, ¿qué tal tu chica? Tengo ganas de veros a los dos en actitud mimosita. Os quiero. Os quiero muchísimo. Un besote de los gigantes para cada uno.

No había tenido ninguna noticia de Hugo. No conocía su número de móvil brasileño para enviarle un WhatsApp, así que decidí enviarle un email. Le preguntaba, lógicamente, por su padre y le confesaba que el viaje sin él ya no era tan estimulante. Ya, ya sé que me había dicho que hiciera mi vida, pero, joder, notaba un gran vacío.

Después, abrí un email que había recibido de Daniel Giles, el corresponsal de *El País*. Me enviaba un enlace al artículo que había publicado con mi historia durante el atentado. Decidí no abrirlo y, en consecuencia, no leerlo. No quería revivir aquella pesadilla. Pero sí aproveché para contestarle y decirle: ¿qué hay de lo mío? Le pasé un enlace a mi web, donde iba subiendo las mejores fotos del viaje.

Repasé mi cuenta bancaria. En los últimos quince días no había habido muchas pernoctaciones en mi piso de Madrid. ¡Vaya por Dios! Pese a ello, no había gastado mucho dinero. El sudeste asiático es muy barato para un europeo, pero, claro, el hecho de coger tantos vuelos interiores había menguado un poco mi cuenta bancaria.

Tras dos horas en internet con los correos, poniéndome al día de la actualidad mundial y repasando mi web, salí con Adrián y Mafe a conocer la

ciudad. Lo primero que me llamó la atención fue que, para comprar una botella de agua, había que pagar con siete u ocho billetes que, al cambio, eran tan sólo alrededor de diez céntimos. Uno podía sentirse millonario en Laos al verse rodeado de montones de fajos y fajos de billetes. Pero después, si echabas cuentas, apenas tenías nada.

Me encantaron las tiendas de artesanía. Todo cuanto vendían era muy curioso y manufacturado a conciencia. Me sorprendió que la mayoría de las veces que entraba en alguna de ellas a curiosear o comprar algún pequeño detalle, el dependiente se encontraba dormido y roncando sobre el mostrador. Era la prueba evidente que confirmaba un proverbio indochino muy conocido por aquellos lares: «Los vietnamitas plantan el arroz, los camboyanos lo cuidan y los laosianos lo escuchan crecer».

Visitamos numerosos templos y conversamos con los monjes y jóvenes aspirantes, lo que en España se llaman novicios, algunos de apenas doce años. Cuanto más hablaba con ellos, más se me impregnaba el subconsciente de la cultura budista. Una filosofía de vida de la que deberíamos aprender muchas virtudes en Occidente.

La jornada la rematamos paseando por el mercado nocturno de Luang Prabang, una maravilla plagada de obras de arte, de antigüedades, pero no me atreví a comprar casi nada porque luego tendría que cargar con ello durante el resto del viaje.

Cuando regresé al hotel, abrí ansiosa mi cuenta de correo electrónico. ¡Hugo me había contestado!

Remitente: hugo.norton@gmail.com

Destinatario: elsanavas@gmail.com

Asunto: RE: ¿Cómo está tu padre?

Hola, Elsa. Gracias por preguntar por mi padre. Afortunadamente, parece que se está recuperando. Disfruta mucho de tu viaje y no pienses en nada más. Sé feliz.

Y ya.

¿Y ya...?

Escueto, directo, que fuera feliz, que no pensara en nada más. Estaba claro, Elsa. ¡Clarísimo! Que no me acordara de él. Que se acabó. Me sentó como una patada en el estómago después de todo lo que habíamos vivido en Koh Phi Phi, sobre todo aquella noche en el baño de la cabaña del *resort*. Me entró

una desazón enorme y unas ganas inmensas, casi irreprimibles, de irme a mi casa de Chamberí.

Mi depre se agravó porque después de leer el email de Hugo, descubrí que también me había escrito Eric.

Remitente: ericgarcia@gmail.com

Destinatario: elsanavas@gmail.com

Asunto: Tengo que contarte algo.

Hola, Elsa. ¿Cómo está siendo el viaje? Espero que estés bien. Te escribo para contarte algo y que no te enteres por otra gente. He conocido a alguien. A una chica maravillosa. Se llama Alba y es más joven que nosotros. Tiene veinticinco años. Por fin, parece que empiezo a ver la luz. Creo que vamos en serio. Siento haberme comportado como un gilipollas contigo. Disfruta.

¿Cómo...? ¡Este tío era imbécil! ¿Por qué me escribía para contarme estas gilipolleces? ¡A mí qué me importaba si había conocido a otra chica, si tenía veinticinco años y si iba en serio con ella, no te jode...! ¿Me fastidiaba que él hubiera resuelto o estuviera intentando resolver su vida con otra mujer? No me debía desquiciar, que a mí Eric y sus ligues me debían importar un comino. Lo que pasaba es que Hugo acababa de rechazarme, eso sí, muy elegantemente. ¡Joder, en qué mala hora había abierto el correo!

¡Pues no pasaba nada! Si había conseguido sobrevivir a un espantoso atentado en Sídney, ¿cómo no iba a superar esto? Me dije a mí misma que me tenía que centrar en el viaje, en vivir el momento, en exprimir al máximo el zumo de la vida. Lamentablemente, sí pasaba. Aquella noche apenas dormí, y cuando lo conseguí, no una, sino varias pesadillas serpentearon por mi enfebrecido cerebro.

Al día siguiente, mientras cenaba en un restaurante típico de Luang Prabang con Mafe y Adrián, no pude evitar sacar el tema y sus sabios consejos me vinieron muy bien.

—¡Son experiencias, española! Ni más ni menos. —Mafe era muy vehemente al hablar—. Lo de Hugo estuvo bien y eso te llevas para el cuerpo. Y del novio que tuviste, olvídate. Es pasado. A mí, si este me planta un día por cuernos, no malgasto en él ni un segundo de mi vida.

Miré a Adrián. El pobre tenía cara de bueno, pero bueno de verdad, de los que no quedan. Se notaba que la mexicana era quien mandaba en la relación.

Una mujer con mucho carácter y, sobre todo, muy celosa.

—Yo opino igual que ella. Y también igual que Hugo. Disfruta el presente y el futuro. En el amor, para bien o para mal, no se debe mirar hacia atrás. Así que piensa sólo en el próximo hombre que llegará a tu vida, que seguro que será pronto.

No sé si era porque yo estaba muy sensible, pero la última frase de Adrián me sonó a una cierta insinuación. A ver si el mexicano iba a resultar una mosquita muerta...

Al día siguiente volamos hacia Hanói, la capital de Vietnam. Me había acostumbrado tanto a viajar en avión que, antes de despegar, ya me había dormido. Y me solía despertar al tomar tierra. ¡Cómo había cambiado mi infinito pánico a los vuelos! Nada de clavarle las uñas al de al lado. No más numeritos.

Hanói era un enjambre de motocicletas que invadían la enmarañada red de callejuelas del Barrio Antiguo, una zona cuya esencia se basaba en el comercio y el regateo. No podías dar un paso sin que los vendedores ambulantes, ataviados con sus típicos sombreros cónicos, te colocaran dos o tres productos a la altura de los ojos. Mientras tanto, los lugareños tomaban café o cerveza contemplando con curiosidad el ingente desfile de turistas.

En resumidas cuentas, un hormiguero humano y un tráfico de vehículos infernal. Estuve a punto de ser atropellada por las motos en más de una ocasión. Miles y miles de ciclomotores circulaban a velocidad constante, pero sin pausa, por todas las calles. Sin respetar ni los pasos de cebra ni los semáforos. Después de llevar unas horas allí, descubrimos que la solución era cruzar con los ojos cerrados y rezar por que los motoristas, que es verdad que no iban muy rápido, te esquivaran. Algunos de aquellos pequeños vehículos transportaban en ocasiones hasta cuatro personas. Familias enteras encima de un Vespino.

Yo, entre la desesperación que llevaba ya encima por el desplante de Hugo y el galimatías de urbe en el que me hallaba, percibía el estrés a flor de piel. En vez de llamar a esta ciudad Hanói, la bautizamos como Hannoying, una mezcla de la palabra Hanói y de la que significa «insoportable» en inglés. Debía salir de allí o si no sufriría un ataque de ansiedad. Y aún peor, cuando pasamos por un mercado y descubrí varios perros despellejados, sangrando todavía, a la venta en un puesto de carne. Me entraron los siete males. Poco después, nos topamos con un tipo que llevaba una jaula en la parte de atrás de

su ciclomotor con cuatro cachorros preciosos. Obviamente, camino del matadero. Me volví loca y grité en español.

—¡Asesino! ¡Eres un desalmado, un criminal, un hijo de puta!

Adrián y Mafe me agarraron cuando me iba a abalanzar sobre el pobre vietnamita, que me miraba entre acojonado y divertido. Balbuceó algo que, lógicamente, no entendí.

Sólo pasamos una noche en aquel caos, en aquella ciudad *canicida*. Contratamos una excursión para navegar dos días por la bahía de Halong, despreciando otra a buen precio que incluía visitar el estrambótico mausoleo del tirano Ho Chi Minh.

Cuando subimos al barco para serpentear por entre más de tres mil islas que surgen del agua esmeralda de la deslumbrante bahía vietnamita, sólo pude pensar en palabras como mayestática, evocadora, misteriosa, impresionante. Y sí, saboreé el viaje al máximo, como querían Hugo y Eric. ¡Olvidada por completo de los malditos hombres que habían perturbado mi vida en los últimos tiempos!

Aquellos islotes constituían arte puro, una colección de esculturas inacabadas, talladas por la naturaleza. Me harté de hacer fotos, preciosas instantáneas que iban a poner mi web en ebullición. Cuenta la leyenda que aquella maravilla fue creada por un dragón que vivía en las montañas. El monstruo, al dirigirse hacia la costa, cavó valles y quebradas con su cola oscilante y, cuando por fin se sumergió en el mar, toda la zona quedó inundada dejando sólo visibles las cumbres de las montañas.

La que estuvo a punto de convertirse en dragón echando fuego por la boca fui yo la noche que pasamos en el barco. Me encontraba en pleno duermevela cuando comencé a notar unas suaves cosquillas en mi cuello. Abrí los ojos y lo vi. Allí estaba Adrián, mirándome sonriente. Me asusté y casi pego un brinco.

—Tranquila —me susurró sin, por supuesto, tranquilizarme—. ¿Estás bien?

Sí, estaba bien y tranquila hasta que me despertó. ¿Qué hacía en mi camarote? ¿Cómo había entrado?

—¿Qué... qué haces aquí?

—No podía dormir. Pensaba en ti. En qué puedo hacer para que estés más relajada.

—Pues... Por ejemplo... No entrar en mi camarote cuando estoy

durmiendo.

—Tienes que mirar al futuro. —Hacía oídos sordos a mis palabras—. Lo que te dije, pensar sólo en el próximo hombre que aparecerá en tu vida.

Ya veía yo por donde iba.

—¿El próximo...?

—He visto cómo me miras y me sonríes.

¿Yo? Tenía por costumbre sonreír a las personas que me caían bien, ser agradable con ellas, pero aquello no significaba nada. ¿De qué clase de heteropatriarcado había salido aquel tipo?

—Creo que te confundes —le dije, tratando de alejarme de él.

El camarote no era muy grande y, pese a mis palabras, intentó darme un beso, al que yo respondí con una cobra como Dios manda. Por supuesto, no se lo tomó bien.

—Yo no tengo que pensar en nadie. ¿Y tú qué pasa, que no piensas en Mafe? —Saqué la artillería pesada.

—Dime la verdad, ¿no te gusto? Desde que te conocí no dejo de pensar en ti.

Aquella declaración, aparte de parecerme mal porque era una tentativa de infidelidad, comenzaba a asustarme. ¿Y si Adrián no estaba dispuesto a aceptar un «no» por respuesta? Miedo que se acentuó cuando detecté que estaba empalmado y que se volvía a acercarse a mí, acorralándome casi contra un rincón.

—¡Adrián, vuelve a tu habitación, ahora mismo! ¡No quiero nada contigo! Prometo que no le diré nada a tu mujer. Pero, por favor, sal de aquí o grito.

Adrián me miraba fijamente con los ojos hinchados de lujuria. Me temblaban las piernas de pavor.

—Está bien... —suspiró—. Quizá te he malinterpretado. Me siento un pendejo.

¡Uf! Menos mal que se vino abajo... Habría tenido que gritar y formar un escándalo en el barco. ¡Putos hombres! ¡Y con su mujer durmiendo en el camarote de al lado! Aquello me parecía fatal. ¿Debía contárselo a Mafe al día siguiente? Que le hubiera prometido a Adrián que no le diría nada en un momento de máxima tensión no significaba que tuviera que cumplirlo. Por ahora, pensé, mejor guardar el secreto. No quería problemas. Pero mi actitud con Adrián sí cambió rotundamente.

A los dos días volamos hacia Ciudad Ho Chi Minh, la antigua Saigón, tal

como teníamos planeado. Pero yo ya no me sentía cómoda y tenía que separarme de ellos lo antes posible. En caso contrario, el viaje sería un calvario y Adrián, antes o después, volvería a intentarlo.

¿Por qué todo tenía que pasarme a mí? ¿Qué le había hecho yo al mundo para que me tratara de esa manera? ¿Por qué este planeta me era tan hostil? ¿Cómo no iba a estar desquiciada si todo me tocaba a mí!

Ciudad Ho Chi Minh es la mayor urbe de Vietnam y, como tal, otro caos de calles atestadas de tráfico y bullicio. Lo que veinte años antes eran tres millones de bicicletas circulando por sus calles, hoy son motocicletas. Es decir, ruido y contaminación por doquier. Era como Hanói, pero multiplicado por dos. O mejor dicho, por tres.

Sin embargo, su atractivo me llegó mucho más. Quizá fuera por el contraste de antiquísimas pagodas con esbeltos rascacielos. O por el encanto de sus cafés con reminiscencias francesas al aire libre. También me sentí atraída, aparte de por sus mercados abarrotados de manjares exóticos, por sus tiendas de madera destartaladas donde se vendían sedas de todos los colores y texturas, centenares de clases de especias y muebles manufacturados, únicos. Desgraciadamente, no podría comprar nada porque tenía casi todo el viaje por delante y mi capacidad para transportar equipaje era muy exigua. Pero, ay, lo que me gustaba cualquier tipo de *shopping*.

Me apasionó el Gran Saigón, el que tantas veces había visto en películas de la guerra de Vietnam, sus hoteles tomados por oficiales estadounidenses, sus boutiques, los edificios gubernamentales testigos de numerosos episodios bélicos... Todo respiraba historia contemporánea y me encantaba.

Nos alojamos en un destartalado hotel del centro. El primer día visitamos algunas pagodas y museos. Adrián estaba muy gentil conmigo, a la par que humilde y avergonzado desde lo sucedido en el barco de la bahía de Halong. Yo no le había comentado nada a Mafe, no sabía cómo afrontarlo y, sobre todo, cómo se lo iba a tomar ella. Podía suceder, incluso, que me echase toda la culpa a mí. Así que mejor no meterme en camisas de once varas, como decía mi madre. Hice como si no hubiera pasado nada. Eso sí, tenía decidido que, a partir de Saigón, yo continuaba el viaje por mi cuenta.

Al cuarto día, muy cansados, optamos por darnos un capricho y tomar un cóctel en la cafetería de la última planta del Sheraton Saigón. Según la guía, entre las seis y las ocho de la tarde era la «hora feliz». Desde allí, las vistas de toda la ciudad eran simplemente espectaculares. Y yo no sé lo que llevaba mi

bebida, de la que no recuerdo el nombre porque estaba en vietnamita, pero, al tercer sorbo, puedo asegurar y aseguro que me chispé. Hasta el punto de que me dio por contar chistes malos en plan aquel tipo que le dice a otro que se encuentra por la calle: «Hombre, Pepe, cómo has cambiado». Y el interpelado responde: «Claro. Es que yo no soy Pepe». O aquel otro: «No sé qué voy a hacer porque he perdido las llaves». Y el amigo le contesta: «¿Sabes inglés? Te lo pregunto porque dicen que el inglés abre muchas puertas...». Y, quizá por el efecto divertido del alcohol en nuestra sangre, los tres nos reíamos como descosidos.

Como si no tuviéramos problemas, como si Adrián no hubiera intentado enrollarse conmigo, como si yo no anduviera jodida porque Hugo no daba señales de vida o como si no estuviera resentida con los hombres por mis dos recientes fracasos sentimentales.

Con el colocón del cóctel aún en el cuerpo, decidimos ir al centro a cenar en un restaurante que acabábamos de seleccionar a través de Tripadvisor. Yo aproveché que el hotel tenía *wifi* y volví a revisar mi correo y mi WhatsApp en busca de algún mensaje de Hugo. Nada. Después de aquella maravillosa noche en Phi Phi Relax y de lo sucedido a su padre, había cambiado totalmente su relación conmigo. Bueno, mejor dicho, había desaparecido por completo.

Debido al intenso tráfico, Adrián y Mafe decidieron que el mejor vehículo para llegar al restaurante era en moto-taxi. Unos chavales con ciclomotores esperaban a la salida del hotel y, pese a que toda mi vida yo me había negado a montar y le había prohibido a Eric que se comprara uno, me dije: «Cómo no voy a hacerlo si yo ya soy otra persona». Nunca es tarde para montar en moto. Cada uno de nosotros se subió de paquete con uno de los chicos. Adrián les indicó en un mapa dónde íbamos y los tres chicos intercambiaron algunas palabras en su idioma. Enseguida me puse tensa. ¿Estarían tramando algo? ¿Sería peligroso montarnos con ellos? Pero no me dio tiempo a echarme atrás.

Mi inquietante presentimiento, ya lo dice el refrán «piensa mal y acertarás», se transformó en miedo real cuando las motos que transportaban a Adrián y Mafe continuaban rectas por la avenida y mi conductor, de repente, efectuó un giro brusco a la derecha. ¡Un secuestro! ¡Estaba claro, clarísimo! Allí se acababa mi historia. Iban a pedir a mis padres un pastón por mi liberación o me llevarían de cajero en cajero desvalijándome la cuenta

bancaria.

—¿Qué coño haces? —le grité en español—. ¡Tienes que ir detrás de ellos!
You have to follow them!

Asentía repetidamente con la cabeza y se reía en tonos agudos, desquiciantes. ¿Y si no era un secuestro por dinero, sino algo peor...? El cabrón me iba a llevar a un descampado, seguro, y después me iba a violar para luego asesinarme. Entonces me cortaría en trocitos y los introduciría en maletas diferentes que tiraría al río Saigón. ¡Ay, Dios, tantas películas y series de psicópatas y asesinatos había visto que ya sabía perfectamente lo que iba a sucederme!

Durante más de diez minutos yo le estuve gritando todo tipo de improperios e intenté bajarme de la moto tres veces, aunque finalmente no me atreví por miedo a desnucarme. No se detenía en ninguno de los semáforos. Él, todo el rato, se reía como un imbécil. Encima de que me iba a violar o a asesinar, en mi histeria ya me daba igual una cosa que la otra, el capullo se cachondeaba de mí.

Decidí saltar de la moto en marcha, pasara lo que pasara, y cuando ya estaba decidida a tirarme, mi secuestrador detuvo el ciclomotor. ¿Dónde estábamos? Era algún lugar apartado del centro. Me bajé.

—*Sorry!* —se disculpó el cabronazo, juntando las palmas de las manos a modo de rezo—. *Me, Thian. And you?*

¿Cómo? ¿Me había secuestrado y ahora quería ser mi amigo y conocer mi nombre? ¡Alucinaba en colores! ¡No te entendía, Thian!

—*I am Elsa.* —Decidí tirar para adelante a ver adónde llegaba aquello.

Me indicó con una señal que le siguiera y yo lo hice, entre fascinada y desconcertada. Caminamos por una callejuela bastante desvencijada. Olía mal, posiblemente porque el barrio no estaba bien canalizado. Era una zona humilde y el putrefacto olor de las bajantes impregnaba de fetidez todo el ambiente. No quería taparme la nariz para no parecer irrespetuosa. O demasiado pija. O simplemente europea. Me condujo hasta una casa y me invitó a entrar en ella. Era un espacio pequeño con dos estancias. Una de ellas ejercía de cocina, salón y dormitorio, con algunos niños adormilados sobre las alfombras que cubrían el suelo. En la otra había varias camas, pero lo que realmente pretendía Thian era que me fijara en una de ellas, en la que yacía una mujer de unos cincuenta años. Su mirada cansada, mustia, tristonca, se dirigió a mí y me sonrió luciendo una dentadura negra a la que faltaban varias

piezas. Saltaba a la vista que se encontraba enferma.

¿Qué querían de mí? Yo no era doctora. Sólo una simple comercial bancaria. Y ahora ya ni eso. Era una viajera vividora que se engañaba a sí misma pensando que en el futuro podría ganarse la vida como fotógrafa. Una privilegiada que había nacido en el primer mundo y, por tanto, con numerosas oportunidades de vivir bien frente a la sangrante miseria de aquella pobre gente.

Miré a Thian. No sabía cuál podía ser el siguiente paso. Él me sonrió tristón y me señaló a la señora. ¿Qué podía hacer yo? Le toqué la frente y deduje que la mujer sufría una fiebre muy alta. Sin duda, no tenían dinero para pagar un médico. Me acordé de que yo tenía paracetamol en la mochilita que traía a la espalda y podría ayudarle a bajar la fiebre. Seguramente, pero ¿qué padecería? ¿Una gripe, una neumonía, una infección de orina o algo mucho más importante?

Saqué los comprimidos y se los entregué.

—*She has to take one of these every six hours.*

No sabía si me entendía, pero sólo podía decírselo en inglés. Una cada seis horas.

—*Understand* —contestó Thian—. *Six hours, one. Other six hours, one. Thank you.*

Parecía que me había comprendido. Miré a la mujer que, en buena lógica, debía ser su madre. Sus ojos rebosaban agradecimiento, pero también una preocupante debilidad. Saqué un billete de cincuenta dólares que llevaba en la cartera y se lo entregué.

—*This is to go to the doctor.*

Madre e hijo, ambos a la vez, llorando, se lanzaron a besarme las manos.

Pese a que todo había empezado como un hipotético secuestro, aquella experiencia jamás la olvidaré mientras viva. Probablemente, la audacia de su hijo y mi pequeña generosidad salvó la vida de aquella buena mujer.

Thian, muy agradecido, me llevó en moto hasta el lugar donde estaban Adrián y Mafe, que me esperaban junto a los otros dos motoristas.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —se interesó Mafe.

—No, todo ha ido bien. Sólo era una familia que necesitaba ayuda.

—Nos hemos asustado, pero los chicos nos han repetido una y otra vez que no te pasaría nada.

Desde luego, entre el susto y el golpe que supuso encontrarme con una

realidad económica tan deficiente, se me había pasado todo el alcohol del cóctel. Cenamos, yo muy poco por falta de apetito y por el excesivo picante de los condimentos, y nos fuimos pronto al hotel. Estaba agotada, pero me dio tiempo a comprobar el correo electrónico en el móvil antes de ir a dormir. Nada, Hugo seguía sin dar señales de vida. Por desgracia, no lograba olvidarme de él y, lo peor, comenzaba a convertirse en neurosis. Quizá debería tragarme mi orgullo y tomar yo la iniciativa, pero ya le había dejado clara mi postura.

Mandé mi ubicación a mi padre para que no se me quejara y, al minuto, recibí una llamada de WhatsApp de su número. Pero no era él, sino mi madre.

—¿Cómo estás, hija? No das señales de vida. No dices nada. Nos tienes en ascuas.

—Es que no siempre tengo *wifi* para poder llamar, mamá.

—Qué pocas cuentas quieres con nosotros.

Mi madre siempre quejándose. Le conté lo que me había pasado con la familia del motorista, que me había dado cuenta de lo afortunados que éramos habiendo nacido en un país con un nivel de vida tan elevado. Pero mi madre sólo entendió que me habían llevado contra mi voluntad.

—¡Sí, pero bien que te secuestró para chantajearte emocionalmente!

—Bueno, pero es que no sabía hablar apenas inglés y fue la única manera que se le ocurrió para intentar resolver el problema de su madre.

—Muy bien, hija. Estoy orgullosa de ti. Pero me quedo preocupada porque estos eran buenos, pero... ¿y si hubiera sido un secuestrador de verdad?

—Mamá, no empieces. No voy a volver todavía a España. Tengo que terminar lo que me he propuesto.

—Además, ya hemos comprado los billetes para Argentina —saltó mi padre por detrás—. ¡¡Yuhu!!

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

Tras despedirme de mis padres, me dirigí a la cama, momento en el que sonó el pitido de un email. Me ilusioné y lo miré rápidamente. Era de una tal Mari Luz Peinado, la coordinadora de colaboradores de la sección de viajes de *El País*. Me comentaba que le habían parecido interesantes las fotos de mi web, que me comprarían alguna cuando la necesitaran para un reportaje sobre la zona. Me puse muy contenta, y mucho más cuando me preguntaba si estaría dispuesta a ir a los templos de Angkor, en Camboya. Necesitaban una

serie de fotos y me encontraría allí con el periodista que escribiría el reportaje. Me pagarían quinientos euros por un día y medio de trabajo, más el viaje desde donde estuviera y la estancia.

Mi respuesta fue inmediata: «Sí, claro que estoy dispuesta y encantada».

¡Yupiiii! Me emocioné tanto que no me lo podía creer. Por fin, una buena noticia. ¡Excelente! Probablemente se debía al karma. Estoy convencida de que la buena acción que había realizado aquella tarde con la pobre mujer me premió con este trabajo.

Deseaba tanto compartir la buena noticia con Hugo que no me pude resistir e hice lo que no se debe hacer. Le envié un email con un escueto «*I miss you*».

Al día siguiente, me acerqué con Adrián y Mafe a varios lugares situados en los alrededores de Ciudad Ho Chi Minh, como el parque nacional de Cat Tien o los angostos túneles de Cu Chi. Esta ciudad, situada en la periferia de la capital, sufrió intensos y continuos bombardeos durante la guerra entre Vietnam del Sur, apoyado por Estados Unidos, y el Vietcong, frente de liberación que terminó venciendo y reunificando el país bajo un férreo gobierno comunista. Para protegerse de las bombas, sus habitantes construyeron una extensa y enmarañada red de túneles: unos doscientos cincuenta kilómetros de galerías subterráneas. Al introducirme en ellas me di cuenta de que, con mi metro sesenta y cinco, era alta con respecto a un vietnamita de los años sesenta y setenta del pasado siglo.

También visitamos el Museo de la Historia de la Guerra, donde se exhiben fotografías estremecedoras de la mencionada contienda. Se me puso muy mal cuerpo, pero nada comparable a lo que días después iba a sentir en Camboya.

Me despedí de Adrián y Mafe invitándoles a cenar. La verdad es que, por momentos, parecía como si no hubiera sucedido nada en el barco de Halong. Seguían siendo los mismos mexicanos simpáticos y agradables de Phi Phi. Pero me dije a mí misma que Mafe debía saber cómo se las gastaba su marido. Si había intentado sin éxito propasarse conmigo, posiblemente lo habría logrado con alguna en otros momentos de su vida.

Cuando volvimos al hotel, nos deseamos suerte, intercambiamos los correos electrónicos y yo me dirigí a mi habitación. Cogía el avión por la mañana temprano, pero decidí escribirle un email a Mafe. En él le explicaba con pelos y señales cómo Adrián había intentado acostarse conmigo. Iba a hacer clic en el botón de enviar, cuando me asaltó una reflexión: ¿qué ganaba

yo con aquello? ¿Y si era verdad que nunca antes le había sido infiel? ¿Y si le destruía la vida a mi amiga Mafe? Finalmente, descarté el envío. Aquel ya no era mi problema.

Volé hasta Siem Reap, la ciudad más cercana a los templos de Angkor, y, como tal, un hervidero de turistas ávidos de restaurantes, hoteles, tours guiados, masajes y, mal que nos pese, servicios sexuales de todo tipo. Aún recuerdo el estremecimiento que me recorrió el cuerpo cuando, dirigiéndome al hotel donde había quedado con el periodista, pasé al lado de una especie de club de chicas. Tenían la puerta abierta y no pude evitar fijarme en dos de ellas. Apenas tenían doce o trece años. ¡Dios mío, qué pena!

Había quedado con Jaime Miña, el periodista, en un curioso hotel, el Shinta Mani. Se trataba de una escuela creada para ayudar a jóvenes desfavorecidos a introducirse en el sector turístico. Me pareció una buena elección por parte del tipo. Así que, sólo por ello, antes de conocerle, ya de primeras me causó una buena impresión.

La habitación parecía limpia y, una vez me desprendí del equipaje, dirigí mis pasos hacia la cafetería. Allí debía estar esperándome Jaime. Lo encontré leyendo un periódico local para turistas en inglés. Lo localicé enseguida porque me había enviado una foto por email.

—Pensé que lo leías en camboyano y me había quedado muerta —bromeé, pensando que era una buena manera de comenzar nuestra relación.

Me miró, impávido, con cara de seta.

—Elsa, ¿no?

—Así me pusieron mis padres. Quizá tú te llamas Jaime por el mismo motivo, ¿no?

Parecía que no le gustaban los chistes malos porque no esbozó ni siquiera un remedo de sonrisa con dientes. Era alto, casi metro noventa, y acusaba las primeras entradas en su cabello, síntoma de una incipiente calvicie. Yo le calculaba unos treinta y cinco años.

—Sé leer camboyano, por si te interesa. Llevo aquí ya demasiado tiempo como para no conocerlo.

—Ah, mira, te servirá en el currículum. ¿Cuánto tiempo hace que estás en Camboya?

—Bueno, en Camboya exactamente no. En el sudeste asiático. Me estoy moviendo todo el tiempo en la península de Indochina. Soy *freelance* para varios medios. Llegué por primera vez hace doce años.

Dado que no me invitaba a sentarme, decidí hacerlo por propia iniciativa.

—Me han dicho los de *El País* que no tienes mucha experiencia.

—No, la verdad. Estoy empezando. Pero les gustaron mis fotos.

—Bien, nos tenemos que poner las pilas porque disponemos de muy poco tiempo. Yo sólo un día, no sé tú. Luego me tengo que ir a Myanmar, a otra historia.

—Ok. Vale, empezamos cuando quieras. ¿Qué es lo que necesitas?

—Quiero escribir un reportaje sobre el daño que el exceso de turismo está haciendo a los templos y a Siem Reap. Necesito fotos que muestren lo maravillosos que son los templos, sí, pero que, además, reflejen la afluencia masiva de turistas, la contaminación que ello conlleva y el contraste entre la riqueza occidental y la pobreza de Camboya.

—Me parece un enfoque buenísimo. ¡Voy a preparar el equipo!

—Nos vemos dentro de una hora en este sitio. —Me alargó una tarjeta—. Es una cafetería. Desde allí partiremos hacia los templos. Antes he quedado con un contacto que me va a llevar a algunos lugares poco conocidos alrededor de Angkor Wat.

En toda nuestra conversación, el tipo, bueno, Jaime, no había movido un solo músculo facial. Gélido como un témpano de hielo. No me tengo por una mujer explosiva, pero tampoco por un adefesio a quien no dedicarle una sonrisa, ni siquiera una mueca.

La tarjeta pertenecía al Singing Tree Café. Aparte de cafetería, era un centro social, estudio de yoga y galería de arte que destina un porcentaje de sus ganancias a la conservación de la naturaleza y a ayudar a los niños de la calle. Otro detalle bonito por su parte, pese a lo borde que había estado conmigo.

Una vez que puse el pie en la calle, me llamó mucho la atención en Siem Reap, y en general en Camboya, la ingente cantidad de mendigos que pululaban por todos sitios. Había una pobreza infinita. Mucha más que la que había contemplado en los otros países. Pero lo que más me impactó, lo que me puso la piel de gallina, lo que me avergonzó como ser humano, fue contemplar las numerosas personas mutiladas por culpa de las minas antipersona, consecuencia del sanguinario cuatrienio de los jemereros rojos.

Tenía que poner todos mis sentidos en hacer un buen trabajo. Debía causar buena impresión, no sólo al reportero, sino también, y sobre todo, a los jefecillos de *El País*. Jaime se presentó puntual y viajamos a los templos de

Angkor en *tuk-tuk*. Se notaba que conocía al conductor de anteriores viajes y se comunicaba perfectamente en camboyano con él.

Los templos de Angkor son el corazón y el alma de Camboya. Poseen una extravagante belleza, debido a una fusión perfecta entre la ambición creativa y la mística religiosa. Los cientos de edificios que sobreviven en la actualidad no son más que una parte de lo que fue en el pasado uno de los centros religiosos más importantes del mundo. Y daban una idea del apogeo que tuvo el antiguo imperio jemer de Camboya. Pero no sólo los templos, también la frondosa vegetación que los rodea, y a veces invade, dan al escenario una aureola de magnificencia y espiritualidad.

Tomé centenares de fotos desde todas las perspectivas imaginables, algunas desde ángulos inverosímiles. Pero, en especial, me centré en mostrar la ingente cantidad de autobuses que invadían cada día el recinto sagrado, afeando y contaminando el paisaje. Y, por supuesto, dediqué un buen número de instantáneas a los residuos que tantos turistas abandonaban tras de sí. A veces pensaba que no dejaba de ser un ejercicio de hipocresía, ya que yo misma era una turista aunque en ese momento estuviese ejerciendo de profesional de la fotografía.

Al mediodía, el conductor del *tuk-tuk* nos llevó a un poblado de pseudoviviendas situado apenas a medio kilómetro de los templos, donde malvivían unas cuantas familias. Pululaban por él bastantes niños, mujeres y jóvenes, pero apenas vimos a hombres adultos.

La ausencia de ancianos era uno de los signos distintivos de Camboya. Posiblemente se debía a la pobreza, a una deficiente alimentación, a la mala calidad de los servicios sanitarios que, por supuesto, no cubría el gobierno. Y también, por lógica, a las consecuencias del genocidio de los jemereros rojos.

Durante unas dos horas estuvimos hablando con los habitantes de aquella pequeña aldea de su día a día. La mayoría de las veces, el idioma empleado era el camboyano que Jaime chapurreaba. Cuando se trataba de palabras complicadas, nos servíamos de la ayuda del conductor del *tuk-tuk*. Nos explicaron que se dedicaban esencialmente a vender pulseras entre los turistas que ellos mismos fabricaban, proceso artístico que fotografié paso a paso. Que odiaban sentir invadidas sus tierras por el turismo desmedido, aunque, por otro lado, era lo que les permitía sobrevivir. Y, sobre todo, que carecían de los servicios sanitarios más básicos.

Mientras conversábamos con los lugareños, una decena de niños jugaba al

fútbol a unos metros de nosotros. Llevaban camisetas de Messi y de Cristiano Ronaldo. Hasta un lugar tan alejado de España llegaba el puñetero fútbol. Ironías de la vida. ¡Multimillonarios del primer mundo idolatrados por los parias más parias del quinto mundo!

Nos dejaron fotografiar el interior de sus casas y los alrededores. De fondo, los majestuosos templos de Angkor. El sol amenazaba ya con marcharse y la opalina luminosidad del atardecer confería al paisaje una gama de tonos muy variada. Jaime me corregía algunos de los encuadres y, también, me aportaba a veces ideas de contenido. Yo se las agradecía, aunque me hubiera gustado que suavizara su tono imperativo. Alguna vez, incluso, llegó a cogerme la cámara para buscar el encuadre exacto que quería.

Antes de marcharnos, repartió unos cuantos dólares en agradecimiento a la atención que nos habían prestado y regresamos al hotel. A pesar del molesto ruido del *tuk-tuk*, mi mente y mi ánimo no podían superar la terrible experiencia vivida. Se me había formado como una bola de angustia en el estómago.

Por la noche, estuvimos repasando el material y pude constatar que Jaime quedó razonablemente contento. Por supuesto, de su boca no salió ni un atisbo de alabanza. Nos fuimos a cenar comida jemer y, delante de una sopa de pescado y una ensalada de vegetales con ternera, por fin iniciamos una conversación de dos personas normales.

—Debe ser duro estar viajando todo el rato —me lancé después de un par de cervezas—. Sobre todo si quieres tener una relación. ¿No? Me refiero a una relación en serio.

—Sí, es complicado. Por mi modo de vida, ahora mismo lo de tener una relación estable lo tengo aparcado. Sólo vivo para contar historias de aquí que merecen ser conocidas en Europa. Y no me refiero sólo a los templos de Angkor, sino a temas más profundos.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, tengo un proyecto de documental sobre minas antipersona en Camboya. Estoy en trámites con el representante de Angelina Jolie. Me gustaría que aportara capital para llevarlo a cabo y, sobre todo, su imagen.

—Eso suena genial. —Me entusiasmé—. Y más si se implica Angelina Jolie.

Sonrió. Por fin, sonrió. Y era una sonrisa bonita. Supongo que se reía de la inocencia de alguien como yo, que vivía anclada en el primer mundo y

viajaba por puro placer turístico.

—Tienes talento —soltó de pronto escuetamente, dejándome desconcertada—. Hay que pulirlo bastante. Mucho, diría yo. Pero eres una buena materia prima. He trabajado con muchos fotógrafos y tú tienes algo que le falta a muchos de ellos: pasión por buscar el ángulo exacto. Lo que se ve en una instantánea, en general, lo capta todo el mundo. Pero la información que proporciona el ángulo, la óptica desde donde se mira el contenido, indica la valía de quien acciona el clic.

Obviamente, me sentí halagada, muy halagada. Era la primera vez que alguien me decía que poseía talento en algo y, además, me había dado una *masterclass* en cuatro líneas. Me hizo mucha ilusión.

—Mañana por la mañana me tengo que marchar. Se ha adelantado lo que tenía que hacer en Myanmar. Cojo un avión a primera hora.

Un tipo desconcertante, casi misterioso. Nos despedimos con aquello de «A ver si volvemos a coincidir», pero a mí me quedaba poco tiempo en Indochina y sabía que iba a ser complicado. Aunque sólo con que diera buenas referencias a los de *El País* y se publicaran las fotos, me daba por satisfecha. Quedé en enviarle lo antes posible las imágenes, una vez tratadas.

Cuando llegué al hotel, dediqué un par de horas a seleccionarlas y editarlas. Estaba emocionada y, aunque la perfección no existe, me sentía bastante satisfecha con el resultado. Eso sí, no era sólo mérito el mío, el escenario era muy potente. Donde hubiera puesto el objetivo de la cámara, la foto habría salido magnífica.

Al día siguiente me levanté tarde. Terminé el trabajo de edición y le envié a Jaime cuarenta y dos instantáneas. Tendría de sobra para elegir. Él se encargaría de hacérselas llegar a *El País*, junto con su texto.

Pensé en volver a los templos de Angkor, pero esta vez en bicicleta. A mi aire. A disfrutarlos sin tener que trabajar. A observar. A respirar la espiritualidad que destilaban todos ellos a pesar del panal de turistas que pululaban por sus alrededores. Y estando apoyada sobre una de las paredes de Ta Prohm, templo engullido por la selva, escuché varios silbidos.

¡No podía ser! ¡No daba crédito a mis ojos!

Era Aitor, el extrovertido camarero del bar de al lado de mi casa en Chamberí, mi paño de lágrimas cuando lo de Eric. Siempre me había parecido una solemne gilipollez lo de que el mundo es un pañuelo, hasta aquel momento.

—O sea, tía, que al final me copiaste la idea de dar la vuelta al mundo, ¿no?

—¡No me puedo creer que nos hayamos encontrado en la otra punta del mundo, nada menos que en Angkor!

—¿Y qué tal todo? Lo estás flipando, ¿a que sí?

—¿Con habernos encontrado o con el viaje?

—Mujer, con las dos cosas. Suele ocurrir cuando llevas rutas parecidas. Yo me he encontrado con mogollón de gente en diferentes sitios. Pero es que tú y yo... ¿Tú por dónde empezaste, por América?

—No, por Australia. Pero he estado mucho tiempo allí.

—Joder, pues entonces sí que es casualidad, porque yo voy al revés. ¡Esto hay que celebrarlo!

De inmediato, Aitor rebuscó en un bolsito que llevaba colgado del cuello y sacó un paquete de tabaco y una bolsita de marihuana.

—Pero, tío, ¿estás loco? ¿Llevas maría? ¿Tú sabes cómo son las cárceles camboyanas?

—No, ni pienso quedarme a averiguarlo. ¿Quieres celebrar nuestro encuentro con un porro o no?

Nunca me gustaron los porros, pero el caso es que miré a un lado y a otro por si merodeaba algún guardia. No había nadie cerca. El turista más cercano se hallaba a unos cien metros. Y fue mi lengua, sí, la que, rebelándose contra mi sentido común, dijo:

—¡Venga!

Mientras nos lo fumábamos, Aitor me contó anécdotas de su viaje, sobre todo de su recorrido por Latinoamérica y Estados Unidos. Según él, nada comparable a lo que estaba viviendo en el sudeste asiático. Se trataba de otro mundo, muy lejos de las películas de Hollywood y de las costumbres occidentales. Tuve la impresión de que en todo este tiempo había madurado, que ya no era aquel macarrilla chuleta de barrio que yo conocí detrás de una barra. Que ahora, como no podía ser de otra manera, «tenía mundo».

—¿Y tú qué tal? ¿Te has olvidado ya del gilipollas de tu novio?

—¡Totalmente! Él, al principio, arrepentido, me dijo que quería volver. Pero ahora, menos mal, dice que ha conocido a otra...

—¿Y no te has enrollado con nadie en este tiempo?

—He conocido a alguien durante el viaje, pero parece que la cosa está en *stand-by*. Bueno, la verdad es que no sé cómo está. Vamos, que igual ni

vuelvo a verle. ¿Y tú?

—¿Yo? Bueno, pues no se me ha dado mal... Pero tengo decidido que, hasta que no vuelva a Madrid, no me pillo por nadie.

—¿Sabes qué me apetece en este instante...? —Sonreí picarona—. Que me des un beso.

—¡Coño! —Casi le da un síncope.

¿Cómo? ¿Le había yo pedido un beso a Aitor? Pues sí, qué pasa, le había pedido un beso, lo necesitaba. No sé si era por el escenario, por el calor o por el canuto pero me entraron unas súbitas ganas de besar a aquel niñato al que sacaba ocho años. Pues sí, me apeteecía y punto.

—¿Me has oído? —Continuaba en *shock*—. ¿Me lo das o te lo doy yo a ti...? ¿Puedo...?

—Sí..., claro que... puedes —balbuceó.

Y así fue la primera vez que besé a un crío ocho años más pequeño que yo. Bueno, lo de un crío es un decir. Fue un beso largo y pausado, en el que nuestras lenguas se buscaron, pero que yo decidí detener cuando empezó a meterme la mano por la camiseta buscando frenéticamente mis senos.

—¡Eh, eh! He dicho un beso. ¡No te pases!

—¿Cómo? ¿Me vas a dejar así?

—¿Dejar cómo?

—Pues empalmado. ¿No me ves? —Me indicó el bajo vientre.

De repente, oímos a alguien gritar.

—¡Aitor! *Are you here?*

Una chica le estaba buscando y se apartó rápidamente de mí. Ya me imaginaba que estaría siendo un picha-brava en su recorrido planetario.

—*¡Yes, I'm here! ¡I'm going now!* —Me miró y, enrojecido, sonrió—. ¿Te vienes?

Mi respuesta fue negativa. No creía que a su amiga le gustase la idea. Y tenía que irme a descansar. Al día siguiente tomaba un avión hacia Phnom Penh, la capital.

—Ha sido un buen broche a mi estancia en Angkor —concluí ante Aitor, justo antes de besarle castamente en una mejilla.

Lo vi marcharse y yo me fui en dirección contraria para coger mi bicicleta y regresar a Siem Reap.

Aterricé en Phnom Penh sin novedad. Un vuelo más. ¡Y eso que no iba a coger vuelos interiores! Ni que decir tiene que mi cuenta corriente iba para

abajo. Menos mal que las fotos para *El País* iban a paliar un poco este descenso.

El nombre de Phnom Penh evoca exotismo. No sólo por las resplandecientes espiras del palacio real, por el eterno color azafrán de las túnicas de los monjes o por su extraordinaria ubicación a orillas del Mekong. Es una ciudad de excesos, de pobreza, de caos. En cualquier momento te puedes encontrar un elefante por la calle y esta visión tiene, indudablemente, su punto.

Y, por supuesto, con las huellas casi indelebles del genocidio causado por la sangrienta dictadura de los jemereros rojos. Estos guerrilleros, de ideología maoísta, bajo el guante de hierro del tirano Pol Pot, cometieron durante cuatro años, de 1975 a 1979, todo tipo de atrocidades entre la población no adicta a ellos. Un horror sólo comparable al genocidio nazi, incluso peor en algunos aspectos. Y, para colmo, hundieron económicamente el país imponiendo el regreso a la economía agraria de un siglo antes.

A los dos días de llegar fui a comer al «Hotel de los Periodistas», conocido así porque se alojaban en él los corresponsales de los medios occidentales mientras cubrían la guerra. Qué tonta, me sentía una reportera más, y sólo había hecho unas cuantas fotos de una atracción turística.

Esa misma tarde recorrí el Mekong mediante un paseo fluvial y visité la Pagoda de Plata del palacio real. Pero lo que más me impactó, lo que me dejó totalmente deshecha, fue la visita a S-21, el epicentro del horror camboyano. Un instituto de secundaria elegido por Pol Pot para construir un centro de tortura en el que martirizaron a más de quince mil habitantes de la ciudad. «Prohibido reírte», rezaba un cartel al entrar, un letrero que nunca entendí por qué lo habían puesto allí. Ganas de vomitar era lo que me provocaban las imágenes que vi. Unos terribles recuerdos para que nadie olvide el horror de los horrores que supuso el genocidio.

Tomé fotos. Muchas. ¿Por qué no había sabido nada de aquel espanto hasta entonces? Algo me sonaba, pero en Occidente, en Europa, apenas se conocían exactamente los terribles crímenes que perpetraron los jemereros rojos. Hice fotos de todo lo que pude y me dejaron. De las imágenes que había allí, de las salas de tortura, de aquel museo del espanto. Pero también de lo que encontré fuera de allí. Niños jugando ajenos a la horrorosa memoria de sus padres. Mujeres mutiladas, posiblemente por las minas antipersona. Seres que, pese a todo, sonreían, porque tenían la esperanza de un futuro

mejor.

Salí de Camboya siendo otra persona, como me iba ocurriendo cada vez que recorría un país de aquella parte del planeta. En el aeropuerto, a punto de poner fin a mi aventura asiática, encontré *wifi*. Llamé a mis padres a través de WhatsApp. Mi madre se puso supercontenta de que ya partiera hacia Estados Unidos, como si aquello fuera sinónimo de seguridad frente a la barbarie de Indochina. Y quizá tuviera razón si pensaba en términos de jemeres rojos. Pero en Estados Unidos también había muchos locos sueltos con un rifle en las manos.

Y, de repente, mientras hablaba con ellos, recibí un mensaje de WhatsApp. Era de Hugo. El corazón me dio un vuelco. Colgué rápidamente a mi padre y lo leí.

HUGO: Yo también te he echado de menos. Pero, como te he dicho en más de una ocasión, lo mejor es que cada uno haga su vida. Aunque, si vienes por Brasil, me gustaría verte. Este es mi número...

No lo entendía. Me echaba de menos, pero no podía ser. ¿Por qué no podía ser? ¿Tendría una mujer esperándole en Brasil? Quién sabe. Era incapaz de comprenderlo.

Por megafonía se anunciaba la última llamada para mi vuelo. Había llegado la hora de embarcar rumbo a la Gran Manzana, vía Londres. Volvía a la civilización...

¿De verdad...?

CAPÍTULO 10

A LO SEXO EN NUEVA YORK, PERO... ¿CON EL SEXO?

Casi dos días después, aterricé en el aeropuerto JFK de Nueva York. Esta vez no revolucioné el avión con mis paranoias terroristas pese a que, después de lo sucedido en Sídney, tenía mis razones para sentir miedo. Y hablando de aviones, uno de los beneficios del viaje ya era evidente: me había desaparecido el miedo a los vuelos.

Tenía reservado por internet un apartamento cerca del Empire State, en la calle 28 con la Segunda Avenida. Me resultaba carísimo, pero era lo más barato que había podido encontrar dentro de Manhattan. Por lo que había visto en las fotos, parecía una especie de dúplex muy mono. Esperaba sentirme como si fuera una protagonista de *Sexo en Nueva York*.

Las colas para pasar el control de aduanas, larguísimas. Y cuando me tocó, introduje el pasaporte en una máquina supermoderna que, además de verificar las huellas dactilares, te hacía una foto para tenerte controlada. Desde los atentados del 11-S, los estadounidenses se preocupaban en gran manera por quién entraba en su país. Más aún con lo que venía sucediendo en todo el mundo por culpa del Estado Islámico. Y, tras la llegada de Trump a la presidencia, la obsesión por la seguridad se había multiplicado exponencialmente hasta alcanzar cotas más que paranoicas.

Tras pasar los trámites electrónicos, me quedaba el último paso: que un policía comprobara personalmente que mi pasaporte estaba en regla. No debía temer nada porque yo no era terrorista ni pretendía quedarme de inmigrante ilegal en su país, y tampoco tenía antecedentes penales de ningún tipo. Pero cuando constaté que el agente tardaba bastante tiempo en realizar la comprobación, comencé a ponerme nerviosa.

—*Is everything ok?* —Me temblaba la voz.

El poli, un cachas con el semblante más serio que Buster Keaton, ni me

miró ni me contestó. Como diez segundos más tarde, informó a los que me seguían en la cola que tenía que cerrar el puesto y debían trasladarse a otro control. Una familia alemana que esperaba justo detrás de mí protestó, pero no les sirvió de nada.

—*Come with me, we have to check something!*

¿Qué...? ¡Pero qué es lo que tenía que comprobar! No entendía nada. Fuera lo que fuese, yo era inocente. Ay, Dios mío, que me iban a llevar al cuartelillo otra vez, como en Australia. Pero en Estados Unidos, para mi desgracia, gobernaba Trump, que le tenía manía a los latinos.

—*What's going on?* —le insistí; quería saber qué pasaba.

—*Don't worry. Many Spanish names look like others...*

Nombre latino, claro. ¿Pero qué se creían, que yo me iba a convertir en una inmigrante ilegal o algo así? Seguro que no iba a ser para tanto, sólo les tenía que explicar que no me iba a quedar en su país, que únicamente quería pasar un mes para ver la Estatua de la Libertad, el Empire State y toda la pesca. Vamos, que yo no era más que una simple turista de todo a cien.

El cachas me llevó hasta una comisaría y entregó mis papeles a un agente negro y gordo sentado detrás de una mesa. Casi sin mirarme, me ordenó que esperara en una sala, donde había unos cuantos sudamericanos, imagino que en la misma situación que yo. También había tipos de aspecto árabe. Ay, Dios mío, seguro que eran terroristas. ¿Y si venían en mi avión y, por lo que sea, se habían arrepentido de secuestrarlo y estrellarlo? Por lo menos, me había librado de una buena. La verdad es que si estaban allí esperando a ser identificados por la policía, por algo sería.

Desquiciadita perdida estaba yo, como siempre cuando se distorsiona mi realidad. ¿Pero cómo podía ser tan malpensada? ¿Y si alguna de las personas allí presentes había llegado a la misma conclusión sobre mí y pensaba que en mi maleta llevaba un artefacto para hacerlo estallar, por ejemplo, cuando fuera a visitar la Estatua de la Libertad? Si yo era una malpensada, todos los allí presentes tenían derecho a ser malpensados conmigo.

Llevaba esperando unos veinte minutos cuando sonó mi móvil. Me estaba llamando mi madre. Las madres aparecen siempre en el momento oportuno. Parecen tener un sexto sentido para detectar la necesidad de hablar con sus hijos cuando estos se encuentran en complicaciones. Fui a responder, pero el hombre aquel me gritó:

—*No cell phones!*

Pegué un respingo del susto y no tuve más remedio que abortar la llamada de mi progenitora. Pero, claro, las madres nunca aceptan un no por respuesta, así que el teléfono volvió a sonar con su nombre y su foto en la pantalla.

—*I said no cell phones!* —El poli elevó aún más el volumen de su voz.

¡Joder, qué tío! Me puso tan nerviosa que se me cayó el móvil al suelo y se me descuajaringó, verbo usado muy a menudo por mi progenitora. La batería por un lado y la carcasa por otro. Lo recogí a toda prisa sintiéndome el centro de todas las miradas. ¿Por qué me tenía que pasar esto a mí? Pregunté al agente si podía salir a hablar fuera y me soltó un vozarrón con un «¡No!» que retumbó en toda la comisaría.

Puse el móvil en silencio y no volví a moverme ni un milímetro hasta que una mujer policía me llamó a su despacho, donde me hizo todo tipo de preguntas absurdas: que dónde estaba yo el 27 de junio de 2014, que en qué lugar me encontraba también el 16 de septiembre de 2016. Un disloque, vamos. Y yo qué sabía, cómo me iba a acordar. Probablemente con Eric. Además, me preguntó si alguna vez había traficado con cocaína o con anfetaminas. ¿Yo? Pero si no soportaba darle una calada a un porro. Salvo excepciones, claro. Y muchas más preguntas, la mayoría de ellas intrínsecamente estúpidas. Debí de contestar bastante bien porque, después de una media hora de interrogatorio, la mujer pareció convencerse de que yo no era quien estaba buscando y me dejó marchar. ¡Uf, respiré aliviada! ¡Menudo recibimiento me había dado el Trump de las narices!

En mi afán por ahorrar, decidí pasar de taxis y, pese a que estaba agotada, cogí un tren y después el metro para llegar al que iba a ser mi barrio durante las siguientes semanas. La primera vez que sales del suburbano en Manhattan, alucinas con lo que ves. Todo te suena familiar porque sus edificios los has visto una y mil veces en películas y series de televisión. Y más a los fans de Woody Allen, como lo éramos Eric y yo.

Cuando por fin asumí aquel inmenso escenario, me dirigí al apartamento. Era el típico edificio neoyorquino en el que tienes que subir unas escaleritas hasta el portal. Llamé al telefonillo. Y, horror, con lo agotada que estaba, no me contestaron. Mal empezábamos. Comencé a maldecir a la dueña. Insistí sin éxito y me vi obligada a buscar un bar con *wifi*, tomarme un refresco a precio de caviar y llamar por WhatsApp a la casera. Resultó que me había dado mal la dirección, era el edificio de al lado, similar al primero. Subí al ático y me abrió Lupe, una chica dominicana que estaba limpiando el piso.

Me comentó que había habido un problema con la lavandería y que se llevaba en ese momento las toallas sin dejarme ni una, que las traería por la tarde. ¡Mierda! Con las ganas de ducharme que tenía. Se despidió de mí y se marchó.

Pero el de las toallas no era el único problema. El agua caliente y la calefacción no funcionaban, y en el mes de marzo en Nueva York todavía hace un frío de narices. Para colmo, el inodoro se atascaba. Lo que en un principio me pareció barato pese a lo costoso que era, ahora me resultaba caro con todas las de la ley. Llamé a la casera, pero no me hizo ni puñetero caso porque estaba de vacaciones en Hawái. Me dio el teléfono de la dominicana, ella me lo solucionaría.

Menos mal que el *wifi* funcionaba, pude hablar con mis padres y llamar a mi hermano para darle un poco de envidia, ya que Nueva York era su ciudad soñada, la que deseaba visitar desde que era muy jovencito. También estuve tentada de telefonar a Hugo. Necesitaba contarle todo lo que me había pasado en el aeropuerto, pero finalmente me contuve.

Decidí tomarme con tranquilidad mi estancia en la ciudad de los rascacielos. Hacer como que vivía en ella desde toda la vida. Llevaba demasiado tiempo a mataballo de un sitio a otro y me encontraba agotada. Iba a ser caro, ya lo sabía. Pero tenía cierto remanente económico, ya que el alquiler del piso había comenzado a repuntar de nuevo y seguía conservando el dinero de la indemnización. Pensando en todo esto, me quedé dormida.

Horas después, me desperté por dos motivos. Porque estaba congelada y porque mis vecinos de arriba tenían la música de Taylor Swift a todo volumen. ¡Joder, o las paredes eran de papel o se les había ido la mano con los decibelios! Parecía una fiesta y yo necesitaba dormir más, mucho más. Por lo menos hasta el día siguiente para recuperar fuerzas y ponerme a patear Nueva York. Me contuve varias veces antes de, definitivamente, subir a pedirles que bajaran el equipo de audio porque no quería parecerme al vecino cascarrabias de *Friends*.

Me abrió la puerta una chica guapísima. Me quedé obnubilada por el color verde de sus ojos y su melosa sonrisa. No, no me gustaban las chicas, pero debo reconocer que era muy guapa.

—*Come in!* —Me invitó sin preguntar quién era.

—*Oh, no. I don't want to come in.* —No quería entrar—. *I live next door. I just would like you to turn down the music, please. I need to sleep.* —Una vez

más, me sorprendí a mí misma por mi alto nivel de inglés.

Le pedí lo más educadamente posible que bajaran la música, que estaba intentando dormir tras un largo viaje desde Londres.

—*Oh, do you live next door? I'm Sarah, nice to meet you.*

Se presentó. Sarah, un nombre que me encantaba.

—*I am Elsa. I am Spanish. I just rented the flat for one month to visit de city.*

No sé por qué le daba tantas explicaciones.

—*Oh. You are gonna love this city. Why don't you come in and I introduce my friends to you? We are having a party.*

Me volvió a invitar para unirme a la fiesta. La chica no aceptaba un no por respuesta. Así que no tuve más remedio que integrarme en ella.

Aquello parecía una película de Woody Allen, en un piso de Manhattan lleno de intelectuales hablando de política y de relaciones personales. Sarah era periodista de *The New York Times*. ¡Guau, qué interesante! También estaba Sam, galerista de arte; James, poeta maldito; Jenny, diseñadora de moda; y Marga, catedrática de la universidad de Nueva York. Todos se mostraron muy agradables conmigo, me desapareció de pronto el cansancio y, al contarles que andaba dando la vuelta al mundo, se interesaron mucho por los lugares que había visitado.

Conversamos acerca de la guerra de Vietnam, de la revolución de los Jemeres Rojos y su genocidio, además de la condición de descendientes de exconvictos de los australianos. Pero, inevitablemente, la conversación derivó hacia Donald Trump, el actual presidente, contra el que despotricaban todos en sus opiniones. Les conté lo que me había sucedido en el aeropuerto y algunos de ellos se llevaron las manos a la cabeza.

Tomé demasiado vino y, al final, terminé enseñándoles a brindar con el clásico «Arriba, abajo, al centro y *pa'dentro*». Antes de despedirme, me hicieron prometerles que les prepararía una paella en la casa de uno de ellos, que tenía jardín, en Nueva Jersey. Aquello me hizo recordar la paella que Ana Obregón le hizo a Steven Spielberg en Los Ángeles y que, en realidad, resultó un completo desastre gastronómico. Antes de perder definitivamente mi dignidad por culpa de alcohol, resolví retirarme a mi apartamento. Al despedirme, Sarah me agarró de la mano.

—*Everything you need during this month, you already know where I live.*

Se ofreció para todo lo que necesitara.

—*Thank you. I really had a good time.*

—*I can show you the city if I'm not working.*

Pues sí, estaría muy guay conocer la ciudad con una nativa. Sin duda alguna me mostraría muchos rincones interesantes a los que los turistas normales no pueden acceder.

Caí rendida en la cama. Hasta el día siguiente.

Lupe, la asistente dominicana, no había aparecido para reparar el calentador, así que tuve que ducharme con agua helada. Casi me muero de hipotermia, pero me vino muy bien para cargar pilas. ¿No dicen que el agua fría es muy buena para la circulación? Pues debe ser cierto porque me desapareció por completo la minirresaca de la noche anterior. Como no tenía nada para desayunar, bajé a comprar a un *deli*, uno de esos bazares regentados por paquistaníes en los que se venden alimentos de comida rápida. Igual que sucede en muchas pequeñas tiendas de chinos en Madrid.

Tras coger unos molletes de pan y un poco de mermelada para desayunar, así como otros alimentos para cenar, de repente el corazón me dio un vuelco. ¿Qué era aquello? ¡Pero qué pedazo de bestia! La bestia era una enorme rata, casi del tamaño de un chihuahua, y había pasado justo por encima de mi pie derecho. ¡Qué asco! Asco y pánico, Dios del cielo. Del susto se me cayeron todos los productos que tenía en la mano y empecé a gritar a mi estilo, es decir, como una loca.

—*A rat! I saw a rat! A rat! I saw a rat!* —Me dirigí al chico que atendía la caja y le insistí—: *There is a rat!*

No era paquistaní, sino un latino, aparentemente mexicano. Y va el tipo y se echa a reír.

—No pasa nada. Son inofensivas. Es normal verlas por aquí.

¿Normal? ¿Cómo que era normal? ¡No me lo podía creer!

Pues sí, tuve que creérmelo. Vamos, que lo comprobé varias veces en los días sucesivos, en los que fui topándome con enormes ratas por la calle, en el metro y hasta en algún restaurante. ¿Cómo es posible que una ciudad superdesarrollada como Nueva York sea tan insalubre en ese sentido? ¡Increíble, pero verdad!

En los siguientes días hice gala de excelente turista y visité Chinatown, Little Italy, recorrí el High Line, que es un paseo ajardinado elevado por donde transcurría una antigua vía del tren. Un día almorcé en un mexicano, en el mercado de Chelsea, uno de esos templos gastronómicos modernos con

comida de todos los lugares del mundo que se están poniendo de moda también en Madrid. Cada día descubría algo nuevo en la ciudad y me sentía muy a gusto con la idea de vivir en la Gran Manzana, aunque hasta ese momento no había salido de Manhattan.

Una noche, mientras leía un libro de Paul Auster que encontré en el apartamento, por cierto, en inglés, que entendía a la perfección, lo cual me hacía sentir orgullosa, Sarah llamó a la puerta.

—*Hi. Did you visit the city these days?* —me preguntó, sin perder su bonita sonrisa.

Qué cumplida. Se interesaba por lo que había hecho en mis primeros días.

—*I've been hanging around. I went to Chelsea market. Great food!*

—*Great! Sorry, I've been working so hard, but tomorrow is my day off. Do you want me to walk the city with you?*

Se ofrecía a acompañarme en una de mis visitas a la ciudad. Qué bien, porque llevaba varios días sola, sin hablar apenas con gente, salvo con mis padres y mi hermano por WhatsApp. Bueno, la verdad es que tampoco me vinieron mal los paseos en solitario. Necesitaba pensar en mí y en la actividad laboral que desarrollaría una vez volviera a España. De momento, seguía manteniendo mi plan A: apostar por la fotografía durante un año más. Si no tenía éxito, el plan B tal vez fuera pensar en unas puñeteras oposiciones a lo que fuera.

—*I was planning to visit the World Trade Center and go up to One World Observatory.*

El Nacional Memorial 11 de Septiembre es un complejo urbanístico levantado en el hueco que dejaron las Torres Gemelas derribadas en el terrible atentado terrorista del año 2001. Este monumental espacio arquitectónico fue un homenaje de los neoyorquinos al recuerdo de las tres mil víctimas mortales y seis mil heridos producto de aquella masacre. Un lugar que me interesaba mucho visitar ya que, aunque yo era una adolescente, me sentí muy impactada por aquellos espantosos aviones que cambiaron la historia del mundo.

—*Ok. I haven't been up there yet! Now, I need to rest. I'm exhausted. See you tomorrow at eight am?*

Le dije que sí y nos citamos a las ocho de la mañana. Me alegré un montón por aquella invitación y, sobre todo, porque supondría el nacimiento de una buena amistad.

Al día siguiente, tras desayunar en una cafetería cercana, cogimos el metro en dirección al Distrito Financiero y, más concretamente, al complejo monumental del 9/11 Memorial Plaza, abierto al público el 16 de septiembre de 2011, diseñado por el arquitecto Michael Arad y el paisajista Peter Walker.

En principio nos topamos con una gran zona arbolada, un espacio natural inusitado en Nueva York donde predominan los gigantescos edificios. Dicho parque desemboca en dos enormes y profundos huecos que coinciden con los que dejaron las Torres Gemelas.

En realidad, estos huecos constituyen en sí mismos el símbolo de una gran ausencia: las víctimas del atentado, según me explicó Sarah, y las cascadas, cuyas aguas se perdían bajo tierra, representan que la vida continúa fluyendo a pesar de la tragedia. Unas monumentales placas de bronce recuerdan los nombres de todos los ciudadanos asesinados aquel fatídico día de septiembre.

Sarah se comportó como una excelente guía turística explicándome cada uno de los detalles del lugar, con los que disfruté como una enana por la curiosidad que me producía todo aquello.

Era una mañana muy soleada que invitaba al optimismo, pero todas las personas que paseaban por aquel lugar guardaban un respetuoso silencio. Como si hablar estuviera tácitamente prohibido o constituyera una falta de respeto hacia las víctimas. De manera consciente o inconsciente, allí todo el mundo respiraba muerte, injusticia, terror...

Irremediablemente, me acordé del atentado de Sídney.

Tomé numerosas fotos. En algún momento se me puso la piel de gallina debido a la sobrecogedora tragedia ocurrida en aquel lugar. Pero si producía efecto en mí, ¿qué estaría sintiendo Sarah, que había vivido toda su vida en Nueva York? No pude evitar preguntarle cómo recordaba el terrible atentado.

Ella tenía diecisiete años y se había levantado a las ocho, como cada día, para ir al campus universitario. Y mientras desayunaba con sus padres, de pronto se pusieron muy nerviosos al ver por televisión lo que estaba sucediendo en las Torres Gemelas. Su padre, hipnotizado por la pantalla del televisor, comentó en voz baja que aquello podría ser el inicio la tercera guerra mundial. Y su madre, casi llorando, empezó a hacer llamadas por teléfono. Su tío Henry, su hermano, trabajaba en una de las Torres Gemelas.

«Y se equivocó muy poco», pensé, en relación a las palabras de su padre.

Fuera, en la calle, no paraban de sonar sirenas de ambulancias y de coches

de policía. La madre de Sarah le ordenó no salir de casa ese día hasta que todo se normalizara, si es que llegaba a normalizarse, y en consecuencia nada de asistir a clase.

Le pregunté a mi amiga qué ocurrió con su tío.

Fue una de las víctimas... Recordaba perfectamente, como si lo estuviera viendo en ese instante, cuando su madre fue informada por su primo Jack de que su padre había fallecido a sólo unos metros de la salvación. Había logrado alcanzar la calle justo cuando se desplomó la torre.

«¡Qué horror!», me dije.

Durante los días siguientes, incluso meses, Sarah estuvo muy atenta a todos los noticiarios televisivos. Le apasionó el tema hasta casi obsesionarse con él. Y fue entonces cuando decidió ser periodista.

Lo consiguió gracias a su fuerza de voluntad y a una gran fe en sí misma. Antes de cumplir la treintena ya escribía sobre relaciones internacionales en uno de los periódicos más importantes del mundo, *The New York Times*.

Soportamos una larga cola, ya que no habíamos reservado las entradas por internet, para poder subir al observatorio de la cercana Torre de la Libertad, quinientos cuarenta y un metros de altura. Cuando por fin pudimos entrar y llegamos arriba, quedé maravillada con las vistas. Un mirador de trescientos sesenta grados desde el que se contemplaba todo Nueva York, incluida Nueva Jersey. Emocionada, no dejaba de disparar fotos en todos los planos y direcciones, utilizando continuamente el *zoom* en busca de concretar los objetivos más alejados. En cuanto pude, subí una de ellas a Instagram con el texto: «Hoy me he venido al cielo de Nueva York, el One World Observatory y la Torre de la Libertad. Mañana me toca el Empire State. ¡Qué ciudad!».

No pude menos que acordarme de mi hermano, el mayor fan de la Gran Manzana sin haberla visitado. Así que tuve una videoconferencia con él para mostrarle las vistas y que se sintiera como si estuviera conmigo.

—¡Tío, mira qué flipante!

—¡Eres una hijaputa! —Se moría de envidia—. No paro de entrar en tu web y en tu Instagram para ver todas las fotos que haces. Te juro que, en cuanto pueda, me marco yo un viaje como el tuyo.

—Pues claro que sí, pero mientras tanto disfruta de estas extraordinarias vistas.

Aunque pueda parecer pesada, echaba mucho de menos a mi hermano. Y a mis padres. ¡Cómo pasaba el tiempo, casi seis meses desde que me separé de

ellos! Tras bromear unos minutos con él, le presenté a Sarah, con la que tuvo unas palabras en inglés.

Nada más colgar con Fran, descubrí que tenía numerosos «me gusta» en la foto de Instagram. Entre ellos, Eric y, quién me lo iba a decir, el mismísimo Hugo. De inmediato, me entraron ganas de llamarle para compartir con él aquel momento, no sin un cierto miedo a que él no aceptara la videoconferencia. Me decidí y me respondió rápidamente. Lo primero que le enseñé con la cámara fue la Estatua de la Libertad.

—Hola, Hugo. Un beso desde Nueva York.

Cuando lo vi en imagen me pareció que había engordado un poco. Quizá el hecho de haber regresado a la comida de su madre tuviera un poco de culpa.

—¡Vaya viajecito te estás haciendo, española! No hace falta preguntarte cómo estás.

—Esta ciudad te encantaría, Hugo. ¡Aquí hay restaurantes de todas las partes del mundo! Siempre que paso por uno latino me acuerdo de ti. Por cierto, ¿cómo está tu padre?

—Bien. —Sonrió—. Gracias por preguntar. Estamos más tranquilos.

—Te voy a presentar a mi nueva mejor amiga de Nueva York. Se llama Sarah.

Metí a mi amiga en plano y esta me dio un beso en la mejilla. Lo estábamos pasando muy bien juntas. Habíamos conectado. Ella, aparte de guapa, lo cual me daba mucha envidia, era divertida, ingeniosa y teníamos intereses comunes, como el periodismo y la fotografía.

Por un momento, temí que Sarah le gustara a Hugo más que yo.

—¿Qué tal por Brasil? ¿Echas de menos Tailandia?

—Bastante. Me compensa porque aquí me he reencontrado con la familia y he vuelto a ver a mis amigos.

—Hugo, ¿nos vamos?

Era una voz femenina, con timbre joven, que se encontraba fuera de plano. ¿Quién sería? ¿Se habría liado Hugo con alguna chica? Podía hacerlo porque no existía ningún compromiso entre nosotros. Igual que yo también tenía derecho a conocer a otra persona y enrollarme con ella. Pero, debo reconocerlo, me jodía la hipótesis de que hubiera entrado otra mujer en su vida.

—Elsa, me tengo que marchar. Gracias por enseñarme Nueva York. Me ha encantado.

Cortó la videoconferencia de manera un tanto abrupta. ¿Por qué tanta prisa en terminar en cuanto oyó que le llamaba la tipa que fuera? Mejor no comerme la cabeza. Estaba en Nueva York y tenía que disfrutarlo. Hugo era agua pasada. Igual que Eric. Había que mirar al futuro. O, mejor, al presente.

—¿Dónde vamos ahora? —le pregunté a Sarah en español.

Me miró con cara de estupefacción. ¡Cómo coño me iba a entender si ella no sabía ni una palabra de español!

—*What?*

—*Where are we going now?*

—*Oh, honey, I have to go now. I've got an appointment. I have to end a relationship.*

Me quedé obnubilada cuando me dijo que tenía una cita para terminar con una relación. ¿Iba a cortar con su novio y estaba tan optimista allí conmigo? Yo no entendía nada ni quise preguntar más.

Pasamos mucho más tiempo disfrutando de las vistas, sobre todo porque nos había costado casi cuarenta dólares subir a la famosa torre. Nos despedimos en la puerta del Museo del 11 de Septiembre. Sarah se fue al metro. Yo deseaba entrar para revivir lo que fue el atentado, pero, en el último momento, no me animé a hacerlo. Pensé que me iba a remover demasiado lo de Sídney.

Me dediqué a recorrer el Distrito Financiero, poniendo especial interés en la famosa escultura del toro y en Wall Street. La figura taurina es uno de los símbolos del capitalismo y, por cierto, ha aparecido en películas como *El lobo de Wall Street*, dirigida por Martin Scorsese. El entorno se encontraba lleno de asiáticos haciéndose fotos mientras tocaban los genitales del toro porque, supuestamente, aquel acto era augurio de buena suerte financiera.

De regreso a casa, cogí el metro. El suburbano de Nueva York, como el de Madrid, pero multiplicado por mil, es un crisol de razas y nacionalidades. Resulta alucinante la cantidad de gente tan diferente que te puedes encontrar allí. Desde ejecutivos que regresan de su trabajo en Wall Street a negros *hip-hoperos* que se dirigen hacia el norte de Manhattan, pasando por asiáticos, descendientes de italianos e irlandeses, o bien musulmanes procedentes de Oriente Medio. Pero, sobre todo, latinos que han llegado desde México y Centroamérica.

En resumen, una babélica fauna que confería a Nueva York el honor de ser la capital del mundo.

Ensimismada en la contemplación de la mezcla de semblantes que tenía enfrente, me di cuenta de que llegábamos a mi estación, en la calle 28, pero el metro no se detuvo. ¿Qué ocurría? ¿Por qué había pasado de largo? Un nudo me agarrotó el estómago y me puse muy nerviosa.

—¡Pero por qué no se para! ¿Qué ocurre? ¡Ehhhh! ¡Joder!

—¿Qué le ocurre, señorita? —me preguntó un tipo de unos cincuenta años con acento mexicano.

—¡Que esa era mi parada y el tren no se ha detenido!

—Es que cogió el exprés que va al norte y se detiene sólo en unos cuantos sitios.

Una pardilla como yo siempre paga alguna novatada. Le di las gracias y esperé a que llegara la siguiente estación para bajarme y tomar un tren en sentido contrario. Pero tuve la mala suerte de que había tanta gente en el metro que se me cerraron las puertas antes de poder salir en las siguientes dos paradas. ¿Joder, pero por qué soy tan despistada, por qué tenía que pasarme de todo a mí? Respiré profundamente para tranquilizarme, sobre todo cuando me di cuenta de que la siguiente estación era ya en el barrio de Harlem. Me habían recomendado que no me acercara a esa zona por la noche y ya eran más de las diez. Allí por fin pude bajarme y cambiar de andén. Tenía que asegurarme de no coger un tren exprés a la hora de volver y me fijé en que quedaban diez minutos para que llegara el que me correspondía.

Mientras esperaba, decidí evaluar mi situación. Miré a mi alrededor. El andén estaba desierto, salvo dos jóvenes negros con pinta de aparecer en *The Wire*, que estaban escuchando la música hip-hop procedente de sus móviles. Inevitablemente, comencé a temer por mi seguridad. ¿Por qué tenía que ser tan mal pensada? Me senté en un banco, deseando que el tiempo transcurriera lo más rápido posible.

De repente, observé cómo uno de los chicos se acercaba hacia mí y mis piernas comenzaron a temblar de manera incontrolable. Cerré los ojos como si con aquel gesto, cuando los abriera, consiguiese volatilizar al muchacho. Pero no funcionó y, cuando los abrí, el tipo en cuestión estaba mucho más cerca, hasta que se plantó ante mí.

—*Hey, baby, do you have a lighter?*

Hablaba con un acento tan raro que no entendí ni palabra. Me sonó, no sé por qué, a que me pedía fuego. ¿Era eso? Por si acaso, le respondí:

—*Sorry, I don't smoke.*

Qué miedo tenía. Había visto a tipos así traficar con drogas en la serie de David Simon, y cargarse a cualquiera por menos de nada. Yo no soy racista, pero en aquel momento mi cariño hacia los negros se había esfumado por completo.

—*Where are you from?* —se interesó al notar mi acento extranjero.

—*From Spain.*

—*Oh, from Spain. I like Real Madrid very much.*

¡Otro pirado que al mencionarle España se acordaba del Real Madrid! ¿Pero por qué todo el mundo, especialmente los hombres, estaban tan obsesionados con el fútbol? ¿Pero este no era un país donde sólo pensaban en béisbol, en baloncesto o en fútbol americano? Me empecé a poner de mala leche. Nunca me había gustado el fútbol, al que allí llaman *soccer*, pero es que, joder, en todo el mundo sólo nos conocen por el Madrid y por el Barça. ¡Ya está bien!

—*I hate soccer* —le dije.

—*Oh, and do you like hip-hop?*

Que si me gustaba el rap. Bueno, había escuchado a Eminem y algo de 50 Cents en mis tiempos mozos, pero ni mucho menos era un experta ni tampoco demasiado fan. Sin embargo...

—*Yes* —le contesté armándome de seguridad.

—*Well, my friend and I, we are going to a club near here. A hip-hop club. Wanna come?*

—*Yes.*

¡Con dos ovarios, Elsa! ¿Que por qué dije que sí a irme sola de noche y con dos negrazos desconocidos con pinta de traficantes de droga a un club de hip-hop en Harlem? No tengo ni idea. Así soy yo porque así me parió mi madre, qué le vamos a hacer. O sí lo sé. Pensé que podría hacer fotos muy chulas del ambiente del famoso barrio. Y, después de todo, no me habían tratado mal. Yo ya no era la chica miedosa que no se atrevía a montar en avión, pero tampoco la mujer prudente con un plan de vida por delante. En aquel momento era una aventurera de treinta años ávida de experiencias.

¡Ay, si la autora de mi vida me hubiera visto entre aquellos dos armarios andantes! ¡Le habrían dado los tres soponcios!

«Mi» chico me dijo que le llamara T y a su colega, J. Se ve que por aquella zona todo el mundo se conocía por las iniciales. Deduje que, entonces, yo era E. Pues nada, T, J y E salimos del metro y aterrizamos dos manzanas más allá

en un antro donde no cabían más de cincuenta personas y, por supuesto, yo era la única blanca.

—*Don't worry. You'll be safe with us.*

La verdad es que sí, que me sentía a salvo con ellos. En aquel local fui testigo por primera vez de lo que se conoce como *pelea de gallos* en el argot rapero. Cuando dos chicos compiten por ver quién es el que hace las mejores rimas de manera improvisada. El segundo duelo se produjo entre T y otro muchacho. Yo no entendía muy bien lo que decían, pero molaba mucho, sobre todo cuando me di cuenta de que T me había mencionado en una de sus rimas como «la dulce española que odia el fútbol». Eso sí lo comprendí.

Me hice fotos con algunos de los parroquianos del local para recordar la noche que estuve entre narcotraficantes y raperos. De hecho, me di cuenta de que J intercambiaba dinero a cambio de una bolsita en un rincón del local. Todo apuntaba a que, en efecto, era algún tipo de trapicheo. Pero en un lugar así, lo había visto en las series, si quieres que no te pase nada, debes ser amigo de los mafiosos. Y yo, al menos aquella noche, lo era. De hecho, me sinceré con T. Le hablé de Hugo, le conté la historia y le pregunté qué haría en mi situación. ¡Olé, Elsa! A un desconocido, con cara de mafioso y chunguero, posiblemente narco, le cuento mi vida sentimental y encima le pido consejo. ¡Es que soy la leche!

—*Just let you go...*

Que me dejara llevar. Vamos, que viviera el momento. Hombre, pues su respuesta parecía bastante sensata. No sé si T quería algo conmigo, pero, la verdad, no intentó nada. Fue de lo más correcto. Y, además, cuando le comenté que estaba agotada por haber estado todo el día pateando Manhattan, se ofreció a llevarme a mi casa. Y así lo hizo, pero, para mi sorpresa, el tipo tenía chófer. Llamó a alguien por teléfono e, inmediatamente, nos recogió un conductor en la puerta del local y nos llevó hasta la calle 28. Aun así, quizá todavía siendo prejuiciosa, le comenté que mi casa estaba a dos manzanas de donde realmente estaba. Sólo por si acaso. Antes de despedirnos y darle las gracias por todo, le pregunté qué hacía en el metro si tenía chófer. Me contestó que el andén del metro era un excelente lugar para hacer negocios. No quise preguntar más. Y me fui a dormir. Había sido un día muy largo.

Al día siguiente, seguía agotada. Decidí que sólo iría a visitar el Empire State y sus alrededores. A pesar de que ya no era, como antaño, el edificio más alto de Nueva York, encerraba un halo romántico por haber sido

escenario de numerosas películas, como *King Kong* o *Algo para recordar*, una de mis preferidas, prueba de ello es que la he visto tres o cuatro veces. Tom Hanks y Meg Ryan se enamoran a través de un programa de radio, entonces internet era sólo una quimera, y se encuentran por primera vez cara a cara en la terraza del Empire State. Una preciosidad para derretirse los románticos.

Las vistas desde la planta ochenta y seis eran magníficas. Aquella torre de estilo *art decó*, construida en 1931, seguía conservando todo su atractivo. Extasiada, observando Times Square desde las alturas, noté que alguien me tocaba la espalda. Me giré y quedé estupefacta. No me salían las palabras.

—¿Qué haces... tú aquí? —pregunté a Eric, que me miraba sonriente, disfrutando la sorpresa que acababa de darme.

—Ya ves, de vacaciones una semana en Nueva York.

—¿Solo?

—Pues sí... Qué casualidad que nos hayamos encontrado, ¿no?

—La verdad es que sí. Cada día creo más en el dicho ese de que el mundo es un pañuelo.

Me pareció una casualidad sospechosa, pero, por otro lado, ¿y si no lo fuera? ¿Y si el destino nos quería volver a unir? ¿Y si aquel encuentro en un lugar tan emblemático como el Empire State quería decir algo...?

No. No me podía creer que estuviera frente a Eric de nuevo.

—¿Quieres que almorcemos juntos? —me propuso.

Qué menos, ¿no? Si nos habíamos encontrado en Nueva York, aquello por lo menos merecía una comida como buenos amigos y ex que se encuentran después de meses y se quieren llevar bien. Ya no le odiaba por lo que me hizo, estaba por encima de su infidelidad y me había convertido en otra persona gracias a mis recientes experiencias. No lo había olvidado, por supuesto. Tampoco sé si le había perdonado. Pero era algo que ya sólo me afectaba de manera incidental.

Eric propuso pronto el sitio para comer. El Katz's Delicatessen, el restaurante donde se rodó el orgasmo más famoso del mundo, el fingido por Meg Ryan en la película *Cuando Harry encontró a Sally*. Estaba en Lower East Side. No me pareció mal plan. Nos sentamos en una mesa situada en el centro y pedimos lo que todo el mundo pide allí, unos sándwiches de ternera curada. Conversamos mucho, pero, por supuesto, no mencionamos para nada los cuernos que me puso. Ni siquiera apenas de cuando estábamos juntos.

Hablamos, sobre todo, de mi viaje. Y de la vida. Era como si nos estuviéramos volviendo a conocer. En un lugar nuevo. En un mundo nuevo. Como dos personas diferentes.

—¿Y qué tal con la chica esa que me dijiste? ¿Sigues con ella? —le pregunté en cuanto encontré el momento.

No lo pude evitar, pura curiosidad femenina. Y no porque me sintiera celosa ya que, lo he dicho antes, yo me encontraba ya en otro estadio.

—No funcionó. La diferencia de edad, al final, se nota. Aunque sean cinco años.

—Vaya. Lo siento.

¿Por qué me daba la sensación de que estaba mintiendo?

—No pasa nada. Mejor estar solo ahora. Así puedo viajar como tú. ¿Qué te está pareciendo Nueva York?

—Pues... —Me quedé pensando unos segundos—. Todavía no la conozco mucho, pero es una ciudad brutal. Cada día te ofrece cosas nuevas. Eso sí, muy cara, no me podría permitir estar aquí muchos meses. Pero no me importaría encontrar un trabajo y vivir aquí un año. Quizá mucho tiempo pueda llegar a agobiar, pero un año estaría bien.

—Ah, ¿sí? Pues te propongo un juego: vamos a visitar la ciudad juntos y, al final, cada uno tiene que decidir dónde le gustaría vivir si se fuera a quedar en Nueva York. ¿Vale?

—Qué chorrada.

En el fondo, su propuesta podía ser divertida. Lo que ocurre es que yo no era tan soñadora como Eric, que siempre tenía muchos pájaros en la cabeza, muchos negocios que podían ser un éxito en mente, pero que nunca se atrevía a poner en marcha. Yo era más consciente de mi realidad, aunque lo de vivir de la fotografía, en el fondo y, también, en la superficie, no dejaba de ser un sueño. Y, desgraciadamente, a pesar de las fotos de Angkor que había publicado *El País*, seguía siendo una utopía.

Nos tomamos unas cuantas copas de vino. Dios mío, no quería ni pensar por cuánto iba a salir la celebración del reencuentro. Así que, a la llegada de los postres, yo ya tenía mi puntito de alcohol. Por eso, cuando comenzamos a hablar de *Cuando Harry encontró a Sally* y de la secuencia que se había rodado en aquel lugar, y Eric me propuso, medio en broma, medio en serio, que si me atrevía a fingir un orgasmo a lo Meg Ryan, no tuve ningún freno mental. Siempre me han ido los retos con una copa de más.

—¿Qué crees, que no me atrevo?

—¡No tienes huevos! —Él me conocía perfectamente en aquellas circunstancias.

—¡Si lo hago, pagas tú la comida! —Se me encendió una luz en el cerebro.

—Pues... —titubeó un poco—. ¡Hecho!

Miré en derredor y pude constatar que el local estaba casi lleno, y cada mesa a lo suyo. Cerré los ojos y empecé. Primero, a emitir jadeos suaves y escasamente audibles. Después, *in crescendo*, los jadeos se fueron transformando en pequeños gritos. Y, finalmente, los grititos se metamorfosearon en rugidos de leona apareada con el rey de reyes de todas las selvas. Cuando terminé, se había coagulado un silencio sepulcral en todo el Katz's Delicatessen. De pronto, todos los comensales empezaron a aplaudir poniéndose de pie. Yo me levanté también y efectué una reverencia de agradecimiento ante tan cálida acogida.

Cuando me senté, tomé conciencia de que Eric había desaparecido. Se me vinieron encima los siete puñales porque tendría yo que pagar la comida. Fueron sólo unos instantes de angustia, ya que, poco después, rojo como un tomate de rama, mi ex emergió de debajo de la mesa muerto de vergüenza.

El orgasmo me había quedado bordado. ¡Ni yo me lo creía! ¡Lo que tiene que hacer una para no pagar una comida desorbitada en Nueva York!

Después del bochornoso espectáculo, nos dimos una vuelta por Lower East Side, el barrio donde se instalaban los judíos del este de Europa al llegar a la ciudad. Hoy es una zona multicultural donde conviven judíos con portorriqueños y todo tipo de latinos, así como numerosos artistas plásticos y musicales, la mayoría de ellos militantes antisistema.

La verdad es que lo estaba pasando bien con Eric, mucho mejor que en nuestros dos últimos años de relación, antes de que él me hubiera sido infiel a punto de casarnos. Empezaba a experimentar una sensación muy extraña... Era como si no hubiera pasado lo que pasó, como si fuésemos dos personas nuevas que se acaban de conocer y ha nacido entre ellas una buena química e, incluso, una buena física. Me volvió a parecer tan guapo como cuando lo conocí en la época de la universidad, pero con la madurez de un ya treintañero. Estaba confusa.

¡Ay, Elsa, ay, Elsa...!

¿Qué pasa, tía...? ¿Que ya te habías olvidado de los majestuosos e imperiales cuernos que te puso el tipo este y, para más inri, en tu propia

cama? ¿Y también te habías olvidado del brasileño que era, o iba a ser, el hombre de tu vida?

Al caer la tarde, le dije a Eric que estaba cansada y me apetecía ir a mi casa a trabajar en las fotos. Me preguntó si me acompañaba. Parecía claro que había sentido lo mismo que yo: una chispa nueva. En cualquier caso, el reencuentro no podía significar nada importante, momentos de debilidad aparte. Yo ya me había propuesto que iba a mirar hacia delante y nunca hacia atrás. Y Eric, a pesar de algún sentimiento encontrado, era pasado. Le comenté que mejor me iba sola.

—Pero nos vemos estos días, ¿no? Yo voy a estar una semana más por aquí.

—Bueno, ya vamos viendo. —Era una evasiva como otra cualquiera.

Él se fue a su hotel y yo a mi apartamento. En el ascensor me encontré con Sarah, que llegaba del trabajo, y nos decantamos por pedir comida india para cenar en mi casa.

Durante la larga velada, le conté todo lo que me había pasado, lo de los raperos de la noche anterior y lo de Eric. Flipó, sobre todo con lo de Eric. Qué casualidad.

—*Are you sure he didn't go to the Empire State because he knew you were there?*

Tenía razón. A lo mejor Eric sabía que iba a estar en el Empire State, así que revisé junto con Sarah lo que yo había colgado en mis redes sociales. Y, en efecto, el día del One World Observatory había escrito que al día siguiente iría al Empire State y Eric le dio a «me gusta». Además, desde una semana antes de llegar a Nueva York lo estaba anunciando en Facebook. O sea, que Eric con toda probabilidad decidió venir a Nueva York porque sabía que yo iba a estar y, al leer que visitaría el edificio de King Kong, se hizo el encontradizo allí. Así que estaba claro que quería reconquistarme. ¿Por qué no me lo había dicho? Lo cierto es que descubrir esto tampoco me molestó. Más aún, me sentí halagada. Había supuesto para él un gran esfuerzo financiero. Se había tirado a la piscina, económica y sentimentalmente hablando.

—*You have to look forward* —me aconsejó Sarah.

Lo que yo ya sabía: tenía que mirar al futuro. No al pasado.

—*Do you have a picture of him?* —Hasta Sarah tenía curiosidad.

Sí, claro que tenía fotos de él, de aquel mismo día. Se las enseñé en la

cámara.

—*Oh, he is cute. It's clear he's still in love with you.*

Yo también me había dado cuenta de que él sentía algo por mí. Pero ¿y yo? ¿Era amor esa extraña sensación que había tenido durante el reencuentro o se trataba sólo de un espejismo del pasado? ¿Quizá todo tenía que ver con ese escenario mágico que era Manhattan? ¡Elsa, se acabaron las dudas! Iba a ser amiga de él nada más. Como dos ex que se llevan bien. Pero no más. ¡Punto!

Sarah fue pasando fotos en mi cámara, hasta llegar a las que había hecho en el local de hip-hop con, entre otros, T y J. Al verlos, se quedó alucinada.

—*What are you doing with Tyga?*

—*What? Tyga? Oh, you mean T? Do you know him?*

¿De qué lo conocía? A lo mejor había tenido alguna historia con él. No sabía yo que a Sarah le iban los raperos.

—*No. I don't know him personally. But he is Tyga, one of the most famous rap singers right now.*

¿En serio se llamaba Tyga y era un cantante de rap famoso?

—*Do you have more pictures of him?*

Le dije que sí, que tenía más fotos y un vídeo en el que improvisaba unas rimas donde hablaba de mí.

Al ver la grabación en mi móvil, me miró muy seria.

—*The pictures are really good. And this video... You could sell it to the celebrities section of The New York Times.*

¿Cómo? ¿Venderle yo unas fotos a *The New York Times*? ¿Estaba hablando en serio? Pero yo no podía hacerle eso a T o Tyga o como se llamase, porque se había portado muy bien conmigo. Sería como traicionarle. Le comenté a Sarah que poseía muchas más fotos e, igual, al *The New York Times* le interesaban otras. Estuvimos echando un vistazo a mi colección y mi vecina neoyorquina iba asintiendo con la cabeza al ver algunas de ellas, lo cual me hizo sentirme muy bien.

—*You have potential* —concluyó.

¿Que tenía talento? Durante mi viaje, era la segunda persona que se refería a mis fotografías en aquellos términos. La segunda en mi vida que hablaba de mi talento, aparte de mis padres, claro. ¿Sería verdad?

—*Let's do something. You are gonna come with me tomorrow to the newsroom. But I tell you something, the first thing they are going to want is this video...*

¿Yo? ¿Ir yo a *The New York Times*? Aquello era un sueño. Comenzaba a tener dudas sobre mi idea de no venderles aquel vídeo si era realmente lo que querían. Sarah estaba convencida de que se podía convertir en viral y dar muchas visitas a la web del periódico más importante del mundo.

Al día siguiente, la hija de mi madre, que soy yo, entraba a las nueve y cinco en el imponente *hall* de *The New York Times*. Tres minutos después subía a un espacio abierto, distribuido en varias alturas, en el que todas las redacciones de las diferentes secciones y suplementos se encuentran comunicadas entre sí.

Sarah me presentó a Amanda Olsen, la jefa de la sección de celebridades. Le mostré las fotos de Tyga tomadas en el local de hip-hop y después el vídeo. Por este último me ofrecieron quinientos dólares. Me pareció mucho dinero, pero me resistí un poco. Cuando llegó a mil trescientos ya no me pude negar. Con aquello pagaba una semana de mi apartamento en Nueva York. ¡Pero, Dios, había vendido a Tyga! Aunque luego pensé que para él sería una gran promoción y le vendría de puta madre. El que no se consuela es porque no quiere.

Luego, Sarah me presentó al encargado de la sección de viajes, Tim Barkley. Le mostré mis fotos. Me comentó que algunas de ellas estaban muy bien y tendrían en cuenta mi archivo por si necesitaban imágenes para ilustrar algún reportaje concreto del sudeste asiático. Me sentí flotando en una nube. Era mucho más de lo que yo había soñado. Aproveché también para informarle de mis futuros destinos, Argentina y Brasil, por si querían encargarme alguna cosa.

Salí pletórica del mítico diario. Lo de las fotos empezaba a funcionar después del aperitivo de Angkor. Le di las gracias a Sarah. Le debía una cena. Era una tía estupenda. ¿Y si, mira por dónde, me salía trabajo en la Gran Manzana y nada menos que en *The New York Times*?

Volví a quedar con Eric en tres ocasiones más. En la primera se repitió la misma sensación del primer reencuentro, pero supe contenerme. Y él también. Supongo que no quería dar un paso en falso. Y yo menos. Era importante no cometer ninguno de los errores del pasado. Visitamos zonas que nos quedaban por ver, como el Soho o Tribeca. Paseamos por Central Park, sintiéndonos unos neoyorquinos más de picnic con un sol estupendo. Le hice la típica foto delante del edificio Dakota, donde vivió, entre otros, John Lennon. Concretamente en la esquina en la que fue asesinado. Incluso, con su

camiseta de los Beatles, posó sobre la estrella en el suelo de Strawberry Fields, el homenaje que la ciudad de Nueva York creó para el mito de Liverpool. Éramos como una pareja de luna de miel en la ciudad que nunca duerme, pero sin tener ningún contacto físico salvo el roce furtivo de alguna mano.

Tuve que ceder a dos de sus deseos, ya que le seguían obsesionando los deportes. Visitamos el Madison Square Garden para presenciar un partido de los New York Knicks. Por supuesto, pagó él porque el precio de la entrada era una burrada. Y nos acercamos también al Bronx, al estadio de los Yankees. Aunque, afortunadamente, no entramos. Podía pasar sin tres o más horas de soporífero béisbol.

Una tarde, paseábamos por Greenwich Village, aunque los neoyorquinos, lo sabemos las que fuimos fans de *Sexo en Nueva York*, a cualquier zona al oeste del East Village se refieren sencillamente como The Village. El barrio que alberga la intelectualidad en torno a la universidad de Nueva York, la zona residencial para todo el que se considere artista de vanguardia. Eso sí, artista rico, porque los precios de los alquileres están disparados. Y lo sé con conocimiento de causa porque, al ver el ambiente y el tipo de edificios que había allí, le comenté a Eric:

—¿Sabes qué? Si, soñando, y te lo repito, soñando, *The New York Times* me contratara como fotógrafa, elegiría este barrio para vivir. El Village.

—Ya. Eso lo dices porque Carrie Bradshaw vivía aquí.

—Puede que sí. —Sonreí halagada por el apunte cultural de mi ex—. O puede que también porque me gusta el ambiente, los cafés, el rollito, el Washington Square Park.

Se trataba de la plaza que constituía el centro neurálgico del barrio, llena de tupidos jardines, gente paseando sus mimadas mascotas, niños jugando en modernas zonas infantiles. Nadie se imaginaría que hubiera sido construida sobre una antigua fosa común o cementerio para pobres. Una plaza emblemática que había acogido importantes mítines de Obama en su carrera hacia la Casa Blanca y donde los gais desfilan por sus derechos la última semana de junio de cada año.

—Mira, ahí se alquila un apartamento —comentó Eric, señalando un cartel de la segunda planta de un bonito edificio—. ¿Quieres que llame para ver cuánto cuesta?

—Qué dices, ¿estás tonto? —Reí—. Te va a costar un dineral, que no

tienes un teléfono americano. —Yo siempre tan ahorrativa.

—Da igual —dijo mientras sacaba el móvil.

Y marcó. Al cabo de treinta segundos, alguien descolgó.

—*Hello. I am interested in an apartment in The Village. How much is the rent per month?*

Eric hablaba bien inglés porque, siendo adolescente, pasó varios veranos en Inglaterra. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Buscaba piso para los dos? ¿Para él y para mí?

—*Seven thousand per month?* —exclamó al auricular—. Sólo siete mil dólares al mes —me informó como si yo no hubiera entendido—. *Ok, I'll take it* —le contestó al dueño o dueña del piso.

¿Pero estaba loco? ¿Así, sin verlo? Enseguida caí en la cuenta. Le quité el móvil y pude comprobar que no había hecho ninguna llamada. Qué idiota yo y qué tonto él. Por un momento, sólo una milésima de segundo, me imaginé que ambos vivíamos en el Village, aunque yo jamás habría podido permitirme un alquiler tan alto.

Eric empezó a reírse. Y yo también, por mi inocencia. Hacía tanto tiempo, mucho antes de su infidelidad, que no nos reíamos así. A carcajada limpia. Le miré.

—Mañana es tu último día en Nueva York, ¿verdad? —Asintió—. He pensado que, a lo mejor, para celebrar la despedida, podríamos comprar comida japonesa en una tienda que hay cerca de mi piso, que no es en el Village, pero tampoco está mal, cerca de Times Square.

—Claro que sí. Me parece una gran idea.

Así que cogimos el metro, no un exprés, sino uno normal, de los que paran en todas estaciones. Nos bajamos en la calle 28 y, de camino a mi morada neoyorquina había un restaurante japonés, al que ya le había echado el ojo, pero nunca había entrado. Pedimos un menú para llevar con piezas de *maki*, *sushi* y *sashimi*. En un momento determinado, la japonesa que me estaba tomando nota se dirigió a mí:

—*Soup or salad?* —preguntó con un acento que a mí me pareció ininteligible.

—¿Sobrasada? —le respondí muy extrañada, puesto que era lo que me había parecido oír.

Al escuchar esto, Eric soltó una carcajada que me mosqueó bastante. Cuando por fin se recompuso, corrigió mi error.

—¿Tanto curso de inglés y tanto viaje para esto? Te ha preguntado que si sopa o ensalada.

—Tío, es que menudo acento en inglés tiene la japonesa.

Tras resolver el malentendido, cogimos la bolsa de comida y nos fuimos al piso. Cenamos mientras veíamos una película en Netflix. Una cinta muy mala ambientada en Nueva York, pero ahora que conocíamos la ciudad la vimos con otros ojos.

Eric se ofreció a fregar los platos que habíamos utilizado y, luego, se sentó en el sofá, a mi lado, para terminar de ver la peli. Intentó acariciar ligeramente mi mano y yo la giré para que me la cogiera del todo. Lo miré y le sonreí. ¿Pero qué estaba haciendo? No lo sabía ni yo. ¿Acaso iba a volver con Eric? ¿No iba a servir de nada todo el viaje que había emprendido para reconducir mi vida?

Finalmente, decidí poner las cartas sobre la mesa.

—Verás, Eric... Sé que sabías que estaba en el Empire State y por eso fuiste a mi encuentro. Lo viste en mi Instagram.

Al revelarle esto, a bocajarro, se quedó blanco.

—Es verdad —reconoció con un cierto tono mustio en el timbre de voz—. Te echaba mucho de menos. Por eso no funcionó mi historia con la chica que te comenté. Le hablaba continuamente de ti. Así que, cuando leí que ibas a venir aquí, resolví lanzar un órdago.

—Lo siento, Eric, pero no. No puede ser...

—¿No me digas que no hemos estado bien estos días?

Me quedé callada, otorgando, y entonces se acercó a mí para besarme. Al principio, me resistí un poco, pero luego me dejé llevar. Empezamos a besarnos, primero suavemente, pero luego con apasionada vehemencia, como no lo hacíamos desde nuestros primeros tiempos como pareja. Comenzó a introducir la mano por debajo de mi vestido, en una maniobra de reconquista que ni el mismísimo don Pelayo. Y yo me estaba dejando. Una situación que cortó una llamada por WhatsApp. Era de Hugo. La rechacé.

—¿Quién era? —preguntó inocentemente mi ex.

—Mi hermano. Ya le llamo mañana.

Eric intentó continuar con el manoseo. Yo no sabía qué quería Hugo, pero su llamada me hizo darme cuenta de todo. No podía regresar al pasado. No debía darle esperanzas a Eric. Si volviéramos, no podría confiar en él de nuevo después de lo que hizo. Y, por otra parte, ¿iba a seguir pensando en

Hugo mientras me acostaba con Eric? No. No podía ser. Resultaría un desastre. No había que tropezar dos veces en la misma piedra.

—No puedo. Lo siento, Eric. No puedo.

—¿Por...? Pero si estamos bien.

—No, no lo estamos. Hay cosas que una mujer no puede olvidar nunca.

Aquello sólo era como una pequeña conmemoración por la ciudad de Nueva York y el recuerdo de algo que ya no existía. Traté de explicarle que, si volviéramos, estaría todo el tiempo reprochándole la infidelidad con Mar. Eso es lo que ocurriría. Y la relación inevitablemente se viciaría hasta que acabáramos odiándonos. Y eso no era lo que queríamos. Teníamos que mantener la amistad.

Él no lo entendió, pero aceptó dormir en el sofá, en la planta de abajo, mientras yo me iba arriba, a mi cama. Lo de conciliar el sueño fue otro cantar, y si no hubiera sido por un lexatín que llevaba en el bolso, no lo habría logrado.

Al día siguiente lo acompañé al aeropuerto, previo paso por su hotel para recoger su maleta. Apenas hablamos en el taxi. Cuando llegó la hora de que pasara el control, me miró.

—Te comprendo perfectamente, pero no pierdo la esperanza.

Se acercó para darme un último beso en los labios. Yo ni pude ni quise evitarlo. La verdad es que me encontraba hecha un lío y, lo peor de todo, que quizá estaba haciéndole daño a él. No sé. Aquello no habría sucedido si él no se hubiera acostado con mi mejor amiga. O quizá sí, porque nuestra relación ya estaba muerta desde antes.

¿Por qué tenía que haber aparecido en Nueva York...?

De regreso a casa, telefoneé a Hugo.

—Hola, me llamaste ayer. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien... Te llamé porque me pasó algo muy bueno. Me han contratado como segundo chef de cocina en uno de los tres mejores restaurantes de Brasil. En São Paulo. Pensé que te gustaría saberlo.

—Claro que sí. ¡Enhorabuena! Me alegro un montón.

Y, sin duda alguna, estaba muy contenta por lo que significaba para él. Pero, en realidad, ¿qué quería decir aquella llamada? Porque no me dijo que me echaba de menos ni que nos íbamos a ver en Brasil. Sólo me dio la noticia de su nuevo puesto de trabajo. ¿Me quería...? No era deducible. ¿Le quería yo...? Lo único que sabía es que Eric era la opción del pasado y Hugo era un

pasado reciente, todavía con opción a futuro, pero al que se le estaba acabando el tiempo.

Mi situación sentimental no tenía ninguna salida fácil.

Los siguientes días los pasé visitando algunos lugares interesantes que todavía quedaban en mi lista de preferencias. Era una ciudad inmensa y había mucho por descubrir. Estuve en los museos Guggenheim y de Historia Natural. Invité una noche a cenar a Sarah en Minetta Tavern, un local que me recomendó un amigo que había estado hacía un año en Nueva York. Pedimos unas hamburguesas que estaban buenísimas, sí, pero cada una a treinta y un dólares la pieza. Al día siguiente me sentía tan pesada que decidí ir a correr una hora por Central Park.

Un par de noches cruzamos el puente de Brooklyn y nos fuimos de marcha por Williamsburg, el barrio *hipster* del momento. La verdad es que me sentía muy a gusto con Sarah, como si fuéramos amigas de toda la vida. Reímos lo que no está escrito. Poseíamos un sentido del humor muy parecido, pese a que habíamos crecido en continentes y culturas muy diferentes. Y debo agradecerle que me apoyara mucho con mis dudas sobre Eric y Hugo, ratificándome una y otra vez en que tenía que mirar hacia adelante. Ella hablaba, incluso, de dar por amortizado al brasileño.

Tuve dos buenas noticias en torno a mis fotos. Por un lado, *The New York Times* me compró algunas, muy pocas, para ilustrar un reportaje sobre los palpitantes rascacielos de Bangkok. Y, por otro, Daniel Giles contactó conmigo por email para preguntarme si cuando estuve en Phnom Penh, había captado imágenes de la S-11. Y, por supuesto, las tenía. Vendí a buen precio tanto unas como otras. Empezaba a pensar seriamente que me podía ganar la vida como fotógrafa. Por otro lado, el alquiler de mi piso en Chamberí iba viento en popa. Pese a que me había gastado más dinero del que había ingresado durante mi estancia en la capital del mundo, esta había merecido, y mucho, la pena.

Y llegó mi última noche en Nueva York. Sarah me invitó a una cena especial en su casa. Además, me vino muy bien porque el agua caliente, que habían venido a arreglar a los pocos días de llegar, volvió a estropearse. Así que le pregunté a Sarah si podía aprovechar la cena para ducharme en su casa.

El menú, muy elaborado, casi todo vegetariano, estuvo riquísimo. Muy diferente a cuanto yo había probado hasta entonces en restaurantes de este

tipo de comida en Madrid. Le di la enhorabuena.

—*I'm going to miss you* —me confesó.

Yo también la iba a echar de menos. Había sido una amiga excepcional. Me había hecho sentir como una neoyorquina más desde el primer día que salimos a pasear juntas. Nunca me dijo, eso sí, qué había pasado con el chico con el que había roto. Para lo suyo era muy reservada.

—*Me too. It's been great meeting you.*

—*We are the perfect team, isn't it?*

Es verdad, formábamos un gran equipo. Le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. Y, por supuesto, íbamos a seguir en contacto. A mí me gustaría volver a Nueva York y ella, por supuesto, estaba invitada a mi piso de Chamberí cuando quisiera. Y, bueno, luego estaba lo de *The New York Times*. Le dije, medio en broma, medio en serio, que si me contrataban en su periódico, igual podríamos vivir juntas.

Después de cenar, cogí la ropa y el neceser que había traído de mi piso y me metí en el baño. Me desnudé y comencé a ducharme, disfrutando con fruición de estar bajo un chorro de agua caliente, una de las mejores sensaciones placenteras para una friolera como yo. Sarah entró en el baño y, a través del cristal, vi como se desnudaba. ¿Qué estaba haciendo? La verdad es que tenía un cuerpo precioso. Perfecto. Vientre plano, pechos en su justa medida. Qué envidia. Yo era delgada, sí, pero mis pechos pequeños siempre me habían acomplejado un pelín. ¿Pero por qué se había desnudado?

—*Would you mind if I take a shower with you?* —me propuso.

¿Se quería duchar conmigo...? El cubículo de la ducha, la verdad, no era muy grande. Eso sí, como ninguna de las dos era muy ancha, cabíamos un poco apretadas. No supe qué contestar. ¿Qué estaba pasando?

—Ok —contesté sin pensar.

Imaginé que podía ser como cuando te duchas en un gimnasio con otras chicas. Que vale, están desnudas, pero ni te rozas ni nada. Lo que no me convencía del todo es cómo me miraba Sarah cuando se metió en el plato conmigo. Empecé a pensar, aunque no quería, que ella era lesbiana y quería conmigo algo más que una simple ducha.

—*You have a very beautiful body* —me confesó con mirada sensual.

Que le gustaba mi cuerpo. Y a mí el suyo... ¿Qué me estaba pasando? Me sentía bien con ella.

—*Have you ever been with a woman?* —me preguntó.

Claro que no. Nunca había estado con una mujer. Ni me lo había planteado por un momento en mi vida.

—*No. I'm not lesbian. Are you?*

—*I'm not. I just fall in love with a person. It doesn't matter if it's a man or a woman.*

Que se enamoraba de las personas. Vamos, que era bisexual. Yo estaba totalmente inmóvil. Es verdad que me sentía a gusto con ella, pero yo no era lesbiana, no me gustaban las mujeres. Aunque, ¿por qué no salía de allí a toda velocidad? Sarah me cogió suavemente de la barbilla y rozó sus labios con los míos. Y me sentí mal. Muy mal. Yo no quería aquello. Me aparté de ella, salí de la ducha y me vestí.

—*I'm sorry. I like you, but as a friend. I like men. Not women.*

Es verdad que estaba evolucionando mucho durante el viaje. Que ahora era más lanzada. Que me atrevía a hacer cosas como el *rafting* o a entablar conversación con cualquiera en la calle. Incluso había pasado una agradable noche en un antro del Harlem lleno de narcotraficantes. Pero de ahí a enrollarme con una tía, por muy guapa y muy guay que me pareciera, existía una gran línea roja. No tenía nada contra las que lo hacían, pero a mí no me iba.

¿¡Quedaba algo más por pasarme en mi todavía corta vida...!>? Como decía una compañera del banco, ya sólo me faltaba quedarme embarazada sin echar un polvo.

Sarah lo comprendió. Me repitió que le gustaba mucho. Que creía que se había enamorado de mí, pero que entendía que yo no buscara lo mismo. Me prometió que aquello no iba a manchar nuestra amistad. Y que seguiríamos en contacto.

Nos despedimos con un largo abrazo.

No, no tenía dudas de mi sexualidad. Aunque, por un momento, me sentía tan a gusto que llegué incluso a permitir que me besara. Pero no, no iba a añadir más desconcierto a mi cabeza.

Llegué al piso. Miré el móvil. Tenía un WhatsApp de mi padre.

PAPÁ: Hija, ya estamos en Buenos Aires. Te paso la ubicación del hotel en el que estamos alojados. Está en el barrio de San Telmo. Enséñasela al taxista. Y no, no cojas un Uber ni moderneces. Solidarízate con tu tío. Te recuerdo que es taxista.

Al día siguiente, yo tomaba un avión con rumbo a Argentina. Ya faltaba menos para llegar a Brasil y con una duda cruel clavada como una astilla en lo más profundo de mi ser: qué significaba yo para Hugo.

Y pude constatar en carne viva que eso de que el corazón no sufre cuando persigue un sueño era una soberana estupidez de lo que llaman «inteligencia emocional». ¡Que me lo digan a mí!

CAPÍTULO 11

LA GUERRA DE MIS PADRES CON ACENTO ARGENTINO

El abrazo que me dio mi madre al llegar al aeropuerto de Buenos Aires se alargó hasta casi cinco minutos y me apretó tanto que casi me deja sin respiración. El de mi padre duró menos de un minuto, pero es que él siempre había sido poco efusivo, y menos en público. Fran no había podido venir porque le había salido un trabajo nuevo, nada menos que en Microsoft. Me alegré de que al pequeño le fueran bien las cosas. Para mí siempre será el pequeño, aunque es ya un chicarrón de dimensiones descomunales.

—¡Ay, hija, deja que te vea! —Se separó mi madre, mientras me observaba de abajo arriba—. ¡Pero si estás delgadísima! ¿No estarás enferma?

—No te preocupes, mamá, que estoy fenomenal. Me encuentro en plena forma y con mucha ilusión para todo.

—Pues yo no te veo buena cara.

—Que la chica está muy bien, mujer, no la agobies. —Salió papá en mi defensa.

Ya en el hotel, les relaté mi periplo oceánico, asiático y norteamericano, todo cuanto no les había dicho ya por Skype, email, WhatsApp y todas las diferentes maneras de comunicarse que existen hoy en día. Pese a ello, siempre se hace duro no estar con las personas que quieres.

También les hablé de Hugo, de cómo me había enamorado de él, pero que parecía que él no sentía lo mismo por mí. Además, no podía ser menos, les conté mi encuentro con Eric.

—¿A que no sabéis con quién me he encontrado en Nueva York?

—¡Con Leonardo di Caprio! —apuntó mi madre toda ilusionada, era su actor favorito.

—¡Con Eric!

—¡Cómo! Eso es una gran noticia, hija. Me encantaría que volvierais. A

mí me gusta mucho ese chico.

—A mí, no, mamá. Es cierto que hubo alguna ocasión en que pensé en volver al pasado. Pero no. Sería tropezar dos veces en la misma piedra.

—Si ha sido capaz de ir a Nueva York a buscarte, es porque te quiere. Y seguro que está arrepentido.

—Ya, mamá, pero es que yo no estoy enamorada de él. Lo considero un buen amigo y punto. Ahora me encuentro en una fase de mi vida totalmente distinta.

—Estoy contigo, hija. Quien hace un cesto, hace ciento. Y si te fue infiel entonces, seguro que repetiría si volvieras con él. Ya encontrarás a alguien digno de ti —me apoyó mi padre.

Ellos estarían sólo quince días en Argentina, con llegada y salida en Buenos Aires. Así que decidimos pasar una semana en la capital y el resto nos moveríamos por el norte del país. Me habían dicho que esta zona era más auténtica y menos turística que la explotada Patagonia, que me apetecía mucho visitar, pero quizá en otro momento.

Nuestro hotel se encontraba en el barrio de San Telmo, bohemio, antiguo y tradicional, famoso por servir de centro de reunión a numerosos artistas y por el mercado de antigüedades de la plaza de Dorrego. Y está lleno de tanguerías, requisito indispensable para mi madre, que había fijado como una de sus metas en Argentina visitar el templo del arte de Gardel y bailar con un apuesto y engominado señor porteño.

Enseguida me di cuenta de qué objetivos albergaba cada uno de mis progenitores en este viaje. Por un lado, mi padre deseaba venir a Argentina por dos motivos: le encantaba la literatura de este país y, además, la pasión de los locales por el fútbol. Consiguió aunar ambos intereses adquiriendo varias novelas autóctonas en torno al balompié. Por su parte, a mi madre, aunque fue reticente en un principio a viajar, lo que más le llamaba la atención, como he apuntado antes, eran los hombres argentinos. Siempre le habían parecido muy *sexys* su acento y su galantería.

—Elsa, eso del fútbol es para tu padre, que no le ilusiona otra cosa que ver a unos tíos en calzoncillos corriendo detrás de un balón. Pero yo lo que quiero es bailar unos buenos tangos con un guaperas, un tipo alto, peinado hacia atrás reluciente de brillantina. Y, por supuesto, con los pantalones ajustados marcando paquete.

Según fantaseaba mi madre, papá iba enervándose porque, precisamente,

lo que odiaba de los argentinos era su fama de machos y conquistadores, y su poco compromiso con las mujeres. Así que tuve que mediar en varias discusiones conyugales sobre dicho asunto. Por otro lado, mi madre se empeñó en buscarme un novio argentino, cosa que a mi padre le horrorizaba.

Les propuse conocer la ciudad a través de las canciones de Andrés Calamaro, uno de mis cantantes favoritos. La gran pasión del artista porteño, aparte de enamorarse y atormentarse por el desamor, es Buenos Aires.

Comenzamos por la plaza donde se cansó de esperar y esperar a uno de sus grandes amores. «Esperándote con ansia en plaza Francia, / la fragancia de tu rosa en mi pellejo, / que no pude borrar en cuatro días, / malditas despedidas, me están haciendo viejo». ¿A quién no le envejecen las despedidas? Pues sí, la verdad es que desde que me despedí de Hugo, me sentía más mayor, como más envejecida. Lo añoraba tanto...

Plaza Francia es el nombre con el que se conoce popularmente a la plaza Intendente Alvear, un espacio bellamente ajardinado situado en el barrio de Recoleta, una zona residencial de familias acomodadas.

—Anda que Calamaro la iba a esperar en el barrio de la Boca —ironizaba mi padre con toda la razón del mundo.

Guiados por el cantante, recorrimos barrios como Palermo y sus espectaculares zonas verdes. Puerto Madero con sus elevados y sofisticados edificios. Así como las grandes avenidas bonaerenses con su inconfundible inspiración parisina. Por supuesto, comimos casi todos los días la extraordinaria carne de ternera autóctona. Me iban a salir los bifés de lomo por las orejas. Y, faltaría más, visitamos dos noches sendas tanguerías en las que se celebraban milongas, fiestas en las que los aficionados al tango, al son del bandoneón, se extasiaban bailando con conocidos o desconocidos, roces casi sexuales incluidos.

Al entrar la primera noche, inmediatamente mi padre buscó un lugar apartado en el que sentarse a soportar el «puto tango», como lo llamaba. Mi madre se olvidó de él y comenzó a otear el panorama, tanto para ver con quién podía bailar ella como para buscarme a mí un posible novio.

—Mira aquel de la izquierda, junto a la ventana. —Señaló a un morenazo con cuerpo de waterpolista—. ¿Te gusta ese?

—Ay, mamá, que no quiero que me busques novio. Y menos, un argentino. No quiero encantadores de serpientes en mi vida.

—Hija, qué arisca eres a veces. A todas las mujeres les gusta que les

regalen la oreja. Mira ese otro, el de la camisa celeste. Se parece a Antonio Banderas, pero cuando era joven.

—¡Mamá, por favor!

—Elsa, pues tú te lo pierdes. Bueno, yo me voy a buscar uno. Sólo para bailar, claro, no pienses mal. Que yo, a pesar de todo, quiero mucho a tu padre.

—Tú baila todo lo que quieras. Yo me voy con papá, para que no se aburra demasiado y nos obligue a irnos pronto.

Y me fui con mi progenitor que, aprovechando el *wifi* del local, estaba leyendo las noticias en el móvil.

—Papá, ¿no te da celos mamá?

—En absoluto. Compadezco al pobre que se le ocurra bailar con ella porque le va a clavar los tacones en el empeine del pie, seguro. A mí me ha dado cada pisotón...

Sin duda alguna, mis padres estaban ya de vuelta de todo. Ninguno era celoso. No sé si porque les daba igual ocho que ochenta o porque tenían tanta confianza el uno en el otro que mosquearse absurdamente les parecía una pérdida de tiempo.

De repente, vi a mi madre bailando con el tipo que se parecía a Antonio Banderas, con medio litro de brillantina en el ensortijado cabello color azabache. Debía de tener como treinta años menos que ella y, efectivamente, tal como mi padre había profetizado, la mujer que me trajo al mundo le clavó su tacón de aguja en el empeine. El pobre Antonio, que así le apodé, pegó un respingo y ahogó como pudo un grito de dolor para salvar su hombría.

—¡Ya está! ¡Compradas! —exclamó mi padre, que seguía a mi lado atento al móvil e ignorando a mi madre.

—¿Qué es lo que has comprado, papá?

—Entradas para el Boca-Independiente. Si me habéis hecho pasar el suplicio de venir a este antro de aburrimento, mañana tenéis que venir conmigo al fútbol.

—¿Cómo? No sabes lo que estás diciendo, papá. ¡Ir aquí a los partidos de fútbol es peligrosísimo! Entrar al barrio de la Boca es pisar territorio comanche.

—No será para tanto. Y yendo conmigo, no os pasará nada.

¡Menuda seguridad me daba mi padre con sus sesenta y tantos y su estatura media española de los nacidos en los cincuenta!

De repente, me di cuenta de que mi madre estaba hablando con el tal Antonio y me estaba señalando a mí. El bailarín me miró y me sonrió. ¿Qué coño le estaría diciendo? ¿Supongo que no seguiría con sus veleidades de celestina? Lo más probable es que le estuviera contando que éramos su marido y su hija. En un momento dado, la madre que me parió, con perdón, me pidió con una señal que me acercara a ellos. Sabía que me la iba a jugar, que mi madre no estaría tramando nada bueno, pero aun así fui. Me presentó a Antonio, que, en realidad, se llamaba Max, de Maximiliano, tócate las narices.

—Bonito nombre —opiné en el colmo de la originalidad.

—El tuyo, Elsa, sí que es precioso —me halagó el morenazo, con un ardiente acento porteño.

—Max está pensando en mudarse a vivir a España —me informó mi madre—. ¿No es una extraordinaria casualidad? Bueno, os dejo, voy a ver cómo está tu padre.

Y sin esperar respuesta, se largó y me dejó sola con el tal Max que, la verdad, estaba lo que se dice realmente cañón.

—Me ha dicho tu mamá que te gusta mucho Argentina.

—A ver si lo adivino... Seguro que te ha dicho que me enloquecen los chicos argentinos.

—Exacto... —Mi rictus facial era elocuente—. ¿Me ha engañado?

—Me temo que sí. Quiere que tenga pareja a toda costa, y yo no estoy tan desesperada como para que ella tenga que buscarme novio. Vamos, que no lo necesito, que me encuentre muy bien sola.

—Entiendo. ¿Te apetece bailar tango?

—Soy muy patosa para el baile, y no te digo para un tango. No me gusta hacer el ridículo, aunque esté lejos de mi casa.

—Bueno, bailar no, pero cenar antes de que te vayas de Buenos Aires quizá sí me lo aceptes. Te puedo llevar al sitio donde ponen el mejor bife de lomo de San Telmo.

—Si mejora los que ya me he metido entre pecho y espalda, merecerá la pena. Soy muy carnívora, así que vale.

No sé por qué acepté su invitación. Bueno, sí lo sé, por mi crónica debilidad a decir no. La verdad es que al chico le sobraba altanería, aunque la compensaba por completo con su tipazo y su melosa sonrisa. Pero, por una elemental cuestión de dignidad, no podía permitir que mi madre me buscara

los ligues a su gusto. Le di mi móvil español para que me contactara por WhatsApp, advirtiéndole de que me quedaban tres días en la capital argentina.

Al día siguiente, como penitencia por haber asistido a la milonga, nos tocó dirigirnos al barrio de la Boca para presenciar un partido en la Bombonera, el estadio de Boca Juniors, al parecer el equipo favorito de mi padre en Argentina. Era una zona peligrosa, no sólo por los agresivos y buscapeleas radicales del fútbol, sino también por el elevado índice de atracos. La seguridad en Latinoamérica no era, ni mucho menos, como en Europa o Australia. Por eso, mi madre y yo íbamos algo más que preocupadas.

Al llegar a las inmediaciones del campo, empezamos a ver puestos en los que vendían todo tipo de *merchandising* del equipo local. Nos topamos con un tipo que era el doble perfecto de Maradona. La gente se hacía fotos con él y mi padre no quiso ser menos. Le echó la mano por el hombro y me obligó a captar el posado con mi cámara. Después del clic correspondiente, el Pelusa Bis se dirigió a mi padre:

—Son veinte pesos, amigo.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido, mi progenitor—. ¿Veinte pesos por hacerme una foto con un Maradona falso?

—Exacto. Este es mi trabajo, señor.

—Ni lo sueñes.

—Señor, si no me paga, voy a tener que llamar a unos amigos.

—¿Pagar yo por hacerme una foto con un cocainómano, un borracho y un gordo como tú? ¡Ni por encima de mi cadáver!

¡Ay, madre mía, el descerebrado autor de mis días llamando drogadicto a Maradona en las inmediaciones del campo de la Boca! No sólo no me sentía segura junto a mi padre en esa zona, sino que la bomba de relojería era él. Inmediatamente, empezaron a acercarse unos cuantos cachas desde algunas de las esquinas de la plaza en la que nos encontrábamos.

—¡Maradona es Dios y yo soy su profeta! —proclamó el doble del astro argentino—. ¡Y en este barrio ningún boludo se mete con él!

—Papá, creo que nos tenemos que ir —farfullé entre dientes, cogiéndole del brazo.

—¡Yo voy a ver el partido de Boca! —Pero qué testarudo que era.

—¡Cariño, dale lo que te pide, por lo que más quieras! Me está entrando una cagalera que me lo voy a hacer encima —le pidió mamá.

—¡Papá, dale los veinte pesos y vámonos, por favor! —le ordené sin contemplaciones.

Al ver como nos iban rodeando, mi señor padre me hizo caso y le tendió el billete. Como nos seguían mirando amenazantes, decidí largarnos de allí cuanto antes. Agarré de un brazo a mi madre y de otro a mi padre y comenzamos a alejarnos deprisa. Algunos nos dejaron pasar, no demasiado seguros de lo que hacían, y ganamos una cierta distancia con respecto al grupo de macarras. Hasta que alguien, supongo que el jefe de la tribu, un tipo con aspecto de pandillero matón, ordenó:

—¡A por ellos!

De inmediato, comenzamos a correr y ellos a perseguirnos. Menos mal que estuve rápida ya que, al ver que una señora con una muleta descendía de un taxi, impulsé a mis padres hacia el interior del vehículo. La pasajera casi se estampa de morros contra el suelo por el empujón que le dio papá. Pero qué le íbamos a hacer, era una cuestión de supervivencia. O, al menos, a mí me lo parecía.

—¡Acelere, rápido! —le grité al taxista, que arrancó a toda velocidad.

Algunos de nuestros atacantes llegaron a golpear el coche con las manos y propinaron patadas al maletero. Pero logramos huir gracias al experimentado conductor. Cuando ya estábamos a cinco o seis manzanas de allí, el taxista se interesó por el motivo del incidente y mi padre se lo explicó.

—¿Pero qué hicieron? ¿Insultar a Maradona?

Los tres nos quedamos callados, otorgando. Al comprender nuestra respuesta, el conductor pegó un frenazo y se volvió hacia nosotros hecho un energúmeno.

—¡Boludos, bájense inmediatamente! Los que insultan a Maradona no son dignos de sentarse en mi taxi.

Nos bajamos en estampida. El gesto terrorífico de mi madre era una odisea y casi se hace pis del susto. ¡El puto fútbol!

Caminamos media hora hasta llegar a nuestro hotel en San Telmo. Y, una vez en la habitación, hablé muy seriamente con mi padre. Le expliqué, como una auténtica experta, que cuando uno viaja tiene que ser más que prudente. Los códigos o las formas que se manejan en un país pueden ser muy diferentes a los que se utilizan en otro, por mucho que el idioma sea el mismo. Unos *barras bravas*, los hinchas radicales del fútbol argentinos, te pueden rajar sólo con que hagas un comentario despectivo de su ídolo. La

seguridad en Latinoamérica, le insistí, no es como en España, aunque de momento no tengan el peligro del terrorismo yihadista.

Al día siguiente, Max me mandó un WhatsApp.

MAX: ¿Quedamos esta noche a las 22.00 en la parrilla El Desnivel? Está en el mismo San Telmo.

No me entusiasmaba demasiado aquella cita, pero aun así me animé a acudir. No conocía a nadie más en Buenos Aires, así que al menos viviría la noche porteña. ¿Y a qué se dedicaría Max? Sólo sabía de él que le gustaba bailar tango, además de ser guapo como él solo. Aunque siendo argentino seguro que, aparte de trabajar en lo que fuera, era posible que también escribiera libros o ejerciera de psicoterapeuta. ¡Horror, un psicoanalista argentino! Si fuera este el caso, no permitiría que nadie con ínfulas de Freud me comiera la cabeza.

Me puse el *little black dress* que compré en Australia y que desde entonces había viajado en mi maleta con poco uso. Me pinté el ojo y me despedí de mis padres.

—¡No me fío un pelo de los argentinos! —me advirtió papá—. ¡Son todos unos vendemotos! ¡Y el que no, es un *barra brava*!

—No te preocupes, papá, sé cuidarme solita.

—Tú no hagas caso a tu padre y date un buen meneo si puedes. Ya me habría gustado a mí tener un *affaire* con un argentino en mi juventud.

Me empezaba a mosquear la obsesión de mi madre con los argentinos. Seguro que hasta tenía fantasías sexuales con ellos. Pero mi padre, tan pancho.

Llegué al restaurante situado a un par de manzanas del hotel, en la calle Defensa, cuya especialidad era el bife de chorizo, la tira de asado y el matahambre. Definitivamente, Argentina era un país inhóspito para los vegetarianos, pero si te pirraba la carne, se convertía en un auténtico paraíso.

Max estaba ya sentado en una de las mesas, vestido con un impecable traje y una corbata de seda multicolor. Cuando me acerqué a él, se levantó para recibirme con dos sonoros besos. ¡Por Dios, qué altura tenía! Casi lo había olvidado. Yo apenas llegaba al metro sesenta y cinco, mientras que él pasaba del uno noventa. Primer hándicap de cara a unos futuribles besos. O él se tendría que inclinar, con lo cual acabaría con dolor de espalda, o yo me tenía

que subir a un taburete. Y a mí me daban miedo las alturas.

Eso sí, estaba muy atractivo con su imponente pinta de galán latino. Un remedo del Gardel de algunas fotos vistas en las tanguerías. Repeinado hacia atrás con gomina, pero no en plan pijo.

Cuando nos atendió el camarero, solicité un bife de chorizo con fritas, como llaman allí a las patatas fritas. Max optó por el matambre.

—Bueno, ¿y hasta cuándo te quedás, por fin, en Buenos Aires? —rompió el hielo.

—Sólo dos días más. Vamos a viajar al Norte. A Salta y Jujuy.

—Fantástico. Esa es la Argentina de verdad. No Buenos Aires. Que el mundo entero cree que todos los argentinos son como nosotros, los porteños.

—¿Has estado por allí?

—Siendo niño. Mi abuela nació en San Miguel de Tucumán. Luego, de mayor, he ido varias veces porque es una zona que me encanta para practicar senderismo. ¿Quieres que te recomiende algunos pueblos que no debes perderte si viajáis por el norte?

—Claro que sí. Te lo agradeceré enormemente.

—¿Tienes un papel? Te los anoto.

Saqué de mi bolso un pequeño bloc de notas. Lo abrí por una página en blanco y se lo entregué. Él extrajo un bolígrafo de su chaqueta y comenzó a escribir. Poseía una grafía perfecta, como de persona mayor, y deslizaba el boli por el papel muy cuidadosamente. Se notaba que disfrutaba escribiendo.

—¡Qué letra más bonita! ¿No serás escritor?

—Sí, ¿cómo lo has sabido? —me preguntó sin dejar de escribir—. Escribo guiones de cine.

¿En serio? Siempre había admirado la gran imaginación de los guionistas para inventar una historia. ¿A ver si al final me iba a acabar interesando este tipo?

Terminó las anotaciones geográficas y me devolvió el pequeño cuaderno.

—Tilcara, Purmamarca, Humahuaca, Iruya... Muchas gracias, Max. Los visitaremos todos. Recomendados por ti, seguro que nos resultarán muy interesantes.

—No te quepa duda. Y lo más importante, mezclaos con la población indígena, ya veréis que es otro mundo. Allí llegó la electricidad y el agua caliente no hace mucho tiempo, imagina.

—Eso es lo más apasionante de viajar. Conocer a la gente autóctona. ¿Tú

viajas mucho? Porque para ser guionista es importante conocer mundo, ¿no?

—Pues sí, pero me hubiera gustado viajar mucho más. Me hubiera venido muy bien para conocer más personajes.

—¿Y has hecho alguna serie o peli que yo conozca? Veo mucho cine argentino. ¡Me encanta!

—No creo. Sólo he hecho dos cortometrajes como guionista. Tengo dos largos escritos, pero no he conseguido financiación. Por eso me quiero ir a España a probar suerte allá.

—¿A España? —me sorprendí—. ¿Por qué piensas que en España los ibas a vender?

—Creo que en tu país se podrían entender muy bien mis historias. Sois muy pasionales, como nosotros, y los dos largos que tengo escritos van en esa línea. Uno cuenta una tragedia familiar y el otro, un *thriller* sentimental.

Se le veía muy ilusionado con su labor de guionista cinematográfico. Claro que, si no había conseguido nada más que rodar dos cortometrajes, de esos que se hacen por amor al arte, ¿de qué vivía?

De pronto, se me ocurrió una idea, una más de mis locuras.

—Oye, Max... Quiero comprobar si eres buen guionista. Siento curiosidad por saber cómo se desarrolla una escena de un guion. ¿Qué te parece si escribes una que se me ha ocurrido?

—¿Qué escena?

—Imagina, por ejemplo, que tú quisieras ligar conmigo. Estamos hablando de ficción, claro... Di tus frases y escribe las mías. ¿Cómo tendría que ser para que la escena fuera realista?

Max aceptó el reto, me pidió el bloc de notas y, tras un breve silencio reflexivo, pronunció la primera frase:

—¿Qué buscás en un hombre para enamorarte de él?

Luego, tras pensar de nuevo unos instantes, escribió mi réplica en el cuaderno y me la pasó.

—¿Que sea un apasionado de su trabajo, creativo y que le guste contar historias?

—Exacto. A mí, lo que más gusta en la vida es inventar y contar historias —aseveró con absoluto convencimiento.

—¿Serías capaz de crear una ahora mismo?

Sonrió, cerró los ojos y, tres segundos después, comenzó...

—Érase una vez un guapo y simpático príncipe porteño que deseaba vivir

en España, pero no tenía mucha plata. Su reino argentino se encontraba en la tierra de Bancarrota. Estaba dispuesto a trabajar de lo que fuera en su nuevo destino, pero para poder hacerlo necesitaba obtener la nacionalidad española, ya que no tenía ningún descendiente de aquel país. Un día, conoció a una princesa española. Le pareció guapísima y, sin dudarlo un momento, le declaró su amor con la clásica pregunta: «¿Querés casaros conmigo...?».

A ver, a ver, de qué iba esto. Supongo que sería una obra de ficción. No, no creo que realmente me estuviera pidiendo matrimonio de conveniencia, ¿verdad? No podía ser.

Max escribió y me pasó una nota, que ponía: «¿Me estás pidiendo matrimonio de verdad?». No la leí en voz alta. Sólo le miré. Él me sonrió.

—¿Va en serio? —le planteé.

—Sí. Pero espero que con el tiempo te enamores de mí. Necesito la nacionalidad española cuanto antes. Te puedo compensar.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Te llevarás el cincuenta por ciento del dinero que gane por mis cuatro primeros guiones de cine.

—¿Me estás comprando? Además, eso no es ninguna garantía, lo mismo no vendes nunca uno.

—Vale, pues te compensaré sexualmente.

¿¡Cómo...!?! ¿Había oído bien...? Yo no era de las que se iban de putos. Aquello era como pagar por tener sexo. De ninguna manera.

—Lo primero: la respuesta es no, obviamente. ¿Pero, por qué tienes tanto interés en obtener la nacionalidad española? ¡No lo entiendo! Y, siendo maquiavélica, ¿por qué tan al grano? ¿Por qué no tratar de enamorarme, de seducirme e incluso de engañarme?

—Pues porque no me gusta engañar y porque tengo mucha prisa.

—¿Pero por qué? ¿Te está persiguiendo la poli?

Se quedó callado unos segundos.

—Lo siento, no te lo puedo contar.

O sea, que sí le perseguía la policía. ¡Ay, Elsa, en qué líos te metes por tu mala cabeza! ¿Sería un asesino? ¿Habría atracado un banco? ¿Le buscarían por estafa? No iba a ser yo la que se quedara a averiguarlo porque, en ese mismo instante, tomé conciencia de que estaba en peligro. Así que, tras constatar que el baño se encontraba en el camino hacia la calle, me excusé.

—¿Me perdonas un minuto?

Por supuesto, pasé de largo el lavabo y, sin mirar atrás, me largué. No quería quedarme a comprobar cuál era el delito de Max. ¡Era lo peor que me podía pasar: que alguien me propusiera un matrimonio de conveniencia! Por primera vez se me había encendido a tiempo la luz de alarma y le había hecho caso. ¿Quería eso decir que estaba madurando? Por cierto, sin darme cuenta, había vuelto a hacer un «simpa». En este caso, no era por racanería, sino por puro espíritu de supervivencia.

Me dirigí a toda prisa hasta el hotel. Cuando llegué allí, mi madre estaba de los nervios.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Dónde está papá?

—¡Hemos discutido y se ha largado! —me contestó muy airada.

—¿Qué le has hecho, mamá? ¿No le habrás insistido en que quieres volver a bailar con un argentino?

—Me ha recriminado que te haya incitado a quedar con ese chico tan guapo. Por cierto, ¿qué tal te ha ido?

—Fatal. Mamá. Un vendemotos, como buen argentino. Al final, quizá papá tuviese razón. Quería casarse conmigo para obtener la nacionalidad española.

—¿Sí? ¿Y para qué iba a querer la nacionalidad?

—He deducido que huye de algo o de alguien, de la policía o de no sé qué. Lo que tiene claro es que quiere salir de aquí cuanto antes. Al final, me he largado y lo he dejado plantado en el restaurante. Y más aún, me he venido sin pagar mi cena.

Pasaban las horas y mi padre no llegaba. Lo llamamos varias veces al móvil, pero daba apagado o fuera de cobertura. Era un clásico en él, porque casi nunca se acordaba de cargarlo. Nos acostamos. Mi madre se echó a dormir tan tranquila. Ya llegaría, según ella. Seguro que se había puesto a hablar con alguien, que ya sabía cómo era mi padre. Se enrollaba con todo el mundo y, si era con porteños, que también tenían cuerda para rato, la noche se le podía alargar. Pero yo no podía dormir. Estaba inquieta por cómo se desenvolvería solo en un país extranjero y en una ciudad con cierta inseguridad. Finalmente, el sueño me pudo y cerré los ojos.

Me despertó el repique del teléfono de la habitación. Era la recepcionista del hotel. Alguien llamaba preguntando por una familia madrileña y nosotros éramos los únicos españoles que estábamos en ese momento alojados.

De inmediato, me dio un vuelco el corazón y pensé en mi padre. ¡Algo le había pasado! ¿Estaría en un hospital? ¿Sería la policía? Le pedí a la

recepcionista que me pasara la llamada.

—Dígame.

—¿Echás en falta a alguien? —preguntó una voz grave y algo ronca con un fuerte acento argentino porteño.

—A mi padre. ¿Quién es usted?

—La persona que tiene a su papá. Tranquila, no le pasará nada si sigue mis instrucciones.

¡Dios mío, habían secuestrado a mi padre! ¡Joder, no podía ser! La culpa era mía por haber permitido que viajaran a Argentina cuando no estaban acostumbrados a salir de España. Y por haberlos dejado solos y haberme ido a cenar con el gilipollas de Max. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Me quedé callada unos segundos, intentando controlar los nervios y ver cómo podía resolver la situación.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué le has hecho, hijo de puta?

—Yo no le he insultado a usted, señorita. Recuerde que la vida de su papá está en mis manos. Si no hacés lo que le digo, puede morir.

—¡Quiero hablar con él, quiero saber que está bien!

—Ya te dije que está bien, señorita. Escuchá. Tenés que comprar diez mil pesos en tarjetas de teléfono en el locutorio más cercano al hotel. Yo te voy a estar vigilando de cerca.

¿Cómo? ¿Pero qué clase de secuestro era este? ¿Un secuestro que se pagaba en tarjetas de teléfono? Hice el cálculo. Eran unos quinientos sesenta euros. Bueno, por lo menos era una cantidad asumible.

—¿Y qué tengo que hacer con ellas?

—Enviarlas al siguiente apartado de correos. Anotá...

Saqué como pude con una mano mi bloc de la mochila. Desenfundé un bolígrafo. Anoté el apartado de correos n° 1123 de Buenos Aires.

—Voy a hacer exactamente lo que usted me dice, pero le ruego por favor que no le haga nada a mi padre.

—Llamaré dentro de una hora para ver si habés realizado el envío.

—¿Y cómo sabrá que lo he hecho?

—Lo sabré. Si me engañás, mataré a tu papá y luego iré a matarte a ti y a tu mamá. Y por supuesto, pibita, nada de avisar a la policía, ¿entendido?

Y colgó. ¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío! ¡Pero qué le había hecho yo a esta puta vida para que me cayera encima un problema detrás de otro! Nos había amenazado de muerte y me quedé bloqueada sin saber qué hacer. Mi padre

secuestrado y mi madre durmiendo como un angelito. No la quería alarmar. Tenía que solucionar el problema antes de que se despertara.

Me vestí lo más rápido que pude y salí a buscar un locutorio. No fue difícil encontrar uno en San Telmo. Había muchas personas fuera de sus países de origen que los utilizaban para llamar a sus familias. Algo parecido a lo que ocurría en España hace unos años. Vendían tarjetas telefónicas gracias a las cuales la llamada al extranjero te salía más barata. Yo misma probablemente las habría utilizado si no fuera porque mis padres estaban conmigo. Eran las dos de la mañana, pero había locales que estaban abiertos las veinticuatro horas del día.

Encontré uno a tres manzanas del hotel. Entré y le pedí al dependiente, un sesentón con barba patriarcal, los diez mil pesos en tarjetas telefónicas.

—¿Para qué querés tantas tarjetas? —me preguntó extrañado.

¿Y a él qué le importaba? No le podía decir que mi padre estaba secuestrado y que aquella era la única manera de salvarle la vida. Podía poner en peligro todo el plan y mi progenitor acabaría muerto.

—Es que tengo muchos amigos a los que llamar en España —mentí con escasa convicción.

—¿Han secuestrado a algún amigo tuyo? —me preguntó a bocajarro.

¿Cómo podía saberlo? ¿Era tan habitual en Buenos Aires pagar secuestros con tarjetas telefónicas?

—¿Cómo...? ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque no es la primera vez que alguien viene a comprar tantas tarjetas. Es un timo aquí bastante habitual. Suelen ser reclusos que llaman desde la cárcel para pedir el dinero en tarjetas telefónicas.

—¿Cómo desde la cárcel? —preguté, totalmente desconcertada—. ¿Entonces, no tienen a mi padre?

—O sea, que sí la llamaron. Pues le recomiendo que no pague y que vaya a la policía. En la calle de al lado, a doscientos metros, hay una comisaría.

Miré el reloj. Habían transcurrido veinte minutos desde que el supuesto secuestrador me advirtió de que sólo tenía una hora para efectuar el pago. ¿Qué debía hacer? ¿Firme del dependiente del locutorio? ¿Y si yendo a la policía, provocaba que asesinaran a mi padre? No me lo perdonaría nunca. Mi nerviosismo e indecisión eran palpables.

—Confíe en mí. Vaya a la policía.

Tenía cara de buena persona. Decidí hacerle caso, sobre todo porque estaba

renunciando a diez mil pesos al darme aquella información.

Fui a la policía y les conté lo sucedido. Me dijeron que probablemente mi padre estaba bien, en algún bar del barrio. Aquel era un tipo de estafa muy habitual en Buenos Aires. Para los presos, las llamadas telefónicas resultaban muy valiosas para estar en contacto con su familia. Por eso, se dedicaban a llamar a los hoteles y pedir que les pusieran con una determinada habitación. Si lograban contactar con algún cliente, les preguntaban si echaban en falta a alguien. La mayoría de las veces el intento resultaba fallido, pero cuando daban con alguien, intentaban resolver la estafa de manera rápida. Los turistas pagaban porque no solían ser cantidades altas. Les mostré el apartado de correos al que tenía que enviar las tarjetas y comprobaron que se encontraba ubicado en una oficina postal muy próxima a la prisión federal número 1, en Ezeiza, Buenos Aires.

—¿Entonces, no hago nada? ¿Y si el que estaba en la cárcel se encontraba confabulado con alguien de fuera y tenían a mi padre de verdad?

—No se preocupe, señorita. Es todo como le hemos contado.

Me fui al hotel no del todo convencida. Quedaban diez minutos para que el supuesto secuestrador volviera a llamar. Pero lo que me pedía el cuerpo era recorrer los bares de San Telmo en busca de mi padre. Entré en un par de ellos, pero no lo encontré. Regresé de prisa al hotel. Llegué sudando, casi con la lengua fuera. Justo en el momento en que entraba en recepción, el portero de noche tenía el teléfono en la mano.

—Es otra vez para usted.

Tomé el auricular temblándome la mano.

—¿Habéis realizado ya el envío? —me preguntó la misma voz rota de una hora antes.

—Sí, las he comprado en un locutorio y las he echado a un buzón.

—Bien. Acabás de salvar la vida de tu padre.

Colgó bruscamente. ¿Y si tenían a mi padre y descubrían que les había engañado?

Los nervios volvieron a apoderarse de mi cuerpo y, sobre todo, de mi mente. ¿Y si me había equivocado y la había cagado por completo? Subí corriendo a la habitación para ver en qué estado se encontraba mamá y me los encontré a los dos, abrazados, durmiendo como dos angelitos y roncando como dos locomotoras.

Respiré a fondo tres veces para expulsar toda la tensión acumulada en la

última hora. ¡Menuda nohecita! Me desnudé, me metí en la cama y cerré los ojos, pero el dios Morfeo tardó mucho tiempo en apiadarse de mi cerebro.

Al día siguiente, resolví no comentarles nada del falso secuestro a mis padres. No era plan de preocuparles. Lo que sí les pedí es que no me volvieran a intentar buscar novio, esto iba por mi madre, ni a influirme negativamente sobre ningún hombre, y esto por mi padre. Ya era mayorcita, a mis treinta, para valerme por mí misma en el terreno sentimental.

Durante el desayuno, tracé el plan a seguir: dos días más en la capital y luego pondríamos rumbo al norte: Salta, Tilcara, Purmamarca, Humahuaca e Iruya. Había comprobado en internet que no había sido una mala recomendación la de Max. Por cierto, qué poco elegante, el bailarín de tangos y guionista me escribió varios mensajes reclamándome el dinero de la cena. Mensajes que yo, obviamente, ignoré.

Por fortuna, no fueron los únicos WhatsApps masculinos que recibí porque, después de varios días desaparecido, Hugo regresó a mi vida digital en forma de fotos vestido de cocinero, muy contento en su nuevo trabajo. No dejaban de ser guiños y todo quedaba por jugarse en el partido de vuelta en Brasil.

Nos encantó Salta, una ciudad colonial de reminiscencias hispánicas, que nos tocaba muy de cerca. Un universo de casas, calles, monumentos centenarios y angostas veredas rodeadas de montañas. Nos enamoramos, sobre todo mi padre, de las empanadas salteñas, especialmente de las elaboradas con salsa picante. No tengo que decir que yo huí de estas como alma que lleva el diablo, que decían los clásicos.

También hicimos la típica excursión del Tren de las Nubes, un paseo ferroviario cruzando la cordillera de los Andes a más de cuatro mil metros de altura. Lo malo es que a mi padre le dio un amago de jamacuco por el mal de altura que casi se nos queda en el sitio. La excursión nos llevó a San Antonio de los Cobres. Desde allí, alquilamos un coche y recorrimos los cien kilómetros por carreteras casi intransitables hasta las Salinas Grandes. Nos deslumbraron. El horizonte parecía un campo nevado, pero, en realidad, se trataba de una inmensa planicie de sal. Bajamos hasta aquel mar sin agua y paseamos por él experimentando una sensación indefinible ante aquella inmensidad blanca. Por supuesto, tomé cerca de un centenar de fotos.

Desde las salinas a Purmamarca. Esta localidad está situada al pie de un cerro en el que se pueden diferenciar hasta siete colores, una especie de arco

iris formado por tierra y tupida vegetación. Nos llamó poderosamente la atención su cementerio. La mayoría de las sepulturas estaban adornadas con colores alegres, nada de símbolos fúnebres, lo que da una idea muy fiel de las creencias positivas que tienen en el norte de Argentina con respecto a la muerte.

Mis padres estaban disfrutando lo indecible con el viaje, ni una sola discusión. Aquellos días fueron como una especie de refundación familiar en bastantes aspectos de nuestras vidas.

Al llegar a Tilcara, nos fascinó su famosa Pucará, palabra de origen quechua que significa fortaleza. Fue un lugar ideal para defenderse de los ataques enemigos. Situada en un monte, dominaba los dos únicos caminos que subían hasta ella. Por un lado la defienden los mareantes acantilados sobre el río Grande y, por el otro, unas ásperas laderas, prácticamente inaccesibles.

Luego, pateamos la escalofriante ruta de la Garganta del Diablo, con vistas no recomendables para quienes sufren de vértigo. Al terminar, mi madre juró en arameo asegurando que era la última vez que la metíamos por caminos sólo aptos para cabras. Papá y yo se lo prometimos, aunque sabíamos de antemano que era un juramento que íbamos a incumplir. Y esto sucedió al llegar a Humahuaca.

Mi madre aceptó hacer una minirruta por la quebrada de Humahuaca, cerca del pueblo del mismo nombre, siempre y cuando no durara más de media hora. Mi padre y yo estábamos convencidos de que podía durar menos, incluso, pero no contábamos con perdernos.

Llevábamos ya casi dos horas dando vueltas por caminos que todos nos parecían iguales, soportando las quejas de mi madre por sentirse traicionada, por el cansancio y por una ampolla que le había salido en el pie, cuando pasamos por la puerta de una finca. Desde fuera detectamos lo que nos pareció una fiesta. Entré a preguntar, ya que la puerta estaba entreabierta.

—Perdonen, somos españoles y estamos perdidos. ¿Podrían decirnos cómo llegar a Humahuaca?

Un joven de unos veinte años nos miró y, sin contestarnos, gritó hacia dentro.

—¡Papá, unos españoles que dicen que se han perdido!

Apareció un hombre que tendría unos cuarenta y cinco años y, al vernos, se interesó por nuestra situación.

—Hola... Se les ve muy agotados.

Era verdad, estábamos sudorosos, hartos de que nos estuviera dando el sol de pleno y frustrados por no encontrar el camino de vuelta. Realmente, nos encontrábamos en un estado deplorable.

—Mi madre está muy cansada, la verdad. Le duelen los pies y, además, le ha salido una ampolla.

—Entren. Necesitan un descanso —nos invitó el hombre.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Estamos preparando un asado con buena carne argentina. ¿Nos quieren acompañar en la comida? Les vendrá bien para recuperar fuerzas.

Así fue como acabamos disfrutando de un asado con carne de primera en una finca perdida de la Quebrada de Humahuaca. Resultó ser una familia estupenda. Eran dos matrimonios con sus correspondientes hijos. Martín, quien nos había invitado a pasar, estaba casado con Malena, una mujer de cuarenta y pocos asombrosamente atractiva. Eran padres de Hernán, el chico que nos atendió, y de Elena, de dieciséis años. El otro matrimonio lo formaban Gonzalo, hermano de Martín, mayor que él unos cinco años y divorciado. Se encontraba con su joven novia, más o menos de mi edad. Típico ejemplo de cincuentón con mujer veinte años menor que él. También estaba su hijo, Juan, de unos veinticinco años.

Pasamos con ellos toda la tarde. Procedían del estado de Buenos Aires y disfrutaban de una semana de vacaciones en aquella finca, que habían alquilado. Conocían muy bien España, ya que tenían familia en Madrid y Sevilla. Muy cultos y divertidos, conectaron muy bien con mis padres. El ambiente era tan distendido que no tuve mejor idea que contar el falso secuestro de mi padre. Y claro, ocurrió lo que tenía que ocurrir.

—¿Pero cómo no me despertaste? —se indignó mamá, por no haberla puesto al tanto de la situación.

—Habrías sufrido innecesariamente.

—Ya, pero ahora no me voy a poder fiar de ti cuando me cuentes tus cosas. ¡Por cuántos peligros que no me has contado habrás pasado en tus viajes, hija!

—¡Pero, mamá, si te he contado hasta que me querían contratar como prostituta!

—O sea, que no pagaste por mi rescate —intervino mi padre—. ¿Y si me hubieran secuestrado de verdad? ¿Habrías dejado que me mataran?

—Papá, la policía estaba segura de que era un secuestro falso.

—Ya, ¿pero tú estabas cien por cien segura? ¡Podría estar ahora degollado en una cuneta o en cualquier descampado bonaerense!

La familia argentina asistía al diálogo como si se encontraran viendo una *sit-com* americana. ¡Quién me mandaba a mí contar lo del puñetero secuestro! Si es que siempre me pasaba lo mismo, soy una bocazas. Si ya lo decía mi abuela: «En boca cerrada no entran moscas».

—¡Si tú no te hubieras largado a tomar vinos dejándome sola en el hotel, nada de esto habría sucedido! —le recriminó mi madre.

—¿Pretendías que me quedara en el hotel escuchando las magníficas bondades viriles de los machos argentinos comparándolos conmigo?

El enganche dialéctico comenzaba a ponerse feo y Martín intervino:

—A ver, familia, haya paz. Lo importante es que no sucedió nada porque todo era falso. Y que, como ha contado Elsa, vosotros dos acabasteis abrazados en la cama como adolescentes enamorados. Y ahora estamos aquí disfrutando de un asado maravilloso, así que brindemos por ello.

Martín empezó a servir vino a todos y mis padres se fueron calmando poco a poco. Una vez estuvieron todas las copas llenas, mi progenitor quiso pronunciar unas palabras.

—Quiero brindar por vuestro país, que me está encantando. Cierto que hay algunos indeseables, como en todos lados. Mi hija sufrió a uno hace algunas noches justo cuando yo estaba «secuestrado»... —Todos rieron—. Pero también existen personas como vosotros, simpáticas, agradables y generosas.

Ya veis que lo de alegrarse por comer gratis me venía de familia.

—¡Viva la Argentina! —gritó enardecido.

Todos aplaudimos. Nos disponíamos a brindar y a beber, pero abortamos la operación porque mi padre aún no había terminado su perorata.

—Y desde aquí os invito a nuestra casa de Linares, en la provincia de Jaén, cuando queráis.

Y, entonces sí, nos dispusimos a paladear la copa. Un milisegundo antes de sorber el vino vi como una avispa viva flotaba en mi copa, pero no pude evitar ingerir el líquido junto con el mencionado insecto. De inmediato, sentí el aguijonazo en la lengua y comencé a gritar como una posesa. Esto fue lo último que recuerdo. Porque yo no lo sabía, pero era tremendamente alérgica a la picadura de las avispas.

Desperté sobre una cama en el centro médico de Humahuaca, cuyo aspecto

no me daba mucha confianza por su falta de asepsia sanitaria. Me hallaba sola y sentía que mi lengua se encontraba totalmente inflamada y con un dolor agudo persistente. ¡Qué ridículo delante de aquella familia argentina que tan bien nos había acogido!

¿Pero por qué me pasaba a mí todo?

Llegó el doctor. Treinta y pocos años. Rubio. Ojos azules. No tenía nada que ver con la tez morena y curtida de la mayoría de los indígenas que vivían por la zona. Más que guapo, que lo era, muy atractivo. ¡Un auténtico caramelo!

Bueno, bueno... A lo mejor no había sido tan malo que me picara la avispa...

—¿Cómo estás?

Quise contestar que me encontraba nada más que regular, pero lo que salió de mi boca fueron unos sonidos ininteligibles debido a la hinchazón que inmovilizaba mi lengua.

—No te entiendo, pero no te preocupes. Te hemos inyectado urbasón para prevenir una reacción alérgica grave. En un par de horas estarás mejor y podrás hablar con normalidad.

Quise decirle que no, que quería hablar ahora, preguntarle su nombre, saber qué hacía esa noche, si quería cenar conmigo... Pero nada, me sentía incapaz de emitir algún ruido que se asemejara a una palabra.

—Tus padres te esperan fuera. Ya puedes irte.

Así que no tuve más remedio que salir sin ni siquiera darle mi correo electrónico. Mi gozo en un pozo.

Decidimos alojarnos en una pensión para descansar hasta el día siguiente. Había sido un día muy largo y ajetreado. Mis padres me contaron lo bien que se había portado la familia argentina. Me habían traído en su coche hasta el centro médico y habían llamado dos veces interesándose por mí. Ay, Dios, qué vergüenza, ¿qué habrían pensado de mí? Seguramente, que era la mujer más torpe sobre la faz de la tierra por dejar que entrara en mi boca una avispa.

La inflamación me bajó al cabo de unas horas y ya pude hablar con voz normal. La mala suerte fue que la oportunidad con el doctor ya estaba perdida. Como había leído en no sé dónde o había oído en alguna peli, el destino jamás deja de ponernos zancadillas.

¡Si lo sabré yo!

Al día siguiente pusimos rumbo a Iruya, un pequeño pueblo perdido entre montañas, con calles empedradas de empinadas cuestas. Un lugar mágico que nos serviría como punto de partida para una ruta senderista a través de la cuenca de un tortuoso río hasta San Isidro, aldeíta de poco más de cien habitantes a la que solamente se podía acceder a pie.

—Pero, hija, ¿cómo nos traes por estos caminos de cabras? Estoy que no puedo más. ¿Tú te crees que yo tengo cuarenta años? —protestó mi madre con toda la razón del mundo.

—¡Venga, mamá, que con estos paseos no te va a hacer falta ninguna dieta de adelgazamiento!

—¡Encima, cachondeo!

Por el camino nos cruzamos con mujeres norteñas, algunas de más de ochenta años, cargadas con cestos de ropa, que cada día recorrían ocho kilómetros de ida y otros ocho de vuelta. A mis padres y a mí casi nos cuesta la vida realizarlo una sola vez.

Tras la visita a Iruya, llegó la hora de volver a Buenos Aires. Allí, ellos cogerían el avión de vuelta a Madrid y a mí me tocaba volar a Brasil.

—He ido realizando capturas de mi móvil desde todas las zonas por las que hemos pasado. Mi *collage* argentino va a quedar perfecto —comentó mi padre justo cuando estábamos a punto de despedirnos en el aeropuerto de Ezeiza.

—No te olvides del mío. Quiero tener un recuerdo de todo mi viaje —le recordé.

—No te preocupes, sólo me va a faltar esa isla, ¿cómo se llamaba?

—Koh Phi Phi.

—¡Eso!

—¿Cuándo tienes pensado regresar a España, hija? Tenemos muchas ganas de verte ya allí —se interesó mi madre.

—Me queda sólo un mes. A no ser que decida quedarme a vivir en Brasil —bromeé.

—¿Quedarte a vivir en Brasil? ¡Ni lo sueñes! —me ordenó mi madre, como si yo tuviera ahora quince años—. ¿Vas a ver al chico ese? —se interesó con un tono inequívocamente preocupado.

—Aún no lo sé, mamá.

Nos dimos un abrazo de despedida, si cabe más apretado y largo que cuando nos vimos en el mismo lugar dos semanas atrás.

Quedaban tres horas para que saliera mi avión hacia Río de Janeiro, así que busqué una cafetería en la que hubiera *wifi* para echarle un vistazo al correo y al WhatsApp. La encontré y pedí un té rojo.

Me esperaban numerosos mensajes, la mayoría de amigas de Madrid. Pero también me topé con uno que no esperaba. Al menos en los términos que encerraba.

HUGO: ¿Cuándo vienes a Brasil? Tengo ganas de verte.

Apreté el puño y lo levanté gritando un «¡Toma!», que hizo que los americanos sentados en la mesa de al lado me miraran sobresaltados.

Mi plan de autocontrol para no enviarle ningún mensaje manifestando mis ansias de verle había dado resultado. Estaba claro que había generado deseo en él. ¿Lograría que Hugo fuera el hombre de mi vida...?

No sabía la respuesta. Pero si esta fuera negativa, me alivió un poco, sólo un poco, una sentencia del Dalai Lama que encabezaba el primer diario personal que llevé: «Recuerda que, a veces, no conseguir lo que se desea es un maravilloso golpe de suerte».

CAPÍTULO 12

¿POR QUÉ LO LLAMAN DESTINO CUANDO QUIEREN DECIR CASUALIDAD?

Aterricé en el aeropuerto de Galeão, Río de Janeiro, el 3 de junio con una agradable temperatura de veinticinco grados. Había reservado un pequeño hotel en la zona aledaña a la playa de Copacabana. Durante mi estancia en Argentina había recibido un email de mi amiga Jasmine, a la que conocí en Brisbane y luego visité en Gold Coast. En él me contaba que viajaba a Brasil junto con su hermano y con su nuevo novio, y habíamos quedado en vernos en Arraial d’Ajuda, en el estado de Bahía, al norte del país. Según ella, una especie de Ibiza a la brasileña. Mi plan pasaba por permanecer unos días en Río, viajar al norte para visitar con mi amiga Arraial d’Ajuda y Salvador de Bahía y, finalmente, volar a São Paulo para darle la última oportunidad a mi historia con Hugo.

Nada más llegar al hotelito de Copacabana, tuve un disgusto de gran calibre para mí en aquellos momentos. Y no era para menos porque el *wifi*, el ansiado *wifi*, no funcionaba. A ver cómo me iba a conectar para leer el correo y cómo iba a llamar a Hugo por WhatsApp. Como contrapartida, poseía un barecito que ponía unas *caipirinhas* de infarto a seis reales, poco más de euro y medio. Qué peligro, con lo que a mí me gustaba la bebida típica brasileña. Tras dejar las maletas en la habitación, disfruté de una generosa ducha y luego salí a conocer la ciudad.

A pocos metros del hotel me topé con una destartalada cabina telefónica y tuve una idea. Dado que disponía del número de Hugo, ¿por qué no llamarlo desde allí, a la antigua usanza? Saldría más barato que hacerlo desde mi móvil español con el *roaming*. Que aquello no era la Unión Europea y cualquier llamada me costaría un pastón. Pero lo más importante, ardía en ganas de decirle a Hugo que ya me encontraba en su país y que, en poco más de diez días, estaría en su ciudad. Introduje unas monedas en la ranura y

marqué, pero él no contestó. Deduje que estaría ocupado en el trabajo, así que continué con mi plan de conocer Río, una de las ciudades más fascinantes que se pueden visitar en el planeta Tierra.

La llaman la Cidade Maravilhosa y a mí me lo pareció totalmente. Su población es de cerca de siete millones de cariocas, que es como se conoce a los habitantes de Río, apiñados entre el océano y un inmenso acantilado, con una orografía muy peculiar a base de pequeños barrios delimitados por una cordillera. Pese a que una tercera parte de su población vive en favelas, en viviendas infrahumanas por las laderas montañosas, sin derecho a atención médica y con un bajo grado de escolarización, los cariocas buscan el placer como nadie en el mundo: samba, fútbol, *cerveja* y *cachaça* forman parte de su filosofía de vida. Pero lo que más me impactó de la ciudad fue la inseguridad en las calles: atracos, violencia sexual, tráfico de drogas, guerras entre bandas rivales... Y como yo siempre me imagino lo peor, iba acojonada.

Tenía ganas de playa y, puesto que la temperatura era muy agradable, me encaminé hacia la más cercana al hotel, la de Copacabana. Me habían recomendado que, si me iba a bañar, no llevara nada más que la toalla, ya que a la mínima que me metiera en el agua, me podían robar cualquier pertenencia. Pero, bueno, al menos en esta primera visita no pensaba zambullirme en el mar. Así que, en eso estaba tranquila.

Pronto quedé alucinada: ¡qué cuerpazos, tanto de hombres como de mujeres! Claro que, en realidad, si te fijabas un poco, se detectaba mucha operación de cirugía estética. Pero mucha, mucha. La arena ofrecía un variopinto espectáculo: turistas observando a los brasileños. Brasileños y brasileñas contemplando a los turistas. Los parias de las cercanas favelas esperando una limosna de los ricos. Estos evitando a los pobres para ahorrarse unas monedas. Prostitutas de casi todas las edades buscando clientes bajo la atenta mirada de los proxenetas... En resumen, un crisol de la condición humana.

Caminé por el paseo de la playa de Copacabana hasta que llegué a la de Ipanema. Y me acordé de la canción de Vinícius de Moraes, *Garota de Ipanema*, y claro, me puse a canturrearla.

*Olha que coisa mais linda, mais cheia de graça
É ela a menina que vem e que passa*

Num doce balanço caminho do mar...

Y ya está, no me sabía más.

La verdad es que, de lo que yo conocía, incluido el sudeste asiático, Río era la gran ciudad con mejores playas. Y aquel día, un mar revuelto y juguetón arrastraba hasta la arena, enredadas en sus espumas, olas de todos los tamaños.

Cansada por la larga caminata, pero reconfortada por el deslumbrante paisaje y la luminosidad atlántica, tres horas más tarde regresaba al hotel. Al llegar a la altura de la destartalada cabina desde la que había llamado a Hugo, justo en ese momento sonó el teléfono. El de la cabina. Miré alrededor y como nadie acudía a descolgar, no sé explicar por qué, cogí el auricular y contesté.

—¿Sí?

—Elsa, ¿eres tú?

¡No podía ser! Era la voz de Hugo. Mi Hugo. Aquella coincidencia no sólo era alucinante, sino toda una señal del destino. ¡Estaba llamando Hugo a aquella cabina en el mismo instante en el que yo pasaba a su lado! ¡Y yo, precisamente yo, había contestado al teléfono! ¡Inexplicable, pero cierto!

—¿¡Hugo!?! ¡Dios mío, Hugo! ¡No me lo puedo creer!

—Perdona que no te contestara antes. Estaba en el trabajo.

—Perdonado, perdonado del todo. Tío, no te vas a creer lo que acaba de pasar. Te llamé desde una cabina hace unas tres horas, cuando salí del hotel, y ahora, al pasar de vuelta, ha sonado el teléfono. ¡No me explico por qué, pero he descolgado y eras tú! ¿No te parece flipante...?

—¿En serio...? ¡Yo he visto una llamada perdida de este teléfono y la he devuelto, pero ni por asomo pensaba que pudieras ser mi españolita! ¡Vaya coincidencia que pasaras tú de nuevo en ese instante!

—¡Totalmente! Todavía tengo el escalofrío en el cuerpo. Esto tiene que significar algo.

—¡Seguro que sí!

Sin duda alguna, la poderosa e insondable mano del destino había propiciado aquella coincidencia. Y no era la única. Ya habían ocurrido demasiadas casualidades en mi historia con Hugo. La primera, cuando se marchó de Brisbane. Yo nunca me levantaba con tiempo para desayunar en la cafetería antes de ir a la clase de inglés. Pero aquel día me desvelé y decidí ir

a tomarme un café. Si no hubiera sido así, nunca le habría visto, no me habría despedido de él y no me habría dado su correo electrónico. Después, si no hubiera vivido la tragedia del atentado de Sídney, yo no habría escrito un email a todos mis contactos explicando que me encontraba bien, email que propició el reencuentro con Hugo. Y ahora, el hecho de que él hubiera contestado a mi llamada tres horas después, justo en el momento en que pasaba al lado de la cabina, y que yo, no sé por qué, hubiera descolgado el teléfono. No me quedaba duda. El destino jugaba a favor de nuestra relación. Estábamos hechos el uno para el otro.

—O sea, que ya estás en mi país.

—Sí, estoy en Río. Llevo aquí muy pocas horas y me encanta la ciudad. Tiene mucha vida. Unas playas preciosas. Unos chicos muy guapos. La verdad es que tú aquí eres del montón...

Hugo soltó una carcajada al otro lado del teléfono.

—No seré yo quien te diga que no. ¿Piensas venir a São Paulo? Me encantaría poder viajar contigo, pero tengo que trabajar.

—Por supuesto que iré, no te vas a librar de mí tan fácilmente. Después de Río viajo al norte, al estado de Bahía. Y en diez o doce días me tienes en tu ciudad.

—¡Estupendo! São Paulo no es Río, pero también tiene sus encantos, que yo te enseñaré. Te puedes quedar en mi casa, no hace falta que reserves hotel. Me he alquilado un pequeño apartamento en Liberdade, un barrio del centro. Me temo que sólo tengo una cama.

—Con tal de no pagar hotel, duermo donde sea.

—¡Esta es mi chica! Oye, tengo que volver al trabajo, que ahora hay que preparar las cenas. Me llamas, ¿vale?

—Hablamos por WhatsApp cuando tenga *wifi*.

—Ok. Un *beijho*.

—Otro para ti.

Colgué y me quedé unos minutos con una sonrisa de tonta en la cara. Bueno, de tonta nada, de felicidad. Yo me había montado mi película, mi comedia romántica, y estaba convencida de que lo que acababa de suceder era la prueba evidente de que Hugo y yo, si el caprichoso destino no cambiaba de dirección, nos haríamos viejecitos juntos. Pese a todo, trataba de bajar a la tierra, de ser realista, y me esforzaba en autoconvencerme de que aquello era una chorrada y no significaba nada. Con Hugo, que tan pronto

estaba muy simpático como ausente, no debía dar por sentado lo más mínimo. ¿Por qué esos cambios tan radicales de su actitud? Mejor no pensarlo, lo que sí estaba claro después de aquella conversación era que tenía ganas de verme.

Durante los tres días siguientes en Río de Janeiro recorrí lo que todo turista que se precie suele visitar. Subí al Corcovado y al Pan de Azúcar, los dos monumentos emblemáticos de la ciudad con algunas de las vistas panorámicas más bellas del mundo. Si ya iba yo bien almibarada en mi corazón preso de amor, las citadas vistas desde el famoso Cristo Redentor eran lo que me faltaba para convertirlo en empalagoso.

Me enamoré por completo de Río y lo único que lamentaba era no poder recorrer la ciudad en compañía de Hugo. Haber subido con él hasta el barrio de Santa Teresa en un bonito y emblemático tranvía de color amarillo. O ascender hasta el Morro de Urca por una empinada ruta senderista. O bien, visitar por la noche el santuario bohemio de Lapa, así como las playas de Flamengo y Botafogo. Ir acompañada por él habría sido la leche.

Tras aprovechar el tiempo a tope en la capital del carnaval, tomé un avión hacia Salvador de Bahía. Desde allí, en un cochambroso autobús, viajé a Arraial d'Ajuda, donde ya hacía un par de días que se encontraba Jasmine con su novio y Neils, su hermano. Cuando llegué al hotel en el que pernoctaban, me habían reservado una cama en la habitación de este, alojamiento que yo no habría aceptado si me hubiesen preguntado antes. Pero bueno, ya estaba hecho y lo dejé pasar. Le di un abrazo de los gordos a Jasmine.

—*It's great to see you again.*

Me alegré mucho al verla, no imaginaba que me iba a volver a encontrar con ella tan pronto. Me presentó a su novio, Michael, un musculitos con ropa surfera. Nos confesó que se iba a pasar la mayor parte del tiempo subido a una tabla buscando olas. Mejor, así yo podría disfrutar con mi amiga.

—*I have many things to tell you* —le confesé.

Lo malo es que andaba por allí su hermano, que parecía un poco raro. Unos treinta y cinco años y aspecto de *nerd*. Era informático, así que lo entendí todo. Poco habituado a las relaciones sociales, se sentía mucho más cómodo delante de un ordenador que cara a cara con una persona, y mucho menos con una mujer. La verdad, no tenía pinta de haber tenido muchas experiencias sexuales.

Hace cuarenta años, Arraial d’Ajuda era un pueblo pescador, pobre y apartado del mundo, pero ahora se encontraba literalmente invadido por el turismo internacional, así que sus arenas desiertas y su sistema de vida ancestral habían desaparecido. Pero era el lugar perfecto para tomar el sol y eliminar tensiones. Así me lo planteé yo: un destino donde relajarme a tope y conversar con mi amiga. El problema era que Jasmine, Michael y Neils querían disfrutar la noche, ya que la vida nocturna de Arraial d’Ajuda era realmente una locura, espectacular, sí, pero una auténtica pasada.

La primera noche salimos a cenar unas *pizzas* a la brasileña y enseguida comenzamos a beber *caipirinhas*. Madre mía, qué peligro. Conversábamos con todo el mundo, no importaba el idioma, aunque nunca lo hubiésemos escuchado. Con unos franceses que andaban filmando un documental sobre Brasil y se estaban tomando un etílico descanso. Con unas brasileñas que, me confesaron, deseaban viajar a España porque habían oído decir que los chicos eran muy guapos. Con un noruego que decía que era el dueño de un chiringuito en Jericoacoara, una isla que, a juzgar por lo que contaba, debía ser un auténtico paraíso. Y, si íbamos, nos invitaba a todos a barra libre de *cachaça*, una bebida destilada de la caña de azúcar, el tercer licor más bebido del mundo.

Al cabo de unas horas, a Jasmine y Michael les entró un calentón, no paraban de manosearse, y decidieron irse a su habitación a, me imagino, «enfriarse» un poco. Yo estaba muy animada y me quedé con Neils. Claro que el pobre seguía sin decir ni una palabra y lo único que hacía era beber.

Fue entonces cuando se me acercó Thiago, un mulato con un cuerpazo sin una gota de grasa, pelo rizado a lo Jackson Five. Poseía una mirada perturbadora que, arropada por una melosa sonrisa, consiguió que me derritiera en escasos segundos.

—Eres española, ¿verdad? —se dirigió a mí en un perfecto castellano.

¿Tanto se me notaba? ¿Es que llevaba la rojigualda pintada en la frente?

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

—Por el aspecto. Se nota mucho.

—¿Y cuál es el aspecto de una española?

—El flequillito así, por la cara. —Se señalaba el pelo—. La manera de vestir, casi siempre de Zara, y la risa a pequeñas carcajadas. Me encanta la manera de reír de las españolas.

Me puse a reír como una idiota. Y... de pronto, Elsa, ¿qué te pasa? ¡Te

estás excitando! No podía ser. ¡Me estaba sintiendo atraída por aquel mulato que, es verdad, estaba buenísimo! Pero ¿qué pasaba con Hugo? ¿Con todo lo que había recorrido hasta allí por él?

—Soy Thiago. ¿Llevas mucho tiempo por Brasil?

—Sí. Bueno, estoy recorriendo medio mundo. Soy fotógrafa de viajes.

¿Pero por qué estaba mintiendo? ¿Qué me estaba pasando? Yo qué iba a ser fotógrafa de viajes. Sí, me habían pagado por cuatro fotos y punto. Una cosa es lo que era y otra lo que pretendía ser. Un momento, ¿estaba tratando de hacerme la interesante con el muchacho? Porque no era más que eso, un muchacho, que no debía de tener más de veintitrés años.

—Yo hago *capoeira*.

Es el arte marcial afro-brasileño que combina la danza, la música y las acrobacias. Una forma de expresarse corporalmente. ¡Con razón tenía aquel mareante cuerpazo!

—*Capoeira*. Qué interesante. ¿Y por qué sabes hablar tan bien español?

—Tuve una *namorada* española. También hacía *capoeira* aquí, en Brasil.

—Anda, ¿sí? Oye, una pregunta, ¿se puede hacer *capoeira* y vivir de ello?

—Claro, la vida viene como viene, y mientras tanto yo hago *capoeira* porque es lo que me da la vida.

—Ah, vale, entiendo. En mi tierra eso es un no como una catedral, pero no importa.

Qué manera de pensar tenían los brasileños. No les preocupaba nada. Eran felices tal como la vida les venía. Una vez, un amigo me dijo de Brasil, un país acuciado por la inseguridad, que el que no era un hijo de puta, era de puta madre. Y tenía razón. Yo, hasta entonces, sólo me había encontrado con los de puta madre, pero me hallaba a punto de descubrir un episodio que me recordaba la otra parte.

—¿Me enseñas *capoeira*? —le pregunté a bocajarro a Thiago.

—Claro que sí.

Así fue como empecé a practicar *capoeira* en la pista de baile de una terraza-discoteca de Arraial d’Ajuda a las cuatro de la mañana, con unas cuantas *caipirinhas* encima. Me di cuenta de que Neils, que también andaba muy perjudicado por el alcohol, comenzó a grabarme con el móvil. No sé en qué momento pasé de la danza acrobática a bailar agarrada con Thiago. ¡Madre mía, desprendía sensualidad por todos los poros de su cuerpo! Sus carnosos labios avanzaban milímetro a milímetro, inexorablemente, hacia los

míos, al tiempo que su bajo vientre me presionaba poniéndome a cien. Escena que él recogió en unos cuantos *selfies* tomados en postura acrobática.

¿Pero qué estaba haciendo yo? ¿Iba a tirar por la borda mi relación con Hugo, cuando este me había dicho con claridad que tenía muchas ganas de verme y, además, me iba a alojar en su casa y, probablemente, dormir en su cama? Aunque bueno, para ser exactos, no estábamos juntos. No le estaba traicionando. Máxime, cuando él me había dicho varias veces que podía hacer lo que quisiera. Pero... ¿quería yo enrollarme con aquel tipo? En un momento determinado fue a besarme, pero le hice una cobra de las que hacen historia.

—No puedo. Perdona, pero tengo novio.

—¿Novio? —Thiago se rio—. ¿Está aquí tu novio?

Se me ocurrió mirar a mi alrededor en busca de Neils. Me serviría de coartada, pero había desaparecido. ¿Dónde coño se había metido?

—No, está en São Paulo. También es brasileño.

—Uf, ¿a cuánto está São Paulo de aquí? ¿Mil quinientos kilómetros?

—Hay que ver cómo sois los brasileños. Os da igual todo con tal de follar. Mira, que me voy a mi hotel.

—Hay que vivir la vida. ¿Quién sabe lo que estará haciendo él?

Por un segundo, pensé en que podía ser verdad la hipótesis de Thiago. Nadie me podía asegurar que Hugo no hubiera tenido otras amantes desde que nos conocimos. Pero ese no era mi problema. Me daba igual. Tenía que luchar por nuestra historia. Y una forma de hacerlo consistía en no acostarme con aquel tipo.

—Espera. —Me retuvo, mostrándome las fotos de nosotros que había hecho en modo *selfie* mientras bailábamos apretando nuestros cuerpos—. ¿Quieres llevarte un recuerdo de mí? ¿Te paso la foto?

La verdad es que yo estaba en plan loba. Mejor no, no quería tener aquella imagen en mi móvil y mucho menos darle mi número a aquel guapísimo mulato.

—No, quédatela tú. Gracias.

Me disponía a irme cuando me amenazó:

—Dame veinte mil reales si no quieres que la suba a las redes sociales.

¡Me estaba chantajeando, el capullo aquel me estaba chantajeando! Ahora entendía a qué se refería cuando me dijo que se podía vivir de la *capoeira*. Analicé por un momento qué podía pasar si subía esa foto a unas redes

sociales de brasileños que no tenían nada que ver conmigo. Pues nada.

—Súbela si quieres —le contesté con la mayor indiferencia que pude.

Salí de la discoteca y, un poco asustada, regresé al hotel en moto taxi. Cuando entré en la habitación esperando encontrar a Neils roncando en su cama, descubrí que estaba vacía. ¿Dónde estaría? ¿Le habría pasado algo? Estaban cerrando todos los locales cuando yo salí. A lo mejor había ligado, aunque me parecía poco probable.

Me dejé caer a plomo sobre el colchón, pero no me podía dormir. Me sentía culpable por haber estado a punto de enrollarme con el *capoeirista*. Miré el reloj. Eran casi las once de la mañana en España. Mi hermano debía estar despierto y hacía mucho tiempo que no hablaba con él. Decidí llamarle por Skype.

—Hola, hermanito.

—¡Vaya careto! —me soltó nada más verme por la pantallita.

—Calla, que estoy un poco perjudicada por la resaca. ¿Cómo estás, renacuajo?

—Bien, me acabo de levantar. Tengo poco tiempo para hablar porque he quedado con Candela.

—Tu chica, ¿no? A ver cuándo me la presentas. Que le tengo yo que dar el visto bueno.

—¿A cuántos tipos tengo yo que darles el visto bueno en tus viajes?

—Más bien a poquitos. Aunque no lo parezca, tu hermana es bastante seria en algunas cosas.

—Ya. Me han dicho papá y mamá que tienes novio, un tal Hugo.

—Bueno, novio, no. Dentro de unos días le veré en São Paulo. Pero no sé en verdad lo que es. De momento, un amigo especial nada más.

—No te irás a quedar a vivir allí, ¿verdad?

—¡Nooooo! Bueno, si Hugo me lo pide... No sé, ya te contaré.

—Yo sólo te doy dos consejos en plan padre. Uno: no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte. Y dos: es peor arrepentirte de lo que no has hecho.

Descolocada mentalmente, me quedé pensando unos segundos.

—¿No es un poco contradictorio lo que me has dicho?

—Pues sí, pero es que los dos consejos son buenos. Acógete a cada uno de ellos cuando mejor te convenga.

—Te echo de menos, enano. Tengo muchas ganas de darte un achuchón.

En ese instante, se abrió la puerta de la habitación y entraron Neils y una

chica negra. Venían comiéndose a besos y manoseándose como dos posesos. Se desnudaron con toda naturalidad, se tumbaron en la cama y, de inmediato, empezaron a tener sexo en plan salvaje. Yo alucinaba en colores y, sin querer, había apuntado con la pantalla hacia ellos.

—¡Ostras, qué fuerte! —exclamó Fran, riéndose al otro lado del charco—. ¡Enfoca, enfoca, que esto no me lo pierdo!

Y yo, como una tonta, dirigía la cámara del móvil hacia ellos.

—Grábalo y luego me lo pasas. Verás cuando se lo enseñe a los colegas —continuaba mi hermano desde dentro del teléfono.

Neils y su amiga seguían dale que te pego, como si yo no estuviera allí. Pasaban olímpicamente de mí y de mi conversación con Fran. Me sentía incómoda con sus gemidos, más bien rugidos, y abandoné la habitación.

—¿Quiénes eran esos? —se interesó mi hermano desternillándose.

—Él es el hermano de mi amiga Jasmine, con el que comparto la habitación del hotel. Ella no sé.

—¡Qué fuerte, tía! ¿Dónde estás, en Sodoma y Gomorra?

Yo no lo habría descrito mejor. Me despedí de mi hermano y bajé a desayunar a la cafetería del hotel, descubriendo entonces que tenía un montón de notificaciones y menciones en Twitter e Instagram. ¿Qué había pasado? Abrí ambas redes sociales y comprobé que Neils, el hijoputa de Neils, había subido el vídeo que me grabó bailando con Thiago y, encima, el muy cabrón, me había etiquetado.

El cachondeo de los comentarios era de aurora boreal. ¡Dios mío, qué horror! ¿Y si lo veía Hugo? ¿Qué pensaría de mí? Sería, muy probablemente, el fin de nuestra relación. Bueno, de nuestra no relación. En ese momento pensé aquello de «Tierra, trágame y escúpeme donde sea». Cuando me asaltaba este pensamiento estando en España, solía querer largarme a Brasil, pero ahora que me encontraba en la tierra de la samba, ¿adónde me podía largar?

Regresé a la habitación con la intención de cantarle las cuarenta a Neils. Me importaba un cuerno que siguiera follando con aquella bahiana. No se podía hacer lo que había hecho, por muy borracho que estuviera. Pero cuando abrí la puerta, me encontré al hermano de Jasmine pálido y desnudo sentado sobre la cama.

—*Are you okay?*

Temí que le diera un jamacuco, al corazón o al cerebro.

—*I've been stolen* —me explicó.

¿Cómo? ¿Que le habían robado? ¿Pero quién? ¿La negra con la que se había enamorado? Le pregunté, pero me explicó que no, que ella, Melisa, lo había recogido. ¿Cómo que lo había recogido?

En un inglés perjudicado por la borrachera y lo otro que habían ingerido, entre Neils y Melisa me explicaron lo que había ocurrido. Al parecer, cuando el australiano regresaba al hotel, se encontró con un grupo de brasileños que comenzaron a hablar con él y a invitarlo a *caipirinhas*. Debieron de echarle algo en la bebida, es decir, lo drogaron, porque Neils no recordaba nada, sólo que se despertó en medio de la calle y sin pantalones. Le habían robado el móvil y la cartera con dinero y el pasaporte. Y allí estaba Melisa, que había visto lo que había sucedido. Lo que no me explicó es cómo de este incidente pasaron a entrar en la habitación para echar un polvo. Obviamente, la droga le había hecho perder la noción de la realidad.

Después de lo ocurrido y de comprobar que todavía se encontraba bajo los efectos del estupefaciente que le habían puesto en la *caipirinha*, no pude echarle la bronca por haber subido a las redes sociales mi vídeo bailando. Me desetiketé y punto. Llamamos a Jasmine y Michael, y nos dirigimos a la comisaría más cercana para denunciar el delito. Al parecer, era una práctica habitual drogar a los turistas con el objetivo de robarles. Melisa, debo reconocerlo, se portó muy bien. Nos acompañó a hablar con la policía, expuso su versión con datos concretos de los delincuentes y nos ayudó con el idioma.

Pasé unos días más en Arraial d'Ajuda. Eso sí, me privé de volver a salir de fiesta por la noche. Me dediqué a disfrutar de sus playas maravillosas, a relajarme, a pensar en cómo abordar la relación con Hugo, a ordenar mis fotos y actualizar la web. Había vendido tres fotos por internet para el catálogo de una web de ropa. La verdad, me pagaron muy poco, por no decir nada.

Salvador de Bahía me encantó, aunque me pareció que el Pelourinho, el centro de la ciudad, había sido rehabilitado con esmero exclusivamente pensando en los turistas. Eso sí, disfruté con las batucadas que, con mucha frecuencia, me encontraba por la calle. El espíritu de Carlinhos Brown se respiraba por toda la ciudad.

Y ya, por fin, puse rumbo a São Paulo. Hugo me había dado su dirección, un pequeño apartamento en una callecita de Liberdade. Se trata de una ciudad

cosmopolita y moderna, lugar de residencia de numerosos inmigrantes con distintos barrios étnicamente diferenciados. Hugo vivía en el barrio japonés. La comunidad nipona en Brasil es la más grande que existe en el mundo, debido a un gran movimiento migratorio que se produjo durante el siglo XX. Un dato que desconocía hasta que llegué a este país y vi a tantos brasileños con los ojos rasgados.

Los paulistanos llaman a su ciudad Sampa y la consideran la urbe más cultural del país. Eso sí, tienen un grave problema de tráfico. Ir de una a otra parte de la ciudad te puede costar horas, pese a las medidas existentes, como limitar el uso del coche por matrículas pares o impares. Y al problema de la movilidad había que añadirle una peligrosa contaminación y una violencia callejera endémicas.

El taxi me dejó frente a la finca de Hugo. Pagué al conductor y cogí mi equipaje. Según caminaba hacia la entrada, sentí un nudo de angustia en el estómago debido a la incertidumbre anidada en mi ánimo. Temía por cuáles serían las sensaciones que iba a experimentar al volver a ver a Hugo después de varios meses. ¿Me seguiría atrayendo? ¿Volvería a sentir el famoso cosquilleo en el vientre? ¿Qué pensaría él de mí? ¿Querría tener algo serio conmigo o sólo me recibiría por pura amistad?

Llamé al telefonillo y la puerta se abrió con un chasquido seco. Tomé el ascensor y, mientras ascendía al cuarto piso, me dieron ganas de salir corriendo. Tenía pánico al fracaso, a que todo lo que había pensado y deseado de él no hubiera servido para nada. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, allí estaba él.

Me sonreía. Y era una sonrisa sincera porque el brillo de sus ojos me lo atestiguaba.

—¡Estás... guapísima! —fueron sus primeras palabras.

Lo encontré más delgado que en la última foto que me había enviado por WhatsApp. Más estilizado. Más... atractivo. Eso sí, esperaba un beso, si no apasionado, al menos de bienvenida. Pero no llegó.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

—Bueno, pasa y me cuentas qué tal esos viajes...

Era un estudio muy pequeño donde la cama, un pequeño sofá y una mesita ocupaban la misma estancia. La cocina, diminuta, pero independiente. Y un baño de dimensiones medianas.

Depositó el equipaje en el suelo.

—Necesito ir al baño.

Después de asearme un poco, me observé en el espejo. ¿Estaba de verdad guapa? Me encontré también más delgada. Tanto tute de un lado para otro me había hecho perder algo de peso. Y, la verdad, me vi bastante bien. Dispuesta a ver qué pasaba aquella noche. ¿Dormiríamos juntos en la cama que había visto? Yo, desde luego, lo estaba deseando. Aunque, primero, quería saber qué sentía exactamente Hugo por mí.

Mi anfitrión golpeó suavemente la puerta con los nudillos.

—¿Todo bien? —preguntó desde el otro lado.

—Sí. Ya termino.

—¿Quieres cenar comida japonesa? El barrio está lleno de restaurantes asiáticos.

—¿Vamos a cenar fuera? Estoy bastante cansada...

A mí, desde luego, me apetecía una cena íntima en casa.

—Podemos hacer que la traigan a domicilio. ¿Me das permiso para que pida lo que crea más conveniente?

—¡Claro! Sin mucho picante, por favor. Ya lo sabes.

—Tranquila. No se me ha olvidado nuestra primera cena en Brisbane.

Intenté acicalarme lo mejor posible. Todavía no tenía del todo claro qué iba a pasar aquella noche, pero debía estar atractiva por si acaso.

Llegó la comida. Hugo había preparado la mesa y había colocado unas velas y un pequeño pebetero con incienso. La mesa presentaba un innegable toque de romanticismo que me encantaba. Íbamos por buen camino.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal por Laos, Vietnam, Nueva York...?

—Fenomenal, me ha encantado todo. Pero, sobre todo, Camboya. ¿Sabes que he empezado a vender algunas fotos? Hice algunos reportajes en Siem Reap y Phnom Penh.

—¿En serio? Eso es fantástico.

Comenzamos a comer el *sushi*. Por supuesto, no me eché *wasabi* en la salsa de soja.

—¿Y tú, qué tal? ¿Cómo está tu padre?

—Bastante mejor, pero tiene que cuidarse mucho. Dicen los médicos que el infarto puede repetirse sin previo aviso.

—¡Vaya, lo siento!

Debe ser durísimo saber que tu padre se puede morir en cualquier momento. No quería ni imaginármelo.

—La verdad es que soy un poco desastre. Soy cocinero y, en vez de prepararte una maravillosa cena, pido comida a un japonés. —Se puso rojo por la vergüenza.

—No te preocupes. En España decimos que «en casa del herrero, cuchillo de palo».

—¿Cómo?

—Es un refrán, un dicho popular. Significa que basta que te dediques a la cocina, para que no ejerzas de cocinero en casa.

—La verdad es que no me ha dado tiempo a comprar.

—¡Ya, ya, excusas! —ironicé con marcada intención—. Lo que te pasa es que no soy importante para ti. Si fuera otra, yo qué sé, Scarlett Johansson por ejemplo, seguro que le habrías preparado una cena exquisita.

—No te creas que Scarlett Johansson me gusta mucho. Yo soy más de Penélope Cruz. Como ves, siempre me gustaron las españolas.

—¿En serio? Pues yo tengo un aire a ella, ¿no?

Intenté poner morritos cómicos para parecerme a Penélope. Me asemejaba a ella en el moreno de la piel, pero claro, yo no poseía ni sus carnosos labios ni sus espectaculares ojos.

—Algo te pareces, sí —comentó con una sonrisa a media asta.

—Vamos, que entre ella y yo, te quedas con ella. No te preocupes, lo entiendo. De hecho, si fueras mi novio y se diera la oportunidad de que tú pasaras una noche con Penélope, yo, por una sola noche, te dejaría.

Ni loca se lo permitiría, pero era una manera de quedar bien.

—Y yo..., en la misma hipótesis anterior, ¿con quién te tendría que dejar a ti?

—Con Ryan Gosling. Me encanta. Es guapísimo.

—Entiendo. Pues tengo Netflix, si quieres buscamos una película de Ryan Gosling y la vemos después de cenar.

¿Una película? ¿Después de tanto tiempo sin vernos íbamos a ponernos una película en la tele? Estaba un poco desconcertada o, sencillamente, lo que ocurría es que no sabíamos cómo reaccionar después de tanto tiempo. Y cualquier movimiento podía ser un paso en falso.

—Me parece una idea perfecta. Pero espero que eso no sea lo último que hagamos esta noche.

El *sushi*, el *maki* y el *sashimi* estaban exquisitos. Se notaba que la colonia japonesa de São Paulo era auténtica. Terminamos de cenar y Hugo encendió

la tele. Había un anuncio del Masterchef brasileño. Buscaban concursantes.

—¿Por qué no te presentas? —le pregunté.

—¿Yo? No me gustan las cámaras.

—Ya, pero ¿y si ganas? Estoy segura de que tendrías muchas posibilidades y podría ser el empujón definitivo para montar tu propio restaurante.

—¿Tú crees? No me veo.

—Tú mismo.

Hugo se puso a buscar la película de Ryan en Netflix. ¿De verdad íbamos a desperdiciar la noche viendo una peli? De repente, me fijé en una que hacía tiempo que tenía ganas de ver. *Lo imposible*, de Juan Antonio Bayona. Cuando estuvimos en Tailandia, me prometí verla para hacerme una idea de lo que sufrieron los lugares tan bonitos en los que habíamos estado.

—¿Quieres que veamos *Lo imposible*? El director es español —le propuse a Hugo, llena de un cierto orgullo patrio.

Ya que tenía que ver una peli y que me planteaba que no sabía muy bien cuál era el objetivo de Hugo aquella noche, que fuera *Lo Imposible*. Vimos la película de un tirón, aunque, de manera furtiva, nuestras manos se fueron acercando hasta agarrarse la una a la otra. Hugo me seguía desconcertando. ¿Qué pretendía realmente? No terminaba de dar el paso y yo tampoco quería lanzarme, no fuera a ser que me respondiera con una cobra. Hacerlas yo me resultaba incómodo, pero que me las hicieran a mí me podía hundir en la miseria. Empecé a plantearme que el título de la peli podía ser premonitorio. *Lo imposible*.

Al terminar de verla, consulté algunos datos del tsunami.

—¿Sabías que algunos elefantes, gorilas y muchos felinos predijeron el tsunami y salvaron la vida de sus cuidadores en un centro de animales?

—Sí, es increíble. Nos creemos superiores a ellos, pero muchos animales poseen un sexto sentido con el que se adelantan a ciertos acontecimientos. Y nosotros, por ejemplo, no somos capaces de predecir ni lo que va a pasar esta noche en nuestra casa.

¿Pero por qué estábamos hablando de esto en lugar de hacer el amor? Era la hora de irse a dormir y sólo había una cama. Hasta ese instante, el beso había brillado por su ausencia.

—¿No te importa que durmamos juntos? —me planteó.

Estaba deseando abrazarme a él, así que, obviamente, no me importaba. Si me lo hubiera pedido, me habría ido de excursión a un tsunami con él.

Aunque, para tsunami, mi vida sentimental desde que encontré a Eric en la cama con mi mejor amiga.

Nos tumbamos en la cama, él sin camiseta y yo con la suya.

—¿No te parece increíble lo de que llamaras a la cabina y yo pasara por allí en ese momento? —le recordé.

—Sí, es alucinante. Como de película.

—Di la verdad. ¿Habías llamado más veces?

—Sólo un par de veces antes. Algo me decía que eras tú.

—Bueno, si sólo fueron un par de veces, sigue siendo una extraordinaria casualidad. Y, seguro, quería decir algo. Y no sólo esa llamada, han pasado más casualidades para que tú y yo estemos ahora en esta cama.

—Lo sé.

Y de improviso, acercó sus labios a los míos y me besó. Era un beso tan deseado que duró cerca de dos minutos antes de que comenzáramos a desnudarnos del todo e hiciéramos el amor. Era como si no hubieran transcurrido todos aquellos meses. Como si fuera la noche siguiente a la de Koh Phi Phi. Como si a su padre no le hubiera dado un infarto y hubiéramos seguido nuestra historia de amor. Durante aquellos minutos, y no sólo por el intenso y gratificante placer sexual del que ambos gozamos, experimenté por vez primera en mi vida el significado de la palabra felicidad.

Mientras estábamos abrazados, sonó una llamada de WhatsApp en mi móvil. Hugo, que se encontraba más cerca de la mesilla, cogió el teléfono y miró la pantalla.

—Un tal Eric...

Me dio un pequeño vuelco el corazón. Prácticamente, no había hablado con él desde Nueva York y justo tenía que aparecer en este momento. La verdad es que me daba igual. No respondí y silencié el teléfono.

—Verás, Eric es...

—No quiero saberlo —me cortó—. Tú has sido libre de hacer lo que hayas querido en este tiempo.

—Eric es mi ex, el de antes, el que me engañó. Ahora desea volver, pero le he dejado muy claro que se olvide de mí porque... —Le miré intensamente a los ojos y concluí—: Yo te quiero a ti.

Lo solté así, sin pensar. Justo después de hacerlo, me arrepentí. No quería romper la magia del instante. Pero la cagué porque él no me correspondió con un «Yo también». Quizá era demasiado pronto. A lo mejor, después de unos

días. No sé. No quise pensar más en ello. Se trataba, una vez más, de vivir el presente.

Nos quedamos abrazados durante mucho tiempo, conversando. En el Spotify sonaba música brasileña, en especial de María Rita, una cantautora que a Hugo le gustaba mucho. En un momento dado, durante el puente de silencio entre un tema musical y otro...

—Tengo que decirte algo... —Hugo se puso serio y un escalofrío de miedo atenazó todo mi cuerpo. Y, dada mi innata tendencia al pesimismo, me imaginé que era cuando venía la hostia.

—¿El qué...? Ya sé que te he dicho que te quiero, pero lo siento, se me ha escapado.

—No lo sientas, todo lo contrario. Se trata de otra cosa. De algo que te debía haber dicho hace mucho tiempo...

Desconcertada, no sabía si preocuparme o no.

—Quiero explicarte por qué se quebró nuestra relación cuando lo de mi padre. Por qué no te llamaba. Por qué te decía que hicieras tu vida.

—No pasa nada. Es normal. Tu padre estaba enfermo y tú estabas preocupado.

—No era sólo eso, Elsa. Tengo una hermana, Marilia. Pero éramos cuatro hermanos. Los dos mayores están muertos, ambos de un infarto. Uno cuando tenía cuarenta y tres años y otro a los cuarenta y uno. Cayeron fulminados. Mi padre se ha salvado, pero, en cualquier momento, se nos va. Mi hermana y yo nos hicimos pruebas médicas y ambos tenemos la misma anomalía cardíaca congénita que mi padre y mis hermanos difuntos. Científicamente, le llaman algo así como estenosis mitral aguda. Nos han operado, pero esto no garantiza que estemos fuera de peligro. En un cincuenta por ciento de pacientes, la anomalía vuelve a surgir.

—¡Dios mío...! —Estaba horrorizada. Era como una condena a muerte de la que desconocías el día de la ejecución.

—¿Lo entiendes ahora...? Tenía miedo, mucho miedo, a comprometerme y hacerle daño a alguien a quien quiero tanto como tú. Me puede pasar lo irremediable en cualquier instante y no quiero romperte la vida.

—¿Has dicho... que me quieres?

—Mucho. Nunca había querido tanto a una mujer.

Mi corazón estalló de alegría. ¡Hugo estaba enamorado de mí, tanto o más que yo de él! Pero... también me puse muy triste. Me entró un miedo atroz a

que se hiciera realidad lo que decía y un infarto se lo llevara de mi lado de improviso. Me sobrepuse a duras penas. No podía exteriorizar este pensamiento negativo.

—Me basta con lo que me has dicho. Y no me importa nada lo que pueda ocurrir. Yo también me puedo morir en cualquier momento. ¿Y qué?

Hugo sonrió, feliz, y unimos nuestros labios y nuestras lenguas en un largo beso.

Entonces lo comprendí todo. Por qué había estado tan esquivo, frío y distante conmigo desde que nos despedimos en Koh Phi Phi. Por qué insistía una y otra vez en que hiciese mi vida. En el fondo, todo había sido un gigantesco acto de amor hacia mí.

En los días sucesivos, jugamos a que vivíamos juntos en São Paulo. Él se iba a trabajar y, mientras tanto, yo visitaba la ciudad.

Me presentó a sus mejores amigos, João y Sergio. El primero de ellos era un donjuán. Trabajaba como publicista y se pasaba la vida acostándose con mujeres, la mayoría de ellas casadas porque, según él, estas no daban problemas cuando querías cortar la relación. Nos contó que entonces andaba con la esposa de un pez gordo, pero no nos quiso decir quién. Sergio, en cambio, era más tranquilo, una especie de gurú de las *start-ups* en la ciudad. Había montado su propio negocio digital.

También conocí a Marilia, su hermana, una treintañera que pertenecía a una ONG y trabajaba en las favelas. Era muy maja y hablé mucho con ella porque, como su hermano, al haber vivido en Argentina dominaba bastante bien el español. Su filosofía de la vida era absolutamente positiva: no sabemos apreciar lo que tenemos y vivimos obsesionados con lograr objetivos que, si algún día los conseguimos, no nos harán más felices que ahora.

—Muchas veces vivimos preocupados por tonterías. Si la gente visitara las favelas, auténticos altares de la pobreza en los que apenas hay comida, educación o sanidad, pensarían de otro modo. Eso sí que son problemas. Por eso, cuando alguna amiga mía se amarga el día porque se le ha roto una uña, le digo que es una egoísta, una pobre infeliz.

—¿Puedo ir a ver cómo es tu trabajo? —me lancé a hacerle la proposición.

—Claro que sí, mañana vamos a manifestarnos para pedir una escuela en la favela Heliópolis. Puedes venirte.

Al día siguiente, nos trasladamos a la citada favela y viví una experiencia

que no olvidaré el resto de mi vida. Por supuesto, me llevé mi cámara de fotos y casi me salió un documental.

Toda la comunidad se reunió tres horas antes de la manifestación para decidir quiénes actuarían de portavoces, cuál sería el lema, cómo se organizarían para que no hubiera disturbios, qué iban a decir en el discurso. Desde luego, todos hablaban en portugués y yo entendía lo que podía, pero me lancé a hacerle preguntas a la gente para poner nombre propio a los protagonistas. Pensé que podía conseguir un buen reportaje, no sólo por las crudas fotos, sino también por el texto que las acompañaría basado en mis conversaciones con aquellos desheredados de la Tierra. Le escribiría a Daniel Giles, el corresponsal de *El País* en Asia, para ver con quién debería hablar de su periódico para que me lo publicaran.

Aquellas personas nos abrieron sus míseras viviendas. El trabajo de Marilia consistía en organizarlos, darles asesoramiento, resolver los problemas básicos. Nos ofrecían zumo y comida, la poca que tenían, con una generosidad que les honraba. La mayoría eran mujeres mayores, pues los maridos, o andaban por ahí borrachos, o estaban tratando de encontrar alguna manera de traer dinero a casa. Eso sí, todo se lo tomaban con la alegría que existe en el ADN de la mayoría de los brasileños, sin preocupaciones, porque lo importante es no perder la sonrisa. Fue realmente emocionante y aleccionador vivir la lucha de unos centenares de mujeres por una escuela nueva en la favela. Una escuela que diera educación a sus hijos y nietos para que no se dedicaran a robar o a traficar con drogas.

También acudimos a una guardería, el anterior proyecto por el que había luchado la asociación, aunque las condiciones de higiene no eran muy buenas. Multitud de niños y niñas negros se acercaron a mí cuando extraje la cámara de fotos y comencé a sacarles instantáneas. Tenían apenas tres o cuatro años, pero ya salían en las imágenes simulando que tenían una pistola en sus manos y que me disparaban. ¿Cuántos de aquellos se convertirían en delincuentes? Probablemente, la mayoría.

La visita a la guardería resultó una experiencia que me recordó, en parte, a la vivida junto a Jaime Miña en los alrededores de los templos de Angkor, en Camboya. Muchas veces los que menos tienen son los que más valores poseen y más comparten. Comencé a plantearme colaborar con la ONG de Marilia, ya que tenía idea de quedarme más tiempo del previsto en Brasil con Hugo. Aunque, claro, aún no se lo había comentado a mis padres, que me

esperaban en Madrid dos semanas más tarde.

Estando en aquella guardería, Marilia recibió una llamada de Hugo. Estaba en el hospital. Algo había pasado. Ay, Dios mío, ¿estaría bien? ¿Le habría dado un infarto por las emociones que habíamos compartido entre los dos? Se me encogió el corazón.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Hugo? —le apremié a Marilia cuando colgó.

—No, mi hermano está bien. Es João, su amigo. Está ingresado de gravedad.

Como era obvio, no nos quedamos a la manifestación. Nos fuimos en su utilitario lo más rápido que pudimos hacia el hospital.

Cuando llegamos, encontramos a Hugo caminando nervioso de una punta a otra en uno de los pasillos. Fui corriendo a abrazarle. Egoístamente, me había alegrado de que él no fuese el que estaba dentro ingresado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Marilia.

—João tiene matrícula impar en su coche y hoy tocaban matrículas pares. Por eso, me pidió llevarle a una reunión de trabajo antes de entrar yo en el restaurante. Estábamos parados en un semáforo y, de repente, se acercó un tipo con una pistola y le disparó dos veces en la cabeza.

—¿Qué? ¿Pero por qué? —Horrorizada, yo no entendía nada.

—Esta ciudad es así —me informó Marilia—. Todo el mundo conoce a alguien a quien han asesinado.

—Pero tiene que haber alguna razón. ¡No puede ser así porque sí! —exclamé.

—Creo que João se estaba acostando con quien no debía. Es lo único que se me ocurre —argumentó Hugo—. En São Paulo tienes que tener mucho cuidado con lo que haces.

—¿Y cómo podéis vivir así, con esta inseguridad? —les planteé.

En ese momento, apareció un doctor de pelo canoso y el semblante arrugado como una pasa. Miró a Hugo significativamente y negó con la cabeza. Mi amor comprendió que su amigo, su mejor amigo, había muerto. Me abracé a él, pero no logré contener su llanto. Marilia se unió a nosotros.

A los dos días enterramos a João y fue en el cementerio donde conocí a los padres de Hugo. Su progenitor no salía mucho desde el infarto y su madre se ocupaba de cuidarle. Me parecieron dos personas muy educadas, ya con setenta y muchos años, que me acogieron con gran afabilidad. ¡Qué pena que

hubiera tenido que ser en aquellas lastimosas circunstancias cuando nos viéramos la cara por primera vez!

A partir del asesinato de João, la idea que tenía de quedarme a vivir en Brasil un tiempo desapareció de mi cabeza. Tenía miedo, mucho miedo, a salir a la calle. Así que traté de convencer a Hugo, por supuesto sin ningún tipo de exigencia, de que se viniera conmigo a España. En Madrid podríamos establecernos y vivir nuestra historia de amor.

—No pienso irme a vivir a otro lugar que no sea São Paulo —se mostró tajante.

—Pero ¿por qué? Me encanta Brasil, de verdad. Pero en España estaremos más seguros. No quiero vivir con miedo a salir a la calle y a que a alguien se le crucen los cables y me pegue un tiro.

—En España puede llegar un yihadista y hacerlo también.

Aquello me dio que pensar. Pero si te parabas a reflexionar sobre las muertes violentas en Brasil, el número era muy superior a las que se producían en Europa, o en España, a pesar del terrorismo islámico. Además, las fuerzas de seguridad en España abortaban con gran eficacia los intentos de atentado por parte de islamistas radicales.

—Está claro que la seguridad total nunca la vas a tener, pero yo me siento más segura en mi país.

—¿Y qué hago? ¿Abandono el buen trabajo que tengo ahora? ¿Dejo a mis padres?

—Puedes encontrar un buen trabajo de cocinero en España. Allí están de moda la gastronomía y la alta cocina.

—No, lo siento. —Me miró fijamente, eso sí, con tristeza—. Vete tú. Lo entenderé perfectamente.

¿Cómo? ¿Qué quería decir aquello? ¿Me estaba proponiendo cortar? ¿Que acabáramos con nuestra relación recién empezada?

—¿No puedes o no quieres estar conmigo?

—No puedo irme de São Paulo. ¿Es que no lo entiendes? A pesar de la inseguridad que existe aquí, necesito estar cerca de mi familia, y más después de la muerte de mis dos hermanos.

—¿Pues sabes qué? Yo, aparte de la inseguridad que siento en esta ciudad, también quiero estar cerca de mi familia.

—Entonces sólo nos queda una opción, ¿no?

Yo lo observé largamente pensando que era verdad lo que tantas veces

había oído y leído: la historia de amor entre dos personas de culturas diferentes era, en la inmensa mayoría de los casos, imposible. Estaba claro. No podía ser. A la primera discusión seria, nuestro «gran» amor se había diluido como un azucarillo en el agua.

Cuando el avión despegó del aeropuerto de São Paulo, tragándome las lágrimas a duras penas, me vino a la cabeza, y sobre todo al corazón, una cita leída al comienzo de una novela cuyo título no recuerdo ahora. Más o menos, decía esto: «Enamorarse es cometer el error, el grave error, el inmenso error, de creer que existe en el mundo una persona diferente a todas las demás».

Yo había cometido ese error...

Ese grave error...

Ese inmenso error...

CAPÍTULO 13

EL ÚNICO ANIMAL QUE TROPIEZA «N» VECES CON LA MISMA PIEDRA

Besaba a Hugo en Cala Mitjana en Menorca, para mí una de las playas más bonitas del mundo. Aunque en verano está petada de gente, en aquel momento él y yo éramos los únicos visitantes de tan hermoso lugar. Nos encontrábamos dentro del mar y podía sentir el sabor salado de sus labios y su lengua, que buscaba la mía con ternura a la vez que con pasión. Mi compañero y amante me despojaba de la parte de arriba del bikini y me acariciaba los pechos con exquisita delicadeza. A su vez, yo le correspondía quitándole el bañador.

Era un amanecer irisado, las olas aún no se habían despertado y nos dispusimos a hacer el amor sobre la tibia arena, olvidados por completo de que pudiera aparecer algún *voyeur* furtivo. Hugo se echó sobre mí, abrí las piernas y me penetró con suavidad.

Y, entonces, me desperté.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. A mi lado se encontraba Eric, desnudo. Fue cuando tomé conciencia de cuál era la verdadera realidad de mi vida.

Tras la discusión con Hugo, en la que quedaron claras nuestras irreconciliables posturas, había regresado a España. A Madrid. A mi barrio. A estar con mi familia.

Volví triste porque se hubiera acabado mi historia de amor con Hugo a pesar de mis numerosos esfuerzos, pero el hecho de ver a mis padres, a mi hermano y a mis amigos, y contarles en persona todas las aventuras que había vivido, consiguió reconfortarme un poco.

Pero eso fue sólo los primeros días. Después, me reafirmé en que yo ya era otra persona muy diferente a la que partió de Barajas un año antes.

Viajar me había abierto la mente a numerosas realidades que yo desconocía por completo. Mi aprendizaje de la cultura de todos los países que

había visitado, de las diferentes sociedades que existen a lo largo del mundo, del conocimiento de seres humanos con vidas muy diferentes a la mía, pero con la misma pasión por viajar, indudablemente me habían hecho crecer como persona.

Sin embargo, todos mis familiares y amigos parecían encontrarse en el mismo punto de sus vidas que un año atrás. Nada había cambiado sustancialmente en ellos y en Madrid. Me sentía, no sé, como por encima de todos. Añoraba un día tras otro el viaje realizado. Repasaba una y otra vez el *collage* que mi padre había confeccionado con todas las ubicaciones que yo le había enviado a través de WhatsApp durante las diversas etapas, una distracción que me hacía revivir de alguna manera todo lo acontecido en mi peregrinaje por el mundo. Pero, claro, había llegado el momento de organizar mi futuro. Y lo que sí tenía claro es que debía intentar orientarlo hacia el mundo de la fotografía de viajes profesional.

Me puse a recorrer durante meses todos los medios de comunicación para mostrarles mi portfolio, pero no conseguí vender ninguna. Ni siquiera a *El País*, donde ya me habían comprado varias. Obviamente, me rayé mogollón. Un día, comiendo con mi madre, que había venido a Madrid, me manifestó su gran preocupación por mi futuro profesional.

—Hija, lo de vivir de la fotografía lo veo muy oscuro. Resultaría muy bonito estar siempre viajando, pero debes ser realista.

—Me tiene que salir, mamá. Cuando estaba en Asia, conseguí vender algunos reportajes, ¿por qué no voy a encontrar nada aquí?

—Porque llevas dos meses llamando a puertas y esperando que suene el teléfono y nada. El periodismo está muy complicado en esta época. Ya ves el índice de paro que hay en la profesión.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues, por ejemplo, preparar unas oposiciones mientras sigues intentando lo de la fotografía. Consigue un trabajo de ocho a tres para toda la vida y tendrás las tardes libres para hacer todas las fotografías que quieras.

No. Entendía a mamá, pero no. Yo no quería ser funcionaria. No quería convertirme en una amargada por no cumplir mis sueños. No quería tener un trabajo rutinario que no me llenara, y me reafirmé en ello un día que tuve que ir a renovar la demanda de empleo a una oficina del INEM.

Después de tirarme tres horas esperando mi turno, a pesar de que había solicitado una cita previa, cuando por fin me tocó ir a una de las mesas, la

funcionaria que debía atenderme se encontraba hablando con una compañera de al lado.

—Oye, Lola, que se me ha olvidado preguntarte. ¿Qué tal la primera comunión de tu sobrina? ¿Os llovió en la comida? —quiso saber la burócrata de mi mesa, una cincuentona rellenita, dirigiéndose a su colega.

—No, gracias a Dios. Nos libramos por poquito. Menos mal, porque dentro del restaurante estaba todo lleno con otras dos comuniones. Por cierto, le regalé a la niña un móvil y se puso tan contenta, y los padres también. A la que sí le pilló la tormenta fue a mi vecina Reme, que celebró la comunión de su hija en una finca de los suegros. El viento se llevó el techo de la carpa y se tuvieron que refugiar en los coches porque la casa la tenían en obras.

No contentas con esta parrafada en pleno trabajo, y a pesar de tener una cola de quince o veinte personas esperando, las dos funcionarias siguieron su palique.

—¿Y cuándo te vas de vacaciones?

—La semana que viene si Alfredito no vuelve a cambiar los turnos. Estoy loca por llegar a Torrevieja, tumbarme a tomar el sol en la playa y olvidarme de este puto ordenador.

—Si es que trabajar en verano, en España, debería estar prohibido. Yo, en vez de luchar por más subidas de sueldo en el convenio, pediría más tiempo de vacaciones.

Tras agotar el tema de las vacaciones, continuaron con los zapatos y vestidos que se habían comprado en las rebajas, zapatos y vestidos que tenían que ir a devolver porque al llegar a casa se dieron cuenta de que ya no les gustaban.

No. No quería convertirme en aquello. Lo odiaba. Por mucho que fuese un trabajo para toda la vida y de ocho a tres.

Pero, la vida es como es, siete meses después de no saber qué hacer con mi vida, decidí buscar oposiciones por internet. Encontré unas de auxiliar administrativo en la Universidad Autónoma para las que quedaban más de ocho meses. Reunía los requisitos y claudiqué. Me inscribí en ellas.

¿Es que el año que había estado viajando no había servido para nada? ¿Me estaba haciendo mayor y tenía que renunciar a mis sueños? Un año y siete meses después de empezar a dar la vuelta al mundo, me encontraba estudiando unas oposiciones para convertirme en una seta el resto de mi vida. Vamos, que estaba igual que antes, cuando pasaba los días tras la ventanilla

del banco. Sin novio, sin trabajo y con un futuro por delante gris tirando a negro. ¿Podía ser peor?

Un día, buscando en la biblioteca del centro cultural del barrio una novela con la que entretenerme por las noches, alguien tocó mi espalda mientras revisaba las estanterías. Me giré.

—Te recomiendo la de David Trueba. Es muy divertida —me dijo Eric con la mejor de sus sonrisas.

—Vaya, Eric, qué casualidad. ¿Cómo estás?

No lo veía, ni tenía noticias directas de él, desde nuestro encuentro en Nueva York. Se había dejado una barba larga y recuidada en plan *hipster*. Y, la verdad, no le quedaba mal.

—Bien. Pensé que me llamarías cuando regresaras de tu viaje.

—Ya, he estado muy ocupada recuperando la normalidad. Bueno, ya sé que es una estúpida excusa. Y tú, ¿qué tal?

—Bien, bastante bien. ¿Estás trabajando?

—No. Preparando unas oposiciones.

—¿Ah, sí...? ¿Y tus sueños de fotógrafa?

—No los tengo abandonados, pero, en paralelo, quiero encontrar una manera de estabilizarme. ¿Y tú con los diseños?

—Pues llevo tres meses trabajando como grafista en un programa de Televisión Española. Vamos, que casi soy funcionario. Al final, vamos a llevar carreras paralelas.

—Tío, me alegro un montón.

—¿Te apetece tomarte un café? —me propuso, y yo no tenía nada mejor que hacer en aquellos momentos.

Y así fue como después de un café vino una caña. Más tarde, quedamos para cenar y un día me llevó a una discoteca donde nos besamos. Y volvimos a enrollarnos. Parecía estar reviviendo todo lo que pasó doce años atrás, cuando empezamos a salir. Hasta que un día comenzamos a acostarnos y volvió a ser casi el mismo desastre que nuestros últimos meses de relación. Aun así, nos seguimos viendo, pero él en su casa y yo en la mía. No sé si volvíamos a ser novios o sólo éramos lo que se llama *follamigos*.

Pasaba el tiempo. El año de viaje, a nivel de crecimiento personal, aunque yo quisiera pensar lo contrario, no había servido para nada. Volvía a estar con Eric, aunque fuera en plan de amigos más o menos íntimos, y estaba estudiando oposiciones a funcionaria. ¿Se podía tener una vida más triste?

¿Debería volver a largarme de viaje? A veces me tentaba esta posibilidad, pero no podía huir hacia adelante.

Un día, una amiga de la universidad me envió un mensaje por Facebook:

ROSI PÉREZ: Tía, me voy de vacaciones al sudeste asiático un mes y medio. Tú que te hiciste ese pedazo de recorrido, ¿me podrías dar algunos consejos?

Le propuse tomarnos un café y hablar de ello. Pero no fue la única que me contactó para pedirme consejos de cómo efectuar el viaje de la manera más barata posible.

Y entonces me acordé del blog «Inteligencia viajera», una web que ayudaba a la gente con recomendaciones para viajes largos y cómo conseguir ingresos durante ese tiempo. Pensé que quizá yo podría hacer lo mismo y me animé a intentarlo. Le dedicaba las mañanas a estudiar las oposiciones y las tardes al blog. Tenía mogollón de fotografías propias para ilustrarlo y conseguir una buena redacción pasaba por corregirme una y otra vez hasta conseguir la fluidez narrativa de la que carecía.

La noche que soñé que me encontraba con Hugo en una cala de Menorca y la realidad me dio un golpe al despertar y encontrar a mi lado a Eric, me di cuenta de que no podía seguir así. De que estaba, una vez más, engañándome a mí misma y a Eric. No, no vivíamos juntos, pero las noches que quedábamos, a veces dormía en casa. Aquella mañana, después de desayunar, se marchó a su trabajo en el programa de televisión y yo no pude estudiar apenas en todo el día. ¿Qué estaba haciendo con mi existencia...? Volver a tener una relación con Eric, aunque de momento no fuese seria, no era una buena idea. Eric no me emocionaba lo más mínimo, no saltaba la chispa con él. Sin embargo, Hugo, a mi pesar, muy a mi pesar, permanecía anidado en algún recoveco de mi corazón y Eric no era precisamente la persona que me iba a ayudar a desalojarlo.

A mitad de la tarde, Eric me escribió un WhatsApp.

ERIC: ¿Me paso esta noche a cenar y pedimos comida japonesa?

Le contesté afirmativamente, pero mi intención era plantearle sin tapujos que aquella relación no podía continuar.

Permanecí sentada una hora en el sofá. A oscuras. Sin ni siquiera mirar el

móvil. No quería pensar en nada más que en la manera de reorientar mi vida. A las nueve y media, Eric llamó al telefonillo. Le abrí.

—Ya he hecho el pedido de comida japonesa por teléfono mientras venía. Lo traerán en un ratito.

Me miró y se dio cuenta del gesto serio de mi rostro. Detectó enseguida que me pasaba algo importante.

—¿Qué ocurre?

—¿Nos sentamos a esperar la comida?

—Vale, pero dime qué te pasa.

Nos acomodamos los dos en los extremos del sofá.

—Eric... No podemos continuar así. Esto..., lo nuestro no va a ningún sitio.

—¿Pero por qué? Pero si estamos bien, estamos recuperando lo que teníamos, ¿no? Poco a poco. Sin agobios de ningún tipo.

—Yo no sé si tú estás bien así, pero yo no. Nuestro amor, que lo tuvimos, y muy ilusionante, no desapareció el día en que te acostaste con Mar. Ya estaba muerto, si no, no me habrías sido infiel... Ahora estamos más o menos juntos... por estar. Y esto es justo lo que detesto. No quiero estar por estar. Ha sido un error volver a enrollarnos y no quiero seguir más así. Quiero que la experiencia de un año por esos mundos sirva para algo. Para mirar hacia delante, no hacia atrás. Lo siento, Eric.

—¿Has... has conocido a alguien? —preguntó con la voz lacerada por el dolor.

—No. A nadie importante. —No sabía si le estaba mintiendo, porque, ¿era por Hugo?—. De verdad. Pero no descarto encontrar algún día a eso que llamamos «el hombre de mi vida». Debo abrirme a esa posibilidad, y nuestra relación es un obstáculo... Lo siento, Eric.

—Elsa, para mí sí está siendo ilusionante. Pero si tú no... Me cuesta aceptarlo, pero bueno, lo entiendo.

—Ahora sólo quiero aprobar esas putas oposiciones y, te lo repito, poder encontrar a alguien que me ilusione. Y si sigo haciendo el tonto contigo, no va a pasar ninguna de las dos cosas.

—Lo tienes claro, ¿verdad? —Asentí con la cabeza sin ningún atisbo de duda—. Pues me quedo muy jodido, tía —continuó con voz mustia—. He llegado a estar convencido de que lo nuestro podía volver a funcionar.

—Entiendo que te quieras marchar —le dejé caer de un modo no

demasiado sutil.

—Todo esto es culpa mía. La cagué con Mar —medio llorisqueó.

—Ya te he dicho que no. No te culpes por lo que pasó... Es mejor que te vayas, Eric. Esto se ha acabado.

Se marchó sin un beso de despedida. Ni preguntó, lo típico, si podíamos seguir siendo amigos. Seguramente, tardaríamos mucho tiempo en vernos de nuevo. Era la mejor manera de que no volviéramos a hacernos daño.

Me quedé sentada en el sofá con la cabeza para atrás, apoyada en el respaldo y con los ojos cerrados. En silencio. Meditando sobre lo duro que era lo que tenía por delante, pero que debía echarle narices y asumirlo. Me quedaban, probablemente, dos tercios de mi vida por delante. En principio, y si nadie lo remediaba, de funcionaria.

Sonó el telefonillo. ¿Iba Eric a realizar un último intento? Pensé en no contestar, pero al final lo hice.

—¡Comida japonesa! —anunció una voz masculina.

Abrí. A los dos minutos sonó el timbre de la puerta. Giré el pomo y, literalmente, casi me caigo de espaldas cuando el repartidor se quitó el casco. ¡No podía ser! ¡Imposible! ¡Mi mente enfebrecida me estaba jugando una mala pasada! ¡No me lo podía creer...! ¡Tenía que ser un sueño! Me froté los ojos y pude constatar que no lo era.

¿¡Qué hacía Hugo en la puerta de mi piso de Madrid con el anorak y la caja de repartidor de comida japonesa a domicilio!?

—¿Ha pedido usted un menú japonés? —Me dedicó la sonrisa más maravillosa del mundo.

—¿Tú? —No acerté a decir nada más original.

—¡Yo!

—¿Qué... qué haces... aquí? —tartamudeé entre el desconcierto y la alegría.

—Pues nada... He venido a traerte el *sushi*... y a preguntarte, si todavía no es demasiado tarde, si quieres convertirte en la mujer de mi vida.

—¿Qué? —No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Puedo pasar... y te lo explico?

—¿Puedes besarme para saber si estoy despierta o es un sueño? —le repliqué.

El beso fue... Si existiera un concurso de los besos más largos, aquel beso habría alcanzado el *top ten*. Yo me puse a llorar de alegría con unos

lagrimones como pelotitas de ping-pong. Y todo esto, en la puerta.

¡Claro que podía pasar! ¡Pero para no salir nunca más de mi vida!

—¿Puedo... pasar? —insistió cuando se separaron nuestros labios y yo le miraba anhelante a través de mis acuosos ojos—. ¿O prefieres... que me marche?

—¡Nooooo! —grité como una posesa—. ¡Tú no te vas a ninguna parte!

—¡Vale, vale! Si te pones así, me quedo.

Ya dentro del piso, y sentados en el salón, le pedí que me explicara aquella súbita aparición.

—Cuando te fuiste de Brasil, sentí un vacío enorme. Un día tras otro me recriminaba el haber sido un imbécil al empecinarme en no salir de mi país, poniendo en peligro mi felicidad por una cuestión meramente geográfica... Y si, he dado este paso, Elsa, es porque quiero apostar totalmente por lo nuestro. Quiero vivir a tu lado el resto de mi vida y no me importa el lugar del mundo. Estando contigo, donde sea.

—¿Por ejemplo... en España?

—He dicho donde sea.

Me arrojé a sus brazos. Bueno, literalmente salté sobre él por encima de la mesa de centro y rodamos abrazados desde el sofá al suelo. Tras un nuevo y atornillado beso, le planteé una serie de interrogantes que me rondaban por la cabeza desde el momento que abrí la puerta.

—¿Cómo me has encontrado si nunca te di mi dirección en Madrid? ¿Y cómo es posible que te hayas enterado de que esperaba comida japonesa?

Sonrió como un niño feliz tras haber realizado una gran travesura.

—En tu LinkedIn tienes colgado un documento con tu currículum y en él viene tu dirección. Así fue como te encontré. Mira qué fácil, *gatinha*.

—¿Y la comida japonesa?

—Eso fue más sencillo todavía. Cuando llegué a tu portal, justo dio la feliz casualidad de que estaba llamando el repartidor a tu piso. Resultó tan fácil como ofrecerle veinte euros si me dejaba subir la comida a tu casa.

—Eres un *crack*, tío. Por cierto, ¿no seguirá esperando el muchacho abajo?

—¡Carajo! —Se había olvidado por completo de él—. Voy a devolverle el uniforme y la caja.

Me empecé a reír como una tonta, desternillándome, mientras Hugo bajaba al portal para devolverle al repartidor el uniforme y la caja para transportar la comida. Aún no me podía creer lo que acababa de suceder. ¿No estaría

soñando...?

Me puse a preparar la mesa con velas, exactamente igual que hizo Hugo cuando cenamos comida japonesa en su apartamento de São Paulo. Se trataba del partido de vuelta. Ahora en mi casa. Y tenía que ganar la eliminatoria y quedarme con el premio final que, lógicamente, era una vida entera con aquel maravilloso brasileño que me había robado por completo el corazón.

—Le he dado otros diez euros, aparte de pagarle la comida, claro —me informó al regresar—. Se ha ido feliz.

Nos pusimos a cenar.

—¿Te gusta más o menos que la comida japonesa de Liberdade? —le tenté.

—Sinceramente, no está igual que en mi barrio. Pero me gusta porque estoy contigo.

—¿Cómo has dejado a tu padre?

—Bien. Está mucho mejor. Y muy contento porque ha pasado algo bueno.

—¿Algo bueno? ¿El qué?

Buscó en el móvil un vídeo y me lo mostró. Quedé flipada con lo que vi. Era la edición de *Masterchef* en Brasil. ¿Y quién estaba recogiendo el premio de ganador? ¡Exacto! ¡Hugo!

—¿En serio has ganado el *Masterchef* brasileño?

—Sí. Y, además, con un importante premio económico. Una parte de él se la he dado a mis padres y a mi hermana. Y con la otra, y con unos inversores que confían en mí, quiero montar mi propio restaurante.

Ilusionada, le miré fijamente a los ojos.

—¿En... España?

—Donde sea, ya te lo he dicho, siempre que tú estés conmigo.

No me podía creer el giro que había dado mi vida en cuestión de apenas media hora.

—Cuando lo abra, te contrataré como fotógrafa para promocionar mis platos y llevar la comunicación en las redes sociales.

—¿Sabes que estoy estudiando oposiciones para auxiliar administrativo en la universidad?

—Pero eso no era lo que tú querías.

—Ya lo sé, pero me he dado de bruces con la realidad.

—De eso nada, tienes que seguir luchando por tus sueños. Tú me apoyaste a mí y mira lo que he conseguido presentándome a *Masterchef*.

—Bueno, hablaremos del tema en otra ocasión.

—¡Tienes razón!

Dicho esto, me agarró por detrás cuando iba a buscar los postres al frigorífico y empezó a besarme el cuello y la espalda. Me quitó la camiseta y empezó a acariciarme los senos, primero con suavidad y poco después manoseándomelos por su excitación creciente. Yo me giré y lo besé. Nos desnudamos con frenesí y caímos sobre el sofá donde alcanzamos un descomunal y ruidoso orgasmo. Nada que ver con el de la noche anterior con Eric. Para que luego digan que el sexo sin amor es igual que con amor. Estaba enamorada de Hugo y eso se notó en el inmenso placer que sentí.

Desde el sofá nos dirigimos a la cama y repetimos el éxtasis, para luego quedar abrazados disfrutando de las canciones de Joaquín Sabina que yo había puesto en el Spotify. Era el partido de vuelta, qué le íbamos a hacer.

Tras un largo silencio para no romper la magia de aquellos maravillosos minutos...

—Hugo...

—Dime —contestó con voz somnolienta.

—¿Estás despierto?

—Ahora sí.

—Quiero comentarte algo... He estado pensando que sería un poco egoísta por mi parte pedirte que estés lejos de tu familia y que yo esté cerca de la mía. Sé lo mucho que significa para ti tu país...

—No te preocupes, no pasa nada. Me gusta España.

—Ya, pero ¿y si nos vamos a vivir a un país neutral? Yo no tengo ningún trabajo que me ate aquí.

—¿Adónde?

—No sé, lo podemos pensar... ¿Por ejemplo, a Australia, donde nos conocimos...?

—Uf, no sé. Demasiado caro, quizá. ¿Qué tal a Tailandia?

—Buena idea. Allí hicimos el amor por primera vez... ¡Ya lo tengo! ¿Y si montamos un hotelito en Koh Phi Phi, donde fuimos tan felices? Podría tener un restaurante con comida fusión brasileña, española y tailandesa.

—¡Menuda mezcla!

—¿A que mola?

—¿Qué es molar?

—Que estaría bien, ¿no?

—¿Estás segura de querer irte tan lejos de tu familia?

—Podemos venir a verla todos los años. Y también a São Paulo, por supuesto. Por probar, no pasa nada. Luego ya veríamos.

—¿Y tu sueño de ser fotógrafa? ¿Y tus oposiciones?

—A las oposiciones que les den. En el sudeste asiático tengo contactos para hacer fotos y aquella podría ser mi zona de influencia. Llevaría la comunicación del hotel, claro, pero tengo asimismo mi proyecto de nómada digital, un negocio *online* que puedo desarrollar en cualquier parte del planeta. No sé, tengo muchas opciones, alguna saldrá bien, ¿no crees?

—Me encanta tu optimismo.

—Entonces... ¿lo hacemos?

—¿Otra vez? ¿No has tenido suficiente con las dos veces que lo hemos hecho? —bromeó con marcada intención.

Me reí.

—¡Qué gilipollas eres!

Volvimos a besarnos. Un largo beso por el amor reencontrado.

—Me tomaré este beso como un sí. A partir de mañana nos ponemos manos a la obra con el proyecto Koh Phi Phi.

Hugo se durmió enseguida, probablemente agotado por el viaje y la vehemente actividad amorosa. Yo, aunque cansada también, tardé en conciliar el sueño pensando en los planes del futuro inmediato que se me acababa de abrir.

Una vez en Tailandia, tendría que contactar con Jaime Miña y con Daniel Giles para ofrecerme a ellos como fotógrafa permanente por aquella zona. También, por qué no, podría currarme reportajes como *freelance*. Y luego estaba lo del negocio digital para viajeros. Quizá podría centrarlo también en el sudeste asiático. Mi cabeza, una frenética túrmix centrifugando ideas, me arrebató el sueño, pero me devolvió la ilusión por el futuro.

Los siguientes días fueron de una intensa actividad. Abandoné, por supuesto, los estudios de las oposiciones. Estuvimos informándonos sobre los trámites para abrir un negocio en Tailandia y buscando precios asequibles de billetes de avión a Bangkok. Escribí a Daniel y Jaime, mis amigos periodistas en el sudeste asiático, explicándoles mis intenciones laborales. Aunque no me prometieron nada en cuanto a utilizar mis servicios como fotógrafa, tampoco lo descartaron y nos ayudaron muchísimo en el tema del hotelito. Coincidían en que sería un buen negocio si la oferta gastronómica resultaba atractiva.

Presenté a Hugo a mis amigas y les contamos nuestros proyectos. Algunas me decían que estaba loca. Que una cosa era irme de viaje un tiempo y otra muy distinta plantearme vivir tan lejos de manera indefinida. Pero yo estaba segura de nuestra decisión. Me ilusionaba el proyecto. Y sentía que tenía más oportunidades de hacer lo que realmente quería en el sudeste asiático que en mi propio país.

Quedaba un escollo muy importante. Comunicárselo a mis padres. Sobre todo, a mi madre. ¿Cómo se lo tomarían? Me daba miedo, mucho miedo. Ellos todavía no conocían a Hugo. Tenía que ir a verles a Linares y, de un plumazo, presentarles a mi novio, el que unos meses antes me había hecho sufrir tanto, y encima les iba a comunicar que me iba a vivir a Tailandia. ¡Pobre mi madre, cómo lo encajaría! Me diría mil cosas: «¿Hija, tú sabes bien lo que vas a hacer? ¡Que eso está muy lejos! ¿Pero cómo vamos a estar tanto tiempo sin verte? ¡Piénsatelo bien, por Dios, piénsatelo bien!». Demasiado para poder digerirlo en un solo día. Pero es que tenía que ser así.

Para celebrar nuestro reencuentro y pensar en la estrategia de cómo contárselo a mis padres, decidí darnos un homenaje. Una amiga me había hablado de un restaurante en San Agustín del Guadalix, un pueblo a treinta y cinco kilómetros de Madrid, el Araceli, donde al parecer servían un cochinillo exquisito. Reservé mesa para comer tranquilamente y diseñar un plan para dar la noticia a mis progenitores.

El restaurante estaba ubicado en una antigua casa de pueblo remodelada con gran confort y estética, pero sin perder su esencia rural. A Hugo le pareció muy exótico que en la puerta hubiera un carruaje antiguo, donde algunos hijos de los comensales jugaban subiéndose a él. Los camareros, atentos y simpáticos, nos hicieron pasar a un comedor muy lujoso situado en la parte posterior del edificio. Muy acogedor. Antes de sentarnos en la mesa asignada, Hugo se excusó para ir al baño. Mientras tanto, yo empecé a echarle un vistazo a la carta y, de repente, escuché una voz femenina que me resultaba familiar.

—¡Pedro! ¡Pedro! En esta mesa estamos bien.

Miré hacia mi derecha y me llevé una sorpresa mayúscula cuando me encontré a la mismísima Penélope Cruz que se había sentado en la mesa de al lado. Y Pedro no era otro que el director de cine Pedro Almodóvar. Lo primero que pensé es que habían quedado para hablar de algún proyecto cinematográfico. Pero, inmediatamente, me vino a la cabeza una escena. Yo

le había prometido a Hugo que, si lo conseguía, podría pasar una noche con Penélope y yo no tendría derecho a recriminárselo. Ay, Dios mío, ¿quién me mandaría a mí haber hecho aquella promesa y reservar en aquel restaurante? Bueno, Elsa, no desvaríes. Aquello fue un decir y no podría ocurrir nunca.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo le va a Javier en Los Ángeles? —Oí que le preguntaba Almodóvar a Penélope.

—Terminando de rodar otra entrega de *Piratas del Caribe*. Viene a finales de mes, estará aquí unos quince días y luego empieza otra peli en Casablanca. Ha encadenado otra buena racha.

Ay, madre, y encima Bardem no estaba en casa. Con lo cual Penélope tenía vía libre si le daba por enrollarse con mi novio. No había nadie que pudiera impedirlo. Porque, repito, yo no tenía ningún derecho después de lo que le dije en São Paulo... A pesar de que mi preocupación era pura ciencia ficción, mi desvarío mental no remitía. Sabía que era absurdo, pero los terribles celos de una mujer enamorada son incontrolables.

—Aunque os veis poco, ¿qué tal os va? —se interesó Almodóvar.

—Pues eso, que hay temporadas que nos vemos muy poco. Si no está él rodando, estoy yo.

Pero aquel «nos vemos muy poco» alteró aún más mi enfebrecida cabeza y me sentí fatal. Porque, claro, si se veían muy poco, seguro que ella podría liarse con alguien tan guapo como Hugo. Este, por cierto, había salido del baño y venía hacia la mesa. Sus miradas se iban a encontrar y podría pasar cualquier cosa. Porque Hugo, no lo tengo que repetir, era un hombre que podía atraer a cualquier mujer a primera vista.

A punto de llegar a su silla, descubrió que la mujer de la mesa de al lado era Penélope Cruz. Se quedó flipado, abrió los ojos hasta forzar las órbitas y no dejó de observarla hasta que se sentó en la mesa.

—¿Has visto...? —me preguntó mientras señalaba con un gesto de cabeza a nuestra famosa vecina de mesa.

—Sí, ya me he dado cuenta. Es tu musa. Pero, por favor, ten cuidado, que te vas a quedar sin cuello.

Se rio.

—¿No estarás celosa?

—¿Celosa, yo, por qué? ¿Lo dices porque te di permiso para liarte con ella si la conseguías?

—¿Hablabas en serio entonces?

—Claro. Yo soy una mujer de palabra. Además, Bardem está en Estados Unidos. O sea que tienes vía libre.

Volvió a reír. No se lo creía. Pero yo tenía que cumplir mi promesa si él se lo proponía, claro que, gilipollas de mí, tampoco tenía que darle alas como estaba haciendo. ¡Joder, me estaba volviendo paranoica con aquel tema! Penélope era guapísima en persona. Aunque, claro, pensándolo bien, le sacaba a Hugo por lo menos diez años.

Pedimos cochinitillo. Auténticamente delicioso. Mientras lo degustábamos en compañía de un rioja reserva, casi sin quererlo, escuchábamos fragmentos de la conversación de Penélope y Almodóvar.

—Es una vieja historia a la que le estoy dando vueltas. Una mujer que vuelve a su pueblo para vengarse de todos los caciques que hundieron a su familia. Es un papel de los que yo llamo de Goya.

—Estupendo. ¿Y tienes ya fecha de rodaje?

No podía desperdiciar la ocasión de tener tan cerca a dos celebridades y les hice un par de fotos furtivas para compartirlas con mis amigas. Me daba vergüenza pedirles que se hicieran una con nosotros, no era tan *groupie*. Aunque, seguramente, Hugo lo estaba deseando.

Me entraron ganas de ir al baño y también quería acicalarme un poco. Frente al espejo, me llamé de todo, desde gilipollas a paranoica. ¿Cómo se iba a enrollar Hugo con Penélope? Y, sobre todo, ¿cómo ella iba a querer si estaba felizmente casada con Javier Bardem y tenía dos hijos con él? Me di cuenta de que había entrado en un bucle absolutamente surrealista.

De regreso a la mesa, tomé conciencia de que la presencia de nuestros ilustres vecinos había hecho que me olvidara de estudiar con Hugo la visita a mis padres en Linares. Teníamos que trazar una sólida estrategia para contarles lo de nuestra relación sentimental y lo de Tailandia. Hugo se encontraba mirando su móvil y, nada más sentarme, le planteé el tema:

—Tú eres la que mejor los conoces. ¿Crees que es mejor hablar con los dos a la vez? ¿O primero con tu padre, que parece más asequible?

—Pues sí, me parece una buena idea ganarme primero la complicidad de mi padre porque la más difícil es mamá.

—Pues yo tengo un plan mejor. Algo que les hará mucha ilusión.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

En ese momento, me percaté de que Penélope se levantaba de la mesa. ¿Iría al baño? Pues no, no iba al baño. ¡Se estaba acercando a mí! Pero...

¿por qué?

—Perdona, eres Elsa, ¿verdad? —me preguntó la actriz ganadora de un Óscar por *Vicky Cristina Barcelona*.

¡Ya está! ¡Mientras yo estaba en el aseo habían ligado! Iba a pedirme que si le prestaba a Hugo por una noche.

—Sí... ¿Cómo sabes mi nombre? —balbuceé.

—Es que un chico, por cierto muy guapo, me ha dado un regalito para ti.

Me tendió una cajita envuelta con un lacito. No entendía nada. La abrí con dedos torpes debido al nerviosismo y encontré un precioso anillo de compromiso en oro blanco rematado por un diamante. ¡Aquello significaba que...!

Hugo me observaba expectante con una sonrisa.

—¿Esta es tu estrategia para contárselo a mis padres?

—¿No te parece una buena idea?

—¡Me parece maravillosa!

—¿Eso es un sí?

—¡Un sí total y absoluto! ¡Te quiero!

Y nos besamos... Otro beso infinito.

Penélope Cruz y Pedro Almodóvar asistían a la escena divertidos. Y, respetuosamente, regresaron a su mesa y nos dejaron espacio para nuestra intimidad.

—¿Has pensado dónde nos vamos a casar?

—¿Qué te parece en Tailandia, en Phi Phi Relax? Como aquella boda que vimos allí. ¿Te acuerdas? —me propuso ilusionado Hugo.

—Me parece genial. ¡Genial del todo! Lo malo es que no irá mucha gente.

—Irán los que de verdad sintonicen con nosotros. Y nosotros no queremos un bodorrio multitudinario. Sólo los familiares y amigos más cercanos, ¿no?

—Claro que sí.

Cómo podía haber sido tan tonta. Pensar que Penélope Cruz era mi rival cuando, en realidad, había sido partícipe del mejor momento de mi vida. Me acerqué y le di las gracias. Nos hicimos una foto los cuatro que, por supuesto, subimos a Instagram y Facebook con mucha repercusión en ambas redes.

Era la mejor estrategia del mundo. Con las ganas que mis padres tenían de asistir a mi boda, sobre todo mamá, no se negarían a que nos fuéramos a vivir a Tailandia. En especial, después de haberse quedado con la miel en los labios un año y medio antes.

Justo al día siguiente de la memorable comida en San Agustín del Guadalix, llamó mi padre para decirme que la familia argentina con la que hicimos una barbacoa en Humahuaca se encontraba de viaje por España. Les había invitado a una paella en nuestra casa de campo y me proponía que estuviera yo también.

Aquella era una buena ocasión para dar la noticia.

Una semana después de habernos comprometido, Hugo y yo viajamos a Linares para participar de la comida, una paella que papá se había empeñado en que la cocinara yo para, según él, dejar el pabellón bien alto. Y, la verdad, yo apenas había hecho media docena de paellas en mi vida.

Cuando mi padre nos abrió la puerta, lo noté bastante nervioso.

—Hola. Pasad, pasad.

Le di dos besos a mi progenitor y le presenté a mi novio:

—Este es Hugo, papá.

Mi padre fue a saludarle, aunque, como estaba tan acelerado, propició que ambos se hicieran un pequeño lío. No sé si se estrecharon la mano o se dieron un abrazo.

—Encantado de conocerte.

Después le presenté a mamá que, tras estamparle dos sonoros besos, me miró y me guiñó el ojo. Le leí los labios: «Guapísimo».

La primera impresión no había ido nada mal, sino todo lo contrario. Papá me metió prisa para que fuera preparando la paella, ya que la familia argentina no tardaría en llegar. Mientras, él le propuso a Hugo enseñarle la casa y tomar una cerveza. ¡Qué morro! Nació machista y moriría machista. Menos mal que mi madre se ofreció enseguida a ayudarme, estaba claro que para cotillear.

—¿Entonces, va la cosa en serio? —me preguntó.

—Creo que sí.

—Yo no te voy a preguntar si pensáis dar un paso más porque no es de mi incumbencia, pero, oye, si tú me lo quieres contar...

Hice como que no la había oído. Todavía no era el momento. Lo queríamos anunciar cuando estuviéramos comiendo.

Mi padre y Hugo, a juzgar por las risas que nos llegaban, hicieron pronto muy buenas migas. Seguramente porque se pusieron a hablar de fútbol. Hugo era aficionado al São Paulo y mi padre, en Latinoamérica, después del percance sufrido en Buenos Aires, le había hecho la cruz al Boca Juniors.

Cuando mi madre insistía con otra pregunta nada sutil, el sonido del timbre me salvó de tener que contestarle. Era la familia argentina. Llegaron Martín y Malena con sus dos hijos, Hernán y Elena.

Nos saludamos con efusividad, les presenté a Hugo y, rápidamente, yo me fui a echar el arroz. Pero pasó lo que cualquier cocinero odia, y eso mi novio tenía que saberlo. Todo el mundo vino a ver cómo iba la paella y a dar su opinión sobre si le faltaba o no sal y agua, si el fuego debía ser más lento...

—¿Le has echado un poco de cebolla? —me preguntó mi madre.

—Ya sabes que no me gusta la cebolla, mamá, que odio su textura.

—Ya, hija, pero es que una paella sin cebolla...

—La verdadera paella valenciana no lleva cebolla, señora —comentó Hugo.

—¿Ves, mamá? Te lo dice un ganador del *Masterchef* brasileño. —Le guiñé el ojo a mi novio, por la ayuda.

—¿No me digas que...? —Se quedó boquiabierta—. ¿Es una broma...?

—¡Nada de bromas, mamá! ¡Es tan verdad como que tú y yo estamos aquí!

—¡Pues eso, hijo, se merece otros dos besos!

Dicho y hecho, volvió a estamparle otros dos besos entre las risas de Hugo, que volvió al tema de la paella.

—Y, cariño, la paella autóctona, la del campo valenciano, tampoco lleva gambas ni guisantes ni almejas —me aleccionó.

—¿Y tú qué sabrás? —me piqué—. Creí que habías nacido en São Paulo y no en Gandía.

—No hay que haber nacido en Valencia para conocer los ingredientes de la paella tradicional. Un ganador de *Masterchef* tiene que saberlo casi todo.

—Pues, como cocinero, sabrás que se puede innovar, ¿no?

Nos enfrascamos en una divertida discusión hasta que llegó un momento en que me planté en jarras.

—¡Mira, guapito de cara, la paella es mía y la hago como quiero! ¡Y si se me ocurre echarle chorizo, le echo chorizo por mucho que se rasguen las vestiduras los puristas valencianos! ¡Y no le pongo conejo y caracoles porque no me da la gana!

—Vale, tía —aceptó Hugo—. Pero deberías bajarle un poco el fuego.

Se acercó a ejecutar personalmente lo que había sugerido. Yo estiré el brazo para evitarlo, pero con tan mala suerte que le propiné un puñetazo en la cara y cayó redondo al suelo golpeándose en la cabeza con un bordillo

perimetral del jardín.

—¡Ay, Dios mío! ¡El corazón! ¡Que Hugo tiene un poco tocado el corazón y ha perdido el conocimiento!

Todos, alarmados, se acercaron corriendo.

—¿En serio? —se inquietó Martín—. Pues hay que llevarlo a un hospital.

—¡Cariño, por favor, abre los ojos! ¡No me dejes viuda antes de casarnos! ¡Que nos íbamos a casar, mamá, es que nos íbamos a casar!

—¿Que os ibais a casar? ¿Y cómo no me lo has dicho antes, mala hija? —me recriminó ella.

—¿Qué coño es eso de que os vais a casar? —repitió mi padre.

—¡Enhorabuena! —gritaron todos los argentinos, olvidándose del pobre Hugo, que yacía en el suelo atontado por el golpe.

—¿Pero cuándo os vais a casar? ¿Dónde? ¿En Brasil? ¿En Linares? ¿Cómo hay que ir vestidos? —Mi madre sacó la ametralladora de preguntas y disparó en todas direcciones.

—¡En una isla de Tailandia! ¡En la playa! ¡Cada uno que vaya vestido como quiera!

—¿¡¡Qué!!? —vociferó mi madre—. ¿En Tailandia? ¿Y quién coño te ha dado permiso a ti para casarte en Tailandia, hija de...? —Se contuvo a tiempo antes de autoinsultarse.

—Pues a mí no me parece tan mala idea —intentó papá apaciguarla un poco.

—¡Tú te callas, que a ti no te ha dado nadie vela en esta boda!

—Ay, qué bonito, en Tailandia —opinó Malena.

—¿Podremos ir nosotros? —planteó Hernán.

—No conocemos Tailandia. Es una ocasión perfecta para viajar allí —propuso Martín.

—¿Los tailandeses son guapos? —Elena estaba en esa edad.

Y, mientras tanto, Hugo, inconsciente en el suelo del jardín de la casa de campo de mis padres.

—¡¿Queréis dejar ya la boda y llamar a una ambulancia?! —grité con todas mis fuerzas.

Mi padre sacó el móvil y, cuando estaba marcando el 112, Hugo abrió los ojos.

—¡Ay, que estás vivo! ¡Mi amor, estás vivo!

Estaba aturdido. Con los ojos como idos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Ay, Dios, que había perdido la memoria. ¿Se acordaría de mí? ¿De que nos íbamos a casar?

—Estamos en casa de mis padres. Iba a preparar una paella y...

—Y no le habrás echado almejas, ¿verdad?

En ese momento me di cuenta de que estaba bien, de que no había ningún peligro. Hugo sonrió. Entre mi padre y yo le ayudamos a levantarse y poco a poco empezó a encontrarse mejor. Con la ayuda de una cervecita fresquita con la que le obsequió mi progenitor, vio todo con mucha más salud y profundizó en el sentido del humor que su desmayo no le había arrebatado.

—¿Comemos o qué?

Y comimos.

Todos los presentes quedaron encantados con la paella, aunque tuviera gambas, guisantes y almejas. Lo importante era hacerla con cariño. Sorprendentemente, a mis padres no les pareció mal nuestra idea de quedarnos a vivir en Tailandia y montar nuestro hotelito con restaurante fusión. Hugo tenía razón. Confesándoles que nos íbamos a casar, lo de vivir en un país lejano no les pareció una locura desmesurada. Entre otras razones, porque resultaba guay poder viajar a Tailandia de vacaciones y no tener que pagar el hotel. Eso sí, mi madre enseguida pensó que algunas tías mías se tomarían muy mal que la boda fuera tan lejos. Pero aquello no dejaba de ser un problema menor.

Dos meses y medio después de reencontrarnos Hugo y yo en Madrid, y tras resolver numerosos trámites burocráticos, fijamos la fecha de la boda y volamos a Tailandia.

EPÍLOGO

LA ÚLTIMA TENTACIÓN ANTES DE LA CATÁSTROFE

Llegamos de nuevo a Phi Phi Relax, el hotel donde empezó todo, un reencuentro que nos trajo recuerdos extraordinarios. Tal como acordamos, habíamos invitado a la boda sólo a los familiares y amigos más allegados. Yo, como aquel enlace era fruto de mi periplo por el mundo, quise que estuvieran presentes las personas que habían sido importantes para mí durante aquel inolvidable periplo.

La mayoría de mis amigas de toda la vida declinaron la invitación por motivos económicos o por incompatibilidad de fechas. Lo entendía. No todo el mundo tenía el tiempo, las ganas y, sobre todo, el dinero para irse a una boda a la otra punta del planeta. Quienes sí vinieron, aparte de nuestros padres y hermanos, de la familia argentina y de un par de amigos por parte de cada uno, fueron Jasmine, su hermano Neils, los periodistas Daniel Giles y Jaime Miña, Aitor —el camarero— y Sarah. Viajeros del mundo, uníos, pensé. Y aquello ocurrió ese día.

A todos les pareció un lugar idílico. Al final no éramos más de treinta personas las que nos juntamos en la playa de Phi Phi Relax. Por supuesto, iba a ser una celebración con una hermosa puesta en escena porque, legalmente, nos habíamos casado antes de abandonar Madrid en la calle Pradillo, gracias a lo cual, Hugo obtuvo la nacionalidad española.

Por cierto, justo la mañana de la boda, Hugo, hablando con los recepcionistas, se enteró de que los dueños del Phi Phi Relax querían traspasar el negocio. Lo comentó con sus inversores esa misma mañana e hizo una oferta para comprarlo. No me lo podía creer, nuestro hotelito en Tailandia iba a ser el mismo en el que nos besamos por primera vez, en el que empezó todo.

Se acercaba la hora de la ceremonia. El novio, esperando ya en la playa. Yo me retrasé un poco debido a los nervios, las prisas, el peinado y el

maquillaje. Por fin, vestida con un escotado, sencillo e informal traje de novia, me dirigí del brazo de mi padre hacia la arena besada por las mansas y cálidas aguas del mar de Andamán.

Durante el trayecto hasta la playa por el frondoso jardín del *resort*, un pensamiento negativo, no podía faltar, comenzó a percutir en mi ánimo. ¿Y si Hugo se ponía nervioso por la emoción del momento y le daba algún tipo de jamacuco por su enfermedad cardíaca? Gracias a Dios, me sobrepuse al brote de aquella obsesión apretando el brazo de papá, que me sonrió feliz y orgulloso de llevarme hasta el altar...

Bueno, lo del altar es un decir... Se trataba de un estrado con una pequeña mesa alargada, cubierta de chales de Cachemira y con una serie de guirnaldas de flores serpenteando por su superficie. Detrás de ella, esperaban Hugo y su madre. El primero, con una camisa de pliegues y pantalón blancos, con reminiscencias de la moda *ad lib* de Ibiza; su progenitora, con un largo y fastuoso vestido multicolor inspirado en los carnavales brasileños. El contraste entre ambas vestimentas era de aurora boreal, pero el escenario de la paradisíaca playa permitía todo tipo de contrastes.

Frente al estrado, de pie, todos los invitados con una flor en la mano. Y en un lateral del mismo, Aitor, mi camarero preferido, a quien le había encargado que oficiara como maestro de ceremonias.

Aitor comenzó a hablar siguiendo un guion que, más o menos, yo había preparado:

—Amigos, nos hemos reunido en este espectacular rincón del planeta para celebrar la hermosa historia de amor de Elsa y Hugo. Hemos recorrido miles de kilómetros hasta la maravillosa Tailandia para ser testigos de la unión de dos personas que, no sólo están retando a las diferencias culturales, sino que también piensan quedarse a vivir y a trabajar aquí en el ramo de la hostelería.

—Nos miró—. Me dais mucha envidia, de verdad. ¿Me contratáis de camarero? También puedo amenizar las fiestas: canto, bailo, cuento chistes...

—Ya veremos. —Le sonreí—. Tendrás que pasar una entrevista de trabajo.

—Bueno... Por su gran amistad hacia todos nosotros, por habernos traído hasta este lugar de ensueño y, sobre todo, por haber vencido numerosas dificultades para hacer realidad el sueño de su amor... Elsa y Hugo se merecen nuestra más sincera felicitación y nuestro aplauso más entusiasta.

Mientras nos aplaudían y jaleaban todos los invitados, de repente, comencé a sentir ganas de ir al baño. Al principio, de forma muy suave. Mierda, me

reproché no haber ido antes de salir de la habitación. ¿Pero cómo se me podía haber olvidado? ¿Por qué siempre me ocurría algo vulgar en las ocasiones más solemnes?

—Elsa, tengo que decirte —prosiguió Aitor— que fue un grandísimo placer conocerte en aquel bar de la calle Ponzano y, también, encontrarte en los templos de Angkor de Siem Reap. ¿Una casualidad...? Yo no lo juraría. Los viajeros hemos nacido para encontrarnos una y otra vez en lugares diferentes. Precisamente por tu espíritu viajero conociste a Hugo que, por cierto, me parece un tipo fantástico y que espero que te haga tan feliz como te mereces. Por cierto, Hugo, si algún día le haces daño a nuestra Elsa, juro que te joderé la vida aunque te escondas en el centro de la Tierra.

Hugo me miró y sonrió al tiempo que negaba levemente con la cabeza. Supongo que entendió que iba en broma y, sobre todo, espero, porque jamás se plantearía hacerme ningún daño.

Aitor dio paso a Marilia, la hermana del novio, que habló en español:

—Hugo, no te quiero... Te adoro. Por eso estoy tan contenta de que por fin hayas encontrado a la mujer de tu vida. Papá, mamá y yo estamos muy felices con la entrada de Elsa en nuestra familia. Estamos seguros de que te quiere mucho. ¡Muchísimo! Y te lo ha demostrado con creces alejándose de nosotros miles de kilómetros por ti. Sabes que nuestra familia, en los últimos tiempos, ha pasado por momentos muy, muy dolorosos —recordó visiblemente emocionada—. Por este motivo, valoramos como se merece un día de alegría como este. Que Dios os bendiga, hermanos.

Me di cuenta de que Hugo tenía los ojos vidriosos por las palabras de su hermana, sobre todo al recordar las desgracias de su familia.

Mientras tanto, mis ganas de ir al baño iban en aumento.

Le tocó el turno a Fran. Mi hermano.

—Elsa, tía, eres mi «ídola». Recuerdo a la perfección cuando decidiste cambiar de vida porque no te gustaba la que llevabas. Hiciste lo que la gran mayoría de los terrestres no se atreve a hacer: dar un giro total a tu existencia. Luchar por lo que querías contra todos y contra todo. Animarte a viajar por el mundo sola, a pesar de que por tu trabajo no habías tenido muchas ocasiones de salir de España. Y te ha salido redondo, tía. Has encontrado el tesoro más valioso del mundo: el amor. Siempre te he admirado y, te lo prometo, seguiré haciéndolo. Yo de mayor, hermanita del alma, quiero ser como tú. Y, querido cuñado, gracias por hacer feliz a Elsa y a ver si pronto me hacéis tío.

Se me saltaron las lágrimas con las palabras de mi hermano, pero no me pude parar mucho a pensar en ellas porque, literalmente, me estaba meando.

Aitor volvió a tomar la palabra.

—Y bien, amigos, ha llegado el solemne momento de efectuar dos de las preguntas más importantes en la existencia de los seres humanos. Dejadme que las formule a mi manera. —Aitor dio paso a un breve silencio para remarcar la importancia de la ocasión—. Hugo, mortal afortunado..., ¿quieres casarte con la preciosidad que tienes a tu lado, pasar con ella el resto de tu vida y hacerla feliz hasta el último suspiro de tu existencia...?

—Sí, quiero —contestó Hugo.

—¡Eres un *crack*, tío! —apostilló el maestro de ceremonias.

Luego, Aitor me miró.

—Y tú, Elsa, maravillosa amiga..., ¿quieres despertarte cada mañana al lado de este maromo, envejecer sin dejar de miraros a los ojos y terminar en la cama en cada discusión de vuestras vidas?

Me entró la risa con lo de acabar en la cama todas las discusiones y ya no pude aguantar el pis. De inmediato, eché a correr en dirección al lavabo del *hall* del hotel. Mientras cruzaba a toda velocidad el jardín, imaginé cómo se quedaban todos: estupefactos, patidifusos, atónitos, turulatos, pasmados...

¡Y mi pobre marido al borde de un infarto! ¡Y mamá con un soponcio de no te menees! ¡Y mi padre buscando un árbol para colgarse! ¡Y...!

Por fin terminé. Salí del baño y me miré al espejo para retocarme un poco el peinado. Abandoné corriendo el lavabo en dirección a la salida y, al pasar delante de recepción, impacté contra el cuerpo de un cliente que llegaba con su mascota, un Golden Retriever. Rodamos los tres por el suelo y el perro, lógicamente, se puso a ladrarme. Me lo merecía. ¡Ay, qué torpe he sido siempre! Me incorporé como pude para pedirle disculpas a su dueño y...

¡No, no, no...! ¡No podía ser...! ¡Imposible! ¡La boda y el pis me habían trastornado y mi cerebro me estaba jugando una mala pasada! ¡Que no, que no podía ser...! ¡Y, sin embargo, era...!

¡Era... el mismísimo Ryan Gosling!

¡No me lo podía creer! ¡El día de mi boda y justo cuando corría a dar el «Sí, quiero» a Hugo, mi ídolo cinematográfico se me aparecía en carne mortal! Ryan, sí, el prota de la maravillosa película *La, La, Land. La Ciudad de las Estrellas* me dedicó una sonrisa que derretiría medio Polo Norte y yo me quedé petrificada. ¿Qué debía hacer? No sabía cómo reaccionar, me

estaba esperando Hugo en el momento cumbre de nuestras vidas, pero allí estaba el mismísimo Ryan Gosling con el que Hugo, por una promesa, estaba obligado a permitirme pasar una noche. Pero, claro, no estaría bonito que esa noche fuera justo mi noche de bodas. Y tampoco estaría bien reclamar ese derecho, dado que él no lo ejerció con Penélope Cruz.

¡Y, sobre todo, Elsitita, pedazo de loca, porque había sido un juego absurdo!

—*Are you getting married?*

Ryan me había pillado, aunque mi vestido de novia no fuese nada ortodoxo. Sí, me iba a casar, le confirmé.

—*He is very lucky. Be happy.*

Por supuesto que Hugo tenía suerte y estaba claro que íbamos a ser felices, muy felices. Por eso me iba a ir de allí en aquel mismo instante para, por fin, contestar a la crucial pregunta que me había hecho unos minutos antes el maestro de ceremonias.

De pronto, el perro de mi actor fetiche comenzó a ladrar, pero ahora no lo hacía contra mí, sino contra una especie de enemigo invisible. Iba de un sitio para otro como enloquecido, arrojando espumarajos por la boca y con los ojos desorbitados por el pánico. No atendía a los intentos de su amo por apaciguarle y, de repente, abandonó a galope tendido el *hall* del hotel.

Impactada por la escena, recordé lo que había leído en internet sobre el terremoto del océano Índico en 2004, el cual generó un gigantesco tsunami que arrasó las costas de numerosos países: la mayoría de los animales lo habían detectado con antelación gracias a su prodigioso instinto de supervivencia y habían huido tierra adentro.

¡Ay, Dios mío, que podía haber un tsunami! ¿Qué debía hacer?

Lo primero de todo, casarme. Pasara lo que pasara, tenía que pillarme siendo esposa de Hugo. Me despedí de Ryan y corrí hacia la playa donde, a pesar del tiempo transcurrido desde mi espantada, Hugo y todos los invitados continuaban como momificados por la estupefacción. Cuando llegué, no sé por qué, tal vez porque pudieron respirar tranquilos, comenzaron a aplaudirme.

Sonreí a Hugo, quien continuaba lívido, me coloqué en el sitio en el que estaba antes de mi espantada y le pregunté a Aitor:

—¿Por dónde íbamos?

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —me planteó él, y vi que todos los presentes ansiaban oír la respuesta.

—Luego os lo cuento. Sigue en el punto en que nos quedamos.

—Está bien... Elsa... Querida Elsa... ¿Quieres casarte con Hugo y acabar de una puta vez con esta incertidumbre...?

Miré al mar y me pareció que estaba más bravo de lo normal.

Después, giré mi cabeza hacia Hugo, cuyo rostro había recobrado su color habitual.

—Por supuesto que... —Le sonreí. Me sonrió—. ¡Sí, quiero!

Todos los presentes estallaron en gritos y aplausos. Y nos besamos. Un beso infinito. Ya era mi marido y no me importaba nada lo que ocurriera. Estaríamos juntos hasta el día de nuestra muerte, ocurriera esta cuando ocurriera. Como si llegaba aquel mismo día. Todo mi periplo por el mundo habría valido la pena.

Cuando separamos nuestros labios, volví a observar el mar...

No sé por qué, probablemente por mi desquiciada imaginación, me pareció que las olas iban creciendo en fragor y en altura...

La vuelta al mundo de una desquiciada
Sol Berlanga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de colección, Planeta Arte & Diseño, 2017

© de la imagen de la portada, CoverKitchen, 2017

© Mediaset España Comunicación, S.A., 2017

© Sol Berlanga, 2017

© Editorial Planeta, S.A., 2017

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

